SUSAN ISAACS

La hora mágica

Cuando se pone el sol todo cambia: hasta la forma de morir

SUSAN ISAACS

La hora mágica

Cuando se pone el sol todo cambia: hasta la forma de morir

La hora mágica

SUSAN ISAACS

Este fichero ePub cumple y supera las pruebas epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.
Si deseas validar un ePub On Line antes de cargarlo en tu lector puedes hacerlo en
http://validator.idpf.org/

A mi mejor amiga, Susan Zises

AGRADECIMIENTOS

Las personas citadas a continuación me ofrecieron información y consejo. Todas lo ofrecieron libre y alegremente. Quiero dar las gracias a Arlene Abramowitz, Janice Asher, Peter Corwith, Lawrence Goldman, Maddy Kahn, Susan Lawton, Neil Leinwohl, Tony Lepsis, P. Thomas McCarthy, Bob Mitchell, Catherine y Robert Morvillo, Saundra y Herschel Saperstein, Cynthia Scott, Abby Singer, Dustin Beall Smith, N. T. Thayer, Sr., William Wexler y Frank y Lisa Cronin Wohl.

Un beso y un abrazo a mi gran amigo Frank Perry, que me enseñó cómo se hacen las películas.

Un saludo a los oficiales de policía que respondieron a mis preguntas técnicas. Contrariamente al detective Stephen Brady, todos eran personas honestas y caballerosas. Pido disculpas si retorcí los hechos para que encajaran con mi ficción. Gracias al teniente de detectives Eugene Dolan de la policía del condado de Nassau, al capitán William Kilfoyle y al oficial Alan Paxton de la policía de Port Washington (Nueva York), al teniente William P. Kiley y al capitán John McElhone de la policía del condado de Suffolk, y al sargento William Crowley de la policía de Southampton.

El personal de la Biblioteca Hampton en Bridgehampton y la Biblioteca Pública de Port Washington fue incansablemente cortés y servicial.

Gracias especiales a Paul Brennan, que fue lo suficientemente generoso para compartir conmigo los recuerdos de su adolescencia en Bridgehampton.

Mi secretaria, Anne Marie Palmer, merece vítores, ramos de flores, ovaciones y todo lo que quiera por su duro trabajo y amabilidad bajo presión.

Owen Laster, mi agente literario, se las arregla para ser a la vez duro y tierno. Verdaderamente, tiene clase.

Larry Ashmead es un gran editor. Todos los escritores deberían tener tanta suerte como yo.

Mis hijos, Andrew y Betsy Abramowitz, ya no son niños. Les doy las gracias por sus sabios y perceptivos comentarios editoriales y, por supuesto, por su amor.

Finalmente, y por si alguien siente curiosidad por saber quién es la mejor persona del mundo, sigue siendo mi marido, Elkan Abramowitz.

1

S

eymour Ira Spencer, de Manhattan y Southampton, era un tipo con clase. Bueno, lo último que podría pensarse es que era «productor cinematográfico». No ostentaba ninguna gruesa cadena de oro sobre su velludo pecho; no tenía los labios gruesos ni, por supuesto, rastro de puro. Si hubieran podido verlo con su bata de felpa blanca (tenía demasiado buen gusto para haber bordado sus iniciales en ella), de pie en la plataforma de loza de la piscina de su mansión frente a la playa, Sandy Court, sorbiendo un vaso de té helado, hablando suavemente por su teléfono portátil, habrían pensado: «A esto deben de referirse cuando hablan de buen gusto.»

Les diré el buen gusto que tenía Sy Spencer. Puede que colgara el teléfono, entrara en la casa y cogiera un libro de Marcel Proust para releerlo. Pero justo entonces lo alcanzaron dos balas, una en la médula, otra en el ventrículo izquierdo. Estaba muerto antes de golpear el suelo.

Lástima. Era un maravilloso día de agosto. Lo recuerdo. El cielo era de un azul tan puro, tan intenso, que casi no se le podía mirar. ¿Quién podía abarcar tanta belleza? En la playa, donde estaba Sy, revoloteaban blancas gaviotas antes de zambullirse en el océano. La arena brillaba con un dorado pálido. Al norte, más allá de mi patio trasero, los sembrados de patatas desprendían una intensa luz verde

oscuro.

Era el típico día perfecto de Long Island que hace que los veraneantes digan: «Queriiiida (o *Ma chére o* cariño), hace un día tan maravilloso aquí fuera. ¿Y sabes lo que es patético? Todos los pequeños trepas sociales están tan ocupados abriéndose paso hacia arriba que nunca llegan a apreciar (en este punto toman una profunda y sensible bocanada de aire fresco a través de sus aletas dilatadas) esta maravilla absoluta.»

¡Dios santo, sí que estaban llenos de mierda! Pero tenían razón. Aquel día, el sol bañaba de gloriosa luz todo el South Fork de Long Island. Era como una recompensa divina. Durante los últimos cinco años, una de las secretarias de Homicidios me había estado lanzando la misma bendición: «¡Que tenga un buen día, detective Brady!» Bien, Dios había atendido por fin su plegaria. Ya lo tenía.

Sy Spencer, por supuesto, no tenía nada. Y para ser perfectamente sinceros, el día, por maravilloso que fuera, no era tampoco tan agradable para mí. No era algo tan dramático como el caso de Sy. Decididamente, no tan fatal. Pero los hechos de aquella soleada tarde de verano cambiaron el final de mi historia casi tanto como el de la de Sy.

Estaba en casa, en la esquina norte de Bridgehampton, a nueve kilómetros al este y siete al norte de Sandy Court, en circunstancias considerablemente menos impresionantes. Mi casa era un antiguo barracón de inmigrantes. Había sido renovada por un ambicioso arquitecto de Brooklyn Heights, un tipejo con coleta y patéticamente falto de talento, que comprendió, demasiado tarde, que el lugar nunca sería considerado un hallazgo. Se había visto forzado a venderlo barato a uno de los habitantes del pueblo (yo), porque ni siquiera el panoli más ingenuo de Nueva York compraría una choza encalada, panelada térmicamente y con techos bajos, con una cocina de restaurante de seis quemadores y agresivas frutas y flores pintadas a lo largo de paredes y suelos, situada en una carretera perdida entre un campo de patatas y una charca apestosa.

En fin, que aproximadamente cuando la bala destrozó la base del cráneo de Sy, mi vida también se hizo pedazos. Nuestras dos vidas (¡ka-boom!) se unieron. Por supuesto, yo no lo sabía. A diferencia de las películas, la vida no tiene banda sonora; no hubo ningún ominoso redoble de tambores. Para mí, seguía siendo un día agradable. Un día fantástico. Allí estaba, con mi prometida, Lynne Conway, tendido en una manta sobre la hierba de mi patio trasero, pues habíamos salido a tomar un poco de sol postcoital, conversar y beber té helado (incluso había puesto un par de rodajitas de limón en nuestros vasos para demostrar que, muy bien, Lynne podía haber ido a la Facultad de Manhattanville y sabía usar la pala de pescado, pero yo podía ser

todavía un anfitrión atento).

Naturalmente, si hubiera sido verdaderamente atento, nos habríamos tendido en butacas, pero en los últimos años no había tenido tiempo para comodidades tales como toallas sin agujeros, y muchos menos muebles para el exterior. ¿Y qué? Sabía que todo aquello cambiaría dentro de tres meses, cuando nos casáramos. Tendríamos butacas en un patio de ladrillo. Una barbacoa cubierta. Begonias en cantidad. Dejaría de considerar cena las hamburguesas con queso y bacon que engullía en los bares más grasientos de South Fork; volvería a casa para comer salmón con patatas al horno y espárragos frescos. A los cuarenta, sería un recién casado.

Me volví. Lynne era muy hermosa. Cabellos rojo oscuro, color setter irlandés. Piel joven y pálida. Una nariz perfecta, levemente vuelta hacia arriba, con dos pequeñas marcas en la punta, como si Dios hubiera hecho una redistribución rápida en los segundos finales antes de su nacimiento. Llevaba pantalones cortos de color caqui, que revelaban sus largas piernas de ensueño. Pero no era sólo su aspecto físico. Lynne era toda una dama.

Procedía de una buena familia..., bueno, comparada con la mía. Su padre era un experto en claves de la Marina, retirado. Su jubilación parecía consistir en estar todo el día sentado en un sillón de su club, con los pies sobre una otomana, leyendo revistas derechistas y enfadándose con los demócratas.

La madre de Lynne, Santa Babs de Annapolis, acudía a misa cada mañana, y probablemente rezaba para que el Cordero de Dios me fulminara antes de que pudiera casarme con su hija. Babs Conway hacía ganchillo toda la tarde mientras contemplaba *The Young and the Restless* y *Geraldo*. Llevaba ocho años con su obra maestra, un gigantesco almohadón con el lema «Las tres Marías ante el Sepulcro».

Allí tenía a Lynne: una hermosa chica católica. Y una buena mujer. Una belleza. Créanme. Sabía exactamente lo afortunado que era al tenerla. Mi vida no había sido lo que podríamos llamar una existencia encantadora. La felicidad era una bendición que dudaba merecer, y nunca creía que pudiera llegar a disfrutarla.

—Para la luna de miel —dijo ella en voz baja, ajustando la costura del hombro de mi camiseta—, ¿qué te parecería, y no es más que otra opción, si en vez de en Saint John pasáramos una semana en Londres?

—¿Quieres bucear en el Támesis a finales de noviembre?

Lynne sonrió, y la sonrisa la hizo parecer aún más hermosa. No respondió con retruécanos. No: «¿Crees que quiero pasar la luna de miel con un tipo con aletas?» Lo que dijo, sin rastro de sarcasmo, fue:

—Creo que comprendo. Saint John.

Miré los hermosos ojos castaños de Lynne. Y entonces dejé de tener un buen día.

Porque allí estaba, con una mujer hermosa, dulce, con cabellos estilo Tiziano y piel de seda, y todo lo que tenía era un buen día. No estaba divirtiéndome.

«Esto es una locura», me dije. Tenía que comprender que Lynne era joven. Todavía no me entendía del todo. Para ella, yo era un hombre de mundo. Era una sensación poco agradable. Vale, deseaba que ella se relajara un poco. Lo admitía. Incluso admitía que estaba un poco tenso. Debería haber deseado una copa. «Pero escucha —me dije— no quiero una copa. Lo estoy haciendo bien.»

Sin embargo, fue por eso, cuando me llamaron desde la central quince minutos más tarde y dijeron: «Ha habido un homicidio en tu vecindario, ja ja, en Dune Road en Southampton; ése es distrito caro, ¿no?; un productor cinematográfico, no sé qué Spencer, le han disparado...»

—Jesucristo —dije—. Sy Spencer.

—¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. Mi hermano está trabajando para él en la película que está rodando por aquí.

—Oye, ¿es cierto que ganó un Oscar hace un par de años?

—Sí.

—¡Apuesto a que lo he visto! En la tele, ya sabes, uno de esos tipos que dicen: «Quiero dar las gracias a mi agente y a mis padres y a mi difunto gato, Fluff.» Escucha, es tu día libre, pero eres el único que vive en los Hamptons, y acaban de informarnos que hay jaleo en Sachem, donde uno de esos locos de los ordenadores tuvo una bronca con su viejo, lo estranguló y trató de esconderlo bajo un montón de cemento, ¿por qué no te acercas y haces acto de presencia? Evita que los policías del pueblo quieran hacerse los héroes, metiendo en bolsas todo lo que no esté clavado al suelo. Ya sabes cómo pueden joder un escenario del crimen. Gracias, amigo.

Bueno, sentí cierta gratitud hacia Sy Spencer.

Conduje a Lynne hasta su coche y le di un beso de despedida.

—Lo siento, pero parece que esto va a jorobarnos por completo el fin de semana.

Ella me apretó la mano.

—Vamos —dijo—. Ya soy una experta en esto. Es terrible lo del jefe de tu hermano. ¡Qué espanto! —Entonces añadió—: Te quiero, Steve.

«Esta mujer va a ser una esposa maravillosa —pensé—. Una madre magnífica.»

—Yo también te quiero —dije.

Un homicidio sería una fruslería comparado con esto. Lo que demuestra mi gran experiencia en la materia.

La noche era tan hermosa como lo había sido el día. Pero ni la luna

que salió cuatro horas más tarde ni las luces del camión de Servicios de Emergencia que iluminaban el escenario del crimen podían alegrar lo que era, de hecho, bastante tétrico: un cadáver.

Aunque era un cadáver en un entorno espectacular. El cuerpo sin vida de Sy Spencer yacía tendido boca abajo en el suelo de azulejos. No eran unos azulejos caros cualquiera; aproximadamente uno de cada cinco de los cuadrados azul oscuro estaba pintado a mano con un pez diferente, todos demasiado estilizados y ricamente coloreados para existir de verdad en las aguas costeras de Long Island. Pero como probablemente algún decorador de exteriores neoyorquino le había explicado a Sy, combinaban un motivo oceánico con una tendencia privada de la moda.

La piscina era larga y luminosa. Con el aire frío de la noche, la bruma, como una nube rectangular, gravitaba sobre el agua. La hermosa casa con tejado de uralita, construida a principios de los años veinte, en aquella época de grandes familias y sirvientes felices, alzaba sus tres plantas más allá de la piscina. Si te volvías hacia el otro lado, veías arena blanda y el Atlántico.

—¿Cómo está tu hermosa prometida? —me preguntó el sargento Ray Carbone. Estábamos de pie cerca de la cabeza de Sy. Carbone llevaba un traje de sarga azul y gafas estilo Clark Kent. Con su tamaño, su panza y su encorvada espalda, parecía más un contable agobiado que un Superman disfrazado.

—Todavía hermosa —dije.

—Es mucho más que eso. Rita y yo estuvimos hablando sobre vosotros dos el otro día. Lynne te da justo lo que necesitas. Estabilidad. Estabilidad es el nombre del juego.

—Para mí, tiene que serlo.

—No creas que hablaba de la bebida.

—No importa. Puedes hablar de eso.

—Por lo que a mí respecta, eso es historia. Mira, sé que no existe eso que se llama un alcohólico recuperado. Siempre estarás recuperándote, durante el resto de tu vida. Pero, Steve, eras un caso típico de inestabilidad emocional. —Carbone, que tenía un máster en ciencia forense, estaba cursando un segundo, esta vez en psicología—. Podías ser don perfecto y luego te volvías tan apagado, como si no hubiera nadie en casa, y después empezabas con la beligerancia. ¡Pero en los últimos años, qué diferencia! Eres sólido como una roca. Confía en mí. No tienes que preocuparte.

—No. Siempre tendré que preocuparme.

—Te equivocas. ¿Pero sabes una cosa? El que no me des la razón es un signo de bienestar. —Eso es lo que le pasa a un tipo después de veinticuatro títulos en la Universidad Estatal de Stony Brook—. La verdad —continuó—, lo que quería decir con estabilidad era fuego en

el hogar. Buena compañía. Un buen plato de sopa. Necesitamos algo normal y sano a lo que regresar después de lo que tenemos que soportar. —Veinticuatro títulos no habían podido borrar por completo el sentido común básico de Carbone.

Un técnico de identificación se abrió paso hasta nosotros, se arrodilló junto a Sy y metió sus manos sin vida en bolsas. (Bolsas de papel. En las películas, usan plástico. Da miedo cuando la cámara se acerca mostrando las manos sin vida envueltas como las salchichas Oscar Mayer de la semana pasada. Muy visual. Pero muy falso: nunca las usamos. El plástico retiene la humedad y estropea toda posibilidad de hacer una prueba dactilar, para comprobar si la víctima disparó un arma.)

—¿Qué has encontrado dentro? —le pregunté a Ray.

—Nada. No hay señales de robo, ni de violencia. Sy había preparado una bolsa de viaje para ir a Los Ángeles a alguna reunión. En la habitación de invitados había una cama sin hacer. Puede que echara una siesta.

El botón de la chaqueta de Carbone, que le quedaba demasiado estrecha, se soltó de golpe. Exceptuando su estómago, era delgado. Pero su ropa era siempre una talla demasiado pequeña para el balón que tenía por vientre.

—La cocinera estuvo en la planta baja todo el tiempo —continuó—. Una mujer simpática. Me dio un plato de sancocho de almejas, de las rojas. Ahora está preparando algo para las muchachas. Sólo escuchó los disparos. Nada antes de eso.

—¿Nada después?

—No. Miró por la ventana, vio a Sy, corrió hacia él, vio que estaba muerto. Por la forma en que tenía vuelta la cabeza pudo ver ese ojo abierto. —Los dos miramos hacia abajo. La capucha del albornoz estaba lo suficientemente retirada como para que pudiéramos ver su perfil en tres cuartos y un poco de pelo: corto, gris, rizado, cortado estilo gladiador maduro. El único ojo visible estaba completamente abierto. A causa de la postura de la cabeza, el ojo miraba hacia abajo, como si hubiera encontrado un fallo oculto en uno de los azulejos con los peces de moda—. Llamó a la policía local.

—¿Con el teléfono portátil?

—No. Nos ha asegurado que sabe que no hay que tocar nada cerca de una víctima de asesinato. Llamó desde la cocina.

«Muy bien —pensé—, ¿qué tipo de homicidio tenemos aquí? No un crimen pasional cometido con el calor del momento, un asesinato surgido de un arrebato de celos o una pelea familiar.» Y hasta ahora no había nada que indicara un crimen por felonía, un asesinato que sucede durante la perpetración de otro crimen, como por ejemplo un robo.

Sabía que tenía que esperar a los resultados de la autopsia, el informe del forense con fotografías y vídeos, los informes de toxicología y serología, pero allí andaba, ansiando averiguar qué tipo de hombre/mujer (soy un detective que cree en la igualdad de oportunidades) era el asesino.

Bueno, era fácil comprender que no era un capullo impulsivo que, en un momento de debilidad, cogía una estaca del jardín y convertía a Sy en un pinchito humano. No, este asesino era extremadamente meticuloso, y además fue lo suficientemente inteligente como para planear el asesinato, traer su propia arma y llevársela consigo. Su huida había sido también limpia: completamente falta de incidentes. A juzgar por la carencia de pruebas hasta ahora, no se había aturrullado.

Otra cosa que me había llamado la atención, desde el primer momento en que vi a Sy, era que aunque el asesino tenía cerebro, carecía de corazón. Siempre me doy cuenta de cómo trata el asesino a la víctima; es algo que te dice muchas cosas. Este no parecía un psicópata. Sabía que tendría que esperar a la autopsia, pero no parecía probable que hubiera mutilaciones, ninguna marca de ritual psicópata, ningún acuchillamiento alocado. Era despiadado, pero no se trataba de un sádico; no hubo ninguna necesidad de aterrorizar, ninguna pistola en la boca o los genitales de la víctima. A Sy le habían disparado desde lejos, por detrás, fríamente.

Pero lo mismo que no había indicios de crueldad, tampoco los había de decencia: ninguna preocupación, ningún remordimiento. El asesino no había cubierto la cara de Sy, ni cerrado aquel horrible ojo ciego, ni arrancado una flor para depositarla sobre el cuerpo.

Por supuesto, el asesino podía ser un extraño, un loco al que Sy no conocía.

—¿Sabes si han matado a alguien más de esta manera? —le pregunté a Carbone. Yo hacía mi trabajo y él el suyo. Si había un asesino estereotipado operando a cinco mil kilómetros del condado de Suffolk, él estaría enterado del tema—. ¿Gente rica? ¿Tipos del cine? ¿Gente asesinada desde lejos?

—Lo comprobaré con el FBI, pero no lo creo. A menos que éste sea el primero de una serie.

—Es un tipo frío —observé—. Un cabrón bien organizado. —Tendríamos que esperar a la conducta postcrimen para comprobar si era del tipo de chiflados que luego quieren comunicar su genialidad a la policía—. Es un buen tirador, desde luego. Eso hay que reconocerlo.

—¿Cuál crees que fue el arma?

—¿Un rifle de corto alcance? —le pregunté al tipo de balística, que se encontraba a un par de metros, abriendo su maletín.

Asintió.

—Parece un 22.

—Maldición —murmuró Carbone—. Esto no va a facilitarnos la vida.

Estaba en lo cierto. Aquí en el South Fork, había 22 a patadas. Todo el mundo tenía uno; la gente del pueblo los usaba para practicar el tiro al blanco, disparando a pequeños roedores. O a cualquier otra cosa. Si un granjero quería matar un cerdo, sacaba su 22. Incluso mi padre tenía uno.

—¿Qué has podido averiguar de este tal Sy? —me preguntó Carbone.

—Cincuenta y tres años. Graduado por la Facultad de Dartmouth. Familia rica: negocio de provisiones *kosher*. Los del anuncio donde aparece la gente alrededor de la mesa de la cocina con el eslogan: «¡Boloña para la Familia Real!» Pero parece que no le gustaba la carne. Quería cultura. Fundó una gran revista de poesía, *Lluvia de luz*, hace unos doce años. Metió un montón de dinero en el proyecto. Pero al parecer luego decidió que la poesía no le daría lo que quería.

—¿Y era qué?

—¿Quién demonios sabe? ¿Qué quiere la mayoría de la gente? Excitación. Fama. Fortuna. Un culo superior. Quiero decir, ¿a quién preferirías, a una recepcionista de una fábrica de pastrami o a un poeta? ¿O a una estrella de cine? —Pareció que Carbone el reflexivo estaba empezando a considerar las alternativas—. Ray, la respuesta es: una estrella de cine con tetas enormes.

—No me gustan tan grandes —dijo pensativamente.

—¿Qué te gusta? ¿Una chica que parezca que tiene dos pegatinas en el pecho?

—No, pero cuando ves a una chica joven con pechos enormes, te imaginas que cuando tenga treinta y cinco... —Sacudió la cabeza tristemente.

—Cuando tenga treinta y cinco, la cambia por dos de diecisiete y medio —interrumpió el tipo de balística. Se rió de su propio chiste, y añadió—: Retírense un poco.

—De todas formas —continué, mientras nos retirábamos—, durante todo el tiempo, Sy fue una especie de hombre de mundo, uno de esos tipos que aparecen de vez en cuando en las columnas de cotilleo. Nada sucio: sólo un tipo con pasta que da dinero para causas justas y acude a todas las fiestas de caridad de la jet-set. Parece que fue ahí donde conoció a la gente del cine que tiene casas por aquí. Y se le metió en la cabeza que quería ser productor. Al parecer, lo mismo le pasa a la mitad de la gente de su círculo social. Pero él consiguió lo que quería.

—He oído su nombre. Buenas películas, ¿no?

—No hay duda. El tipo tenía clase.

—Bueno, Steve. Reacción visceral.

—Va a ser todo un circo. Y un coñazo, porque trataremos con gilipollas que esperarán que les besemos el culo: «No, gracias, señor, no bebo cuando estoy de servicio», cuando nos ofrezcan el Seagram barato que han estado guardando desde antes de ser famosos. Y, a menos que tengamos suerte en las próximas setenta y dos horas y encontremos a alguien en la vida de Sy acariciando un 22 aún caliente, va a ser un lío tremendo. Sy era el yuppie definitivo; probablemente tenía catorce Rolodex, y ésos sólo para amigos personales.

—¿Por dónde empezarías?

—Por la película que estaba produciendo, supongo. Se llama *Noche estrellada.* Ahora están rodando cerca de East Hampton.

—¡No bromees! ¿Ahora?

Tras haberme pasado la vida entera siendo un lugareño pintoresco en lo que la gente llamada «los Hamptons de moda», estaba acostumbrado a rozarme con celebridades. Bueno, no exactamente rozarme. Pero desde que era un crío, además de los veraneantes ricos y semi ricos, había modelos famosas manoseando tomates en el tenderete de alguna granja, o presentadores de televisión escogiendo escobillas para el lavabo en el almacén del pueblo, justo a tu lado. Sabíamos que teníamos que fingir que eran sólo gente corriente, pero también sabíamos que era normal echar una ojeada cuando pagaban a la cajera. Ni ellos ni nosotros queríamos que fueran tan corrientes como para que no los miráramos de reojo.

Pero Carbone venía del mundo corriente y moliente, el suburbano condado de Suffolk, un mundo poblado por habitantes de Brooklyn de tercera generación, vendedores de zapatos y auditores y profesores de estudios sociales. Un mundo que, si apareciera de pronto en Indianapolis o Des Moines, no parecería una parte ajena al paisaje.

—East Hampton está sólo... ¿a cuánto? Quince o veinte kilómetros de distancia —estaba diciendo. Sus ojos, encendidos por una chispa—. Puede que tengamos que ir allí para interrogar a alguien en el plato.

Carbone era normalmente tan equilibrado, tan reflexivo, que uno podía pensar que era a prueba de sobresaltos, pero ante la idea de «¡Luces! ¡Cámara! ¡Acción!» se aflojó la corbata y se desabrochó el último botón de la camisa. Si hubiera tenido un sombrerito de paja y un bastón, los habría cogido y habría echado a correr hacia East Hampton, gritando «¡Hurra por Hollywood!».

—¿Quién actúa? —preguntó, con un tono excesivamente desinteresado.

—Lindsay Keefe y Nicholas Monteleone.

—¡No me digas! —Entonces, rápidamente, volvió a su aire «soy un tipo corriente»—. Él siempre me ha gustado —dijo—. Me recuerda a Gary Cooper de joven. Es bueno sin ser un santurrón. Y ella es buena

actriz. —Carbone sacudió la cabeza tristemente—. Pero demasiado izquierdista para mi gusto.

—Con su cuerpo, ¿te importa cuál es su postura sobre el desarme?

De repente, Carbone se dio cuenta.

—¿Está Lindsay Keefe aquí? —preguntó, la voz un poco apagada por el asombro—. ¿En la casa?

—Arriba, con su agente. ¿No la has oído? Están intentando calmarla.

—¿Puedes creerlo? Estuve ahí dentro, interrogando a la cocinera. Ni siquiera sabía que ella estaba aquí, en la misma casa.

—El agente la trajo del plato. Completamente histérica. —Las cejas de Carbone empezaron a juntarse compasivamente, así que añadí—: No olvidemos que es actriz. De todas formas, según el agente, ha estado viviendo con Sy durante los últimos seis meses. Aquí, y él tiene un dúplex en la Quinta Avenida. Estaban locamente enamorados. Una relación perfecta. Nunca una palabra fuerte entre ellos. Bla, bla, bla. Lo de siempre. Oh, y además iban a casarse en cuanto terminaran la película.

—¿Crees al agente?

—No es un cretino. Es un tipo mayor llamado Eddie Pomerantz. Sesenta y tantos, tal vez setenta. No se te escapará. Un galán muy conjuntado: camisa rosa y pantalones anchos talla cuarenta y ocho. Estaba hablando con Sy por teléfono cuando lo mataron. Dice que discutían sobre algunos problemas menores referidos a unas fotos que había que aprobar. Las estrellas de cine tienen que dar el visto bueno a todas las fotos antes de que se entreguen a la prensa, y Pomerantz dice que alguien de esta película le vendió a *USA Today* una foto de Lindsay tomando café con rulos en el pelo, y ella se puso a gritar cuando la vio publicada porque es perjudicial para su carrera que la vean con rulos puestos. —Sacudí la cabeza—. Por esto, el tipo se lleva el diez por ciento. Pomerantz ha dicho que oyó dos disparos por teléfono.

—¿Le crees? —preguntó Carbone.

—Me creo que oyera dos disparos. Parecía muy seguro sobre eso. Pero no paraba de comer nueces como un jodido maníaco. Había un cuenco gigantesco sobre la mesa de la biblioteca, el despacho o lo que sea, y debió de tragarse medio kilo de pistachos en cinco minutos. Iba a decirle que no se comiera las pruebas potenciales, pero estaba tan nervioso que no me atreví. Estaba trastornado por lo de Sy, y muy preocupado por su cliente.

—¿Podría ser una preocupación profesional normal?

—Podría ser.

—Escucha, en esta situación, la preocupación sería una respuesta adecuada. Tú sabes y yo sé y Pomerantz debe saber que asesinato

significa publicidad, pero a la larga ser la novia de una víctima de homicidio no va a ayudar a la carrera de nadie. —Asentí—. ¿Qué pasa? ¿Crees que está preocupado por algo específico?

—No podría asegurarlo. Pero tenemos que considerar si este asunto está relacionado de algún modo con Lindsay Keefe. Un ex novio celoso. O una ex novia de Sy celosa, jodida porque Lindsay apareció por medio.

—Y tenemos que averiguar si las cosas eran realmente tan almibaradas entre Sy y Lindsay —dijo Carbone.

—Sí. Tal vez Sy hizo algo tan terrible que ella sintió que tenía que matarle.

—¿Como qué?

—¿Cómo puedo saberlo, Ray? Tal vez dejó pasta de dientes con el maíz de anoche en el fregadero. ¿Quién demonios sabe lo que trastorna a las personas y las hace matar? ¿Lo sabes tú?

—No.

—Yo tampoco. Tal vez fue sólo algo aburrido, como que Sy se lo montara con la secretaria de dirección.

—No puedes esperar a empezar con las hipótesis, ¿eh, Brady?

—No. Ahora escucha: alguien de esta película, además de Lindsay, puede tener un motivo. O de alguna otra película. O puede que lo mataran a sangre fría. Tenemos que averiguar qué tipo de vida llevaba Sy, al margen de su dedicación al cine. Jugaba? ¿Amañaba la contabilidad? ¿Le gustaba el sexo rebuscado? ¿Le daba a las drogas?

Un técnico de vídeo se plantó delante de nosotros, rodeó el cadáver de Sy y apuntó con su cámara al albornoz blanco. Entonces enfocó las dos pequeñas manchas: la de la capucha, donde una bala había entrado justo por encima del bulbo raquídeo de Sy, y otra junto a su omóplato izquierdo.

—A nadie se le ocurriría pensar que un hombre como Sy pudiera ser víctima de nada —murmuró Carbone—. Parece un ganador nato.

—Lo sé. Mira todo esto —dije, contemplando la piscina.

Columnas blancas repletas de enredaderas y flores de color púrpura oscuro que desprendían un aroma levemente cargado: nada demasiado perfumado, nada demasiado obvio. Las butacas se hallaban al fondo, oscuras, cómodas. Pequeñas mesas de piedra talladas en forma de peces. Se podía colocar la bebida sobre las colas. Altas sombrillas blancas sobre postes de bambú, como parasoles gigantescos. Altavoces cuadrafónicos casi invisibles asomaban entre la hierba aterciopelada.

—Ray, apuesto a que tu fantasía más descabellada no es tan buena como lo que tenía Sy de verdad. ¿Qué le faltaba que pudiera querer cualquier hombre razonable?

Carbone empezó a reflexionar, probablemente pensando que algo

como una familia unida o autoconocimiento.

Lo que yo estaba pensado era que si Sy se hubiera contentado con los salamis *kosher y* no hubiera convertido sus sueños en realidad ahora estaría vivo, vistiéndose para la cena, abotonándose una camisa deportiva de trescientos dólares, o metiendo el dedo en la ensalada para comprobar que su cocinera usaba suficiente albahaca o cebollino o cualquiera que fuese la hierba fabulosa del mes. ¿Por qué, en esta espléndida noche de verano, estaba Seymour Ira Spencer, el hombre que lo tenía todo, jugando a hacer de anfitrión de un puñado de policías que le hacían incisiones entre los dedos de los pies, sacaban pelusa de su albornoz y hacían chistes acerca de las tetas de Lindsay Keefe junto a su cadáver?

Miren un mapa. Long Island parece una ballena sonriente pero levemente enloquecida. Su cabeza (Brooklyn) choca contra Manhattan, como si intentara colarse en alguna fiesta interesante de la que hubiera sido excluida deliberadamente.

Pero al contrario que Brooklyn y su cerebro de burbuja, el cuerpo de la ballena no quiere ninguna parte de la vida superior. Queens, Nassau y Suffolk sólo nadan, eternamente, en las aguas que se extienden entre el Atlántico y el estrecho de Long Island, ansiando alcanzar la América de tierra adentro. ¿Ven cómo la joroba de la ballena se arquea en su ansia? Todo lo que quiere es ser parte de Estados Unidos de América, donde la vida se parece a los anuncios de Coca Cola.

Vale, ahora comprueben el resto del condado de Suffolk, la cola bifurcada de la ballena. La cola no se agita saludando a Manhattan ni al centro de Estados Unidos. No, se alza para saludar a Connecticut y Rhode Island. El East End de Long Island es, de hecho, el séptimo estado de Nueva Inglaterra.

¿Ven? En la zona de la cola hay granjas estilo yanqui, piscifactorías y unos cuantos pueblos coloniales intensamente primorosos que solamente carecen de un cartel tallado a mano que diga: «No estoy echado a perder». Y ahora miren South Fork, mi hogar. Nuestro acento está más cerca del de Boston que el del Bronx. Sólido material anglo, aumentado (la mayoría diría que mejorado) por indios, negros, alemanes, irlandeses, polacos y demás. Más granjas. Más ciudades hermosas. ¿Pero sin echar a perder como en North Fork?

No, arruinadas más allá de lo comprensible.

Durante más de cien años, artistas y patanes, genios y tontos, han venido aquí con sus modos de vida... y su dinero. A los Hamptons. «Veraneamos en los Homp-tons», dicen. Lo hacen siempre: en el «oh tan social» Southampton, «no digas rico, di cómodo» Water Mili, el pedante Bridgehampton, «el hogar del aburrimiento» Amagansett

(creo que la última persona verdaderamente interesante que vivió en Amagansett murió en 1683), y «soy uno con el mar» Montauk.

Este paraíso veraniego no es mi South Fork; pertenece a hombres como Sy y a las legiones de neoyorquinos menores que ansían dejar sus huellas en la arena. Es el Edén de lo urbano: clubes playeros, clubes de tenis, clubes náuticos, clubes de golf; desayunos fuertes en la cafetería de diseño, grandes juegos de *softball*, grandes pasteles, grandes siestas.

Pero a lo largo de la estrecha franja de la cola de la ballena, hay también pueblecitos como Tuckahoe y North Sea y Noyack y Deerfield. Y hay personas que no saben ni les importa que la haya roja sea el «árbol de la decisión» y el arce japonés esté casi extinguido, o que el pato sea un ave de corral anticuada. Hay personas que están aquí no para pasar sus vacaciones, sino para vivir sus vidas: granjeros, cajeras de supermercado, dentistas, asistentes sociales, bibliotecarios, camioneros, cocineros, abogados, amas de casa, carpinteros, mariscadores, ordenanzas de hospital. Oh, sí..., y policías.

Me llamo Stephen Edward Brady. Nací en el Hospital de Southampton. Unos pocos días más tarde, mi madre me llevó a casa, a la granja Brady en Bridgehampton. Todavía está allí. No la granja, desde luego. Mi padre lo vendió todo menos la casa y una hectárea en 1955, poco más de una década antes del boom inmobiliario que lo habría hecho rico, la única cosa que mi madre siempre había deseado ser.

Nací el 17 de mayo de 1949, hijo de Kevin Francis Brady, granjero y (en la gran tradición de South Fork) borracho, y de Charlotte Easton (de los Easton de Sag Harbor), ama de casa y trepa social. En 1951 nació mi hermano Easton.

Fui a la Escuela Elemental de Sagaponack, una casa-escuela con una sola aula (los veraneantes dicen: «¡Me encanta! ¡Es tan auténtica!» Muy bien, sobresaliente en ambiente. Suficiente en educación. Notable en esa humedad helada que hace que los dedos te den calambres en invierno. Y matrícula de honor en olores a roedores putrefactos bajo los cimientos a finales de primavera). Luego fui al Instituto de Bridgehampton. Y después a la Universidad Estatal de Nueva York en Albany.

No es que fuera exactamente un santo en el instituto, pero al menos sabía quién era y a qué pertenecía. Cierto, fui un mal chico en Bridgehampton: conduje un par de veces en estado de embriaguez, entré a robar en un par de casas. En el fondo de mi corazón sabía que era sólo una etapa, que algún día me convertiría en un ciudadano sólido, volvería a comprar la granja de mi padre, me sentaría en el consejo escolar.

Pero escogí la generación equivocada y los genes equivocados. En Albany no fui más que otro loco gilipollas con patillas. Abracé la santísima trinidad de mi generación: sexo, drogas y rock and roll. Fui un auténtico creyente. Jodí y bebí y me drogué junto con Jim Morrison y Jimi Hendrix y Janis Joplin. Pero no morí. Me rajé.

Así que me alisté en el Ejército de los Estados Unidos. ¿Por qué? Aún hoy no tengo ni idea. No puedo recrear el muchacho que fui, el muchacho que pudo hacer alto tan tonto y autodestructivo.

En mi primer día de instrucción, me cortaron el pelo con una maquinilla que me lo dejó con menos de medio centímetro de largo. Recuerdo haber permanecido en posición de firmes y haber soportado a un chillón sargento filipino de un metro sesenta sostener esos pelos entre su pulgar y su índice, tirar de ellos y gritarme a la cara «¡Jodido hippie!». Todo lo que deseé entonces fue volver a casa. Supe que no era suficiente hombre para soportarlo. Pero tuve que hacerlo. En esas ocho semanas, el objetivo del ejército es romperte, para luego reconstruirte en forma de máquina que obedece todas las órdenes sin pensar ni discutir. Bien, me rompieron. Lloraba al acostarme todas las noches. Allí estaba, un hombre adulto, sollozando en mi almohada para que nadie, especialmente los otros reclutas, pudiera oírme.

Pero fui a la guerra como infante de marina, experto en el lanzador de granadas M79. Luché por Dios y Estados Unidos y el honor de la familia Brady. No. La verdad es que luché por conservar la vida. Luché aún con más fuerzas por no sentirme vivo. Sentirse muerto era todo un logro en Vietnam. Pasé del hash y la maría a fumar porros de opio. Y después de un mes, al *skag*.

El *skag* es la heroína. Con una pureza del cinco o diez por ciento en las calles de Estados Unidos. Con una pureza del noventa y seis por ciento en Vietnam. Nada de jeringuillas: cigarrillos. Sólo había que inhalar, así que no eras un yonqui. Todos teníamos eso muy claro. Sólo éramos un puñado de colegas que nos sentábamos a fumar por la noche después de un duro día de trabajo en la jungla; unas cuantas patrullas, unos cuantos disparos, y luego apilar cadáveres apestosos para que pudiéramos hacer nuestro recuento de muertos y volver a por más.

El *skag* era barato: tres pavos una dosis. Era bueno para nosotros, soldados del Ejército de Estados Unidos, tíos duros, mejor que la maría, porque la maría hace que el tiempo pase muy, muy lento. La heroína te saca de tu cuerpo, te lleva fuera del tiempo. Me sostuvo durante aquellos trescientos sesenta y cinco días en el infierno. No, no me cogieron. Si tenías cerebro y un poco de previsión, podías conseguir que otro se las cargara por ti y te ibas a casa libre (ja). Me licencié, con todos los honores.

No había estado dándole al *skag* todos los días. Sólo casi todos. Me

decía: «No eres un adicto.» Pero cuando aterricé en Estados Unidos después del vuelo de dieciocho horas, estaba enfermo: dolores en las piernas cuando repostamos en Guam, calambres estomacales, sudores en Hawái. Una diarrea terrible todo el tiempo, golpeando la puerta del lavabo del avión, doblado, gritando con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Por favor, oh Dios, déjame entrar!»

En San Francisco tuve que comprar heroína en la calle. Tres días, quinientos pavos. No sabía utilizar una aguja. El camello me hizo esperar en el sótano de una carnicería incendiada; después de que el viaje empezara a pasarse, me quedé temblando en la oscuridad, la cabeza dándome vueltas. Podía oler la madera húmeda y calcinada y la podredumbre, oír la carrera fugaz de las ratas. Cuando había un momento de pausa en su trabajo, el camello bajaba, sujetaba una linterna con los dientes y me inyectaba. Tenía los hombros hundidos y cabeza de tortuga echada hacia adelante, como Nixon. Las yemas de sus dedos, húmedas y calientes, buscaban una vena; había medias lunas de suciedad verdinegra bajo sus uñas. Me lo dijo: «No esperes que siga haciendo esto. No es más que un servicio especial de presentación.»

Esa noche me sentí mal. Subí a buscar aire fresco a eso de las dos de la madrugada y me topé con una redada de la policía de San Francisco. Un poli negro de aspecto sañudo me agarró. Estaba a punto de golpearme cuando me miró por segunda vez y preguntó: «¿Soldado?» Contesté que sí y él dijo: «Estúpido pedazo de mierda blanca», pero en vez de detenerme, me llevó a una de esas clínicas gratuitas de Haight-Ashbury.

Una doctora dirigía la clínica. Tardé casi una semana en desintoxicarme. Luego pasé otras dos semanas en cama..., con la doctora. Se llamaba Sharon. «Refuerzo positivo», lo llamaba ella. Sharon jadeaba mucho; yo no paraba de sentir su aliento caliente y húmedo de Certs mentolados. Siempre me miraba profundamente a los ojos al terminar. ¿No soy maravillosa?, inquirían sus ojos.

¿Maravillosa? De algún modo la cosa no estaba mal y, al parecer, me curaba. Pero mi polla podría haber estado anestesiada; juro por Dios que no sentía nada.

A finales de la segunda semana, Sharon quiso que volviera a la facultad, en San Francisco. ¡Eh! ¡Podría mudarme con ella! ¡Qué idea tan fabulosa! ¡Juntos podríamos saltarnos la tapa de los sesos! ¡Desintoxicar al toxicómano! ¡Terminar de darle a ella un repaso!

No dejé mi corazón, ni ninguna otra parte de mí, en San Francisco. Volví a casa por Navidad.

Dos días con mi madre y mi hermano, y me marché. Necesitaba un empleo. Uno de mis colegas del instituto se había enganchado en el departamento de policía de la ciudad de Southampton. No hacía falta

ningún título. La paga era decente. Solicité el ingreso, pero había lista de espera, así que me enrolé en la policía de Suffolk. Me convertí en guardián de los barrios residenciales, mantenedor de la paz para los cuidadores de césped y demás habitantes de chalets.

Pronto empecé a mostrar mis genuinos matices de Brady (tan opuestos a los Easton), bebiendo unas cuantas cervezas al día. Luego un paquete de seis. Era alcohólico (no es que lo supiera) y oficial armado de la Ley. Pero, eh, era un poli magnífico y ambicioso. Mi trabajo lo significaba todo para mí. Al principio, incluso enloquecía por las tonterías: el uniforme, la placa, el arma, la sirena. Finalmente, fui parte de algo bueno. Ley y orden. Con un poco de esfuerzo, sentí que mi vida, como Suffolk, podría ser mantenida bajo control.

Casi siempre funcionó. Me pasaba los días libres en Bridgehampton, ligando mujeres y follando o viendo a los Yankees (en un mundo ideal, habrían sido ambas cosas). En dieciocho años, creo que no tuve una relación que durara más de un mes. Llegué a beber dos paquetes de seis cervezas y media botella de licor al día. Whisky en invierno, vodka en verano.

Como todos los demás borrachos, estaba absolutamente convencido de que no era un borracho. Mi mente era tan aguda que podía nombrar cada uno de los tantos de la carrera deportiva de Thurman Munson. Y en el trabajo, cuando me enfrentaba a un caso difícil, podía dejar el alcohol completamente. Eh, no tenía ningún problema.

En 1984 era ya sargento de detectives en Homicidios. Trabajaba dieciocho, veinte horas al día. Me subía al carro y permanecía en él un par de meses; luego me bajaba. Pero era bueno ocultando que bebía.

Pero, al parecer, no fui lo bastante bueno. Tras catorce años de alcoholismo, alguien en el departamento se dio cuenta de que lo que incluso mis amigos habían estado considerando poco aguante podría ser un caso serio de alcoholismo cuando me enzarcé en una pelea con un tipo de Personas Desaparecidas en el aparcamiento de la central de Yaphank. Saqué mi pistola, disparé y me cargué su retrovisor. No recuerdo absolutamente nada del incidente. Me dijeron que empecé porque aquel tipo había aparcado encima de la línea, demasiado cerca de mi coche, un Jaguar índigo del sesenta y tres, tipo E. Podía pasar de cero a cien en seis segundos. Me encantaba mi coche.

Mi oficial de mando, el capitán Shea, sugirió unas vacaciones en South Oaks, el centro de recuperación favorito del departamento. Vacaciones: me quitaron la maleta y la registraron; me cachearon; me quitaron ni navaja de afeitar.

Estaba muy asustado. Nadie más lo estaba allí. Este era el mejor lugar para ver y ser visto. Todo aquel que es alguien se está desintoxicando, parecían decir todos los tíos y tías con chándals y

zapatillas. A todos les encantaban los grupos; les encantaba hablar sobre sus padres borrachos, sobre sus madres alcoholizadas. No podían esperar a contarte que se despertaban empapados en su propio vómito. Lloraban. Reían. Se abrazaban unos a otros. Todos parecían pensar que estaban haciendo una prueba para el papel principal en su propio telefilme biográfico: *Debbie (o Maruin): Retrato de un alcohólico de Long Island.*

Recuerdo que siempre me comporté fríamente en South Oaks, y hablé lo menos posible. Pero pensaba todo el tiempo. Pensaba: «Mi vida es una mierda. Todo lo que tengo es trabajo (muerte), mi polla y la televisión.» Verán, cuando uno está sentado en una sesión de terapia con siete alcohólicos y un psiquiatra y mira atrás y se da cuenta de que el máximo logro de la última década de su vida fue abandonarse a la televisión por cable para poder ver el Canal Deportivo, empieza a darse cuenta de que puede ser un poco tosco en el departamento de humanidad. Me recuperé en South Oaks. Después de salir de allí, me afilié a Alcohólicos Anónimos. El departamento me dijo que no me expulsarían, pero tendría que volver al uniforme.

Aquello fue terrible. No, fue humillante. Olviden que una vez me sentía excitado por ser un chico de azul. Ahora era un hombre. ¿Qué estaba haciendo disfrazado de poli de carnaval? ¿Estaba condenado a dar vueltas interminablemente, con la mente en otro sitio, en un coche patrulla durante el resto de mi vida?

Luché durante medio año para volver a Homicidios. Además de los Yankees, mi trabajo (resolver los rompecabezas) era lo único que realmente me importaba en el mundo, lo único que me hacía sentirme vivo. Finalmente conseguí volver, sobre todo porque Shea y Ray Carbone sabían que me necesitaban y dieron la cara por mí. Pero perdí mi rango de sargento. Estaba claro que no era un líder. Shea dijo:

—A la última fila, Brady. Me importa un carajo que el alcoholismo sea una enfermedad. Es tu problema. Si oigo que te acercas a un kilómetro de una botella de algo, te partiré el culo. ¿Me oyes?

—Sí —dije—. Muy justo.

En enero de 1989, al volver a casa tras una reunión de Alcohólicos Anónimos, conocí a Lynne, de veintitrés años, originaria de Annapolis, Maryland, maestra de niños retardados en la Academia del Espíritu Santo en Southampton, cuando me detuve a ayudarla con un neumático pinchado. Lynne era inteligente. Seria. Con clase. Hermosa. Y competente: la verdad es que no me necesitaba para cambiar la rueda. Y, sí, era estable. El 4 de julio nos prometimos.

Ya está. *Mi vida*, por Stephen Edward Brady. No precisamente un personaje resplandeciente. De hecho, un tipo no del todo bueno. Tal vez incluso un mal tipo. Pero un hombre que, como todos los

hombres, contiene en su interior la posibilidad de redención. ¿Vale?

Así pues, mi autobiografía hasta aquel día no tan hermoso en que Sy Spencer fue asesinado y advertí que, hasta que la muerte nos separara, encontraría paz y tranquilidad e incluso felicidad con Lynne.

Pero tal vez nunca encontraría diversión.

2

-V

amos —insté al chico, esperando una discusión—. Sy y Lindsay eran la pareja perfecta.

Dios, quería vida. Créanme, había trabajado en suficientes homicidios para saber que las primeras entrevistas daban el tono a toda la investigación. Debías vigilar tus fuentes: cualquier arrebato de pasión (furia ante el asesino, ira, pena, hostilidad a la policía) era mejor que bocas de palmo y culos de plomo. Caminé por la habitación.

—Sy Spencer y Lindsay Keefe. Una pareja brillante del mundo del espectáculo: con éxito, enamorados, rodando una gran película.

—No —susurró Gregory J. Canfield. Por fin había murmurado una palabra. Eso significaba que estaba metabolizando. Pero era difícil asegurarlo, porque era tan animoso como la víctima de un homicidio. Gregory era el ayudante de producción personal de Sy, por un contrato del estudio con la Facultad de Cine de la Universidad de Nueva York. Pobre tipo: su personalidad no sólo bordeaba lo inerte, sino que era un gusano nato. Era el ser humano más flaco del mundo, su estrecha camiseta marrón que se le clavaba en las costillas, y sus anchas bermudas no ayudaban mucho a mejorar su aspecto. Además, tenía esos ojos fantasmales blanquiazules, ojos casi sin color, ojos que pertenecían a algún animal de vientre viscoso, de esos que reptan por

los suelos pegajosos y cubiertos de suciedad de los cines—. Ejem, el señor Spencer y la señorita Keefe... no eran precisamente Irving Thalberg y Norma Shearer.

Apenas pude oírle.

En comparación, mi voz sonó terriblemente fuerte, como la propaganda de un producto de limpieza para inodoros.

—¿Qué estás diciendo? ¿No eran felices?

—Tal vez Lindsay Keefe le haya dicho otra cosa, señor —murmuró Gregory. Esa parecía ser toda la firmeza que era capaz de reunir—. Pero creo, ya sabe, tal vez estaban destinados al desastre.

—¿A qué te refieres? ¿Desastre personal?

—Bueno, hum, sobre todo con la película. Tal vez el tema personal vendría más tarde. —Se inclinó y pasó el dedo por una arruga demasiado apretada de su pierna. Llevaba sandalias, un modelo hecho a mano con tiras de cuero que se cruzaban en sus delgadas piernas.

—¿Qué tenía de malo la película? —pregunté. Pero le había perdido; su atención estaba ahora centrada en Sy y el equipo de investigación. Sus ojos escrutaron la actividad y luego se detuvieron en un par de aprendices de identificación que desenrollaban una cinta métrica, extendiéndola desde la esquina de la plataforma de la piscina hasta la nuca de Sy. La piel de Gregory se puso un poco verde; deglutió: un desmayo potencial—. Vamos a dar un paseo —insinué, agarrándolo por el hombro y alejándolo de la acción, hacia la tranquilidad de las dunas de la playa—. Habla conmigo. Eso es. Concéntrate. ¿Qué te hace pensar que *Noche estrellada* tenía problemas?

—Oh, las tomas diarias. Lo que antes llamaban las rápidas. No eran... buenas.

—¿No eran buenas o eran una porquería?

—Hum, más que eso. De hecho, eran más que horrendas.

Volvió la cabeza para ver cómo un examinador médico clavaba una jeringuilla en la nariz de Sy. Le hice dar la vuelta para que contemplara el océano y mantuve mis manos sobre los lados de su cara durante un segundo, como si fueran orejeras.

—Deja de mirar el trabajo de esos policías, Gregory. Lo tuyo es el cine, no el departamento de Homicidios. Sólo conseguirás marearte. Ahora háblame de *Noche estrellada.*

—Lindsay estaba destrozando la película. Tendría que haber visto la cara de Sy después de visionar las diarias: pasaba de decepcionado a... traumatizado.

—¿Qué decía? —pregunté.

—Oh, bueno, verá, nada. Era muy..., ¿cómo le diría yo? Reticente.

—¿Qué quieres decir? ¿Reservado? ¿Frío? ¿Desagradable?

Gregory tragó saliva para aclararse la garganta; su nuez borboteó.

—No. Simplemente no..., no respondía. No era uno de esos silencios cómodos estilo Gregory Peck, ¿sabe? Más como De Niro reflexivo, si De Niro hiciera el papel de un tipo de la Liga Ivy. Pasaba algo en su fuero interno, pero uno no estaba seguro de qué. De todas formas, la secretaria de Sy estaba en su oficina de Nueva York, así que mi trabajo era estar siempre allí, pendiente de él: hacer llamadas telefónicas, llevar listas de todo lo que quería que hiciera la gente, llevar y traer recados al plato, cosas que su ayudante personal, el productor delegado, era demasiado importante para hacer. Pasaba mucho tiempo en la casa, a veces en la misma habitación. Pero él nunca me decía nada a menos que fuera una petición específica. Como llevarle un vaso de Evian; le gustaba sola, sin limón. O averiguar qué clase de flores le gustan a la diseñadora de vestuarios, porque Lindsay se había puesto muy pesada con un osito de peluche con un lazo rojo; Sy quería suavizar las cosas.

—¿Nunca te hablaba personalmente?

—No. Sólo hola por la mañana y adiós cuando me marchaba..., si no estaba al teléfono.

—¿Lo viste alguna vez enfadado? —Gregory sacudió la cabeza—. ¿Le viste mostrar algún tipo de emoción?

—Bueno, se reía cuando le contaban algún chiste por teléfono, ese tipo de cosas. En una ocasión, estaba hablando con alguien que supongo era importante, le oí imitar a William Powell. Ya sabe, ese encanto picaruelo. Pero nada más. No cuando yo estaba cerca, señor.

—Parece que debió de ser difícil trabajar para él.

—Era una especie de combinación de William Hurt y Jack Nicholson. Con clase, aterrador y frío. Pero no tengo ni idea de si me apreciaba o me odiaba.

—Pero, aunque no mostraba ninguna emoción, dices que notabas que no estaba contento con las diarias.

—Sí. Las dos últimas noches estaba blanco como un papel cuando se encendieron las luces. Tenía que saber que Lindsay estaba cargándose la película.

—¿Pero lo sabes con seguridad?

—No. Sólo podía... intuirlo.

—¿Habían estado peleándose Lindsay y Sy?

—No era una confrontación directa. No que yo viera. Pero durante la mayor parte de esta semana el ambiente estuvo cargado. Estoy seguro, ya que pertenece usted a Homicidios, señor, que sabe bien que la furia de la mayoría de la gente no se expresa verbalmente.

—Sí, lo sé. Pero si intentas venderme una teoría así, tienes que darme algo de sustancia. Vamos. ¿Hasta qué punto estaba furioso Sy? ¿Y Lindsay? ¿Lo bastante para meterle dos balas?

En la playa había suficiente luz de los Servicios de Emergencia

para permitirme ver que en los esqueléticos brazos de Gregory empezaba a ponérsele la carne de gallina.

—Por favor, detective Brady, la señorita Keefe podía no ser adecuada para este papel concreto, pero siento el mayor respeto por ella, no sólo como actriz, sino como ser humano. Estoy seguro de que alguien de su talla intelectual...

—¡Vale, Gregory! Esto no es ningún jodido seminario de la facultad de cine. Lleváis tres semanas de rodaje. ¿No es un poco pronto para saber que una película tiene problemas?

—No. Todo el mundo lo notaba. ¿Sabe lo que es una sensación de intensa comunión? ¿Ha llegado a ver *Día por noche*?

—No. Y no me hables de películas o actores. Háblame de la vida.

—En el plato, el reparto y el equipo técnico seguían a su aire, hablando de otras películas en las que habían trabajado. No sobre ésta.

—¿Pero qué hay de Lindsay Keefe? ¿Cómo podía estar mal? Se supone que es una de las mejores actrices que existen, ¿no?

—Es una buena actriz. Pero su papel exige vulnerabilidad bajo una apariencia de dureza. Lo único que aparecía en las diarias era dureza. Y no dureza sofisticada como la de Sigourney Weaver. Sólo dureza, inflexibilidad. Muy al estilo de las miniseries de televisión.

—¿Has visto las diarias?

—Sí.

—¿Y bien? ¿Estaba ella mal?

—Sí, señor.

—¿Expresó Sy su descontento con su trabajo, bien a ella, a ti o a alguna otra persona?

—No..., la verdad es que no. Pero era tan circunspecto que uno nunca sabía lo que estaba pensando a menos que te lo dijera específicamente. —Gregory vaciló. No pude determinar si estaba intentando inventar algo (cualquier cosa) para satisfacerme o si trataba sinceramente de recordar algo. Pero justo entonces llegó Robby Kurz caminando lentamente por el césped.

El detective Robert Kurz. Lluvia, sol, nieve, granizo. Disparo, apuñalamiento, veneno. Hombre, mujer, niño. No importaba cuáles fueran las circunstancias del homicidio, el detective Robby iluminaba todas las escenas del crimen con su gran sonrisa bonachona, su cara chata y la brillante luz blanca de su entusiasmo.

—¡Hola, Steve!

—Hola. —Para apartarme de su implacable exuberancia, caminé hacia la playa, fingiendo que quería pensar. Naturalmente, Robby se apresuró a seguirme.

Afortunadamente para mí, Robby tenía treinta años. Eso

proporcionaba cierta distancia. Yo llevaba en el cuerpo casi diez años más que él. Cuando él estaba todavía sentado en su coche patrulla, esperando a que algún trabajador de Dix Hills se saltara una señal de stop, yo era la estrella naciente de Homicidios. En rango, al haber sido degradado, era su igual. Pero en la realidad, siendo detective jefe, era su superior.

El pretendía no darse por enterado. Robby, a pesar de la brillante calva que intentaba ocultar peinándose de lado y rociando su pelo de laca hasta dejarlo rígido, a pesar de su esposa siempre desesperadamente ansiosa por charlar (la señora bonachona, con un corazón de plata redoblando en su pecoso pecho) y, más importante, a pesar de su récord de detenciones, que embarazosa y desgraciadamente, casi triplicaba su récord de condenas, había decidido que era el poli perfecto. La idea lo llenaba de placer; era imposible adelantarle en el lavabo, en las escaleras, en la máquina de café, sin obtener una sonrisita embelesada. Todas las mañanas repartía bollos y galletas y queso danés a la brigada como si fuera el Papa repartiendo bendiciones.

Robby se plantó a mi lado cerca de la duna, con un pie más alto que el otro, el cuerpo en una pose incómoda. Estaba claro que no era un tipo de la calle; la seguridad del linóleo de Suffolk era preferible a la arena.

—¿Qué has conseguido? —le pregunté. Pasé la mano sobre la alta hierba de la playa.

—¡Pisadas en la hierba cerca de la casa! —exclamó, entusiasmado —. Suelas de goma. De las baratas y corrientes. Mitch, del laboratorio, dice que son de la talla cuarenta y dos o cuarenta y tres, de hombre, aunque obviamente —Robby hizo una pausa, probablemente para que yo pudiera prepararme para una andanada de brillantez deductiva— ese tipo de zapatos puede usarlos cualquiera. Pero si podemos localizarlos...

—¿Dónde estaban exactamente las pisadas?

Señaló más allá de la piscina y el césped, hacia la esquina del gran porche que rodeaba toda la parte trasera de la casa. Estiré el cuello y entorné los ojos. Un tipo del laboratorio peinaba una zona de hierba junto a la casa. Acababa de fotografiar las pisadas, preparándose para aplicar el empaste que usamos para hacer un molde de ellas.

En esa esquina concreta, cubierta de entramados, el pasillo se alzaba un par de metros, con el porche encima. Desde las dunas, no lejos de donde estábamos, a unos cien metros de distancia, habría sido fácil localizar a un hombre con un rifle. Pero no desde la casa. A menos que te estuvieras apoyando deliberadamente contra la barandilla del porche, mirando hacia el lugar donde la hierba se encontraba con el entramado, alguien con un 22 podría agazaparse

bajo la seguridad de la mansión sin ser visto.

—¡Esto podría ser muy importante! —anunció Robby, mostrando con la cabeza que estaba de acuerdo consigo mismo. Su pelo engominado no se movió.

Pero a pesar de su excitación, yo no estaba dispuesto a tener un orgasmo por el asunto de las pisadas; los buenos investigadores no deben correrse demasiado rápido. Quería descartar todas las otras explicaciones posibles de las pisadas antes de perder dos días investigando suelas de goma.

—Mira a ver si puedes hacer que alguien investigue a los jardineros —le dije a Robby—. Averigua si alguno de ellos usa zapatillas de tenis. Echa también un vistazo al armario de Sy. No advertí nada cuando entré, y no creo que las use, pero los tipos como él pueden haber decidido que K. Mart era *très* divertido o alguna tontería por el estilo, y puede que comprara cincuenta pares. —Pensé durante un segundo—. Aunque tal vez no sea de su talla. Era un tipo pequeño: manos pequeñas, pies pequeños, probablemente también tuviera pequeño...

Me detuve antes de empezar. No estaba bien ser inmaduro y sucio delante de Robby. Su idea del humor eran los chistes polacos. Su concepto de hablar de sexo era confesar que él y Pechos Pecosos habían pasado un fin de semana en un motel para estar a solas.

—¿Algo más? —le pregunté.

Robby sonrió (infantilmente) y jugueteó con una manga de su chaqueta deportiva, una prenda azul brillante que tenía un medio cinturón cosido a la parte trasera de la cintura. Se vestía como si hiciera un peregrinaje anual a Peoria.

—Había cabellos. En una de las habitaciones de invitados, aunque no había ningún invitado.

—¿Todos eran de Sy?

—Había un vello púbico, probablemente suyo. Cuatro de la cabeza, de alguien que se apoyó contra una de esas cabeceras de mimbre. Los pelos se engancharon.

—¿Alguno con raíces? —Con el nuevo sistema de análisis del ADN, se puede conseguir el tejido genético de cualquiera a partir de una célula que tenga núcleo. Pero para hacerlo con el pelo, son necesarios los folículos que se agarran a la raíz, y aunque a veces se encuentra alguno, es mejor si se tiene un puñado de diez o doce cabellos.

—Raíces completas en dos de los pelos de la cabeza. No eran de Sy Spencer, porque eran negros o castaño muy oscuro, y largos. Él tenía el pelo corto y gris y...

—Sí, lo he visto.

También le había echado una ojeada rápida a Lindsay Keefe cuando su agente medio la escoltó medio la arrancó del coche, y era

como la recordaba de las películas. Rubia. Platino.

—¿Eso es todo lo que has encontrado? —pregunté.

—Vamos —dijo. Era tan jodidamente alegre—. Ya sabes cuánto se tarda en obtener de Identificación algo que parezca una opinión.

—¿Entonces mientras has estado dentro con Carbone no te ha dado por preguntar si alguno de los habitantes de la casa podría haber echado un polvo rápido en el dormitorio? ¿Doncellas, criados..., ese tipo de cosa?

—Relájate. ¿Adónde vas? ¿A apagar un fuego? Estaba a punto de interrogar a los criados, pero pensé que debía informarte primero. —Robby hizo una pausa. Habían pasado tres minutos desde que mostró su infantilismo, que te desarmaba, así que me regaló una sonrisa torcida—. Escucha, los dos sabemos que éste es un caso importante, Steve. Quiero hacerme cargo..., igual que tú. Si podemos cerrar el caso pronto y bien, podría significar grandes cosas.

Cuando se trabaja con un puñado de polis, o cualquier grupo de personas, siempre hay algunos que acaban por irritarte. Ya sea con tendencias molestas de personalidad, como pereza, picardía, torpeza, o simplemente con hábitos personales irritantes, como aspirar entre los dientes, morderse las cutículas o sonreír demasiado. Pero Robby no era horrible. No era odioso. A veces, como cuando hablaba de deportes, especialmente de hockey, podía hasta resultar interesante; nadie sabía tanto sobre la estrategia ofensiva de los Islanders como él. ¿Y qué más daba si detrás de todas las sonrisas había un detective engreído? Yo simplemente me mantenía apartado de él.

Pero de lo que no podía apartarme era del hecho de que pensaba que era un mal policía. Y él creía ser el chico bueno declarado de Suffolk. Días, incluso semanas antes de que el ayudante del fiscal del distrito pensara que tenía un caso, Robby se dedicaba a hacer arrestos, sólo porque sabía quién era el malo. E iba a cogerle.

Las sonrisas y los bollos que repartía a los polis desaparecían para los sospechosos; la mayoría de sus interrogatorios se convertían en acusaciones con el dedo. Cierto, podía intimidar a algún chaval para que vaciara sus entrañas. Pero degradaba a sospechosos que otros detectives habían suavizado, y en vez de acceder a una confesión grabada en vídeo, gritaban pidiendo un abogado.

Una vez, mi mejor amigo en la brigada, Marty McCormack, y yo teníamos a un joven cuya nueva esposa había desaparecido. Yo sabía (Cristo, lo sabía todo el mundo) que la había matado y se había desembarazado del cadáver. ¿Pero cómo podíamos averiguar dónde? Le seguimos la corriente, como si fuera un marido angustiado; Marty le hizo buscar a su esposa, pensando en lugares posibles donde pudiera estar. Yo le hacía hablar. Una noche, salimos a tomar un plato

de chile y le pedimos a Robby que entrara en la sala de interrogatorios y lo cuidara. En la media hora que estuvimos ausentes, se puso duro. Hostil. Agresivo. Sabía que el joven era un tipo malo. ¿Quién no? Pero casi lo echó a perder.

Y yo perdí la cabeza al descubrirlo, golpeé las paredes, lo llamé «estúpido pedazo de mierda», y le grité: «¡Tu jodida intromisión casi lo estropea todo!»

—Vamos, tranquilo, Steve —dijo él, e incluso consiguió hacer un gesto juvenil con la cabeza que significaba: Bah, ese Brady y su maldito temperamento.

No es que yo le odiara. Éramos simplemente agua y aceite, carne y pescado, día y noche. Y sin llegar a ningún acuerdo, conseguíamos bastante bien que nuestras vidas (y nuestros despachos) estuvieran distanciados.

Hasta Sy.

—¡Steve Brady! —exclamó Marian Robertson, la cocinera de Sy. Hizo un movimiento giratorio con el dedo índice, instándome a volverme. Y, obedientemente, me volví para que pudiera verme en trescientos sesenta grados—. No puedo decir que no pareces ni un día más viejo que cuando estabas en el instituto, aunque eres el mismo muchacho..., pero con cara de hombre. En el momento en que entraste me dije: «Ese es el chico que era defensa en el equipo de Mark», aunque no recordé tu nombre. Pero sí veo a tu hermano. Easton Brady es tu hermano, ¿verdad? —Asentí—. Qué muchacho tan guapo. Podría ser una estrella de cine.

La señora Robertson continuó parloteando con la confianza absoluta de que era el personaje más inolvidable de South Fork. De hecho, yo la había olvidado por completo hasta que entré en la cocina de Sy.

Y qué cocina..., sobre todo si eres un gran fan del siglo dieciocho. Ristras de ajos, manojos de hierbas, cacharros de cobre y cestas de mimbre colgando de las paredes y las vigas. Una cafetera de hierro pendía de una chimenea de ladrillo de metro ochenta; era tan pantagruélica que Sy podría haber jugado al escondite en ella.

La señora Robertson se dio la vuelta para cortar la corteza de los sándwiches que estaba preparando para el equipo de investigación y empezó a disponerlos en una pila intrincada y perfecta: algunos cremosos color queso en lo alto, los de paté rosa claro a continuación, y luego los oscuros de jamón ahumado, de manera que el plato parecía una elegante maqueta arquitectónica de una casa de playa de diez millones de dólares.

—¿Verdad que está bien? —preguntó—. Una de mis especialidades. Por cierto, Steve, en el momento en que me enseñaste

la placa, por supuesto que recordé haber oído que te habías hecho policía, aunque como puedes imaginar, entre nosotros, eras el último chico del instituto de Bridgehampton que habría esperado ver de uniforme. —Arrugó la nariz en un gesto que significaba (según creo): «Puede que tengas una pistola y una placa, pero para mí sigues siendo un adolescente con marcas de Clerasil—. Ya veo que siendo detective puedes vestir de paisano. El rango tiene sus privilegios, y eso está bien, porque esta ropa te sienta realmente bien.

Marian Robertson estaba igual que cuando se sentaba en la primera fila de las gradas en todos los partidos de baloncesto del instituto: piel oscura, baja, con rasgos redondeados y un cuerpo vivaracho y regordete, como si, a través de sucesivos matrimonios interraciales, fuera medio hermana del chico de los anuncios de los donuts. El único cambio que pude apreciar fue su pelo; parecía que se hubiera colocado una peluca gris para hacer reír a los partidarios de Bridgehampton. En el instituto era inolvidable, y siempre traía galletas para «vosotros los jóvenes», dándonos a cada uno una recubierta de chocolate o de nueces mientras salíamos trotando a la cancha, diciendo aquello de «¡Hay más de donde salieron éstas!».

—Señora Robertson, sé que ha declarado ante el sargento Carbone, pero tengo un par de preguntas más. ¿Qué aspecto tiene la doncella?

—¿La doncella? Es muy corriente. —La señora Robertson abrió una de las puertas de cristal del gigantesco frigorífico estilo restaurante, miró los melones y sacó una enorme pelota beige que probablemente era una variedad cantalupo de veinticinco dólares mejorado genéticamente.

Consulté mi libreta.

—¿Sólo hay una doncella, Rosa?

—Eso es.

—¿Es blanca, negra, hispan...?

—Portuguesa —me cortó Marian Robertson—. Baja, pero más alta que yo. Tal vez metro sesenta. Ya sabes, como la canción. —Se aclaró la garganta—. «Uno sesenta *ojos azules* pero lo que es capaz de hacer con todo eso...» ¡Oh, Señor! ¡Steve, estoy cantando! Pido disculpas. ¡Qué aspecto debo de tener! Pero llevo catorce años trabajando para el señor Spencer, y es tan... ¡Asesinado!

—Escuche, está trastornada. Tiene derecho a estarlo. —Hice una pausa—. ¿Le apreciaba mucho?

—Bueno..., lo suficiente. Quiero decir que era muy amable. Eso es lo que decía todo el mundo: «Sy es tan divinamente amable. Tan cortés.» Ya sabes cómo hablan esos neoyorquinos. —Asentí; los que habíamos nacido aquí compartíamos la idea de que éramos más decentes y más apegados a la tierra que los gusanos de la ciudad de Nueva York. Ya puestos, sabíamos que éramos mejores seres humanos

—. Déjame que te diga una cosa, esa gente del cine son todos unos falsos. Pero el señor Spencer parecía bastante honesto, no tan deslumbrante ni superficial.

—¿Pero le agradaba?

—Bueno..., ahora que lo pienso, no estoy tan segura. Era bastante frío.

—¿Gélido? ¿Retraído?

—No. Muy calmado, pero bastante decente. Sonreía mucho. No reía. Nunca me trató de forma distinta el primer verano o el último. Pero era como si tuviera un guión de cómo actuar con una cocinera, y eso era todo. Bromeaba, diciendo cómo iba a tener que hipotecar la casa para pagar mis pollos; hago unos pollos muy sabrosos. Pero el mismo chiste durante catorce años.

»Y, veamos, era ciertamente cortés: un cumplido después de cada cena con invitados, y si no le gustaba algo, que era casi nunca, no se ponía desagradable. Sólo decía: «No me entusiasma la fruta cubierta de chocolate.» —Abrió un contenedor de plástico y me tendió una galleta—. De almendra vienesa.

—Gracias. Volviendo a la doncella, señora Robertson. ¿Qué aspecto tiene?

—Es baja, ya te lo he dicho. Piel amarillenta, pero con marcas de viruela, pobrecilla.

La galleta estaba buena. Sonreí.

—¿De qué color tiene el pelo?

—¡Vaya, sí que te pones guapo cuando sonríes! Deberías sonreír más a menudo. Tu cara se enciende como un árbol de Navidad.

—¿El pelo de Rosa, señora Robertson?

—Originalmente, sólo el buen Señor y su madre lo saben, aunque supongo que es castaño. Durante todo el tiempo que lleva trabajando aquí —sacudió la cabeza tristemente—, rojo encendido.

—¿Y Rosa y usted eran las únicas personas que trabajaban aquí? Esperaba criados, chóferes o mayordomos.

—No. Contrataba camareros y servicio de barra para cenas y fiestas. Tenía un chófer en la ciudad, pero cogía el helicóptero o conducía ese deportivo suyo.

Tendí la mano en espera de otra galleta. Cuando ella me la dio, pregunté:

—¿Quién estuvo hoy en la habitación de invitados con Sy Spencer?

—¿Qué? —Pareció sorprendida.

—Alguien ha usado la habitación de invitados.

—¿Además del señor Spencer?

—Sí.

—¿De verdad? No tenía ni idea, Steve. Ya sabes, Lindsay Keefe y él estaban viviendo juntos. Pero ocupaban la suite principal. ¿Qué te

hace pensar que ha habido alguien en la habitación de invitados?

Le di otro mordisco a la galleta.

—Sólo algunos indicios —respondí—. ¿Oyó a alguien arriba?

—Sólo al señor Spencer. Estuvo aquí toda la tarde, haciendo la maleta para irse a Los Ángeles, hablando por teléfono. Tenía que haberse marchado esta mañana, pero tuvo que volver al plató, así que supongo que cambió algunos planes.

—¿No había nadie con él?

—No. —Pensó un momento y añadió—: Quiero decir que no pondría la mano en el fuego, porque para decir la verdad pueden contarse con los dedos de una mano las veces que he estado en la planta superior de esta casa. Pero por lo que sé, estaba solo.

—¿Dónde estaba Rosa?

—Ella limpia y hace la colada todas las mañanas, luego se va a pasar la tarde en casa..., tiene una niña pequeña. Se lleva lo que hace falta planchar. Vuelve a eso de las seis, para limpiar la cocina, escurrir los cacharros, fregar el suelo, sacar la basura, ese tipo de cosas. Luego se queda hasta la cena y recoge los platos y pone la mesa para el desayuno.

—Señora Robertson, no quiero avergonzarla, pero en una investigación policial tenemos que hacer algunas preguntas bastante directas.

—Adelante.

—¿Había algún indicio de que el señor Spencer tuviera relaciones sexuales en otra habitación además del dormitorio principal?

—Me voy a casa después de la cena. Por lo que sé, podría estar haciéndolo en la sauna o en la sala de proyecciones o en la bodega. Todo lo que puedo asegurar es que en mi cocina no, porque lo sabría a los dos segundos. Nadie, ni el jefe, ni el propio Dios, puede tontear en mi cocina. ¿Comprendes, Steve?

—Comprendo.

—Bien.

Los policías locales (en este caso los de Southampton) aseguran el perímetro de la escena de un crimen. Uno de ellos, un chaval larguirucho a quien mi madre habría llamado «un largo trago de agua», vino a la tienda al otro lado de la piscina donde estábamos comiendo los sándwiches de Marian Robertson.

—¿Hay alguien aquí llamado Steve Brady de servicio esta noche? —preguntó. Yo solté mi taza de café—. Hay un tipo ahí fuera. Muy preocupado por el asesinato. Dice que es su hermano.

Así que fui a ver a Ray Carbone para hablarle de la conexión de Easton con Sy, aunque tuve que interrumpirle mientras cogía un sándwich triangular y lo miraba recelosamente, tras haber deducido

correctamente que era, de hecho, paté.

—¿Podemos hablar fuera un minuto? —pregunté. Él volvió a dejar el sándwich en el plato.

La tienda de franjas blancas y verdes en la que estábamos tenía tres lados. Supongo que era para cambiarte, si eras un exhibicionista, o para tenderte al amparo del sol y el viento. Estaba a unos tres metros de la zona menos profunda de la piscina, una distancia perfecta para que los polis tomaran un bocado, lo suficientemente lejos de la escena del crimen para que no hubiera que pretender que el cadáver de Sy era una alfombra arrugada mientras te tragabas su comida.

—Escucha, Ray, mi hermano Easton está ahí fuera. Quiere verme.

—Deja que entre y eche un vistazo —dijo Carbone. A la sombra de la casa de Sy Spencer, se había vuelto de repente el anfitrión más simpático de Long Island. Incluso hizo un gesto de bienvenida con el brazo. Entonces añadió—: ¿Easton?

—Sí.

—¿Qué clase de nombre es Easton?

—Mi madre procede de una familia yanqui de Sag Harbour. Era su apellido de soltera. Suelen hacer cosas así.

—Creía que eras irlandés.

—Mi padre era irlandés. En cuanto a mi madre...

—¿A qué se dedica tu hermano?

—A todo un poco. Cosas con clase.

—¿Como qué?

—Vendía Jaguars. Yo le compré el mío. Luego se dedicó a bienes inmuebles caros. Y trabajó en unas cuantas boutiques caras de por aquí.

—Parece que nunca ha tenido un empleo fijo. ¿Cómo es eso?

—Yo mismo soy un desarraigado. ¿Cómo demonios voy a saber qué les pasa a los demás? —En la tienda, los hombres estaban todavía congregados alrededor de la mesa repleta con la comida de Sy—. Ray, deja a un lado el psicoanálisis por ahora. Quiero acabar con esto. Tiene que ver con el caso.

—¿El caso? ¿Tu hermano?

—Sí. Mencioné la conexión cuando llamaron de la central, pero olvidé decírtelo. Easton trabajaba para Sy. Escucha, hace tres o cuatro meses se quedó sin trabajo; no fue exactamente una noticia. Oyó que Sy iba a filmar parte de *Noche estrellada* en East Hampton, así que consiguió hacerse con una invitación para una fiesta de caridad. Para abreviar, consiguió que le presentaran a Sy y alardeó de que había nacido y se había educado aquí y que conocía a todo el mundo y podía ser útil. A Sy le gustó y le contrató para que fuera una especie de contacto con la gente del pueblo..., supongo que para que

repartiera un poco de dinero y mantuviera a la gente feliz y preparara las cosas para la filmación. Lo hizo tan bien que Sy lo conservó para la película.

—¿Algún problema?

—No. Las cosas salieron bien. Eso es lo curioso: mi hermano pareció haber encontrado por fin algo que le entusiasmaba, y además era bueno en ello. Sy incluso lo convirtió en ayudante de producción, con su nombre en pantalla y todo. No al principio, sino al final, cuando aparecen todos esos créditos. Tarde o temprano, alguien le tomará declaración. Sólo te lo comunico porque ya sabes que al departamento le importa tanto todo eso de la ética y demás.

—Bueno, tal vez se encargue Robby. —Supongo que vio mi cara—. Steve, Robby no es mal chico. Vale, demasiado impulsivo y alocado para tu gusto.

—No tiene equilibrio.

—Tiene suficiente, y si no, tú lo compensarás. Robby estará contigo en esto. Ya verás cómo sale bien. Es buen tipo. Además parecerá mejor si alguien que no es tu amigo más íntimo se ocupa de tu hermano. Pero escucha, no tengo nada que objetar si quieres sentarte al fondo. En silencio. —Hizo una pausa—. ¿Es tu hermano, ya sabes, un tipo estable?

—No. Es un chiflado que cogió un 22 y le voló los sesos a Sy porque se había convertido en su figura paterna y Easton tiene un sentido tan bajo del valor que todo aquel que le respete y le ayude a encontrarse a sí mismo carece de valor ipso facto y tiene que morir.

Yo no estoy mal. Easton es guapo. Aunque nos parecemos, yo tengo pinta de poli irlandés y él de abogado episcopaliano. En otras palabras, mi hermano es una versión más WASP [1] y más refinada de mí: sus ojos son de un azul más profundo, su mandíbula es más recta, su pelo más brillante, y además mide uno ochenta. Yo mido un poco menos, lo que siempre me ha molestado, porque las chicas (las mujeres) siempre preguntan: «¿Cuánto mides?», y si digo uno ochenta parece mentira, pero si dijera uno setenta y seis y medio parecería un bufón.

Easton esperaba en el caminito de grava, no lejos de las escaleras que conducían a la puerta principal. No llevaba uno de sus atuendos típicos: una chaqueta cruzada de colores brillantes, o un jersey de color pastel, con más aspecto de aristócrata ocioso de Southampton que los de verdad. Vestía un traje gris oscuro con una impecable corbata de Paisley. Sus zapatos de cuero, iluminados por los focos bajos que iluminaban el camino de acceso y la entrada, eran más brillantes que su cara. ¿Preocupado? A pesar de la tenue luz, pude ver que lo estaba. Su piel parecía de cera. Tenía los ojos rojos no tanto por

haber llorado, como vi en cuanto me acerqué, sino de frotárselos, incrédulo.

—Hola, East —dije. Él dio un respingo—. ¿Estás bien?

—Lo siento. ¿Sabes lo que es muy raro? Aquí estoy, esperándote, deseando que estuvieras aquí, pero mi mente divagaba en diez direcciones a la vez, y ahora mismo, al oír tu voz, mi primer pensamiento ha sido: ¿qué demonios está haciendo Steve en casa de Sy?

—¿Cuándo te has enterado de lo sucedido?

—Al volver de Nueva York. He llegado hoy, para hacer algunos encargos para Sy, y cuando he llegado a casa había un mensaje en el contestador. De ese horrible estudiante de cine que es su ayudante de producción. Algo como: «Hum, uh, tal vez quiera saber que el señor Spencer ha sido, bueno, asesinado en su casa.» —De repente Easton dejó de hablar. Tiritó—. Maldición, hace fresquito —consiguió decir. Como mi madre, Easton usaba palabras como «fresquito» en vez de «frío», palabras para distinguirse de los proletarios—. Oh, santo Dios. —Se frotó los brazos, pero no sirvió de nada. Entonces sus dientes empezaron a castañetear, rápidamente, como esas estúpidas dentaduras de cuerda de las tiendas de artículos de broma.

—¿Has hablado hoy con Sy, East?

—Anoche.

—¿Algún indicio de que tuviera problemas?

—No.

—¿Sabes si había recibido alguna amenaza? —Sacudió la cabeza en respuesta, con incredulidad—. ¿Tienes algún motivo para creer que tuviera miedo de algo, de alguien?

—No.

—¿Algún cambio en su conducta?

No podía dejar de temblar.

—Estaba bien, te lo aseguro. —Para mi hermano, temblar era la forma absolutamente perfecta y más de buen gusto de desahogarse; muy adecuada. No hacía ruido, y al contrario que con el sudor o el vómito, podías tener tu respiro y luego ir directamente a un cóctel sin estropearte la ropa y tener que cambiarte.

—Ya te tomarán declaración mañana. ¿Por qué no te vas a casa? Pareces hecho polvo.

—Ni siquiera sé por qué estoy aquí. —Miró hacia la casa—. Supongo que pensé que debería aparecer. En el fondo de mi mente, pensaba: Con todo el caos, policías, Dios sabe qué más, tal vez pueda echarle una mano a Sy. Es una reacción loca, pero, Steve, tengo que decírtelo, es un tremendo impacto. Ya sabes, recibir ese mensaje.

—Debe de haber sido una auténtica patada en las costillas.

—Me dejó sin respiración. No puedo creerlo. Por el amor de Dios,

¿quién podría querer matar a Sy?

—¿Quién crees?

—Nadie podía querer matarlo —anunció Easton. Fue tajante. Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones neoyorquinos a la moda.

—El hecho parece indicar lo contrario, ¿no?

—Probablemente un ladrón.

—No.

—¿Cómo estás tan seguro?

—¿De qué hablas? Mi oficio es saberlo.

—Y nunca te equivocas, ¿eh?

Como siempre, después de más de sesenta segundos en mutua compañía, nos enzarzábamos en nuestra rutina regular de hermanos: nos dedicábamos a irritarnos mutuamente. Decidí que esta vez permanecería tranquilo. Más que eso. Era mi hermano. Estaba verdaderamente trastornado; sería amable.

—No parece haber ninguna evidencia de intento de robo —dije, con toda la suavidad que pude.

—¿Cómo lo mataron?

—Le dispararon desde cierta distancia. Probablemente con algo parecido a un 22. No parece un acto impulsivo. —Tuvimos un largo instante de silencio—. Escucha, otro poli te interrogará, probablemente mañana. Vete a casa.

Volvió a estremecerse.

—Fue realmente bueno conmigo.

—Sí. Escucha, lo siento. Oh, East, una cosa más. Olvida las peleas y las amenazas. ¿Algo en el comportamiento de Sy podría hacer sospechar que tuviera problemas con alguien?

Hay que reconocer que mi hermano pareció pensárselo realmente.

—Sólo he trabajado con él tres meses y medio. No puedo decir que lo conociese a fondo. Pero por lo que he visto, cuando estás produciendo una película, tienes problemas con todo el mundo. Tratas con un reparto y un equipo técnico de un centenar de *prima donnas*, y sus agentes, y sus sindicatos. Y luego tienes a la gente del dinero, que siempre convierten tu vida en un infierno. Un productor tiene que ser decidido... y duro. Y Sy lo era. Nunca se echaba atrás en una confrontación. Sólo seguía adelante. —Una pequeña sonrisa de afecto cruzó por la cara de Easton durante un segundo—. Sy era como una apisonadora. Nunca se detenía. Tenías que apartarte o te aplastaba. En algún que otro momento, es probable que casi todo el mundo relacionado con él le dijera, o quisiera decirle: «Muérete.»

—¡Hijo de puta! —estalló Carbone delante de mí y de Robby Kurz. Se refería a Eddie Pomerantz, el agente de Lindsay, ahora a salvo

camino a casa, quien, dos minutos antes, le había informado que Lindsay había tomado un par de Valiums y se había apagado como una linterna, para admitir luego, cuando Carbone empezó a gritarle, que se había tomado cuatro o cinco. Posiblemente seis, aunque quería dejar bien claro que su clienta no estaba enganchada a las drogas. Carbone nos lo explicó:

—Hice que ese doctor de la oficina del forense, el que tiene las orejas de Dumbo, fuera a su habitación. Dice que seguramente estará fuera de combate durante más de ocho horas. Zorra pasivo-agresiva.

Estábamos sentados en el despacho de Sy, una habitación del primer piso que antes había sido probablemente el dormitorio de un niño. Se notaba que era un despacho porque había un teléfono con tantos botones que parecía ser capaz de poner en órbita un satélite, y también un pequeño ordenador. Pero hasta ahí llegaban las cosas modernas. El resto de la habitación parecía el estudio de un *gentleman* inglés pirado por los peces: había un pez espada disecado en la pared, algunas acuarelas de salmones remontando los rápidos, un puñado de brillantes cañas sin estrenar, artísticamente colocadas en una esquina.

Carbone escrutó su libreta.

—Escuchad, no importa si salimos de aquí esta noche o mañana por la mañana, quiero que los dos estéis aquí de vuelta a las diez para interrogar a Lindsay Keefe. Yo estaré probablemente atascado en una reunión con Shea sobre cómo manejar esta situación. Este asunto es más grande que *Newsday*. Es nacional. Internacional. Robby, antes de las diez, a ver qué puedes averiguar del hermano de Steve, Easton. Luego reúnete aquí con Steve. Después de que acabéis con Lindsay, encárgate de los socios de Sy. Primero los de esta película. Empezad a trabajar hacia atrás.

»Steve, tú concéntrate en toda la gente del cine no relacionada con negocios. Oh, y de sus mujeres. Mira a ver si estaba liado con alguien más aparte de Lindsay. Y comprueba a sus ex esposas. Tenía dos. Una vive en Bridgehampton, así que tal vez puedas estar allí antes de las diez. —Miró su libreta—. Bonnie Spencer.

Sacudí la cabeza. Sonaba vagamente familiar, pero estaba seguro de que no era alguien a quien conociera.

—Una guionista de cine. —Me tendió un trozo de papel con la dirección—. ¿Sabes dónde está?

—A unos dos minutos del lugar donde crecí.

—La otra ex vive en alguna parte de la ciudad. Fue la primera, y tendremos su nombre y dirección para mañana. ¿De acuerdo? Usaremos la sala de reuniones de la brigada de Southampton como puesto de mando durante un par de días. Me reuniré con vosotros mañana en cuanto pueda. —Se detuvo, me miró directamente, y suspiró—. Creo que va a ser éste. El caso es que descubro que soy

demasiado viejo para este tipo de trabajo.

Estaba en el gimnasio de Sy, hablando con Lynne por teléfono. Todas las cosas sobre falta de diversión con las que me había estado atormentando desde la tarde parecían ahora estúpidas. Nervios de prometido, la última trinchera de la soltería. Porque, objetivamente, Lynne era magnífica.

Una de las cosas que siempre me habían gustado de ella era que actuaba como si yo tuviera un trabajo normal, carente de excitación. Podía ser director de un concesionario de coches. Deliberadamente, ella no se concentraba en lo que yo hacía de verdad. Comprendía por qué: el homicidio es la última ruptura de la ley y el orden, y toda la vida de Lynne, como maestra y como persona, estaba dedicada a ser constructiva. Estaba allí para dar a alguien una oportunidad, no para quitársela. El asesinato no era excitante. Era un pecado, y también abrumadoramente injusto. En el sentido más profundo, matar no estaba bien.

Otra cosa: a pesar de su carrera y de su sorprendente valía, era lo suficientemente femenina en el sentido tradicional como para no querer oír los detalles de un apaleamiento fatal, o cómo se arranca el cuero cabelludo de un cráneo durante una autopsia. Así que se dedicaba no al objeto de mi trabajo, los muertos y cómo llegaban a estarlo, sino a los vivos.

De modo que no estábamos charlando sobre el asesinato, aparte de un brevísimo sumario de lo que había sucedido y dónde me encontraba. Por el contrario, estábamos hablando de personas. Dedicamos treinta segundos al tema de cómo Carbone podía ser un latoso molesto y un tipo magnífico al mismo tiempo, y minuto y medio a por qué yo no podía aguantar a Robby, y ahora pasamos a hablar de mi hermano.

—¿Dijiste algo como: «Vaya, Easton, siento lo del señor Spencer. Sé cuánto le apreciabas y lo importante que era en tu vida»?

—No me des la vara, Lynne.

A excepción del suelo, todo el gimnasio estaba cubierto de espejos. Yo era lo único en la sala que no brillaba. Además de una ciclostátic, una cinta sin fin y uno de esos aparatos para subir escaleras (todos con resplandecientes pantallas digitales rojas o verdes), había varios aparatos Nautilus. Me enderecé; o Sy tenía mucha vanidad para trabajar delante de aquellos espejos o necesitaba un incentivo tremendo.

—Steve —insistió ella pacientemente—, ¿dijiste algo para consolar a tu hermano?

—Sí. Dije que lo sentía.

—¿Eso es todo?

Justo cuando pensaba que tenía buen aspecto en un espejo, vi mi reflejo en otro. Enderecé los hombros. Sabía que no tenía barriga, pero en el espejo del techo lo parecía, así que contuve la respiración.

—No me des la lata con Easton ahora. Sólo he llamado para darte las buenas noches y decirte que te quiero.

—Bien, buenas noches, yo también te quiero. Pero sé cuánto deseas tener con él una relación decente. ¿No te parece que éste podía ser el momento ideal para romper el hielo?

Le dije que suponía que sí, y entonces nos dimos las buenas noches y volvimos a decir que nos amábamos porque llevaba hablando con ella casi cinco minutos y quería regresar.

Después de colgar, me tendí en el suelo alfombrado de gris y cerré los ojos durante unos diez segundos, probablemente mi único descanso durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Sabía que era sentimental (y probablemente inadecuado) decir que Lynne me había salvado, pero realmente sentía que lo había hecho. Cierto, había permanecido sobrio con Alcohólicos Anónimos. Y desde que había vuelto a Homicidios trabajaba mejor que nunca.

Pero cuando la conocí, empezaba a sentir miedo. Estaba de pie solo, sin muletas. Sin alcohol. Sin drogas. Dos meses después de salir de South Oaks, pillé la gripe. Me pasé sudando una fiebre de cuarenta para no arriesgarme a engancharme al Tylenol. Apenas salía con mujeres: había perdido casi todo el deseo. En los viejos tiempos, casi cualquier cosa que produjera estrógenos podía ponerme en marcha si yo estaba de humor, pero parecía que ahora no podía encontrar a nadie que me hiciera desear desabrocharme el cinturón. Y sí, estaba el fútbol americano, los Giants, que me gustaban mucho. Pero nada de Yankees: era enero. Corría al menos ocho kilómetros al día para mantenerme en forma y hacer que ese producto químico siguiera corriendo en el cerebro: he olvidado el nombre, pero en South Oaks nos dijeron que era el narcótico natural del cuerpo y estaba bien. Corría diez, quince, a veces veinte kilómetros en mis días libres, para colocarme... y agotarme, porque me sentía nervioso por lo que podía hacer con demasiado tiempo y energía.

En la granja el psiquiatra me habló de lo que en el fondo he sabido siempre; o si no lo sabía, lo sentía. La bebida y las drogas y las mujeres eran lo mismo, parte de lo que llamaba mi proceso autodestructivo. Cierto, había buscado colocarme, pero (un gran pero) ése no era mi objetivo real. Lo que buscaba realmente todo el tiempo era no sentir nada. Olvido.

Así que allí estaba, finalmente, dando la espalda al olvido, para enfrentarme al mundo con todas sus consecuencias, para aceptar los días de mi vida uno a uno.

Pero todo aquel verano y durante el otoño, después de los primeros

años de sobriedad, empecé a tener pesadillas: volvía a beber. Me despertaba después de soñar que sacaba una botella de vodka helado del frigorífico, lo servía (casi contra mi voluntad) y daba un sorbo profundo y desesperado. Porque yo sabía lo frágil que era mi estabilidad. Y también sabía que yo no era un chico fuerte. Si perdía otra vez la estabilidad, podía caer en un pozo sin fondo, y no tendría fuerza ni valor para intentar salir. Me perdería para siempre. Moriría. Ahí sí que tendría olvido.

Y de repente apareció Lynne, de pie junto al maletero de su coche, montando el gato. Cuando aparqué a su lado fue cautelosa, pero me miró directamente a los ojos y dijo «Gracias, puedo arreglármelas». Le mostré mi placa y le dije que muy bien, que me quedaría a observar. Me gustaba ver a las mujeres cambiando neumáticos.

Ella me tendió el gato, y cuando terminé la llevé a tomar una hamburguesa. De repente, descubrí que estaba manteniendo una conversación normal y genuina. No hablaba tan sólo con una mujer para demostrarle que yo no estaba allí sólo para tirármela. Una verdadera discusión. Sobre los problemas emocionales que pueden tener los chicos con dislexia. Sobre cómo el lenguaje corporal de una persona puede hacer que sea la víctima más o menos probable de un crimen. Sobre las escuelas públicas contra las escuelas católicas. Y sobre mi alcoholismo.

Y dos semanas más tarde, nos fuimos juntos a la cama. Al terminar, me quedé allí tendido y pensé: «¡Oh, Dios mío! Estoy teniendo una relación.»

3

E

l perro de Bonnie Spencer ladró de alegría: «¡Hola, hola, me alegro de verte!» Su cola trazaba gigantescos círculos de júbilo. «¡Yupi! ¡Tenemos compañía!» Era un animal grande y feliz, como un pastor inglés gordo y negro.

—Steve Brady —dije, y mostré mi identificación.

El perro interrumpió sus brincos sólo para lamer mi mano y mi placa: «¡Hola! ¡Te quiero!» Pero Bonnie Spencer permaneció silenciosa e inmóvil en la puerta principal, con la boca abierta. Eran las ocho menos cuarto de la mañana siguiente al asesinato de su ex marido. Obviamente no esperaba ninguna visita de condolencia. Vestía unos pantalones cortos de ciclista color turquesa, ajustados como una segunda piel; una amplia camiseta de algodón rosa gastada, sin forma, y calcetines deportivos. Un par de zapatos de lona colgaban de su mano, como si estuviera a punto de ponérselos para ir a correr.

—Soy detective de Homicidios del Departamento del Condado de Suffolk —añadí.

Sus labios se curvaron como si estuviera a punto de decir «¡Oh!», pero no lo hizo. No hizo nada, ni siquiera miró mi placa. Simplemente se quedó con la boca abierta.

—¿Bonnie Spencer?

El perro le empujó la pierna con el hocico, como diciendo: «Vamos,

habla con el tipo.» Pero ella no lo hizo.

Retiré mi placa, me metí las manos en los bolsillos. Aunque era una cálida mañana de finales de verano, el olor húmedo de las hojas de otoño estaba en el aire. Bonnie Spencer no parecía querer mirarme: en cambio, parecía hipnotizada por mi coche, estacionado en su camino de acceso. Escuchen, el XKE del 63 es realmente un gran coche, pero cuando se presenta un detective de Homicidios en tu puerta a primera hora de la mañana, eso debe ser lo que llame la atención.

—¿Es usted Bonnie Spencer? —insistí.

Ella parpadeó, sacudiéndose su ensimismamiento. Sus ojos brillaron.

—¿Que si soy Bonnie Spencer? —Se echó a reír. Pero entonces dio un torpe paso de baile, cortada, probablemente notando que sus modales no le conseguirían ningún premio a la «demostración más aparente de tristeza verdadera en una situación en la que un ex esposo ha sido asesinado». Decidió cooperar.

—Por supuesto que soy Bonnie. —Entonces añadió—: Hola.

—Hola. Bonnie Spencer.

Vale, imaginen a la ex esposa de un famoso productor de cine. ¿Qué se les viene a la mente? Una zorra fría y elegante con brazos color tabaco que lleva joyas a la playa. Una cosa pasmosa con uñas pulidas y afiladas que dan golpecitos todo el tiempo, mandando un mensaje en clave: «Que te jodan, estoy insatisfecha.»

Pero Bonnie Spencer no parecía insatisfecha. Y desde luego no parecía elegante, sobre todo con aquel perro babeando de felicidad a su lado. ¿Aspecto? No era una chica con encanto, ni de lejos. Más bien una de esas chicas monas, alta (uno setenta o más), ancha de hombros y limpia, probablemente de una ciudad limpia donde todas las chicas dicen «Hola, guapo». Nada por lo que escribir a casa. Nada que mirar demasiado. Pero lo extraño era que no podía apartar los ojos de ella.

Su rasgo más destacable era su pelo, brillante y oscuro, recogido en una cola de caballo. Aparte de eso..., bien, buenos rasgos. Arrugas de sonreír en torno a los ojos. Tenía ese color sano y fuerte que los hombres tienen más a menudo que las mujeres: ese tono marrón rosáceo que adquieren los que tienen la piel clara y pasan mucho tiempo al aire libre. En otras palabras, Bonnie Spencer, con los zapatos de lona en la mano, parecía alguien a quien nunca se llega a conocer en el instituto: la chica deportista que se recupera de la tristeza del final de la temporada de hockey sobre hierba pasando el invierno golpeando su bastón de vilorta.

Excepto que no era una chica... El fuerte cuerpo y el pelo brillante eran engañosos. A primera vista le había calculado algo menos de treinta años. Pero su cuello tenía unas cuantas arrugas de más, sus

labios eran un poco demasiado pálidos. Treinta y tantos, tal vez incluso cuarenta.

Con Sy no pegaba ni con cola. Haber visto al compacto, ricamente vestido y perfectamente acicalado señor Spencer y su exquisito mundo de azulejos pintados a mano, y luego mirar a la gran Bonnie ciento por ciento americana de pie, en el suelo de tablas de una casa bonita pero decididamente no deslumbrante... La cuestión no era por qué la había repudiado Sy, sino cómo un hombre como él había llegado a casarse con una mujer como ella.

Me miró de nuevo. Sus ojos eran de un azul grisáceo oscuro, un color profundo y misterioso para una chica tan normal, el color del océano. Los miré: aquella expresión de «qué hace usted aquí» había vuelto a aparecer.

—¿Señora Spencer?

—Por favor —dijo ella, casi tímidamente—, Bonnie.

Y luego, una vez más, pum, su estado de ánimo cambió. De repente se volvió amistosa, amable. Me dirigió una sonrisa. Una sonrisa grande y generosa. Dientes blancos perfectos, a excepción de uno ligeramente torcido delante, como si sus padres se hubieran quedado sin dinero un mes antes de que el dentista terminara su trabajo. Verán, una sonrisa tan cálida y despreocupada como ésa puede hacer que uno se sienta muy feliz. ¿Pero por qué demonios estaba sonriendo? ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Invitarla al baile de veteranos?

—¿Se ha enterado de lo sucedido a su ex marido, Seymour Spencer?

—Oh, Dios —jadeó. La sonrisa de desvaneció. Sus cejas, del tipo de las que se despliegan como las alas de un pájaro, se unieron; eran cejas destinadas a una mujer más delicada—. Apareció anoche en las noticias de las diez. Uno de esos horribles reportajes sobre gente famosa que no conoces. Excepto que era sobre Sy. —Durante un momento, su expresión reflejó la desorientación normal del ciudadano medio al enfrentarse con un asesinato: un destello de horror, luego un rápido chispazo de incredulidad—. Probablemente todo el mundo le dirá lo mismo en estos casos, pero no puedo creerlo. —Su voz se llenó de ferviente emoción—. Lo siento tanto.

Demasiada emoción. Demasiado ferviente. Miren, llevo mucho tiempo en Homicidios. Todos los días de trabajo de mi vida los he pasado con los aturdidos, los agitados, los dolidos, los indiferentes. Y por eso supe que había algo que no encajaba en Bonnie Spencer. Antes que nada, su «Lo siento tanto» era demasiado personal; es difícil de explicar, pero ni siquiera la persona más extrovertida del mundo responde a un poli con ese tipo de familiaridad.

Y otra cosa: allí de pie ante la puerta, ella seguía cambiando de estado de ánimo. No de la forma habitual, como una persona aturdida

que intenta aceptar la terrible realidad, sino como si buscara la emoción perfecta y apropiada que mostrarme.

¿Cómo sabía yo todo esto? Todo detective decente sabe cuándo tiene que desconectar su mente y sintonizar su corazón. Y mi corazón decía: «Con esta mujer pasa algo.»

Así que, de repente, en medio de esa entrevista de rutina con la ex esposa de un pez gordo, en busca de alguna pista, me puse alerta.

—¿Quiere pasar? —preguntó ella.

—Gracias.

Era una casa sólida, de buen tamaño, construida para una familia granjera. La seguí, a ella y al perro, hasta una espaciosa cocina y, naturalmente, dije: «Sí, magnífico» cuando ella se ofreció a hacer café. (Aceptar café durante una investigación hace que la gente sienta que la apruebas; hace que se relaje, que se abra. Desgraciadamente, la mitad de las veces acabas bebiendo un brebaje que sabe a mierda líquida y tibia, pero a la larga probablemente merece la pena.)

Sacó de la mesa los periódicos de la mañana (el *Times*, el *Newsday*, el *Daily News)*, con todos sus artículos sobre el asesinato de Sy. Debía de haber salido a comprarlos en cuanto la cafetería abrió, a las seis; era evidente que los había leído todos. Retiré la silla y me senté en silencio, lo que hago normalmente. Quería ver lo que revelaría Bonnie Spencer. Pero ella se dio la vuelta para poner el agua a hervir y calcular el café, así que durante unos cuantos segundos lo único que reveló fueron sus bonitos muslos (un poco musculosos, pero firmes). Mientras tanto, el perro colocó su cabeza en mi regazo y me miró a los ojos, con la expresión dolorida que pondría en un bar una chica tonta que quiere ser tomada en serio.

Bonnie se dio la vuelta.

—¡Alce —ordenó—, a tu sitio!

Señaló una de esas pequeñas alfombras ovales. El perro no le hizo caso. Bonnie se encogió de hombros, medio para sí misma, medio pidiendo disculpas:

—Este animal tiene el coeficiente intelectual de una cucaracha. —Entonces abrió un cajón y sacó una jarrita blanca con forma de vaca. Estaba esperando a que yo empezara a interrogarla. No lo hice. Preguntó—: ¿Sy…? —Se detuvo y empezó de nuevo—. La televisión dijo que le dispararon.

Yo asentí. Ella mantuvo abierto el frigorífico con la cadera mientras echaba leche en la jarra. Miré dentro: no había vino blanco helado ni queso de cabra. Sabe Dios que a lo largo de los años he conocido a suficientes veraneantes femeninas para reconocer que, al menos en el apartado alimentario, Bonnie no era una neoyorquina típica. Iba escasa de dinero, estaba a dieta o había renunciado a toda esperanza de recibir visita; tenía una jarra de leche, pan de trigo y un

gran cuenco de vidrio cubierto de plástico que anunciaba que sentía un entusiasmo desaforado por el brécol.

—¿Fue su muerte instantánea? —Su voz era aguda, esperanzada.

—Sabremos más después de la autopsia. —Justo entonces, Alce emitió un profundo suspiro de amor y se tendió a mis pies. Sobre ellos, en realidad.

—Todo lo que se me ocurre decir es un tópico..., pero espero que no sufriera.

—Espero que no.

—Bien —dijo ella—. Supongo que no estaba usted recorriendo el barrio y le apeteció de pronto una taza de café.

—Supongo que no. —De repente advertí que la había visto antes. Probablemente en la oficina de correos, recogiendo su correspondencia.

—Supongo que tendrá algunas preguntas.

—Sí.

Pero no hice ninguna. Fingí que tardaba en formular una pregunta mientras estudiaba su jarra de leche. Lo que hacía en realidad era comprobar si debajo de aquella gran camiseta Bonnie tenía un cuerpo sobre el que mereciera la pena escribir a casa. Naturalmente, cuando me di cuenta de lo que hacía, me molestó porque siempre me había asegurado de no pensar en el sexo durante las horas de trabajo (lo que normalmente resulta fácil, porque los homicidios no suelen producir erecciones), y también porque querer saber qué había bajo su camiseta me hizo sentirme ridículo. En una película, sería la amiga bonachona de la heroína, una chica con un corazón de oro. Para ser alguien que no era atractiva, lo era y mucho. Aquí estaba yo, medio deseando que necesitara algo de un estante alto... Tendría que estirar los brazos, la camisa se le alzaría y yo podría verle el trasero. Eso me hizo sentirme como un piojo. Desde Alcohólicos Anónimos y especialmente desde Lynne, había abandonado mis tonterías de chico malo, mi concentración automática en cualquier cosa que fuera femenina, mis actos reflejos dirigidos a casi todas las mujeres que conocía.

—Hábleme de Sy Spencer y usted —dije rápidamente—. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Tres años, de 1979 a 1982. —Echó el agua hirviendo a través del filtro del café— ¿No toma usted notas?

—Creo que podré recordar de 1979 a 1982. —Había olvidado sacar mi libreta. De repente pareció un bloque de plomo en el bolsillo de mi chaqueta—. ¿Un divorcio amistoso?

—Aunque no lo hubiera sido, ¿cree que le dispararía siete años después?

—Estoy abierto a todas las posibilidades.

—Bien, no le disparé. —Sus modales eran solemnes, sinceros,

adecuados; si la boca de Bonnie Spencer era incuestionablemente neoyorquina, el resto de ella había crecido en una hermosa ciudad natal que no era Nueva York, dondequiera que estuviese.

—Bien. ¿Quiere responder ahora a mi pregunta? ¿Cómo fue el divorcio?

—Amistoso.

—¿Un acuerdo justo?

—Me quedé con esta casa.

—¿Sólo la casa?

—Aja.

—¿Hubo litigio?

—No. Ambos rebosábamos de buenos sentimientos hacia el otro. «Bonnie, por favor, acepta la pensión.» «No, Sy, pero muchas gracias por pensar en mí.»

—¿Por qué no quiso la pensión? Él era rico.

—Lo sé. Pero entonces no me importaba el dinero. Oh, y además estaba en mi fase de mujer agraviada: «¿De verdad crees que un cheque mensual recompensará la pérdida de un marido, Sy?» —Sacudió la cabeza—. Dios, era superior moralmente. Puede imaginarse a Sy, y a su abogado divorcista. Debieron de gritar «¡Aleluya!» y dar saltos y abrazarse el uno al otro.

No me gustaba aquello. Me mantenía vigilante, intentando averiguar qué pasaba con Bonnie Spencer (porque sabía que pasaba algo raro), y a la vez encontraba que había algo en ella que realmente me gustaba. Tal vez estaba simplemente intoxicado por la atmósfera hogareña, allí en aquella mesa de madera pulida en la cocina que olía a café recién hecho, contemplando a una mujer abrir una alacena y pensar durante un segundo antes de elegir entre un puñado de tazas. Tal vez era aquel montón de pelo negro, Alce, calentando mis pies. Podía sentir que me estaba dejando ir, que el cerebro se me convertía en pulpa. Bonnie depositó la jarra con la leche y el azucarero sobre la mesa y me tendió un tazón de café. El tazón decía «I love (el «love» era uno de esos corazoncitos) Seattle!» y tenía un dibujo de un animal sonriente con aletas de aspecto simpático.

—Sé que es hortera —dijo ella—. Tuve que elegir entre hortera y malo.

—¿No recibió ninguna pensión? —Cogí la jarra. La leche salía por la boca de la vaca. Era una estupidez.

—Nunca creí necesitarla. Verá, cuando conocí a Sy, era una guionista célebre. Mi película, *La vaquera*, acababa de estrenarse. Recibió buenas críticas, recaudó bastante dinero. Y durante el tiempo que estuvimos casados, escribí cinco guiones más. Tres de ellos estaban a medio escribir. —Se sentó frente a mí al otro lado de la mesa—. Cuando tienes un gran éxito, supones que va a durar para

siempre.

—¿No fue así?

Ella negó con la cabeza.

—No. *La vaquera* fue mi primera y última película. Con las demás no sucedió nada. De todas formas, Sy se ofreció a pagarme una pensión al menos tres veces. Pero yo quise demostrarle que podía ser independiente. ¿Y sabe una cosa? A la larga, fue realmente lo mejor.

—¿Por qué se rompió el matrimonio? —Estaba claro que ella no era neoyorquina, porque en vez de darme un análisis sociopsicofeminista de la relación, cerró la boca—. Vamos —la insté—, sé que puede parecer una invasión de su intimidad, pero han asesinado a una persona. Necesito una imagen de la vida de ese hombre, una imagen completa.

Tardó un rato, pero finalmente se abrió.

—Cuando nos conocimos, en Los Ángeles, Sy estaba intentando producir su primera película. Supongo que era lo importante, el encuentro de las dos costas. Bueno, el semiencuentro. Le encantó hacer el viaje. Conoció a un montón de gente. Ya sabe, contactos.

»No quiero que parezca que me estaba utilizando. Creo que realmente era..., bueno, maravilloso. Y era tan listo y mundano que cuando se me declaró pensé: "Vaya, si este hombre está enamorado de mí, tal vez soy maravillosa." Poco después, hizo su primera película, y luego la segunda. Y déjeme que se lo diga, Sy se ganó su éxito. No era tan sólo otro tipo rico que quería meterse en el mundo del cine para salir con actrices o impresionar a sus amigos de Cleveland. Era un producto nato.

—¿Qué hace falta para serlo?

Bonnie no pareció tener que pensarlo más de un segundo; había hecho su análisis de Sy hacía mucho tiempo.

—Tiene que tener un buen sentido de la historia; el de Sy era magnífico. Y la habilidad de excitar a la gente con su visión. Y abrir caminos. Si todo el mundo hacía películas sentimentales sobre familias de granjeros con abuelos encantadores y campos de alfalfa, Sy se embarcaba en algo estilizado y con un toque de ciencia ficción porque le gustaba el guión y creía que sería una gran película.

—Así que se convirtió en productor. ¿Qué le pasó a usted?

—No mucho. Dejé de necesitar un número de teléfono que no apareciera en la guía.

—¿No me estará diciendo que él la dejó cuando dejó de ser una guionista de fama?

—Ajá.

—¿Ajá?

—¿De dónde es usted? —pregunté.

—De Ogden, Utah. ¿Le está molestando Alce?

—Es un buen chico.

—Chica. ¿No lo nota? Le encantan los hombres. Me deja tirada en dos segundos por cualquier cosa que lleve pantalones. Es la puta del pueblo. —Con auténtica rapidez, la sonrisa de amante de perros de Bonnie desapareció. Miró el reloj de la pared, pero no estaba interesada en la hora. Anoté mentalmente que tendría que comprobar su reputación.

—¿Cómo la dejó Sy?

—¿Cómo? Con no demasiada dureza, considerando lo mucho que quería hacerlo. Me dijo, muy amablemente, que tenía un lío con alguien. Una dama de sociedad, como su primera esposa, excepto que ésta no parecía comer avena ni relinchaba. Me dijo que estaba enamorado de ella y que le causaba un dolor enorme hacerme daño, y que agradecería un divorcio para así poder casarse con ella.

—Pero no se casó.

—No, por supuesto que no. Sólo quería ser libre. Tenía el lío de todas formas, así que lo usó. Supongo que pensó que para mí sería más fácil si había otra mujer; sabía que yo prefería eso a que me dijera: «Oye, Bonnie, odio salir contigo porque eres más alta que yo y has pasado de moda.»

—Y usted no se enfadó por ese tipo de tratamiento.

—¡Por supuesto que me enfadé! Si retrocede siete años, apuesto a que encontrará veinte testigos que me oyeron gritar: «Ojalá te mueras, gusano.» Pero el tiempo pasa. Y el hecho es que acabamos siendo amigos.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—No estoy segura. —¡Pero sí que lo estaba! Pude notarlo. Alzó la barbilla, examinó una sartén en un gancho y fingió pensar—. Hace unos cuantos días, creo. Fui al plato.

—¿Y antes de eso?

—Vamos a ver... Oh, aproximadamente una semana antes. Me pidió que fuera a ver su casa.

—¿Se quedó mucho tiempo?

—No. Sólo me mostró el trayecto de cincuenta céntimos.

—¿Hasta qué punto eran buenos amigos?

—Éramos muy buenos amigos.

—¿Pasaba mucho tiempo con él?

—No mucho.

—¿La visitaba él aquí?

—Vino una o dos veces. Pero nuestra relación era principalmente telefónica. El era mi colega, mi colaborador. Verá, hacía unos cuantos años que no escribía guiones, pero el invierno pasado, cuando lo intenté de nuevo, se lo envié directamente a Sy. No le había visto desde el divorcio, pero sabía que él lo juzgaría con objetividad. ¡Y la

verdad es que le encantó! —Se frotó la frente—. Oh, Dios Todopoderoso, no puedo creer que esté muerto.

—¿Qué hay del guión?

—¿Qué? Oh, lo estábamos desarrollando juntos. Era una especie de película de espías con una pareja femenina como protagonista.

—¿Qué significa exactamente «desarrollo»?

—Significa trabajar sobre un proyecto, el guión, la financiación, intentar que un buen director y una estrella participen... Pero Sy nunca avanzaba en un proyecto hasta que estaba satisfecho con el guión. Y el mío (se llamaba *Cambio en el mar)*, no estaba a la altura todavía. Pero Sy tenía un montón de sugerencias. Yo lo estaba reescribiendo basándome en ellas.

—¿Y luego él la produciría?

—Ajá.

—¿Le pagaba mucho?

—Bueno..., la verdad es que todavía no me había pagado nada. Pero si se lo hubiera pedido, me habría hecho una buena oferta.

—¿Por qué no se lo pidió?

—Supongo que por el mismo motivo que no quise la pensión. No quería parecer codiciosa. Sé que parece una estupidez. No, es una estupidez. Pero a Sy siempre le preocupaba que la gente, las mujeres, fueran a ver qué podían sacar de él. Yo no quería que pensara eso de mí. De todas formas, sabía que sería justo cuando empezáramos a rodar.

—¿Cómo se mantiene? ¿Dinero de la familia?

Ella se echó a reír y echó un vistazo a la cocina.

—¿Le parece esto dinero de la familia?

—¿Vive en Bridgehampton todo el año? —Yo estaba realmente sorprendido.

—Claro. Oh, ya veo, creía que ésta era mi casita de veraneo, que usaba para escapar de mi triplex de cuarenta habitaciones en Sutton Place. No, me mantengo escribiendo. Hago la columna de Ecos de sociedad para el *South Fork Sun*: bodas, nacimientos, aniversarios. «Penny y Randy Rollinds, del famoso Wee Tippee Inne de Amagansett celebraron su decimonoveno aniversario con una fiesta de gala... donde apareció el mundialmente famoso guiso de pescado de Penny.» Y escribo también para catálogos de venta por correo. Cosas como «Remolinos blancos de gasa de rayón encendidos por luminosos botones de perlas falsas.»

—¿No está resentida con Sy por haber tenido que renunciar a escribir guiones y dejar toda esa forma de vida por algo menos excitante?

—¿Resentida? Una mujer tiende a estar resentida con un hombre que dice «Ya no te deseo». —Apartó la mirada, cohibida. Entonces

continuó—: Pero eso es en lo personal. Profesionalmente, ¿cómo podía echarle la culpa de que otra gente no me contratara como guionista? Eso no fue culpa de Sy. Ocho estudios y cincuenta mil productores independientes rechazaron mis guiones. Dijeron que eran encantadores. Encantador es una palabra que en el mundo del cine quiere decir insignificante. Pero en todos esos años nunca dudé de que Sy me deseaba lo mejor.

—¿Habló con él sobre algo más allá de este nuevo proyecto?

—Claro. Mire, conozco a sus amigos, a su familia.

—¿Algún hermano o hermana?

—No. Sólo Sy. Sus padres han muerto desde el divorcio. Pero tenía tíos, tías, montones de primos. Los conozco a todos desde hace tiempo. Cuando lo conocí a él, todavía estaba publicando su revista de poesía y trataba de producir su primera película, y su oficina estaba todavía en el edificio de Spiegel Crown Kosher Provisions.

—¿Spiegel?

—Su apellido original era Spiegel: Seymour Spiegel. —Sacudió la cabeza—. Se lo cambió el verano antes de ir a Dartmouth. Nunca comprendí por qué. ¿Qué pensaría decir en su graduación? «Éstos son mis padres, Helen y Morton Spiegel. Antes se apellidaban Spencer, pero lo judaizaron.» Y si iba a cambiar de nombre, ¿por qué no hacerlo del todo y llamarse Bucky? Sy no es precisamente un salto significativo a partir de Seymour.

Justo entonces, Bonnie se detuvo, recordando a Sy. Sus ojos se abrieron demasiado, el gesto que utiliza la gente cuando trata de no llorar. Se levantó y se entretuvo fregando lo que parecía un hornillo limpio.

Y entonces volvió a suceder: la imposición de autocontrol, seguido por el cambio de marchas consciente de su personalidad. Cuando se dio la vuelta, estaba bajo control, pero con el grado justo de preocupación.

—¿Tiene alguna idea sobre quién lo mató? —preguntó. Sincera. Triste. Llena de compasión. Llena de mierda.

—¿Y usted?

—No —dijo. Para una mujer de su edad, parecía tener un cuerpo magnífico. Traté de recordar dónde la había visto antes. Tal vez corriendo. Tenía las piernas esbeltas y musculosas de las corredoras.

—Piense en las últimas semanas. ¿Estaba Sy enfadado con alguien?

Ella se apoyó contra la encimera de la cocina y sonrió.

—Con todo el mundo. Cuando hacía una película, todo el que le pusiera las cosas difíciles era un enemigo. Era curioso, porque a pesar de todo su encanto era retraído, y estaba siempre bajo control. Cuando nos casamos, nos peleábamos y yo gritaba, daba patadas al frigorífico; Sy se quedaba mirando, como si contemplara a una actriz haciendo

una improvisación: esposa perdiendo los nervios.

»Pero cuando producía... ¡Dios, eso era otra historia! Adiós al encanto. Y olvide el retraimiento. Su dinero y su reputación estaban en juego. Nunca gritaba (no era su estilo), pero atrapaba a la gente con su voz helada. Podía dar miedo, toda esa furia expresada en aquellos modales absolutamente fríos. Déjeme que le diga una cosa: se salía con la suya.

—¿Estaba furioso con alguien la última vez que hablaron?

—Con Lindsay, supongo.

—Pero estaban viviendo juntos. Se supone que estaban enamorados.

—Bueno, la parte de la historia de amor es discutible. Pero aunque fuera verdad, éste es el negocio del cine. Un productor ejecutivo no ama a una actriz que está poniendo en peligro un proyecto de veinte millones de dólares. Sy me dijo que las diarias eran horribles, cosa que realmente me sorprendió, porque su éxito no se basa sólo en su enorme belleza; es una actriz con talento.

—¿Pero cree que Sy estaba desilusionado con ella?

—Sy tenía habilidad para enamorarse y desenamorarse rápidamente.

—Dejemos a un lado el amor. ¿Estaba molesto con ella? ¿Enfadado?

—Furioso. Dijo que ella estaba simplemente dejándose llevar, sin poner ningún pensamiento ni energía en el papel porque no era una «película importante». Eso molestaba realmente a Sy, porque para él era un artículo de fe que toda película que es sincera, que llama la atención del público, incluso una comedia de sal gorda, es una película importante. Él creía en *Noche estrellada.* Y Lindsay no. Lo que empeoraba el problema es que ella tiene un ego tan monumental que no era capaz de ver lo mala que era su actuación. Y, naturalmente, no intentaría arreglar lo que había decidido que no estaba roto. Déjeme que le diga que si no lo hubieran matado, Sy habría convertido la vida de Lindsay en un auténtico infierno.

—¿Entonces estaba dispuesto a aplastar a Lindsay?

—Ajá. Y al director también.

—¿Cómo se llama?

—Victor Santana.

—¿Por qué estaba enfadado con él?

—Porque Santana estaba entusiasmado con Lindsay y no podía o no quería que cambiara.

—¿Alguien más?

—Oh, su lista de odios habitual. El director de fotografía que habían contratado, un genio francés, estaba usando tonos demasiado pastel. El jefe de producción se estaba plegando demasiado ante el

NABET, el sindicato de los técnicos de la película. Sy estaba enfadado con todo el mundo.

—Bien, ¿y quién del equipo estaba enfadado seriamente con Sy?

—No lo sé. No formo parte del equipo de *Noche estrellada.*

—¿Qué hay de Lindsay Keefe?

—Mi idea es que si le dices a una actriz aclamada por la crítica, a una estrella de cine, que su actuación es pútrida y luego, no importa cuántos pequeños ajustes haga, que las diarias siguen siendo horribles..., bueno, figúreselo usted mismo. Pero ni siquiera yo creería que lo mató porque criticaba su trabajo.

—¿Quién más?

—No sé.

La miré directamente a los ojos.

—Era su ex marido. Pudo hablar con usted.

—No hablábamos mucho.

—Hablaban lo suficiente. ¿Qué otra cosa tenía en la cabeza?

—La verdad es que nunca me contó nada concreto.

—Cuéntemelo de todas formas.

—Bueno, quiero que sepa que esto es mi interpretación de lo que no dijo.

—Adelante.

—Esta es una película muy cara para un productor independiente. Creo que tal vez estaba un poco preocupado porque sus financiadores estaban inquietos. Los inversores tal vez oyeron que la película tenía problemas, y eso pudo ponerlos verdaderamente ansiosos.

—¿Quiénes eran?

—¿Concretamente? Ni idea. Creo que un par de ellos pueden ser de sus días en el negocio de la alimentación *kosher*. —Hizo una pausa—. Ya sabe que hay gente dura en esa industria.

—Sí, hay dinero de la Mafia dentro.

—Sin embargo, por lo que Sy decía, esos tipos no parecían padrinos, sino hombres de negocios con traje y corbata, a excepción de brazaletes de oro de dos kilos con su identificación.

—¿Eso es todo? ¿Nadie más con motivos?

—Estoy segura. —Esperé mientras ella pensaba—. No —dijo por fin—. Nadie más. Definitivamente.

Me levanté y la miré. Ella bajó la cabeza para que pudiera contemplar su pelo oscuro y brillante. Su respiración era rápida, entrecortada. Sabía que estaba calando en ella. No sólo el policía: el hombre.

—Bonnie, es usted lista, observadora. Y dulce, y lo digo como un cumplido. —Ella intentó mirarme a los ojos, de forma casual. Pero su cara se había ruborizado—. No está siendo sincera. Tengo la sensación de que oculta algo, y eso me preocupa.

—No estoy ocultando nada. —Por un instante, la voz se le quebró en la garganta.

Me acerqué.

—Podría ayudarme a resolver un asesinato, Bonnie.

—No puedo. De verdad. Le he dicho todo lo que sé.

—Escuche, si las cosas se ponían mal en la película de Sy Spencer, con Lindsay, ¿a quién se confiaría él? ¿Quién conoce el negocio? ¿Quién lo conoce a él? Usted.

—Por favor. Le he contado todo lo que me dijo.

—Tengo que decírselo: hay algo en usted que no encaja. ¿Qué está ocultando? —Ella apartó la cabeza—. Vamos, ¿quiere que empiece a pensar que tal vez está involucrada?

—¿Por qué iba a pensar eso? —Ella no estaba exactamente asustada, pero tampoco tranquila.

—Ábrase, Bonnie. —Di un paso hacia ella. Ella retrocedió un par de centímetros, hasta que chocó contra el fregadero. Avancé hasta que casi nos tocamos—. Cuénteme lo que no me ha dicho. Sea lista. Porque si empiezo a pensar que está involucrada, iré a por usted... y no me detendré.

Después de interrogar a Bonnie me quedaban unos cuantos minutos, así que me dirigí a la playa. No me había gustado la forma en que había terminado la entrevista. Un poco de encanto oficial es una cosa. El último minuto, el acercamiento y la amenaza, otra. Y no me había acercado así sólo para equilibrar las cosas; quería realmente estar cerca de ella. Necesitaba despejarme la cabeza.

En la playa, un viento fresco revolvía la arena, lanzando granos contra mi cara y mi cuello. Los veraneantes se agitaban, al borde de la histeria. La naturaleza se comportaba mal. Cerraron sus sombrillas, plegaron sus sillas, recogieron sus neveras portátiles y corrieron de vuelta a sus coches. No podía haber ni un gramo de arena bajo los bikinis dorados, ni en los ojos que tenían que estar bien abiertos para la próxima opa hostil.

Me quité los zapatos, caminé por las dunas hasta una zona de algas, en lo peor del viento, y me quedé mirando hasta que todos los cuerpos neoyorquinos se marcharon.

A finales de los años cincuenta, cuando yo era un crío, la gente todavía dormía en la playa, aquí donde yo estaba ahora, en las noches calurosas de verano. Los adultos emplazaban tiendas, pero el resto de nosotros simplemente nos envolvíamos en los petates que habíamos aprendido a hacer en los *boy-scouts*. A veces contábamos historias de miedo sobre el maníaco de Cropsey o susurrábamos chistes obscenos, pero a eso de las once guardábamos silencio y nos quedábamos allí tendidos, contemplando el cielo nocturno. Las estrellas eran tan

hermosas que nos hacían cerrar la boca.

Yo debía de tener unos diez años cuando empecé a escaparme de casa una o dos noches por semana para dormir en la playa después de que el verano se terminara. Lo hacía todo el año, excepto en los meses de invierno. Cuando la casa estaba a oscuras, salía de puntillas por la escalera trasera, agarraba el petate que guardaba en la alacena de las herramientas detrás de la casa, cogía mi bici y corría como un diablo los dos kilómetros de carretera negra como boca de lobo.

No sé por qué tenía que salir. Vale, incluso entonces, mi hermano y yo no nos sentíamos exactamente en la gloria juntos; nuestra relación era más mutua molestia que animosidad. En el peor de los casos, Easton era un pijo coñazo que se planchaba las camisetas.

¿Mi madre? Una señora. No me pegaba ni me gritaba. Yo no le gustaba, y probablemente no me amaba. Yo era la viva imagen del granjero borracho que se la había follado y luego se había largado. El simple hecho de que fuera yo mismo (que tuviera las piernas colgando sobre el brazo del sofá mientras leía, silbando unas cuantas notas cuando hacía algo aburrido como limpiar ventanas), la jodía. Pasaba por mi lado y entonces hacía una brusca expulsión de aire a través de su nariz, un bufido airado. Cuando yo era más pequeño, preguntaba: «Eh, ma, ¿qué pasa?» Su respuesta solía ser «nada» en la forma de una risita de alta sociedad, un je-je gutural por negativa. Luego decía: «Steve, cariño, por favor. Cualquier cosa menos “ma”. ¿He criado a un paleto?» Mi madre siempre hacía que me sintiera como una auténtica mierda.

Lo sé. Ella no lo tenía fácil. La granja había desaparecido, igual que mi padre. Casi no había dinero suficiente para alimentarnos a Easton y a mí, y para comprarnos vaqueros y zapatillas, mucho menos para que llevara la vida de dama a la que siempre había aspirado. Así que consiguió un empleo, en Saks, en la Quinta Avenida en Southampton, vendiendo vestidos caros a mujeres caras. Y mientras revoloteaba alrededor de los ricos, subiendo la cremallera de sus vestidos o frotando sus nombres en sus tarjetas de crédito, se partía la espalda haciendo trabajos de mierda para sus grupos de caridad. Mi madre era capaz de hacer cualquier cosa (colocar trescientas sillas plegables bajo el sol de mediodía, lamer mil solapas de sobres hasta después de medianoche) para ser admitida en su admirada sociedad de cuellos de cisne y pómulos altos.

No sé de dónde sacó mi madre su obsesión por la gente rica. Cierto, su familia era una de las más antiguas de Sag Harbor, y al oírla uno podía ver prácticamente retratos con los uniformes de botones dorados de los capitanes de barcos balleneros. Pero no había retrato ninguno: en octavo fui a la Biblioteca de Sag Harbor y aprendí que no había absolutamente base ninguna para adorar a los antepasados. Los

primeros Easton podrían haber surcado los mares, pero obviamente habían sido marineros corrientes: tipos con patas de palo y dientes negros. Mi abuelo materno, que murió antes de que yo naciera, había vendido billetes para una compañía de ferries que hacía la ruta entre Sag Harbor y New London, Connecticut.

Sin embargo, mi madre estaba convencida, a pesar de todas las duras pruebas en contra, de que era una dama. Le importaba un comino la élite femenina local de South Fork, las esposas de los abogados, doctores, granjeros de éxito, o incluso los adinerados yanquis, tal vez porque todos sabían quién era ella, o quién no era. No, mi madre vivía para el Memorial Day, cuando sus «amigas» abrían sus casas de verano. Incluso cuando éramos críos, ella se sentaba a la mesa y hablaba durante la cena de sus «amigas» de Nueva York. Gente de categoría.

Sus amigas, naturalmente, no eran amigas, sino clientas, turistas que venían a las grandes casas de campo de Southampton, como la que Sy había comprado, a pasar el verano. Ella seguía y seguía hablando sobre las braguitas inglesas bordadas a mano de la señora de Oliver Sackett («¡Unas costuras diminutas, divinas!»), o los treinta y un vestidos («¡Norell! ¡Mainbocher! ¡Chanel!») que la señora de Quentin Dahlmaier había pedido a la sucursal de Nueva York, uno para cada noche del mes de julio.

¿En el fondo? Mi madre se sintió jodida todos los días de su vida porque no tenía un conductor («¡Nunca digas “chófer!” —le advertía a Easton—; es de nuevo rico») ni una doncella ni un abrigo de marta. Ni siquiera tenía un tejado sin goteras.

Y por eso creo que me sacaba de debajo de su tejado en cuanto podía. Estar allí sentado ante un plato de su *spécialité de la maison*, macarrones y sopa de queso cheddar de Campbell sin diluir (ella, por supuesto, sabía que no tenía categoría, pero anunciaba que era «muy divertido»), escuchándola hablarle a Easton con su voz gutural (era un fumadora empedernida y sonaba como la reina Isabel con laringitis)..., Dios. Hablaba de cómo la señora de Gabriel Walker («una de las hermanas Bundy, de Philadelphia»), estaba loca por los sujetadores de lino, absolutamente loca... Su conversación iba dirigida a Easton, nunca a mí. Pero claro, ella sabía y yo sabía que eso sería una pérdida de tiempo.

Yo no encajaba en aquella casa. Como mi padre, tampoco tenía categoría.

—¿Había recibido el señor Spencer algún mensaje o alguna llamada telefónica amenazante, que usted sepa? —preguntaba Robby Kurz a Lindsay Keefe.

Se notaba que Robby se había levantado más temprano que de

costumbre para acicalarse. Había colocado un pañuelo amarillo en el bolsillo del pecho de su chaqueta marrón. El olor de su doble dosis de laca superaba al del gran jarrón de rosas blancas que había en la mesa delante del sofá donde él y yo estábamos sentados.

—Por supuesto que no hubo ninguna amenaza —exhaló Lindsay con un suspiro brusco y aburrido entre sus labios fruncidos. Intentaba con fuerza ser paciente—. ¿Qué esperaba? ¿Que el asesino se le acercara y le dijera: «Eres hombre muerto.»? Y tampoco hubo llamadas telefónicas.

Para ser una mujer en estado de shock, Lindsay parecía muy despejada. De hecho, era completamente dueña de sí misma, sin rastro alguno de histeria. La artista sensible y atiborrada de Valium que su agente había descrito podría haber sido otra persona.

Aunque la había visto la noche anterior, en el fondo de mi mente debía estar esperando a una diosa del cine de tres metros de altura, una nena gigantesca con labios enormes y resplandecientes y piernas colosales que podían aplastar a un hombre entre ellas. Pero Lindsay, de pie junto a la ventana, acariciando la cortina blanca, era de altura corriente, aunque de constitución tan pequeña y delicada (a excepción de sus famosísimas tetas) que parecía como si hubiera sido creada solamente para que los hombres se sintieran grandes e importantes. En su delicadeza, debió de haber sido una pareja perfecta para Sy. Dos personas exquisitas tamaño bolsillo: una especie aparte.

Pero Sy fue un hombre de aspecto ordinario. El de Lindsay Keefe era extraordinario. No era extraño que hubiera pasado de actuar en tragedias griegas en teatros pequeños de ciudades del medio oeste a tomar parte en películas de vanguardia en Europa, para convertirse luego en una estrella americana. Sus rasgos eran preciosos. Vale, no eran perfectos, pero se acercaban a la perfección. (Las estrellas de cine tienen habitualmente un defecto molesto: un quiste, un antojo que no puedes ignorar, un defecto que te hace preguntarte por qué no se gastan unos cuantos miles en un cirujano plástico. Lindsay tenía un lunar negro en el cuello, en el lugar donde los hombres tienen la nuez. Era algo en lo que nunca te fijarías en una persona corriente, pero yo no podía dejar de mirarlo.)

La piel de Lindsay era lo más pálida posible, de esas en las que casi puedes imaginar toda la red sanguínea debajo. Su pelo era de un milagroso rubio platino, pero con tonos medio plateados medio dorados. Y los ojos: puro negro.

Iba vestida toda de blanco. Una falda larga y fina y una sencilla blusa de escolar. El salón era también completamente blanco, como un plató diseñado solamente para favorecer a las rubias. Había un montón de cosas que catalogué como antigüedades, pero material sólido: gruesos sofás y sillones tapizados de diferentes materiales,

todos blancos también, en varios tonos, de forma que se convertía en una especie de color.

—Si quieren saber la verdad —continuó Lindsay—, nada podía asustar a Sy. Era un hombre bajo control, en la cima de sus capacidades. Intelectualmente, emocionalmente, financieramente... —Se detuvo durante un segundo. Cuando continuó, fue con disgusto, como si nos hubiera pillado arrugando la nariz ante la idea de las «capacidades» de Sy. Pareció exasperada por estar ante lo que ella consideraba como sucias mentes infantiles de policías—. Muy bien, rellenaré por ustedes el espacio en blanco: en la cima de sus capacidades sexuales.

Olviden que sus palabras fueran injustas, por no decir toscas, bruscas y bordeando lo obsceno: eso apenas importaba. Robby y yo permanecimos inmóviles mientras ellas hablaba. Su voz tenía un tono profundo, sensual, un zumbido hipnótico. Uno quería oír todo lo que tuviera que decir. Podía estar hablándonos de la muerte de Sy, o recitándonos poesía erótica, o leyendo los ingredientes de una etiqueta de Kaopectate. Uno no podía resistir ser público de Lindsay Keefe.

Uno quería aplaudirlo todo. Porque además del rostro y la voz, estaba el cuerpo. Se había colocado estratégicamente delante de la ventana. Con las cortinas abiertas, la luz del final de la mañana tras ella era tan fuerte que prácticamente podías ver lo que había tomado para desayunar. Todo estaba iluminado: sus piernas, la línea de sus braguitas sobre su liso estómago, su tensa cintura... y sobre todo, la evidencia de que no llevaba sujetador. Increíble: sus pechos carecían de defectos, eran de esas tetas extrañas que desafían la gravedad y apuntan hacia el norte. Y, naturalmente, permanecía levemente ladeada, asegurándose de que la luz la iluminaba para que uno no pudiera dejar de notar la punta de sus pezones apretados contra el fino tejido de su ajustada blusa.

—Sy tenía gran éxito artística y financieramente. Deben de saber que ésta no es una industria donde la gente se desee lo mejor. ¿Pero iba a querer alguien asesinarle porque su última película ganó la Palma de Oro en Cannes y recaudó noventa y dos millones? Por favor.

Robby asentía ante todo lo que decía Lindsay, completamente descontrolado. Su cabeza no paraba de moverse arriba y abajo, sin descanso, como la de uno de esos muñecos con muelles en el cuello que antes se veían en la parte trasera de los coches.

Yo no asentía. Porque, primero, aunque podía estar hipnotizado por su voz, todavía tenía suficiente cerebro para darme cuenta de que todo lo que estábamos recibiendo de Lindsay eran palabras. Nos estaba dando una breve (y maravillosamente bien iluminada) aparición personal que se suponía debía satisfacer a dos polis palurdos... sin revelar nada.

Y, segundo, mis músculos de asentir no funcionaban tan bien porque estaba verdaderamente asombrado por la indiferencia absoluta con que nos trataba Lindsay Keefe. Eh, no habíamos aparecido para discutir sobre las multas de aparcamiento. Uno pensaba que, siendo actriz, nos ofrecería unos cuantos sollozos, o al menos un lloriqueo. Sin embargo, todo lo que hacía era seguir con los pasos de la entrevista para que no pudiéramos catalogarla como no cooperante, y mientras estaba en ello nos mantenía encandilados, sólo porque iba contra su naturaleza estar en la misma habitación con una polla humana y no titilar. Pero no le importaba una mierda lo que pensáramos sobre ella. Nunca me había pasado nada así antes.

El homicidio no es una circunstancia corriente en la mayoría de las vidas y, por lo tanto, tampoco lo son los detectives de Homicidios. Yo siempre había conseguido alguna reacción: respeto, hostilidad, atención, recelo, sentimiento de culpa, cooperación. Olviden las cualidades personales: para cualquiera remotamente conectado con un asesinato, Robby y yo éramos figuras de la autoridad, símbolos de la Ley. Pero no para Lindsay. Para ella, éramos payasos con chaquetas deportivas baratas.

Se sacó el pelo de dentro del cuello de la blusa, dejándolo caer sobre sus hombros.

—¿Quieren algo más de mí? —inquirió.

Robby intentó hacerse el duro. No llegó a ninguna parte. Empezó a desprender un olor agrio a lana mojada: era un manojo de nervios y deseo.

—¿Mencionó alguna vez el señor Spencer a alguien de su pasado que pudiera no quererle bien? —preguntó. Lindsay inspiró lenta y profundamente, presumiblemente para demostrarnos que intentaba conservar la compostura para poder continuar con la prueba del interrogatorio—. ¿Señorita Keefe? —Para ser justos, la voz de Robby no temblequeó, pero no habría ganado ningún premio de resonancia.

Ella abandonó su posición junto a la ventana y se sentó en una silla frente a nosotros, las piernas encogidas debajo, las manos cruzadas sobre su regazo al estilo dama.

—Miren, les he prestado toda la ayuda que he podido —dijo—. No sé nada más.

¡Aquella voz! Era una de esas voces sobre las que solías leer en las viejas historias de detectives, una voz que tenían chicas con nombres como Velma: rica, dulce, como crema caliente. Pero lo curioso era que, a pesar de su piel cremosa y translúcida, y sus pechos de fábula y su cabello rubio y sus negros ojos misteriosos, Lindsay Keefe no me volvía loco. Cierto, si te gustaban las rubias devastadoras no estaba mal. Pero en el trabajo o fuera de él, yo nunca he sido el tipo de hombre que se excita con el desdén. Vale (para ser justos), tal vez

Lindsay se estaba haciendo la dura para ocultar alguna vulnerabilidad. O (para no ser justos) tal vez Lindsay no era más que una puta insolente, desdeñosa, fría y emocionalmente desequilibrada.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Alguna pregunta más?

Robby no estaba completamente anonadado, pero pareció haber olvidado momentáneamente que era el más temido interrogador de la Brigada de Homicidios del Departamento de Policía del Condado de Suffolk y el amado esposo de Pechos Pecosos. Tragó saliva.

—Creo que es todo por ahora —contestó.

—Bien —dijo ella, y se levantó. Robby se levantó también, aunque no sin golpearse la espinilla con la mesita de café de mármol blanco.

Yo me quedé en el sofá.

—¿Mencionó alguna vez el señor Spencer haber visto a alguno de sus colegas del negocio de carne *kosher*?

Lindsay me miró con cierta curiosidad. Yo no había dicho nada más que «Hola» y un «Lo siento»; hasta ahora, había dejado a Robby llevar el interrogatorio.

—¿Por qué no se sienta un momento, señorita Keefe? —Se sentó, y luego Robby la imitó—. El negocio de alimentación —la insté.

—No —respondió ella—. Estoy casi segura de que no vio a ninguno de ellos. Para él, eso era otra vida. Pero déjeme decirle esto, detective... He olvidado su nombre.

—Steve Brady. ¿Invirtió en esta película alguien que conociera del negocio de alimentación, señorita Keefe?

—Sí. Uno o dos.

—¿Sabe sus nombres?

—Sólo uno. Mikey. Michael, supongo.

—¿Y el apellido?

—No lo sé.

—¿Llegó a oír que el señor Spencer se reuniera con ese Mickey? —Ella negó con la cabeza— ¿Alguna conversación telefónica con él?

—Sy hacía la mayoría de las llamadas desde su estudio.

—Bien, ¿pero no pasó nunca casualmente por su lado y lo oyó llamar a Mikey?

—Bueno, sí, una vez. Y pasaba por allí, no estaba escuchando a hurtadillas. No se muestre superior conmigo.

—Bien. ¿Qué oyó, al pasar por su lado?

—Sy aseguraba a ese hombre que todo iba bien.

—¿Le preocupaba a Mikey que no fuera así?

—No, por supuesto que no. Era una de esas llamadas telefónicas tranquilizadoras, eres tan importante, y esas cosas. Sy era un maestro.

—¿No había ningún problema con *Noche estrellada*? —pregunté. Ella sacudió la cabeza, permitiendo que un rizo de su largo pelo platino cayera delante de su hombro. Empezó a enroscarlo en su dedo

índice; que se suponía que mis ojos tenían que seguir los circuitos hasta que me quedara hipnotizado. Pero no podía dejar de mirar el lunar de su cuello: era tan negro que parecía un tercer ojo subdesarrollado—.

¿El señor Spencer estaba satisfecho con el desarrollo de la producción?

—Sí.

—¿Ningún problema con el director? ¿Con alguno de los actores?

—Nada que no fuera rutina.

—¿Estaba contento con su actuación?

—Por supuesto. —Enfática, cortante—. ¿Por qué lo pregunta?

—Sólo intentaba aclarar el terreno —dije.

—Seamos sinceros, detective Brady. No sé lo que ha oído, pero siempre hay chismorreos fuera del plató sobre la estrella de una película. A veces es más que una pequeña molestia. Estoy segura de que hay gente diciendo cosas terribles, como que soy una zorra dura. Eso es porque soy seria, apasionadamente seria en mi trabajo. O que mi actuación es algo floja. O que mi relación con Sy era..., bueno, de conveniencia mutua. La verdad es que sí, soy dura. Pero da la casualidad de que también soy un ser humano vulnerable.

—Estoy seguro de que lo es.

—Y amaba a Sy, mucho.

—Comprendo.

—Espero que comprenda también que a Sy le encantaba mi trabajo. —Inclinó la cabeza durante un instante, un segundo de silencio. Entonces me miró directamente a los ojos—. Y me amaba.

—No lo dudo ni por un segundo —dije, y pensé en los largos cabellos oscuros que habíamos encontrado en la cabecera de la cama de la habitación de invitados.

—Íbamos a casarnos.

—¿Qué sabe de sus ex esposas? —pregunté.

—No las conozco.

—¿Le habló el señor Spencer de ellas alguna vez?

—No mucho. La primera se llamaba Felice. Se casaron justo después de salir de la universidad. Ella estudiaba filosofía en Columbia. Al parecer era muy brillante. Pertenecía a una familia distinguida. Mucho dinero.

—¿Qué sucedió?

—¿La verdad?

—Por favor.

—Se aburrieron.

—¿Tuvieron algún contacto recientemente?

—No. Estoy casi segura. Se divorciaron a finales de los sesenta. Ella volvió a casarse.

—¿Qué hay de su segunda esposa? —pregunté.

—Bonnie. De algún lugar del oeste.

—¿Sabe algo sobre ese matrimonio? —preguntó Robbie.

—Un fracaso. —Lindsay colocó los dedos de una mano sobre la palma de la otra: necesitaba un descanso o se estaba examinando las uñas—. Ella es escritora. Bueno, había conseguido que le produjeran una película, y fue entonces cuando Sy la conoció. Creo que él se enamoró de lo que creía era una inteligencia viva y sin pretensiones. Todo energía y citas continuas de las películas de Joseph Mankiewicz. Eso le atrajo... durante cinco minutos.

—¿Y luego? —pregunté.

—¿La verdad? Ella tenía una película en su interior. Era noticia pasada cuando se casaron.

—¿Sabe si la veía? —preguntó Robby.

—No. Por supuesto que no. Pero vive por aquí. Cuando se separaron, ella se quedó con su casa veraniega. La verdad es que Sy volvió a saber de ella hace unos cuantos meses. Le envió un guión nuevo que había escrito.

—¿Iba a producirlo? —pregunté.

—Dios, no.

Descubrí que tragaba saliva.

—¿Le dijo a ella que no?

—Por supuesto. Me dijo que tuvo que hacerlo. Amablemente, probablemente con generosidad. Pero, estoy segura, con mucha firmeza. Oh, pero espere un segundo. Lo había olvidado. Ella vino al plató de Southampton, le persiguió. Yo no la vi, pero ella fue y llamó a la puerta de su trailer. Fue horrible. Pero él se lo dijo sin equívocos: «Adiós. Márchate de mi plato. Y guárdate tus guiones.» Puede que parezca duro, pero no tenía elección. Este negocio es un imán para todo tipo de gente inestable.

—Pero él la conocía —dije—. Era su ex esposa. ¿Creía que era inestable?

—No. Por lo que sé, la consideraba una perdedora. Pero si Sy le hubiera dado el mínimo apoyo, se le habría echado encima. Quiere mi guión. Quiéreme a mí. Hazlo por mí. Hazme rica, famosa. Conviérteme en una estrella. Las personas como ella están desesperadas. Sy tuvo que quitársela de encima.

4

La reunión del equipo de Homicidios consistió en seis polis sentados alrededor de una pizarra, encogidos de hombros. Robby no había podido interrogar a Easton porque había seguido la pista del tipo de alimentación *kosher*, Mikey, que resultó ser el gordo Mikey LoTriglio, un verdadero encanto. Como los Spiegel-Spencer, la familia de Mikey había sido dueña de una importante planta de procesamiento de carne, pero también tenía lazos con otra familia, los Gambino. Tenía un magnífico historial de arrestos por extorsión y asaltos con agravantes (nuestro tipo), pero nunca lo habían condenado por nada.

Ray Carbone anunció que todo lo que había podido hacer, porque había estado ocupado calmando a los de arriba y ayudando a escribir una nota de prensa, fue averiguar que la primera esposa de Sy se llamaba Felice Vanderventer y que vivía en Park Avenue.

Nuestro hombre de la autopsia, Hugo Schultz, el alemán agrio, informó que dejando a un lado su repentina muerte, Sy se encontraba en plena forma. Ninguna enfermedad. Ningún rastro de drogas o de alcohol. Su última comida al parecer había consistido en pan y ensalada. Había pruebas de una eyaculación reciente, probablemente postensalada. Oh, lo había matado la primera bala, que le atravesó la cabeza; la que le perforó el corazón fue innecesaria. «Prácticas de tiro», dijo Hugo.

Los otros dos tipos escuchaban y tomaban café. Informé a todos de la historia de Bonnie sobre su guión, que contradecía la versión de Lindsay, y que había algo que no encajaba en Bonnie, algo que me había molestado. Oh, y que la pretensión de Lindsay de estar haciendo una interpretación estelar era rebatida tanto por Bonnie como por Gregory J., y que yo pensaba que *Noche estrellada*, los veinte millones

de dólares que costaba y, posiblemente, la reputación de Lindsay parecían destinados a la basura.

En otras palabras, lo que saqué de la reunión no fue mucho. Fue entonces cuando pensé en mi hombre. Jeremy. Germy.

Jeremy Cottman, el más reputado crítico de televisión, era mi único amigo rico y famoso. Vale, no era exactamente una amistad estrecha. De hecho, habían pasado más de veinte años desde la última vez que le había visto.

Jeremy era un chico que pasaba las vacaciones de verano en Bridgehampton, hijo de padres ricos pero no famosos. Su padre era un corredor de Bolsa cuyo único cliente parecía haber sido él mismo. El señor Cottman jugaba perpetuamente al golf; su piel tenía la textura de un sándwich de queso al horno. La señora Cottman, que llamaba a todo el mundo «terroncito de miel», se pasaba los veranos enteros con un gorrito que se ataba bajo la barbilla, agarrada a un par de tijeras, podando todo aquello que no salía por piernas. Su casa, una vieja mansión victoriana de madera blanca, asomaba a la bahía de Mecox.

Los chicos ricos como Jeremy jugaban durante todo el verano: nadaban en sus piscinas, iban a las fiestas de sus clubes de playa, aprendían a montar con aquellos pantalones rígidos. Los chicos como yo trabajábamos. Empecé rascando mierda de pato y recolectando patatas para el granjero que había comprado nuestra tierra. Cuando tenía doce años, me gradué y pasé a limpiar piscinas, y más tarde hice de *cuddy* en uno de los clubes de golf locales.

Pero, a pesar del trabajo, el verano siempre fue una época mágica. No oscurecía hasta tarde, así que cogíamos un bocadillo y corríamos a la cancha. Jugábamos la prórroga cuatro mil de un juego de béisbol que había empezado en el verano del tercer curso: camisetas y pieles; nuestras camisetas volviéndose cada vez más gastadas a medida que los cincuenta daban paso a los sesenta; nuestras pieles oscureciéndose, pasando de los pechos blancos y flacos de los niños de nueve años a los torsos anchos, bronceados y velludos de los graduados de instituto.

Era estrictamente un juego de Bridgehampton. De vez en cuando, un chico veraneante pasaba por allí, con una bici inglesa de carreras. Después de pasar de largo unas cuantas noches, frenaba, desmontaba y se entretenía inspeccionando una rueda. Normalmente lo ignorábamos, como diciendo: «A este club no puedes unirte, cara de coño.» Pero si parecía buena gente, éramos un poco menos exclusivos. Cierto, el chaval tenía que tener pelotas para decir «hola» primero. Pero luego, si no iba demasiado bien vestido, le preguntábamos si quería jugar con nosotros.

Jeremy (yo fui el que empezó a llamarle Germy) creó nuestro equipo. Era un bateador increíble, un corredor regular y un imitador

cruel y gracioso. Escogía a alguna estrella de cine o a un jugador de béisbol y le hacía decir cosas terribles sobre alguno de los chicos, así que era como ser insultado por Marilyn Monroe o Carl Yastrzemski (el mejor ser humano que Bridgehampton había producido jamás, aunque hubiera jugado para Boston).

Yo nunca había conocido a nadie como Germy Cottman. Poder golpear aquellas pelotas curvas. Haber descubierto una forma de decir cualquier cosa que se le viniera a la mente. ¡Dios, qué maravilloso debía de ser aquello! Nos hicimos grandes amigos, e incluso llegamos a confiar lo suficiente el uno en el otro para compartir nuestras más íntimas fantasías deportivas. Fuimos los mejores amigos de aquella época, desde que tuvimos doce años hasta la universidad.

Germy fue a Brown. Yo fui a la estatal de Albany. Lo busqué el verano después del primer curso, pero su madre, podando rosas que habían hecho algo para molestarla, dijo: «Lo siento, terroncito de miel, Jeremy está en Bolonia, aprendiendo italiano.» Lo vi una o dos veces después de eso, pero ya no teníamos mucho que decirnos; para entonces, él era un intelectual, yo un drogadicto, y ninguno de los dos jugaba ya al béisbol.

Pero de vez en cuando el nombre de Germy sonaba en el pueblo. Me enteré de que estaba haciendo algo en Chicago, en una escuela de graduados; trabajaba en un periódico en Atlanta; trabajaba en un periódico de Los Ángeles; escribía largas críticas de cine para alguna revista elitista.

Y entonces, una noche, en televisión, ¡Germy en persona! Recuerdo que estaba tendido en el sofá, bastante borracho pero no totalmente fuera de combate, apurando una cerveza y jugueteando con el mando a distancia. Allí estaba, meciéndose en un gran sillón de cuero, las piernas cruzadas, diciéndonos a los amigos en casa (con su familiar tono nasal, como si llevara una pinza de ropa en la nariz) por qué *Memorias de África* era una película sobrevalorada; entonces hizo una imitación breve, maligna, pero sorprendentemente precisa, de Meryl Streep.

Germy estaba en el mapa. Una celebridad. Y durante los dos años siguientes, su programa mejoró. No era solamente negativo. Cierto, seguía haciendo críticas asesinas e imitaciones crueles, pero dejó de mostrar su superioridad intelectual y empezó a ofrecer su inteligencia verdadera. Pasaba trozos de películas a cámara lenta y explicaba cómo se rodaba exactamente una toma concreta, o describía con precisión por qué fulano o mengano era un buen montador, o un mal director de producción. También conocía a los actores: informaba sobre cómo alguna pelea interna en un estudio afectaba a una película concreta.

Toda América contemplaba a Germy: a las siete y media, los viernes por la noche. Y también leía sobre él: en *People*, *Time,*

Newsweek. Leí que se había casado con la hija de un famoso director de los años cuarenta; que tenía una casa en un acantilado que asomaba sobre el Pacífico; que había vuelto a mudarse a Nueva York; que se había divorciado de su esposa después de quince años y se había casado con una directora de luminotecnia muy famosa de Broadway, aunque yo nunca había oído hablar de ella. Por el pueblo se comentó que su padre había sufrido un ataque al corazón en el hoyo dieciocho y había muerto antes de que pudieran trasladarlo a la sede social del club, y que su madre había muerto también, y que Germy había heredado la casa. Pero aunque estaba enterado de lo que hacía, no había estado con él desde que yo jugaba en el centro del campo y él corría por la zona exterior.

Me sentía un poco nervioso por tener que llamarle, pero luego pensé: «Tengo que intentarlo.» Ya que era una tarde de sábado gloriosa y soleada, Germy podía encontrarse a un par de kilómetros de distancia. Podía estar pasando el día practicando una cruel imitación de Clint Eastwood o tirándose a la directora de luminotecnia o (sonreí mientras aparcaba en su camino de acceso) sentado con las piernas cruzadas sobre la cama, como solía, untando su guante de aceite de castor.

Un minuto más tarde, apareció en la puerta, las manos contra el marco, como si defendiera su casa de algún intruso que pudiera hacerlo a un lado y saquear su salón, o le pidiese que le explicara cómo era realmente Chevy Chase.

—¿Sí? —Fríamente, casi al borde del hielo absoluto.

—¿No me reconoces, Germy?

Entonces dijo aquello de «¡Oh-Dios-mío!», seguido de nuestro apretón de manos especial. Fue de verdad. Los dos nos sentimos realmente conmovidos al vernos, aunque no lo suficientemente cómodos para seguir nuestra inclinación natural, que era darnos uno de esos aceptables abrazos no-homosexuales tan típicos de los Campeonatos Mundiales.

—¡Steve! ¡Pasa!

Le seguí a través del vestíbulo, hacia el salón. Fue como zambullirse en 1959: el paragüero blanco y azul lleno de raquetas de tenis, el viejo espejo arañado en su marco de madera tallada.

—No puedo creerlo —dije—. Parece exactamente igual. En cualquier momento tu hermana entrará corriendo y me escupirá.

—¡Es verdad! —exclamó Germy con su graznido sordo—. Lo había olvidado. Se pasó todo un verano escupiéndote. Estaba locamente enamorada.

La casa de los Cottman todavía tenía el desaliño de somos-ricos-desde-siempre de cuando éramos niños: ajados cojines estampados con flores, alfombras tejidas con flores que resbalaban sobre los suelos de

madera, viejas sillas de mimbre. En la terraza trasera, había flores en las mohosas macetas de su madre, y ahí estaban las viejas sillas de hierro pintadas de blanco, colocadas en los mismos sitios.

Como la casa, Germy no había cambiado mucho. Era alto, casi como yo, pero no había dejado atrás su carita redonda de bebé, con su naricilla y sus ojos completamente abiertos. Cierto, su frente tenía unas cuantas arrugas, su pelo castaño se había vuelto un poco gris, pero con sus gafas de montura de concha y su jersey blanco de tenis parecía más un chico alto con la ropa de papá que un adulto completo. Me indicó con un gesto que tomara asiento.

—¿Puedo servirte algo? ¿Una taza de café? —Entonces se acordó—. ¿Una cerveza? —Negué con la cabeza—. ¡Steve! ¡Dios! Háblame de ti. ¿Dónde vives? ¿Qué haces?

Germy tenía demasiada clase para preguntar «¿Qué quieres?», aunque en el fondo de su mente debía de estar pensando que había venido a por una limosna, o con alguna petición extraña: «¿Puedes conseguirme una foto firmada de Goldie Hawn?»

—Vivo aquí, en Bridgehampton, al norte de Scuttle Hole...

—Casado, soltero, div... —Nos interrumpió a ambos con su propio entusiasmo—. ¡Yo volví a casarme el año pasado! —Hizo una pausa para que me preparara para algo maravilloso— ¡Con Faith Armstead!

Asentí respetuosamente, como diciendo: «Oh, desde luego, siempre quedo deslumbrado por el brillo de Faith Armstead.»

—Enhorabuena.

—Hoy tiene que estar todo el día en el teatro. ¿Puedes creerlo? —Su segundo matrimonio estaba funcionando; podía oír el placer con que Germy pronunciaba el nombre de su esposa. Y parecía orgulloso, casi asombrado por su dedicación; ella podría haber sido la primera esposa desde el alba de los tiempos que trabajaba un sábado—. Bueno, ¿y qué hay de ti? —inquirió.

—Nunca he llegado a casarme. Estuve bastante jodido cuando regresé de Vietnam.

—Vietnam —repitió Germy.

—Y luego me acostumbré a estar soltero, a estar libre. Pero por fin conocí a una gran chica. Vamos a casarnos el fin de semana de Acción de Gracias.

—Estuviste en Vietnam —dijo él suavemente. La nueva reacción de asombro. Después de todos aquellos años de ser asesinos de bebés asiáticos, ahora nos habíamos convertido en una especie de tesoros nacionales—. ¿Viste acción?

—No, capullo. Necesitaban un jugador de segunda base en el equipo de Saigón, así que me pasé toda la guerra jugando. Escucha, de verdad que quisiera charlar de muchas cosas, pero estoy aquí por asunto de trabajo... —Vi que su cara caía un poco, sus mejillas

redondas se aplanaban—. Tranquilo, Je-re-my. ¿Crees que vengo a hacerte un seguro de vida?

—Bueno… —Su embarazo se evaporó—. No. —Adoptó su yo real, su cáustica personalidad televisiva—. La verdad es que tienes más aspecto de leñador.

—Soy detective de la Brigada de Homicidios de Suffolk.

—¿Tú?

—Sí. Nunca creíste que acabaría a este lado de la Ley, ¿eh?

—¡Homicidios! —exclamó—. Steve, eso es excitante. ¡Fascinante!

—Sí, bueno, la violencia es fantástica, y siempre me ha vuelto loco la descomposición.

—En serio, ¿te gusta lo que haces?

—Estimula mis procesos intelectuales.

—Lo pregunto en serio.

—Sí, me gusta. Mucho. ¿Sabes por qué estoy aquí?

Tardó menos de una décima de segundo.

—Sy Spencer.

—Necesito información, de su pasado, de su futuro, lo que sepas. ¿Lo conocías?

Volvió su silla para mirarme, dando la espalda a la bahía.

—Ligeramente.

—¿No frecuentabas los mismos sitios que él?

—No. El trataba con gente madura: un poco de dinero viejo, un montón de dinero nuevo, y escritores, propietarios de restaurantes, diseñadores de moda. Todas esas mujeres demacradas con las caras estiradas y sus gordos maridos.

—Sy no era gordo. Metro sesenta y cinco, sesenta kilos.

—Era una excepción. —Germy vaciló—. Oh… ¿sabes cuánto pesaba por…?

—Sí. La autopsia. Escucha, el tipo estaba en plena forma. Ojalá tuviera yo su hígado. Si no hubiera parado esas balas, habría vivido hasta los cien. La cosa es, Germy, que sé más de lo que quisiera sobre sus órganos. Pero quiero saber sobre él. Por eso te necesito. Aunque no fueras su mejor amigo, debes de saber cosas de él, de lo que hacía.

—Por supuesto.

—Bien, ¿qué sabes de *Noche estrellada*?

—¿Cotilleo o sustancia?

—Ambas cosas. Sustancia primero, acabaremos antes.

Germy se quitó las gafas y mordisqueó la patilla pensativo.

—Muy bien. La verdad es que leí un primer borrador del guión. Es una historia de amor, acción y aventura sobre un canalla encantador que se casa con una mujer muy rica por su dinero. Aparentemente, ella es del tipo gélido y sofisticado, muy Hamptons, si me disculpas. Se siente abrumada por el magnetismo y la sexualidad del canalla. Bien,

para abreviar una historia complicada, el pasado de él (traficar con cocaína) se le viene encima, y unos tipos colombianos secuestran a su esposa por razones que el guión no dejaba del todo claras. Al principio al canalla no le importa. Luego se da cuenta poco a poco de que se ha enamorado locamente de ella, y ella..., ella está atada en un sótano... Estoy un poco perdido en esta parte, pero creo que en Bogotá. O tal vez en Brooklyn. En cualquier caso, ella se da cuenta de que él es algo más que un semental encantador; es el gran amor de su vida. El va por ella, ella escapa, hay una persecución de coches gratuita, los malos parecen a punto de ganar. Pero al final viven felices para siempre jamás.

Me quedé inmóvil durante un minuto, contemplando el titilante reflejo dorado del sol en la bahía.

—¿Se gastaría un tipo como yo seis pavos para ir a verla?

—Es difícil de decir, Steve. Es una película que trata de romper el caparazón, de descubrir tu humanidad. El guión tiene partes con los mejores diálogos que he leído en años. Verdaderamente ingenioso. Y algunos buenos momentos, antes del secuestro, cuando cada uno empieza a revelarse al otro y luego se echa atrás, como si advirtieran que están violando alguna ley de superficialidad no escrita de los matrimonios de la jet-set. Pero la verdad es que no descubre nada nuevo. Por lo que puedo recordar, el argumento es corriente. Pero los personajes están inusitadamente bien dibujados para un guión analfabeto. —Volvió a ponerse las gafas—. Por si no lo sabes, estamos viviendo en lo que es, esencialmente, una era analfabeta.

—Oh, lo sé. Es una tragedia con la que tengo que convivir todos los días de mi vida.

—Sabías que pensabas así.

Permanecimos sentados durante un minuto, envueltos en un cómodo silencio. Cuando conoces a alguien desde la infancia, tienes una especie de poder extrasensorial. Podía sentir a Germy relajándose, igual que yo, alzando la cara para sentir el sol, y deseando (deseando realmente, desesperadamente) hablar de todas las cosas sorprendentes que les habían pasado a los Yankees desde Steinbrenner.

Pero yo tenía un homicidio sin resolver pendiendo sobre mi cabeza, así que me ceñí al tema.

—Parece que tienes tus dudas sobre el guión de *Noche estrellada.*

—Bueno, podría ser una película excitante y estilizada. Pero está todavía en rodaje. ¿Serán creíbles los actores? ¿Resultará creíble el gran amor entre Lindsay Keefe y Nicholas Monteleone? El atractivo de él ha sido siempre más emocional que sexual. Esencialmente es un hombre de hombres; sus mejores películas han tratado todas de relaciones entre hombres: jinetes de rodeo, exploradores del Amazonas... —Sonrió—. Policías de Homicidios. Pero la cuestión de si

la película funcionará va más allá de los dos protagonistas. ¿Serán los colombianos ofensivos sudacas estereotipados o verdaderamente aterradores? ¿Vendrá bien la persecución de coches? Y luego, el auténtico problema, el motivo por el que Sy no consiguió financiación en ningún estudio, es que se piensa que hay un público muy limitado para este tipo de película: Cary Grant con pelotas. Probablemente no atraerá a los menores de veinticinco años. No es suficientemente conmovedora para ser otra *Tal como éramos.* Y no es fuerte; aunque Lindsay muestre los pechos una vez más, o decida que es hora de cambiar y enamore a la cámara, no servirá de nada. Antes que nada: el público ha visto su cuerpo demasiadas veces; hay una fuerte tendencia a decir: «Por favor, señora, déjese puesta la blusa.» En el guión, el sexo fuerte es verbal, no directo, conversaciones ligeras de hombre a mujer. —Se echó hacia atrás y cruzó las manos tras la nuca — ¿Es lo bastante sustancioso?

—Sí. ¿Qué hay del dinero? He oído que veinte de los grandes. ¿De dónde sale toda esa pasta?

—Inversores privados. O bancos que tuvieron fe en el historial de éxitos de Sy.

—Si fueras un banco, ¿qué tipo de fe tendrías?

Germy desenlazó las manos, y luego cruzó los brazos sobre el pecho.—Invertiría..., aunque no veinte millones. Eso parece terriblemente elevado para una película que se rodará casi toda aquí y en Manhattan, a pesar de todos los decorados chillones en estudio y el vestuario y un director ansioso que tiene fama de rodar un montón de tomas. Pero olvidando dólares y centavos, las películas de Sy eran realmente buenas. Comerciales. Creía que había que empezar con un guión pulido. Prefería el actor dotado al de renombre. Siempre he admirado sus películas.

—¿Sólo admirado? ¿Nunca te ha entusiasmado ninguna de ellas?

Tardó un minuto en considerar la pregunta.

—No. La verdad es que no puedo explicarlo, pero había algo un poco raro en todas las películas que produjo. Cada una parecía decir: «¿No soy sensible? ¿Provocativo? ¿No tengo unos valores de producción soberbios?» Siempre había inteligencia y cuidado, pero nunca verdadero espíritu. Supongo que sus películas eran como el propio Sy.

—Por lo poco que lo conocías, ¿qué parecía?

—Inteligente. Elegante pero no relamido. Y en cuanto al negocio del cine, donde los abrazos y los besos y los grititos de «Cariño, eres un genio colosal» son un requerimiento institucional, era notable por ser muy contenido. Un caballero. —Germy se detuvo.

—¿En qué estás pensando? Aunque sea completamente irrelevante.

—Bueno, Sy no era definible. Me parecía una especie de camaleón.

Hombre de mundo con los hombres de mundo. Amante con las mujeres. Un duro negociante con los sindicatos, un auténtico luchador callejero sucio. Y lleno de encanto judío con un par de periodistas de los viejos tiempos, soltando palabras en yiddish cada dos por tres. Las pocas veces que hablamos, fue muy académico, como si sólo viviera para discutir sobre el universo determinista de Fritz Lang. Eso me hacía reír porque sabía que debía de confundirme con otro crítico: a mí nunca me ha importado un pimiento Fritz Lang.

—¿Cuál de sus personalidades podía ser la más cercana al auténtico Sy Spencer?

—No tengo ni la menor idea.

—¿Qué crees que le impulsaba, Germy? ¿Dinero? ¿Sexo? ¿Poder?

—Bueno, desde luego disfrutaba de todo eso. Pero no parecía obsesionado, por duro que fuera. Podía ser agradable, incluso encantador. Pero una parte integral de sus circuitos, la parte que se extiende y hace conexiones humanas, parecía... desconectada.

—¿Qué sabes de su ex esposa, Bonnie Spencer? —Germy sacudió la cabeza: nunca había oído hablar de ella—. Escribió el guión de una película llamada *La vaquera.*

—La recuerdo. Era una bonita película.

—¿De qué trataba?

—La viuda de un pequeño ranchero se calza literalmente las botas de su marido. Trata de las relaciones con los trabajadores del rancho, con las esposas de los vecinos. Algunos diálogos conmovedores sobre su pasión por la tierra. Muy bellamente fotografiada.

—¿Una película importante?

—No. Pero bastante decente, aunque fuera menor. —Se quitó las gafas otra vez y volvió a mordisquearlas un poco más—. No se llamaba Spencer cuando lo escribió. Otra cosa.

—Sy se casó con ella después de que se estrenara. Pero luego ninguno de sus otros guiones tuvo éxito. —Yo tenía clavada la vivida imagen de Bonnie con sus pantalones de ciclista y su camiseta demasiado grande apoyada contra el fregadero de su cocina. No era una imagen de una persona que pudiera estar de alguna manera en el negocio del cine—. ¿Has oído alguna vez hablar de ella?

—No —dijo él.

—Parece que él la dejó cuando descubrió que no era la propiedad importante que creía.

—Eso parece muy típico. De la industria y de Sy.

—¿Qué hay de Lindsay Keefe? Me he enterado de que su actuación no es muy buena.

—Bien, ahora pasamos al chismorreo. He oído lo mismo, y no lo pongo en duda. Es una actriz muy cerebral. Sus personajes tienden a ser mujeres centradas, inteligentes, apasionadamente devotas de lo

que hacen, a veces capaces de emociones profundas: mujeres maltratadas que escriben poesía, misioneras que se unen a oscuros movimientos revolucionarios. Ese tipo de cosas. El personaje de *Noche estrellada*..., bueno, es diferente. Suave, cariñosa, la pobre niña rica. Mi suposición es que Lindsay puede ser bastante buena actriz para proyectar cariño. Pero es principalmente cabeza, no corazón. El papel no está en su línea.

—¿Dejarán la película ahora que Sy está muerto?

—¿Bromeas? Hacer películas es un negocio. Por un actor, o un director, tendrían que parar unos cuantos días hasta poder conseguir un sustituto. Por un productor ejecutivo... ni siquiera se detendrán a tomar café.

—¿Has oído algo más sobre lo que sucede en el plato?

—Los comentarios maliciosos de costumbre.

—Bien. ¿Cuáles son?

—Que Sy no estaba satisfecho, y que Lindsay y él pueden haber discutido por la actuación de ella. O, aunque no hubiera ninguna confrontación, que ella sentía que tenía problemas con él. En cualquier caso, ella aguantó la respiración... y disparó su artillería al director, Víctor Santana. Lo convirtió en su aliado.

—¿Cómo lo puso de su lado?

—¿Su lado? Su lado es lo menos importante.

—¡No jodas! ¿Lindsay se lo estaba montando con Santana?

—Steve, el que cuando el productor ejecutivo deja el plató por el resto del día, el director *y* la primera actriz mantengan una reunión sobre el guión en el tráiler del director durante cuarenta y cinco minutos con las persianas bajadas y no pidan que un ayudante de producción les traiga café y el tráiler se mezcla de un lado a otro, ¿qué te sugiere?

—Folleteo.

El problema era qué había pensado Sy. ¿Qué sabía? ¿Y qué planeaba hacer con Lindsay Keefe?

Permanecimos sentados en la cocina comiendo helados en sus envases de litro, como solíamos hacer en otros tiempos. A la mitad, cambiamos: yo cogí el de galletas con nata de Germy y él se quedó con el mío de café con avellanas. Ninguno de esos sabores había sido inventado cuando éramos niños.

Me contó que el cáncer de su madre se había extendido y lo insoportable que fue su dolor y cómo finalmente terminó absorbiendo el Seconal que había acumulado durante más de un mes. Yo le dije que siempre había creído que viviría eternamente con aquel curioso gorrito suyo y las tijeras de podar, y lo mucho que sentía que no estuviera allí para llamarme terroncito de miel.

Soltó su cuchara.

—Steve, cuando éramos niños, nunca tuve el valor de preguntártelo... ¿Tu padre os abandonó? ¿Tu madre mantenía a la familia?

—Sí. Después de vender la granja, tuvo unos cuantos trabajos, pero siempre lo despedían por estar borracho. No hablo de un simple coloran: hablo de perder la cabeza. Cuando estás trabajando en Agway no es una buena cosa vomitarle encima al mayor granjero de Bridgehampton, De todas formas, se las piró cuando yo tenía ocho años.

—¿Nunca volviste a saber nada de él?

—No. Por lo que sé, todavía podría estar vivo en alguna parte, aunque no pondría la mano en el fuego.

Mi padre era un borracho vago, sucio y repugnante. También era, en sus raros momentos de semisobriedad, un hombre dulce, que hablaba conmigo de deportes y me compraba un dólar de chicle para conseguir los cromos de béisbol. Y se sentaba junto a Easton mientras construía sus modelos de barcos y decía «Buen trabajo», aunque no podía ayudarle, porque sus manos temblaban con perpetuo delirium tremens. Y de vez en cuando se acercaba a mi madre y decía: «Ah, amor, seamos sinceros el uno con el otro», o «¿Debo compararos con un día de verano?», y durante ese segundo, podías ver que había habido algo entre ellos.

—Nunca me llevaste a tu casa —dijo Germy suavemente, mientras regresábamos a la terraza—. Siempre tenías una excusa. Los pintores. Tu madre que esperaba compañía...

—No teníamos dinero. No podría haberte ofrecido ni un refresco. Y la casa se caía a pedazos. Tu vivías aquí, con toda esta riqueza, y sólo era tu casa de verano.

Permanecimos en silencio durante un minuto porque, aunque a menudo habíamos discutido los problemas de Roger Maris, nunca habíamos hablado de los nuestros: no teníamos ni idea de adonde llevar la conversación a continuación. Me levanté, me acerqué al borde de la terraza y, durante un instante, contemplé la brillante vela blanca y roja de una tabla de windsurf surcando la bahía de Mecox. Me volví hacia Germy.

—¿Recuerdas tu *Sunfishi* Te lo regalaron al cumplir dieciséis años. —El asintió—. Me dejaste pilotarlo, y me lo llevé tan lejos que creí que iba a morir o meterme en problemas con la guardia costera. Recuerdo que tenía más miedo a la guardia costera que a la muerte.

—Eso fue cuando empezaste a hacer cosas raras. Recuerdo el verano siguiente, antes de la universidad. Bebías demasiado, incluso para un chico rebelde. Yo empecé... a no sentirme cómodo contigo.

—Lo sé.

—Alardeabas de que entrabas en las casas durante el invierno, para destrozarlas..., sólo por diversión. —Me miró directamente—. ¿Eran sólo mentiras?

—No. Y no era sólo vandalismo. Me había vuelto malo, Germ. Robaba. Televisores en color, tocadiscos. Vendía casi todo a un tipo de Central Islip. Me pulía el dinero. Alcohol. Discos. Una chaqueta de cuero. Excepto una vez que fui al estadio de los Yankees. Conseguí un sitio magnífico, en primera fila. Iba a ser mi día perfecto. Pero perdimos. Un partido de mierda.

—¿Cuándo fue eso?

—En julio del sesenta y seis.

—Un año de mierda —recordó Germy—. Acabamos los últimos.

—Lo recuerdo. El primero de muchos años de mierda. Para mí. Los Yankees mejoraron. Yo no. No lo hice durante mucho tiempo. —Separé mi pulgar y mi índice unos milímetros—. Por esto —expliqué—. Por esto no acabé muerto o en la trena, por esto.

—Debió de ser horrible.

—Sí, lo fue. —Pensé durante un segundo—. Sigue siéndolo.

5

Para cuando terminé con Germy, eran más de las tres. Y era un sábado por la tarde y el plató de *Noche estrellada* estaba cerrado. Así que hice que la gente del cine viniera a verme a nuestro cuartel general temporal en el Departamento de Policía de Southampton. Me había acostumbrado a hacer entrevistas en la sala con la fotocopiadora y la máquina de café..., comprendiendo que podían interrumpirse en caso de que hubiera una crisis catastrófica de fotocopias.

La habitación no era ni más ni menos fea que cualquier otra sala utilitaria pequeña, sin ventanas, con neones y sillas de metal y cuero verde del gobierno. Su aire rancio estaba perfumado con el aroma de posos de café prehistóricos y los humores de los líquidos de la fotocopiadora; el suelo, decorado con los papelitos rosas, blancos y azules de envoltorios de Sweet'n Lows, Equals y paquetes de azúcar, así como con un polvo blanco que no era una sustancia controlada sino un producto no lácteo para blanquear el café. No era distinta de ninguna otra sala donde trabajan policías: un lugar habitable y degradante para el espíritu humano al mismo tiempo.

Víctor Santana, el director, con su pelo corto y su bigotito recortado, estaba sentado frente a mí, deseando largarse. Hacía un trabajo estupendo. No parecía encajar en la sala. De hecho, no parecía encajar en ninguna parte excepto en un restaurante de tres estrellas, una película de cuatro o un hotel de cinco. El tipo era todo un figurín: camisa blanca con una corbata rojo oscuro, pantalones gris perla y una chaqueta deportiva negra de un tejido invalorable, tan caro que un tipo como yo nunca habría oído hablar de él.

El apellido de Santana era hispano, y su color, un moreno intenso, pero su acento no era español. Hablaba como si intentara demostrar

que había sido educado en Oxford. No funcionaba: su dicción, como sus patillas, era demasiado recortada. Supuse que no negaría su herencia, pero tampoco gritaría «¡Caramba!»[2] si le ofrecieran ser gran mariscal del desfile del Día de Puerto Rico.

Parecía mundano, la clase de tipo al que James Bond se enfrentaría en una mesa de *chemin de fer*, sea lo que demonios sea un *chemin de fer*. Pero a pesar de su sonrisa y sus oscuros ojos que anunciaban estoy-tan-cómodo-aquí, yo sabía que no estaba llegando a ninguna parte. Parecía estar recitando el mismo guión que Lindsay: *Noche estrellada* era genial; Lindsay era una gran actriz; Sy Spencer fue un gran productor.

—Hacer una película —explicaba, muy británicamente, cada consonante una perla—, es un trabajo en equipo. No puedo decirle el placer que me ha supuesto, artística y personalmente, trabajar con Sy y Lindsay.

Así que yo dije:

—Señor Santana, por favor, déjese de historias. Sabemos de buena fuente que usted y Lindsay Keefe tenían un lío.

Su torso se retorció, como si, por un instante, yo hubiera electrificado su silla.

—¡Eso es absolutamente falso! —declaró. Pronunció «ab-so-lu-ta-mente».

—Tenemos testigos. —Por supuesto, todo lo que teníamos era un informe de segunda mano sobre un tráiler que se mecía. Pero merecía la pena intentarlo—. Testigos que pueden declarar sobre lo que hacían usted y la señorita Keefe en su tráiler.

De repente, pareció estudiar las venas de su mano. Tras un segundo, advertí que no miraba las venas, sino su alianza. Santana tenía unos treinta y tantos años, y había tenido un par de éxitos. Tal vez estaba calculando cuánto le costaría cada meneo del tráiler si su matrimonio se hacía añicos. ¿Valía Lindsay cien mil dólares por polvo? O tal vez simplemente se sentía culpable.

—¿Por qué no me habla de ello?

—Muy bien —suspiró. Blandengue total: aquí tenía a un tipo cosmopolita que ni siquiera tenía presencia de ánimo para preguntar quiénes eran los testigos y qué habían visto. Iba a resultar chupado, porque Santana se moría por contarlo todo. Acomodó su culo perfectamente medido en la silla, pero inclinó el resto de su cuerpo hacia adelante.

—Teníamos un lío —confesó, con un susurro, como diciendo: «Jure por Dios que no lo contará»—. Por favor, comprenda que no es una relación superficial esporádica. Es..., bueno, es una historia de amor. No quiero que piense...

—No hay problema, señor Santana. Escuche; normalmente, lo que

usted hace es asunto suyo. Dos personas que trabajan juntas pueden enamorarse. Sucede continuamente. El problema es que en este caso al novio, prometido o lo que fuera, le metieron sendas balas en la cabeza y el corazón. Así que tengo que hacer unas cuantas preguntas.

—Tal vez... ¿Cree que debería hablar con un abogado?

—Puede hablar con quien quiera. Contrate a un bufete entero. Es usted un hombre sofisticado. Sabe cuáles son sus derechos. ¿Pero por qué? No es usted culpable de nada, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Entonces responda simplemente a un par de preguntas. Ahora, para hacerme la vida más fácil. O más tarde, si quiere, con su abogado. —La verdad es que no intentaba engañarle. Es que no me apetecía estar en suspenso hasta mediados de la semana siguiente, cuando algún leguleyo con un traje azul marino de tres piezas pudiera llegar de Manhattan para enganchar los pulgares en los bolsillos de su chaleco y soltarme una arenga sobre discreción en la acusación—. ¿Sabía Sy lo de ustedes dos?

—No. Por supuesto que no.

—¿Cómo está tan seguro?

—Lo pregunté. Yo estaba un poco nervioso, pero ella dijo que tenía la certeza de que él no lo sabía.

—¿Todo parecía ir bien entre ellos?

—Estoy seguro de que él lo creía así.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Significa que no sabía lo que Lindsay siente por mí y yo por ella. —¿Conocen ustedes esas novelas rosas en las que los ojos del héroe brillan? Bien, los ojos de Victor Santana empezaron a brillar. Resplandecía con la gloria del amor. Uno no cree normalmente que un adulto con una chaqueta deportiva tan cara como aquella pueda ser un capullo, pero él lo era.

—¿Estaba Sy contento con la actuación de ella? —Claramente, esta no era la pregunta favorita de Santana. Su brillo se empañó. Se enderezó en el asiento, tenso. Intentó calmarse acariciándose la corbata; tenía un montón de pequeños escudos que supongo eran insignias de club, o blasones familiares—. Eh, señor Santana, he estado hablando con mucha gente. Tengo cierta idea de lo que pasaba, así que háganos un favor a ambos. No sea creativo. ¿Estaba contento Sy con lo que estaba haciendo Lindsay?

—No estaba entusiasmado.

—Objetivamente, ¿cómo estaba ella?

—Estaba maravillosa. Lo digo sinceramente. —Dejó de manosearse la corbata: empezó a darle vueltas a su alianza.

—¿Entonces Sy Spencer estaba equivocado?

—Completamente.

—¿Por qué iba a pensar un productor listo como él que una actriz, alguien de quien se supone estaba también enamorado, estaba cargándose su película? ¿Especialmente si no es el caso?

—Sy quería tener un control total sobre cada aspecto de la vida de Lindsay. Cuando ella empezó a mostrar los mínimos signos de independencia, él empezó a debilitarla, para que dependiera más de él. —El guión de Santana era un poco distinto del de Lindsay, pero por su forma mecánica de recitarlo estaba claro quién lo había escrito—. Sy sentía pánico de perderla. Así que jugaba con su vulnerabilidad. Superficialmente, Lindsay parece fuerte. Pero es una mujer muy vulnerable.

—¿Qué le dijo usted a Sy sobre su actuación?

—El me comentó que pensaba que Lindsay resultaba fría. —Santana sacudió la cabeza, como si fuera incapaz de comprender tanta falta de sensibilidad, excepto que el gesto quedó un poco exagerado, como el de un actor en una película muda.

—¿Qué le pidió que hiciera?

—Me dijo que la calentara.

—¿Intentó calentarla en lo referente a su actuación?

—No. De veras, no fue necesario. Ella estaba ofreciendo una interpretación magistral.

«Vamos —quise decir—. Baja de las nubes, Santana. Tu padre era probablemente capataz de la construcción, y aquí estás diciendo “magistral” y “de veras”.»

—El calor estaba allí —explicó—. No en palabras, sino en un millón de pequeños gestos. La cámara no miente.

—¿Vio usted ese calor en las tomas diarias?

—Definitivamente.

—¿Quién más lo vio? ¿Además de usted y Lindsay? —En su silencio pude sentir su embarazo. Así que cambié de tema antes de que pudiera ponérseme en contra—. ¿Qué hay de su trabajo? ¿Estaba Sy contento con él?

Santana soltó su alianza y alzó la mirada.

—Aparte de nuestro desacuerdo en lo referente a Lindsay, creo que estaba satisfecho. Ésta era sólo la tercera semana de rodaje.

—¿Le hizo alguna vez algún comentario respecto a cómo estaba usted dirigiendo a Lindsay? —Más silencio—. Vamos. ¿Por qué oír un montón de historias tontas de terceros cuando puedo oír la verdad de usted?

—El dijo... —Sacudió la cabeza, como rehusando dar palabras a lo inexpresable.

—¿Qué?

—Dijo que si Lindsay no empezaba a mostrar calor real...

—¿Haría que?

—Me reemplazaría por alguien que pudiera...

—Dígalo.

—Fue... rudo. ¿Qué dicen de los hombres como Sy? Puedes sacar al muchacho de Brooklyn, pero no puedes sacar a Brooklyn del muchacho. Dijo: «Dale una patada en el coño y haz que actúe como una mujer de verdad.»

—Fin de la cita —sentencié.

—Oh, desde luego —coincidió él—. Fin de la cita.

La verdad es que no estaba del todo seguro sobre por qué Nicholas Monteleone era un actor tan famoso. No es que tuviera mal aspecto. Pelo castaño oscuro, ojos a juego. Labios grandes que los críticos probablemente consideraban sensuales. Y para ser un tipo delgado, montones de músculos, incluso en lugares innecesarios, como los antebrazos, como si trabajara de herrero en sus ratos libres. Si hubiera trabajado en Homicidios, sería el segundo o el tercero con mejor aspecto. ¿Pero que alguien le estuviera pagando un millón de pavos por película por ser un trozo de carne? Yo había visto un par de películas suyas, y nunca me había parecido un tipo con carisma. No tenía rincones oscuros intrigantes: a pesar de sus ojos soñolientos y sus párpados caídos, era todo luz y sol.

Pero sí encajaba con su papel en *Noche estrellada*: un playboy. Su pelo largo, casi a la altura de los hombros, estaba echado hacia atrás por los lados. Se subió las mangas de su camisa rosa sólo una vez, y milagrosamente se quedaron así. Sentado en la sala de la máquina de café y la fotocopiadora, Nick no se hizo el interesante. Todo lo contrario: «Olvide que soy un actor famoso en el mundo entero. Soy un tipo corriente. ¡Veamos, seamos amigos!»

La amistad temporal no me importó. Parecía simpático de verdad, y qué demonios, es agradable tener a una estrella de cine intentando abrirse paso hasta tu corazón. Pero a pesar de su amabilidad, Nick Monteleone no parecía saber nada que mereciera la pena. ¿Había visto enfadado a Sy? Hummm. No, creía que no. ¿Estaba alguien furioso con Sy? Hummm, no que él supiese. Ese tipo de cosas durante veinte minutos.

—Uhhh —dijo por fin—. Sé que éste es un asunto serio, y probablemente soy un gilipollas egocéntrico, pero tengo que preguntárselo. ¿Me vio por casualidad en *A tiro*? Hice de policía.

—Sí —le contesté. Pero no había ido al cine a verla; la vi en la televisión por cable, aunque no se lo dije—. Estaba usted muy bien.

De hecho, lo había hecho bastante bien: la camaradería de una brigada de homicidios, las compulsivas veinticuatro horas de trabajo al día y, probablemente, la fatiga. Pero llevaba una sobaquera (que no usa casi nadie que yo conozca), y físicamente era lento, casi torpe.

Para cuando terminaba de sacar su pistola, ya habría llevado muerto cuarenta segundos; no se movía bien. Y ahora, al verle, me di cuenta de que ni siquiera podía sentarse bien. Estaba apoyado en las dos patas traseras de la silla, en pose relajada, varonil, cuando de repente perdió el equilibrio y casi se cayó hacia atrás. Se salvó, por los pelos, pero no pudo admitir su derrota colocando la silla sobre sus cuatro patas, así que durante un minuto sus pies bailaron un cha-cha-cha histérico hasta que recuperó el equilibrio. Olviden sus caros músculos; vi que Nick tenía la coordinación de un muñeco de Frankenstein de cuerda. Cuando era pequeño, probablemente los otros niños murmuraban «¡Monteleone no!» al escoger equipos.

—¿Comprendió cómo era mi personaje? —preguntó—. Quiero decir, ¿se lo creyó?

—Claro.

De hecho, ahora que lo pensaba, recordé haber sacudido la cabeza, preguntándome cómo aquel teniente de Homicidios de Chicago (en las películas, los héroes policías son siempre tenientes) tenía un acento combinado entre negro de Nueva York y Rambo: «Tú, hijo de puta, deja ese 38 sobre la mesa y levanta las manos. Ahora, basura.»

—Verá, probablemente pensará que sólo soy otro actor narcisista, y probablemente tiene razón, pero siento verdadera curiosidad. ¿Podría haber sido alguien que trabajara con usted?

Lo que quería, advertí de repente, era apoyo incondicional. No sólo como amigo. Como colega. Yo tenía que amarle totalmente, y demostrar mi amor, o no se abriría ante mí. Así que le seguí el juego.

—¿Sabe? ¡Fue lo mejor de todo! Era realmente uno de nosotros —le dije—. En serio, podría haber tenido la mesa de al lado en la central.

Todo el cuerpo de Nicholas se relajó. Renunció a su pose de macho en reposo. Estiró las piernas, cruzó los pies. Llevaba una especie de sandalias hechas de muchas tiritas de cuero; probablemente tenían algún nombre extranjero que mi hermano conocería sin duda.

—Hábleme de las diarias —le pedí, ahora que prácticamente éramos amigos del alma, por no decir compañeros—. ¿Qué son exactamente? ¿El trabajo de todo el día?

—La película tiene que ser procesada, así que lo que vemos es el rodaje del día anterior. Todas las tomas. El director *y* el montador se sientan al fondo *y* hablan, susurran, en realidad, sobre qué toma es buena, cuál no, qué material usarán, qué tipo de correcciones de luz y color quieren ordenar.

—¿Quién más va a verlas?

—Los actores. A veces. Personalmente, soy supercrítico con mi propio trabajo, y me gusta ver lo que hacen los demás. Ya sabe. ¿Cómo es mi iluminación? ¿Mi vestuario? ¿Mi maquillaje?

—¿Iba Lindsay a ver las diarias?

Nicholas arrugó sus gruesos labios.

—No. Siempre volvía rápidamente a casa de Sy. A nadar en su piscina. Tenía que mantener esos pechos en forma.

—¿Cómo es que no quería ver su actuación? Se supone que es lista. ¿No es crítica con su trabajo como usted?

—¿La verdad? Lindsay es una egomaníaca. —Y esto lo decía un tipo que iba cada noche a vigilar su maquillaje—. Está totalmente convencida de que puede medir su actuación tal como la va haciendo, así que por qué molestarse en verla. Además —Nicholas sacudió la cabeza cansinamente—, si quiere una reacción, todo lo que tiene que hacer es mirarse en unos ojos españoles después de cada toma. ¿Entiende lo que quiero decir? Puede ver su brillantez reflejada.

—¿Tiene realmente colado a Santana?

—¿Colado? Lo tiene con una cadena al cuello, y una correa. «Vuélvete, Víctor. ¡Buen chico! ¡De pie!» Una tragedia para el resto del equipo. La primera semana, Víctor llegó muy fuerte, lleno de ideas, energía, y era realmente excitante trabajar con él. Y se lo puso difícil a Lindsay porque a partir del primer día (bueno, el tercero o el cuarto), se vio contra las cuerdas. Sy no estaba contento con el trabajo de la señorita Keefe. Naturalmente, como Lindsay es Lindsay, captó inmediatamente que el equilibrio de poder había cambiado..., apartándose de ella. Necesitaba un nuevo aliado. Y detectó la debilidad de Víctor. Ese es su mayor don, encontrar la zona más sensible de un tipo.

—¿Cuál era la de Santana?

—Oh..., que le permitieran vivir en Cinelandia. Verá, Víctor Santana era un crítico bastante bueno y luego pasó a dirigir. Hizo dos películas muy bien recibidas. Pero bajo su fachada de soy-tan-sofisticado está todavía asombrado por estar en el negocio. En el fondo, no puede creer que ha salido de East Harlem. Y allí estaba Lindsay, con su formación de teatro clásico, su reputación de chica comunista y su aparición medio desnuda en *Vanity Fair*. Ninfómana suprema. Los únicos tipos que se la tiran son izquierdistas importantes o peces muy gordos con una red de al menos cincuenta millones. Por eso Víctor piensa: «Si la misma mujer que folla con los hombres más interesantes del mundo, ese novelista letón, el ministro de defensa de Fidel Castro, Sy Spencer, bueno, si quiere joder conmigo, debo estar en su liga.»

—¿Cómo pescó a Sy? ¿Cuál era su debilidad?

—Oh, pues fácil. Sy era el intelectual snob por excelencia. Y aunque consigue quitarse casi toda la ropa en cada película que hace, Lindsay sigue siendo considerada una actriz muy seria; ha convencido a todo el mundo de que el hecho de desnudarse es un homenaje a la

Primera Enmienda. Consigue críticas brillantes en todas las revistillas adecuadas, las de nombres franceses y papel barato, y también en las grandes. Y su actuación política fue correcta con respecto a Nicaragua antes que nadie más supiese siquiera que Nicaragua existía. Además, es una auténtica belleza. Nada de cirugía plástica. Y ese pelo rubio real.

—No joda. ¿El pelo es natural?

—Sé de fuentes muy bien informadas que el pelo de abajo... es igual.

—Guau —suspiré, y entonces dije—: Bien, será mejor que volvamos al asunto de las diarias. ¿Las veía Sy siempre?

—Tenía que hacerlo. Antes que nada, le importaba verdaderamente. Y además, eran la única forma de controlar su inversión.

—¿Dijo alguna vez que estaba insatisfecho?

—No. Quiero decir: eso depende del director, pero normalmente en las diarias no está solamente el círculo interno. Está el director de fotografía, el guionista, cámaras, equipo de sonido, ayudantes de dirección y de producción, peluquería y maquillaje, el diseñador de decorados. Todo el reparto y el cuadro técnico, si quieren. Normalmente aparecen unas quince personas, se sientan, y observan. Por eso Sy, que se enorgullecía de su clase, no reprendía a Lindsay delante de tanta gente. —La piel alrededor de los ojos de Nicholas brilló, casi como la de un mapache, bajo los fluorescentes. Al principio pensé que era un efecto de la luz. Luego me di cuenta de que era crema facial.

—¿Entonces cómo sabe que no estaba contento con ella?

—Bueno, un día, hace aproximadamente una semana, estuvimos rodando hasta muy tarde. Casi nadie vino a las diarias. La mayoría de la gente, Santana incluido, estaba agotada; se largaron en el momento en que apagaron los focos. Yo me quedé, porque quería hablar con Sy sobre algo...

—¿Qué?

—Lo he olvidado. Estoy seguro de que no era nada importante. En cualquier caso, Sy empieza haciendo comentarios a algunos. No en voz alta, y ni siquiera enfadado, lo que demuestra lo controlado que era, porque cuando uno contemplaba a Lindsay en aquella pantalla era como ver a una Barbie con las tetas grandes. Quiero decir que no había ni una sola chispa de vida. Pues bien, Sy estuvo superfrío, sólo bromeando sobre la escena y la fortuna que iba a costar hacer que en efectos especiales añadieran rayos, y necesitábamos rayos de verdad. Todo el mundo empezó a hablar de rayos. Y de repente Sy se echa a reír y dice que lo mejor que podría pasarle a la película es que un rayo le cayera encima a Lindsay. Entonces dijo: «Es broma.» Pero,

naturalmente, todo el mundo supo lo que había querido decir.

—¿Qué quiso decir?

—Es lo que los inversores siempre dicen cuando un actor está hundiendo una película; si la matara un rayo, las compañías de seguros tendrían que pagar para que pudieran empezar otra vez la producción con otra actriz. Sy hablaba en broma, pero el subtexto era: «Olviden las tonterías de dos corazones que laten como uno»; deseaba con todas sus fuerzas librarse de ella. —Nicholas hizo una pausa. Estaba preparando algo grande. Inhaló. Exhaló. Finalmente, lo soltó—: ¿Puedo tutearle, Steve?

Yo no era ningún actor, pero le ofrecí mi más animosa sonrisa de policía amigo.

—Sí, claro.

El me devolvió la sonrisa.

—Y tú puedes llamarme Nick. Verás, Steve, entre nosotros. Sobre el tema de que Sy quería deshacerse de Lindsay. Creo que esta última semana tal vez tuvo alguna reunión fuera del plato. —Nick tenía tupidas cejas. Las alzó significativamente— ¿Comprendes lo que quiero decir?

—¿Tenía a alguien más?

—No estoy seguro. Pero se notaba que Lindsay intentaba con todas su fuerzas satisfacerle, y que él no estaba interesado. Quiero decir que ella lo rodeaba con el brazo y él se soltaba. Los movimientos estaban bien, pero demonios, soy actor. ¿Por qué me pagan una fortuna? Porque soy intuitivo. Conozco el lenguaje corporal, y el suyo decía: «Esta noche me duele la cabeza, querida.»

—Tal vez estaba solamente intranquilo por su actuación.

—Tal vez. Pero las dos primeras semanas él siempre estaba olisqueando alrededor de ella, casi todo el día. Entonces ya sabía que no estaba haciendo su mejor trabajo, pero estaba tan caliente que no podía enfadarse con ella. Tendrías que haberlo visto: carne en lata. Pero de repente empezó a mirar su reloj. Se marchaba a eso de las once.

—¿Oíste alguna charla, incluso vagos rumores, sobre esto por parte de alguien?

—No. Es sólo mi teoría. —Nicholas «el agraciado» se levantó, estiró los brazos y, zas, golpeó la pared con la mano. Volvió a sentarse, y pretendió que no le dolían los nudillos—. Escucha, ¿puedo de veras confiar en ti, Steve?

—Por supuesto. —Me incliné hacia delante y le di un ligero puñetazo en el brazo, muy viril—. Sabes que sí.

—¿Conoces a Katherine Pourelle?

—¿La actriz? Sí, claro.

—Esto es confidencial, pero tuve un lío con ella, cuando los dos

empezábamos. Vivía con un tipo de ICM. Su agente, de hecho. Bueno, hacía algo más que vivir con él. Estaban casados. De todas formas, tuvimos un gran romance, gran ruptura, gran odio. Pero el invierno pasado nos encontramos en Vail. Tenía un nuevo marido, un inversor inmobiliario. Y un nuevo agente. Pero ya sabes lo que pasa. Dejamos de hacer el tonto y nos hicimos..., supongo que puedes llamarlo buenos amigos. —Supuse que intentaba decirme que se había tirado a Katherine Pourelle en Vail mientras su marido estaba fuera tomando medidas. Le dirigí lo que esperaba fuera una sonrisa cómplice—. Bien —continuó—, recibí una llamada de ella el martes por la noche. De Los Ángeles. Quería saber qué pasaba con la producción. Al principio pensé que había oído lo mal que lo estaba haciendo Lindsay y sólo quería cotillear. Kat odia a Lindsay y le encanta cotillear. Hicieron una obra juntas, hace años. Todos los que han trabajado con Lindsay la aborrecen. Bueno, pensé, y hablamos de Lindsay y Santana, cómo él era su primer hispano no comunista. Oh, y sobre cómo Lindsay siempre cierra los ojos cuando el director está hablando, como si se concentrara en la voz de Dios, y cómo uno desea poder abofetearla. Bien, tuvimos una charla larga, muy larga, pero algo quedó en el aire. Pude sentirlo. Verás, Steve, me gano la vida estando abierto a corazonadas.

—Bien —lo animé.

—Así que le dije: «Vamos, Kat. Dime lo que has oído.» Así que ella me hace jurar que no se lo diré a nadie. ¡Había recibido una llamada de Sy esa mañana!

—¿Y?

—Le preguntó si quería leerse el guión de *Noche estrellada.* Supersecreto. ¿Comprendes lo que te digo?

—¿Quería que ella le echase un vistazo al papel que Lindsay estaba representando?

—¡Eso es! —dijo Nick—. Creo que Sy sabía que esto iba a ser una catástrofe potencial de veinte millones de dólares. Y creo que también había encontrado a alguien con el pelo más rubio, o tetas aún más grandes. Lindsay había perdido su poder de fascinación sobre él. ¿Sabes una cosa, Steve? Creo que Sy estaba preparándose para darle la patada a Lindsay.

Cuando Lynne empezó a salir conmigo, sabía que teníamos mucho en común. Yo quería lo que ella quería: amor, compañía, una familia, más (ya que ella recibía una media de una declaración matrimonial cada dos semanas) una oportunidad de hacer callar a su estirada familia. Pero al aceptarme, sabía que, por su libre decisión, se llevaba el paquete completo: un alcohólico en recuperación (por no decir nada de una antigua afición a la hierba, hash, barbitúricos y heroína), un

conquistador en recuperación, un viejo verde inmediato, un corredor compulsivo, un adicto al trabajo. Me aceptó de manera absoluta, sin preguntas.

¿Era perfecta? No. Era un coñazo con el orden, del tipo que en sexto habría ganado el premio al pupitre más ordenado. Yo era ordenado; ella estaba loca. Tenía que contenerse para no hacer la cama en el momento en que me levantaba para ir al cuarto de baño. Inspeccionaba sus lápices cada noche para asegurarse de que todos estaban afilados para el día siguiente. La idea de Lynne de espontaneidad era salir para tomar un baño desnudos a la luz de la luna, después de terminar de preparar sus clases pero antes de las noticias de las once. Sin embargo, por mucho que me jodiera, en el fondo, su sentido del orden me confortaba. Necesitaba una vida estructurada llena de puntas de lápices perfectas y luces apagadas inmediatamente después del monólogo de Johnny Carson. Sus imperfecciones resultaron ser virtudes.

¿Entonces por qué no estaba rebosante de felicidad? ¿Por qué no podía aceptar a Lynne sin reservas, como ella me aceptaba a mí? ¿Por qué no podía decir: «Cierto, es un poco seria, pero a quién coño le importa eso con ese pelo, con esas piernas?» ¿Por qué perdía el tiempo preocupándome porque no estaba extasiado al ciento por ciento? ¿No era suficiente el noventa y nueve por ciento? ¿Qué pasaba conmigo? Ella tenía cinco millones de cualidades perfectas. ¿Por qué me centraba en la que no tenía? ¿Por qué demonios esperaba yo diversión?

No era que Lynne no tuviera sentido del humor. Lo tenía. Pero era un sentido del humor siempre en relación con el de las otras personas. Sonreía con las películas de Eddie Murphy y Woody Allen, con los estúpidos chistes de reverendos, rabinos y sacerdotes de mi amigo Marty McCormack (en los que el sacerdote, naturalmente, siempre soltaba la gracia) y con cualquier intento de comedia por parte de cualquier miembro de los cursillos de la Academia Espíritu Santo, especialmente sus alumnos, los que tenían problemas de aprendizaje.

Lo que le faltaba a Lynne era viveza. Sabía que no era justo reprochárselo. Era como decirle a una mujer: «Quiero que midas dos metros y tengas la constitución de una casa de ladrillo», cuando es, de hecho, alta y esbelta.

Con todo, no podía desprenderme de la baja sensación que me había asaltado cuando estaba tendido en la manta en mi patio el día anterior. Más que decepción, menos que temor. No sabía qué demonios era. Pero allí estaba, haciendo una pausa al teléfono, con los pies sobre la multicopista, empeorando las cosas, dándole a ella una abertura que sabía no tenía capacidad de llenar.

—Muy bien, ¿quién crees que es más sexy? ¿Nicholas Monteleone

o yo?

Y mientras Lynne, como era predecible, respondía: «Tú», me sentí avergonzado de mí mismo por querer decir: «¿Estás bromeando? ¡Nicholas Monteleone!»

—¿Es simpático? —preguntó ella.

—Sí. Amistoso; un buen hablador para ser alguien que se gana la vida recitando frases que ha escrito otro. Cuando terminé de hacerle preguntas, pensé: «Lástima que tenga que marcharse, es una compañía magnífica.» Pero es tan bueno que uno empieza a preguntarse si está actuando o no. Si pensara que correr por la habitación imitando a un oso hormiguero le pondría en mejor relación con Homicidios, ¿olvidaría la simpatía y empezaría a lamer hormigas?

—¿Tú que crees?

—Las hormigas —dije. Miré mi reloj. Eran más de las cinco—. Escucha, cariño, ¿contabas con langosta?

—No, pero es eso lo que tú me dijiste que esperabas.

—¿Derretiste la mantequilla?

—No, por supuesto que no. Y seguro que no has comprado las langostas. Te conozco. Te conozco tan bien que ahora mismo sé que tendré que preparar una cena improvisada y luego aparecerás a eso de las diez... sólo para decir hola.

—Soy un tipo muy amistoso.

—¿Sabes una cosa? No podrás ser demasiado amistoso. Mis compañeras de habitación están en casa esta noche.

—Mierda. Muy bien, si acabo a eso de las diez, diez y media, ¿puedo recogerte y llevarte a mi casa?

Justo cuando Lynne decía: «Muy bien, pero sin trasnochar, porque tengo que examinar un montón de resultados de pruebas para los niños del año que viene», un policía de Southampton apareció en la puerta con un invitado sorpresa: Gregory J. Canfield.

Gregory miró boquiabierto la sala, tratando de grabarlo todo, como si el decorado (incluyendo la placa caliente manchada de marrón de la máquina de café y yo con los pies en alto) fuera a ser el tema de su examen final en Diseño Avanzado de Decorados en la facultad de cine. Ahora que no había ningún cadáver para trastornar su delicado equilibrio, era «míster hombre de cine».

Dije «Tengo gente. Hablaré contigo más tarde» a Lynne y «Gracias» al poli que había traído a Gregory. Entonces colgué, saqué los pies de encima de la fotocopiadora y le dije a Gregory que se sentara. Pero él apenas había atravesado la puerta cuando se detuvo en seco. Se notaba que su mente se preparaba para hacer un primer plano; se plantó ante el tablón de anuncios, contempló una amarillenta lista de los más buscados por el FBI, los carteles escritos a mano que ofrecían cachorros de Doberman mezclados, un Datsun 280 ZX del ochenta y

uno y un modelo de escopeta Winchester 12 de corredera, probablemente deseando que hubiera alguien más de la facultad de cine para compartir este «momento de autenticidad».

—Vale, ya sabes qué aspecto tiene la clase media baja, Gregory. Es hora de sentarse. —Lo hizo—. Has venido a ayudarme. ¿Cierto?

Asintió. Parecía levemente menos repulsivo que el día anterior, sobre todo porque en vez de pantalones cortos anchos llevaba pantalones largos anchos. Sus piernas blancas y esqueléticas, con sus rodillas bulbosas, estaban cubiertas.

—Recordé lo que anoche no podía recordar.

—Magnífico —repliqué. Esperé. El miraba mi pistolera, que estaba sujeta a mi cinturón—. ¿Recordaste algo?

—Usted me preguntó si Sy Spencer había recibido alguna amenaza.

—¿Y?

—No sé si lo clasificaría usted como amenaza. Una amenaza genuina, quiero decir. —Gregory vaciló. Ahora me miraba con la misma apasionada intensidad que había dirigido al tablón de anuncios. Obviamente, había decidido que yo era la estrella de su película. Se sonrojó. Jugueteó con sus dedos. Me sonrió. Yo era su «detective auténtico».

—Escucha, Gregory, cualquier cosa que pienses que pueda ser remotamente amenazante, una mala mirada, es algo que quiero conocer.

—¿Sabía que Sy tenía una ex esposa que vive en Bridgehampton?

Mi corazón dio un respingo. Me enderecé, alerta. Maldición, no me había equivocado. Había algo raro en ella.

—Bonnie Spencer —dije. El dejó de sonreír—. Eh, si a estas alturas no supiera que Sy tenía una ex en el barrio, ¿qué clase de policía sería? —Gregory todavía parecía estar debatiendo si deprimirse cínicamente o no—. Vamos. Eres mi hombre clave en esta investigación. Bien, yo te he dado un nombre: Bonnie Spencer. Pero ahora tu trabajo es informarme.

—Bueno, Sy se casó con ella al principio de su carrera como productor. Ella había escrito el escenario... Es otro término para guión. Es más común en Inglaterra. En cualquier caso, escribió el guión de una película llamada *La vaquera* a finales de los setenta. Una película sin pretensiones. Apareció en los títulos de crédito como Bonnie Bernstein.

No me cuadraba que aquella gran muchacha de Utah se apellidara Bernstein.

—¿Estuvo casada antes de su matrimonio con Sy? —pregunté.

—No lo sé.

—Muy bien, continúa.

Es curioso; mientras él hablaba, yo advertí que había tenido a

Bonnie en la cabeza desde que la dejé aquella mañana. No podía desprenderme de las imágenes que tenía de ella. Una era la Bonnie real tal como la había visto. La otra era aún más vivida, y desconectada de la realidad: iba vestida con una especie de prenda sin mangas, un vestido o un *top*, que desnudaba parte de sus anchos hombros. Yo podía ver sus brazos y hombros: fuertes, suaves, con el brillo de un bronceado profundo. Una piel increíblemente satinada. Era, bueno, una imagen realmente excitante y extraña, porque la Bonnie de mi imaginación era increíblemente deseable, y no tenía nada que ver con la muchachota que había entrevistado.

—El matrimonio se rompió —informó Gregory—, y ella sufrió un eclipse total como escritora.

—¿Cómo fue eso?

—No lo sé.

Tal vez, pensé, Bonnie Spencer me recordaba a otra persona, alguna muchacha grande y embrujadora de mi pasado. Eso tenía sentido. Pero mi casa estaba a poco más de ocho kilómetros de la suya: podría haberme cruzado con ella una tarde de verano en alguna de mis carreras y me habría concentrado en sus mejores centímetros cuadrados. O tal vez le había dirigido medio segundo de consideración en mis días de ir saltando de bar en bar, antes de volverme hacia alguien mejor. ¿Quién demonios sabía? En todos aquellos años de bebida (especialmente hacia el final), había agujeros negros en mi memoria. Podríamos habernos conocido en un cóctel y discutido sobre Verdad y Belleza durante toda la noche, y yo estaría totalmente en blanco.

—Por lo que he oído —continuó Gregory—, Bonnie es un cero a la izquierda. Su único auténtico mérito es que estuvo casada con Sy. Pero, de todas formas, es posible que no hubiera oído hablar de ella si no hubiera venido al plato.

Cierto. Bonnie había mencionado que había ido a ver a Sy.

—¿Qué sucedió?

Gregory se frotó las manos como si las calentara para una oración apasionada.

—Uno de los otros ayudantes de producción vino corriendo a verme, diciendo que la ex esposa de Sy estaba allí y preguntando qué debía hacer. Pero no podía hacer nada, porque ella estaba justo detrás. Le había seguido. Ella es muy corriente, pero se notaba que debía de haber aprendido un par de cosas de Sy, porque antes de que yo pudiera decir palabra o llamar a uno de los ayudantes de dirección, me dejó atrás y llamó a la puerta del tráiler. Yo dije: «Disculpe, señorita, pero ese tráiler es privado. Tengo que pedirle que espere junto a la mesa de servicios.» Bien, en ese justo instante Sy abrió la puerta del tráiler. La miró... ¡y no va a creerme qué cara puso!

—Cuéntamelo.

—Roja como un tomate, auténticamente como un tomate. Ella dijo algo así como «¡Hola, Sy», como si esperara que él le diera una cálida bienvenida, cosa que, por supuesto, no hizo. —Gregory se chupó sus hundidas mejillas. Parecía estar esperando aplausos.

No aplaudí.

—Gregory, has venido a hablarme de amenazas.

—Oh. Cierto. Sí, bueno, Sy le dirigió una mirada demoledora y dijo: «Esto no es una producción de Bonnie Bernstein. Sabes que no se puede entrar en un plató a menos que se te haya invitado.» Y, créame, la forma en que lo dijo no fue exactamente *sotto voce.* Se le pudo oír muy bien.

Mierda. Aunque sabía que había algo raro en Bonnie, lo sentí por ella.

—¿Cómo reaccionó ella? —pregunté.

—Con sobresalto. Absolutamente sobresaltada. Quiero decir que, por alguna razón, ella esperaba una alfombra roja. Debió de pensar que él la recibiría con los brazos abiertos y...

Le interrumpí.

—La amenaza, Gregory.

—Cierto. Bueno, se quedó allí plantada durante un minuto, paralizada. Ya puede imaginarse la humillación. Durante un segundo, pensé que iba a echarse a llorar. Pero no lo hizo. No. En voz baja, en voz baja de verdad, y probablemente yo fui el único que estaba suficientemente cerca para oírla, ¿sabe lo que le dijo? Dijo: «Sy, has actuado como un cerdo hijo de puta por última vez!» Eso es lo que dijo. Días antes de que él fuera asesinado. ¡Y entonces ella le dio la espalda y se marchó!

6

¡Dios, vaya día! Había tratado de averiguar qué había bajo la capa de hielo de Lindsay, tras la nube de congenialidad de Nicholas Monteleone. Me preocupaba que mi hermano estuviera preocupado, preguntándose si sería capaz de encontrar otro trabajo. Había vuelto a ver a Germy, a mi pasado. Y estaba Lynne.

Y Bonnie Spencer. Lo peor de todo el día. Desde la mañana, había estado intentando quitármela de la cabeza, la deseable fantasía de Bonnie y sus brazos desnudos y la Bonnie real, grande, simple. Bueno, con aquellos muslos fantásticos dignos de una medalla de oro. Pero quería sacarla de mi mente, y ella no cooperaba.

Después de que Gregory se marchara (aunque no antes de que anunciara, delante de tres tipos en la sala de la brigada, que yo era una «fascinante combinación» de Scott Glenn y Keith Carradine), cogí el teléfono para llamar a Marty McCormack a su casa. Quería informarle, preguntarle si creía que debía citar a Bonnie para un interrogatorio, asustarla un poco. De hecho, sólo quería hablar con un amigo.

Pero, de repente, empecé a sentirme... Es difícil describirlo, pero todos los borrachos conocen la sensación: una leve tensión en la garganta, un aleteo del corazón, y luego cansancio, irritación. Todo sucede en ese microsegundo antes de que tu cerebro diga: «Eh, de verdad me encantaría una copa.» Colgué el teléfono y me fui a Westhampton Beach.

Y a las cinco estaba sentado en una silla plegable de metal marrón en el sótano de la iglesia metodista en medio de la habitual niebla

repulsiva de humo de cigarrillos típica de una reunión de Alcohólicos Anónimos. Pero parecía que hacía todo lo posible para evitar hacer la vieja búsqueda y el intrépido inventario de mí mismo. En cambio, me puse a soñar, reviviendo mi encuentro con Bonnie, luego mejorándolo. Estaba de nuevo en su cocina, acercándome a ella. Tenía la espalda apretada contra el fregadero, pero ahora yo me frotaba contra ella. La besaba, y ella emitía un gritito de alivio y deseo y me rodeaba con sus brazos, que me parecían increíblemente maravillosos.

Me di cuenta de que respiraba un poco demasiado profundamente, cruzando, descruzando las piernas. Forcé mi atención al frente.

La neblina de humo del sótano suavizaba la boca demasiado pintada de rojo carmín de la oradora. Se llamaba Jennifer. Tenía anchas tiras de maquillaje marrón en las mejillas y sombra de ojos marrón oscuro que llegaba hasta sus cejas. Pero aunque parecía dura, no hablaba como tal; tenía la voz aguda, tonta y dulce de una niña que te pide que le muestres los músculos y luego gime: «¡Oooh!». No podía ser mucho mayor que Lynne.

—¡Verán, yo acostumbraba a vaciar la solución salina de mis lentes de contacto y ponía vodka en los frasquitos! —explicó Jennifer. Todos nos reímos, aplaudimos; eso era algo que no conocíamos—. Guardaba tres frascos en un cajón en el trabajo. Dos o tres veces al día empezaba a parpadear como una loca y a frotarme los ojos.

Normalmente yo odiaba las reuniones en verano. De algún modo, cuando no estaba mirado (o estaba demasiado borracho para darme cuenta), Alcohólicos Anónimos se había convertido en una versión no alcohólica de un bar de solteros. Los sucios sótanos de las iglesias se llenaban de yuppies que intercambiaban historias de degradación y tarjetas de presentación. A pesar de todas las advertencias, los ligues eran comunes. «Hola, nena. ¿Necesitas un patrocinador?» Alcohólicos Anónimos se había convertido en un escenario para la gente nueva de los Hamptons, y los del lugar como yo nos sentíamos como..., bueno, como pueblerinos. Jennifer soltó una risita.

—¡Agarraba un frasco de solución salina, iba a tientas al cuarto de baño y me bebía el vodka! ¡Y después del trabajo, me metía los frascos en el bolso, me los llevaba a casa y volvía a llenarlos para el día siguiente!

Esta reunión no era del todo mala; junto con la mayoría de los demás, yo asentía reconociendo la desesperación de Jennifer y (a pesar de su carencia de cualquier cosa que pareciera inteligencia) su enorme ingenuidad. «Todos somos tan astutos que estamos desesperados por jodernos la vida», pensé.

Estiré las piernas y me acomodé en la silla, obligándome a relajarme, a escuchar, comprender, aprender. Pero justo cuando pensaba algo iluminador (cómo tantos borrachos tienen una creencia

casi religiosa en la superioridad del vodka, su inocencia sin olor, su pureza), Bonnie volvió a metérseme en la cabeza.

Bajo aquella apariencia de sencillez, bajo los estados de ánimo cambiantes y amables, ¿qué demonios era? ¿Una psicópata a lo *Atracción fatal* que perseguía a Sy, acorralándolo para que produjera una basura que creía era un guión, o para que volviera a amarla? ¿O era simplemente una perdedora sin talento que había aparecido en el plató después de hacer acopio de valor con cocaína, alcohol, o alguno de esos libros comecocos para tener seguridad en uno mismo?

¿Y qué había de la amenaza que había oído Gregory? Miren, decirle a alguien que es la última vez que va a comportarse como un cerdo hijo de puta es, para un poli de Homicidios, menos significativo que un vago «Te vas a enterar» o un específico «Voy a arrancarte las pelotas y hacerme un llavero con ellas». Sin embargo, cuando la interrogué, Bonnie resumió su visita al plató en un par de segundos, dando la impresión de que el querido Sy le había pedido que fuera sólo para ser amistoso: un par de besitos en la mejilla, un poco de «Oh, Bon, tienes que conocer a Johnny, nuestro operador de grúa», un poco de charla sobre algún participio cojo en su guión.

¿Y qué había de su historia de que había sido invitada a la casa de Sy y había hecho el trayecto de cincuenta centavos? ¿Por qué se arriesgaría un tipo listo como Sy Spencer a la ira de Lindsay trayendo a casa a su hermosa ex esposa para que echara un vistazo al dormitorio principal con sus enormes armarios y su cama tamaño emperador? ¿Por qué iba él a enseñarle a Bonnie una casa que tendría que decirle: «Cariño, bien que te jodiste con la pensión?» ¿Tan insensible era? ¿Tan cabrón? ¿O se había colado Bonnie allí también? ¿Y por qué me lo había contado? ¿Por pura honestidad? ¿O la había visto alguien, tal vez montando una bronca, revolviendo cajones, cogiendo algo que no le pertenecía? ¿Era lo suficientemente lista para saber que lo analizaríamos todo en busca de huellas, desde los pomos de las puertas hasta el cuchillo de cocina de Marian Robertson, y sabía que las suyas estaban allí?

Maldita Bonnie. Me jodía no haber podido apartarla de mi mente en todo el día. Cuando lo pensaba, era ella la que me había echado a perder a Lindsay Keefe. Allí estaba yo, esperando conseguir al menos excitación barata, ¿y que sucedió? Me quedé apagado como una colilla porque Lindsay, ensayando posturas delante de la ventana, había parecido falsa después de la «naturalidad» de Bonnie.

Magnífico. Ella estaba en buena forma y... No sé. Me había divertido. Pero sabía, mientras permanecía allí sentado, ajeno a la reunión de Alcohólicos Anónimos, que actuaba como un loco, obsesionado con Bonnie. Según todos los estándares racionales, yo nunca lo había tenido tan bien. Lynne era atractiva, dulce, joven. Pero

aquí estaba yo, con los ojos cerrados, imaginando cómo pasaba las manos por el satén inmaculado de los brazos de Bonnie..., aunque, por lo que sabía, podía tener las carnes fofas como un pez o piel de lagarto, o todo su cuerpo podía estar salpicado de pecas del tamaño de una moneda de diez centavos.

No estaba seguro de lo que pasaba. ¿Me había vuelto loco Bonnie Spencer? ¿O me había vuelto loco yo solo? Gregory, después de todo, no se había equivocado al describirla: una mujer corriente. Sus ojos apenas eran bonitos..., vale, eran de un color interesante. Una nariz del montón. Una boca olvidable, probablemente con labios blancos, premenopáusicos; la verdad es que no me había fijado. Así que por qué demonios deseaba..., ni siquiera puedo decir que deseaba verla de nuevo. Simplemente la deseaba.

Olviden la realidad. Quería demasiado a mi fantasía para abrir los ojos: había dejado caer la chaqueta en el suelo de la cocina. Tenía la corbata desanudada, la camisa abierta, y rasgaba el sujetador de Bonnie para poder apretarla contra mí, piel sobre piel. Un aplauso me sobresaltó. Alcé la cabeza. Jennifer, sonriendo con sus dientes manchados de carmín, bajaba del atrio.

Nervios de prometido. Ese era mi problema. Decididamente. Después de más de media vida de beber y alternar con mujeres y ser un maestro en el autoengaño («Sólo tres cervezas esta noche») y un consumado mentiroso («Oh, querida, oh, eres tan hermosa, oh, te amo»), era difícil mantener las cosas simples.

Willie, el líder, un hombretón del pueblo con una camisa a cuadros que era mecánico de motos, dio un paso al frente. Años atrás, había perdido los dientes en una pelea. Los postizos parecían haber sido moldeados para un gigante: le hacían cecear.

—¡Ezta ha zido una gran reunión! —gritó—. Ahora ez hora de cerrar. ¿Oz apetece uniroz a mí en la Oración de la Zerenidad?

¿Era sólo que tenía los problemas normales de un alcohólico para mantener las cosas simples? ¿O estaba metido en un verdadero lío, buscando la autodestrucción? ¿Quería darle la patada a Lynne, lo que equivalía a darle la patada a la felicidad, a la estabilidad, a la oportunidad de ser un ser humano? ¿Estaba todavía encaminado al olvido?

Cuarenta y cinco de nosotros nos levantamos y nos cogimos de la mano. Apreté con fuerza. Sentí la respuesta cálida de un apretón que quería decir «estoy contigo», aunque viniera del yuppie capullo con zapatillas de tenis que tenía a la derecha. «Para esto estoy aquí —pensé—. Apoyo. No puedo hacerlo solo. Necesito a estas personas. Necesito a Dios. Necesito...»

No podía combatir a Bonnie. «Con ella pasa algo raro», pensé. Además, objetivamente, no tenía absolutamente nada para excitarme.

Y sin embargo ahora me imaginé a mí mismo besando su piel suave y cálida.

—Dios me conceda la serenidad... —Mi voz era vergonzantemente fuerte.

Tal vez podría mantener las cosas simples: sólo tenía que admitir que ella era una de esas mujeres que, a pesar de su aspecto corriente, han sido siempre un genio erótico, incluso ahora, que se hacía demasiado vieja para que nadie la deseara. Una mujer desconocida, no hermosa, a quien pasabas por alto en la calle pero que, de cerca, sabe exactamente cómo tenerte en el bote. O tal vez no era tan sibilina. Tal vez lo hacía inconscientemente: emitía primitivas señales subliminales o segregaba algún sutil olor animal femenino. Fuera lo que fuese, yo no iba a dejar que me afectara.

—... a aceptar las cosas que no puedo cambiar —recé—. Valor para cambiar las cosas que puedo. Y sabiduría para ver la diferencia.

Amén.

Desde el punto de vista arquitectónico, la casa de mi madre, un edificio viejo con ajadas costaneras de cedro y un porche grande delante, debería de haber sido encantador, o exquisita, o acogedora. Pero no lo era. Había demasiados árboles demasiado cerca; enormes robles, oscuros y goteantes sauces, sombríos abetos; sus sombras húmedas llenaban de fantasmas la casa. Y dentro..., bueno, siempre estaba húmedo, especialmente el salón, con su tapicería nunca seca del todo; uno se sentaba allí un rato y tus zonas púbicas parecían a punto de enmohecen No era extraño que yo hubiera ido a Vietnam, regresado a casa durante tres días y me hubiera ido para no volver. Pero mi hermano nunca había salido de allí.

Oh, cierto, uno podría decir, al oír eso: «Todavía vive con mami.» Pero en realidad no era así. Easton no era un niño de mamá. Cierto, con sus chaquetas azul marino y su color dorado podría parecer un heredero sin cerebro de alguna fortuna de Southampton. Pero, en realidad, estaba muy poco malcriado. Mi padre no le había dado casi nada, excepto algún eructo ocasional que no tenía ningún valor en los bancos, y en cualquier caso se largó poco después de que Easton cumpliera seis años. Mi madre, aunque lo prefería claramente, se gastaba cada céntimo que ganaba en aumentar su propio «cociente de calidad», no el suyo; nunca dejaba de comprar una entrada de cien dólares para una fiesta benéfica a beneficio de los hipercinéticos maories anglicanos, celebrada en el jardín de algún ricachón (con gambas en barcos en forma de cisne esculpidos en hielo), para hacer a cambio algo agradable por su hijo. Con todo, Easton había heredado los grandes sueños de mi madre, aunque al contrario que ella, nunca había perdido el contacto con la realidad. No era el parroquiano típico

de Bridgehampton que se enamora de los veraneantes: no se emborrachaba bebiendo el champaña de los ricos. No importaba cuánto tiempo pasara en sus casas perfectas, sabía que no era uno de ellos, que era, esencialmente, pobre, y, además, no estaba bendecido con ese misterioso magnetismo personal que atrae al dinero.

Así que olviden la idea de que Easton fuera a comprarse su propia casa, o que alquilara un apartamento. Las dos cosas suponían ingresos fijos, y mi hermano comprendía que conservar un trabajo mucho tiempo (contrariamente a cortar mondas de limón en tiras transparentes) no era uno de sus fuertes. Estoy seguro de que nunca llegó a sentarse con mi madre para decirle: «Escucha, sé jugar al golf, al tenis y al croquet, y sé pilotar un barco. Sé qué zapatos es adecuado llevar en el Memorial Day y en el día del Trabajo. Pero por algún motivo no dejan de despedirme después de seis u ocho meses. Así que si no te importa, voy a quedarme aquí. ¿Por qué pasar la vergüenza de levantar una casa en cualquier parte y luego ser expulsado? ¿Vale, mamá?»

En realidad, el hecho de que Easton viviera en casa les convenía a ambos. No había alquiler para él, sólo contribuía con lo que podía, cuando podía. Y al vivir en la gran casa apartada de la carretera, podía pasar por un sangre azul de Bridgehampton. ¿Quién entre sus engominados conocidos de la ciudad bajaría de sus Porsches para inspeccionar la casa y descubrir que no era dueño de las tierras adjuntas? ¿Quién, en el curso de un perezoso verano, se tomaría la molestia de comprobar sus credenciales, para descubrir que su padre no fue un caballero granjero sino un borracho acostumbrado a mear en el suelo de la taberna local?

(Llamo conocidos a los amigos de Easton. Como mi madre, vivía para los veraneantes. Desde que se sacó la licencia de conducir, olvidó a los chicos del instituto y empezó a salir con la gente semisocial de Southampton: la fraternidad «papá trabaja en Wall Street y por Dios yo también lo haré». No importaba quiénes fueran individualmente; todos tenían barcos a los que invitarle, clubes de golf a los que llevarle, esposas de compañeros de habitación en la facultad para arreglarle una cita. Eran intercambiables: extremadamente bronceados, medianamente ricos y ligeramente estúpidos.)De todas formas, el acuerdo doméstico le venía bien a Easton. Y supongo que a mi madre le gustaba tenerlo en casa porque podía hacer todos los trabajos masculinos: cortar el césped, colocar los postigos para las tormentas, comprobar las trampas para ratones en el sótano. Nunca había sido una gran esposa de granjero, aunque se había casado con uno.

El hecho de vivir con Easton le proporcionaba a mi madre un público para su compulsivo monólogo que nadie más estaría dispuesto

a escuchar. Se sentaba a la mesa, paseaba la comida por su plato, encendía un cigarrillo y, puff, puff, hablaba sobre el traje francés de cinco mil dólares que la señora de Preston Cortwright había intentado devolver el lunes siguiente a su gran fiesta; el rumor de que el señor Edward Dudley, marido de la señora Edward-talla-tres, puff, puff, se había liado con la hermosa *fräulein* de diecisiete años de su «experimento en convivencia internacional». O (mi madre sacudía la ceniza) cómo ella misma había hecho todos los movimientos diplomáticos adecuados y había sido nombrada finalmente presidenta asociada del cóctel anual del Museo de Arte Southampton Peconic.

La pretenciosidad de mi madre, su frialdad, su absoluto vacío, nunca atacaban los nervios de mi hermano. Contrariamente a mí, podía escucharla disertar sobre «Categoría» sin desear que se ahogara con uno de sus malditos sándwiches de berro.

No es que pasaron mucho tiempo juntos. Mi madre usaba el gran dormitorio trasero de la planta baja y Easton se quedaba con la primera planta. No creo que ninguno de los dos ansiara más compañía. Vale, comparado conmigo, Easton era el orgullo y la alegría de mi madre, pero comparado con lo que esperaba de él (la presidencia de una firma importante de corredores de bolsa, socio de un bufete de Wall Street), era un perdedor.

Pero bien vestido.

Robby Kurz hizo una doble contorsión después de que llamáramos al timbre.

—Easton Brady —le dijo mi hermano a Robby, y le estrechó la mano.

Robby miró a Easton. Entonces parpadeó un par de veces, como si esperara que su visión fuera a despejarse. Probablemente me imaginaba con dos años menos, y eso era más o menos cierto. Pero también se encontraba frente a un caballero con pantalones grises de franela, una camisa celeste oxford y un jersey de pico azul zafiro, un tipo con aspecto de WASP rico que se retiraba el pelo de la frente con los dedos..., un pelo que era sólo ligeramente demasiado largo. Nada de melena hippie o desaliñada, pero que parecía estar diciendo: «Perdone la longitud, pero acabo de regresar navegando de las Bermudas.»

Media hora más tarde, Robby seguía mirándonos a hurtadillas a Easton y a mí, incrédulo. Estaba sentado ante una mesa plegable frente a Easton, en la sala de estar de mi hermano, mi antiguo dormitorio. De niño, Easton usaba la mesa para construir sus barcos a escala; ahora estaba cubierta de un gran paño a cuadros dorados, como una de esas tallas que se ven en los pianos en las películas antiguas. Casi escondía las flacas patas de metal de la mesa. Yo estaba

sentado directamente detrás de mi hermano, en un viejo y resquebrajado sofá de cuero que debió de conseguir en alguna venta de garaje; el psiquiatra de South Oaks tenía uno igual, con el mismo tono marrón oscuro.

Mi trato con Ray Carbone era que yo podía estar en la entrevista de Easton sin estar allí. Pero de vez en cuando mi hermano volvía la cabeza y me miraba buscando seguridad mientras Robby le interrogaba sobre los actores y el equipo técnico. Qué demonios: yo asentía, permitiéndole saber que lo estaba haciendo bien. Bueno, así era.

—¿Qué estuvo haciendo exactamente en Nueva York ayer? —preguntaba Robby.

—Me reuní con nuestra directora de reparto. Examinamos acuerdos de contratos y negociamos el precio de algunos trabajos extra que queríamos hacer. Sy y Santana pensaban que teníamos que mostrar al jefe colombiano de la droga como alguien amenazador, pero suave.

—¿Quiere decir que no todos los papeles estaban cubiertos todavía, a pesar de que ya habían empezado a rodar la película? —preguntó Robby.

—Eso es. —Easton hablaba de modo casual, como alguien que llevara veinte años en el negocio en vez de unos pocos meses—. Sucede muy a menudo. Sabíamos que siempre podríamos contratar a un actor al que ya hubiéramos probado, pero esperábamos encontrar a alguien especial. El problema era dónde mirar. —Apoyé la cabeza en el frío cuero del sofá, crucé los brazos y observé a mi hermano: se había acabado su ansiosa y rápida manera de decir tonterías, cuando vendía casas o Jaguars o jerseys de cuello en pico tejidos a mano. Easton se había convertido en un auténtico hombre de cine—. Hemos probado a más de cincuenta actores cetrinos en Nueva York y California. Sin suerte, pero no estábamos dispuestos a renunciar. Bueno, no todavía. —Realmente, parecía saber de qué estaba hablando. De repente, me sentí orgulloso.

Easton siguió tirando del cuello de su jersey, probablemente para realinear la V de delante.

—La directora de reparto quería empezar a buscar actores en Chicago, allanando el trabajo con su asociada de allí. Pero el precio que mencionó nos pareció desorbitado. Sy pensó que sería mejor negociar con ella en persona que por teléfono, pero no podía ir. Estaba ocupado en el plató y preparándose para ir a Los Ángeles, así que me pidió a mí que fuera.

—¿Cuánto duró la reunión?

—Desde antes de las dos hasta... calculo que las tres y media o las cuatro. No estoy seguro. Puede comprobarlo con ella.

—¿Habló por teléfono con Sy durante ese tiempo?

—No. Iba a acercarme a su casa después de cenar, a eso de las nueve, y atar los cabos sueltos que quedaran.

—¿Esperaba él compañía para la cena? —interrumpí.

—No —dijo Easton—. Sólo a Lindsay.

—¿Volvió a casa directamente después de la reunión? —preguntó Robby.

—No. Fui al camisero de Sy para darle una muestra de algodón egipcio que Sy quería usar y recoger otras camisas que estaban listas. —Yo no podía ver la cara de mi hermano desde el sofá, pero Easton debió de sonreír a Robby porque éste, de repente, mostró su sonrisa superdentuda—. Soy ayudante de producción y recogedor de camisas —continuó Easton—. Mi trabajo consistía en suavizar las cosas para Sy. Iba a reuniones, hacía llamadas telefónicas, negociaba y contrataba a pequeña escala. Incluso hacía de chico de los recados. —Guardó silencio durante un instante, y luego añadió solemnemente—: Ha sido el mejor trabajo que he tenido jamás.

Al otro lado de la ventana de mi antiguo dormitorio, las hojas del roble eran casi negras contra el crepúsculo grisáceo. Normalmente es una hora deprimente para los ex borrachos, pero allí estaba yo, de repente, sintiéndome maravillosamente bien, gracias a Easton.

Mi hermano, obviamente, había tenido siempre alguna aberración interna que jodía sus oportunidades de hacer carrera. Pero por fuera era míster moderado. Equilibrado, templado, limpio, controlado. No había fuegos ardiendo en su alma. Uno no podía creer que fuera incapaz de estabilizar su vida, porque parecía perfectamente equilibrado. No hacía nada en exceso: cuando bebía, era escocés rebajado con agua o un par de vasos de vino. Cuando se drogaba, era una calada a un porro. Incluso las mujeres con las que salía eran poca cosa, hasta el punto de la invisibilidad: bien criadas, bien vestidas, con tetas apenas mayores que sus diminutas narices.

Pero extrañamente, el negocio del cine, famoso por sus complicaciones, había conseguido hacer a Easton más auténtico. Era mucho menos pomposo. Vale, no era la clase de tipo al que uno invitaría a ver los goles del domingo, pero era más amistoso, estaba más relajado. Un hombre decente en vez del pijo de rasgos finos, inmaculadamente acicalado y elegantemente vestido que Charlotte Easton Brady tenía por hijo. «Tal vez —empecé a pensar—, después de todos estos años, podamos realmente ser hermanos.» Lynne diría: «Invitemos a Easton a cenar», y yo respondería: «Magnífico.»

—¿Por qué iba a ir el señor Spencer a Los Ángeles? —preguntó Robby.

—Estaba interesado en cuatro o cinco proyectos. Tenía concertadas un montón de reuniones.

—¿No es un poco raro que un productor deje la ciudad mientras se rueda su película? —interrumpí.

Easton se dio la vuelta, ofreciéndome el perfil que demostraba quién se había llevado los mejores genes.

—No necesariamente. Sy era productor ejecutivo. Tenía lo que se llama un productor de campo para supervisar toda la producción y encargarse de los problemas diarios. Y me tenía a mí para apagar los fuegos pequeños. Así que podía permitirse estar fuera durante un par de días.

—Pero las cosas iban fatal aquí.

—¿Qué quieres decir?

—La cuestión de Lindsay.

—Lindsay. —Easton pareció un poco intranquilo, como si al confirmar la existencia de los problemas dejara tirado a Sy—. Veo que te han llegado los rumores.

—Hemos oído decir que las diarias eran horribles —le dije—. ¿Tan malas eran?

El se encogió de hombros.

—No puedo estar seguro al cien por cien, Steve. No llevo tanto tiempo en la industria para saberlo. Cuando Sy preguntaba, yo fingía tener una opinión y cruzaba los dedos y esperaba no parecer un completo idiota. Pero fueran cuales fueran mis reacciones, eran iguales a las del tipo que compra una entrada y se sienta en un multicine con una bolsa de palomitas; o me aburría o me divertía. Por lo que pude ver, Lindsay lo estaba haciendo bien. Y parecía, no hay otra palabra, arrebatadora. —Robby empezó a asentir compulsivamente—. Pero creo comprender de qué hablaba Sy. Cada vez que Lindsay aparecía en la pantalla, yo no me quedaba absorto, excepto por su belleza. Miraba, pero no escuchaba de verdad. Mi atención divagaba. Y, para ser sinceros, probablemente habría divagado más si no hubiera estado implicado en la película.

—¿Pero no era un desastre? —inquirí.

—No su actuación per se. Pero creo que desde el punto de vista de Sy la película en sí era un desastre en progreso, porque el público tenía que amar a esa mujer. E incluso yo podía ver que no se amaba a Lindsay en esas tomas. De hecho, ni siquiera te gustaba tanto. Simplemente, no te importaba.

Robby se hizo cargo.

—¿Iba Sy a Los Ángeles para hablar con Katherine Pourelle para que se hiciera cargo del papel de Lindsay?

Justo antes de que Easton girara la cabeza para mirar a Robby, vi su reacción: absolutamente asombrado de que hubiéramos llegado tan lejos tan rápido.

—Dios, ¿quién se lo ha dicho? —Ninguno de los dos respondimos.

Finalmente, Easton habló—: ¡Bien, felicidades! Quienquiera que fuese la fuente, sabía de lo que hablaba. —Se volvió hacia mí, realmente lleno de curiosidad—. ¿Quién os lo dijo?

—No puedo decírtelo, East.

—Oh, bien. Lo siento. No quería parecer curioso... —Sonrió—. Bueno, no demasiado curioso. En cualquier caso, Sy iba a ver a Katherine Pourelle. Pero por lo que yo sabía, no era más que una maniobra típica de Sy. Verás, solía dejar que corriera la voz de que iba a hablar con Pourelle y su agente. Eso asustaría a Lindsay, la haría despertarse y empezar... a actuar. Pero te juro que Sy nunca la habría despedido.

—¿Se lo dijo él? —preguntó Robby, y luego se aclaró la garganta. Se estaba quedando ronco. Había sido un día largo, y parecía un pingüino exhausto. Incluso las puntas del pañuelo amarillo de su bolsillo se habían vuelto fláccidas.

—No. Pero verá, llegué a conocer bien a Sy. Podía ser objetivo, incluso duro con Lindsay la actriz. Pero era completamente vulnerable a Lindsay la mujer. Ella tenía un poder enorme sobre él.

—¿Sexo? —pregunté.

—Sí —respondió Easton.

—¿Era sólo una cosa sexual, o también entraba el amor? —inquirió Robby.

—Deben de haber sido ambas cosas. —Easton bajó la cabeza. Sus hombros subían y bajaban con cada uno de sus suspiros. Y de repente me di cuenta. Easton, como Sy, estaba siendo objetivo con la actuación de Lindsay, pero no con la propia Lindsay. No podía ocultarlo. También había caído en sus garras.

—No es sólo que sea hermosa, tenga talento o sea inteligente —explicaba, intentando parecer distanciado—, aunque es todas esas cosas. Sabe cómo llegar a un hombre. —Robby empezó a agitar la cabeza otra vez: ¡Cierto! ¡Cierto! ¡Cierto!—. Sy..., Sy necesitaba demasiado a Lindsay para despedirla. —Oí a Easton tragar saliva. Parecía que él también la necesitaba. Tenía un buen nudo en la garganta.

—¿La necesitaba aunque le costara veinte millones de dólares? —preguntó Robby.

—Sí.

¿Pero qué había de la teoría de Nick Monteleone de que Sy se había cansado de la rubia Lindsay y buscaba otro nido donde clavar el pico después de dejar el plató todas las mañanas a las once? Pensé en los largos cabellos oscuros que habíamos encontrado en la cama de la habitación de invitados.

—¿Estuviste presente en esa conversación en la que Sy comentó que un rayo debería golpear a Lindsay? —pregunté.

Easton se puso rígido como un ariete. Una vez más, pareció sorprenderse de que hubiéramos estado haciendo lo que se supone es nuestro trabajo: investigar.

—¡Dios, si que sois concienzudos! —dijo finalmente—. Y..., bueno, sí. Oí a Sy decir eso. Pero ese deseo de que Lindsay estuviera fuera de escena, literalmente, no era más que la manera de soltar vapor de Sy.

—¿Qué quieres decir?

—Era una gran decepción, pero él no la habría despedido. Confía en mí, Steve. No había forma de que hubiera podido dejarla. —Easton asomó la lengua y se humedeció los labios—. Estaba indefenso en lo referente a Lindsay.

Normalmente, yo me habría vuelto contra él, medio bromeando, medio hostigándole, para decirle: «¿El indefenso? ¿Qué hay de ti, capullo?» Le habría soltado un buen sermón sobre enamorarse de una estrella de cine. Pero no iba a avergonzar a mi hermano delante de Robby. Además, me di cuenta de que aunque fuera un flechazo sin esperanzas, era importante; era la primera vez en su vida que mostraba algo de pasión. No era algo de lo que reírse.

—¿Qué hay de los otros inversores? —preguntó Robby—. El dinero no era sólo de Sy, ¿no? ¿Qué hay de Mikey LoTriglio?

—¡Mikey! —dijo Easton—. Sí, por supuesto. Lo había olvidado. Dios, tendría que verlo. Qué tipo tan duro. Hace que Marión Brando en *El padrino* parezca un gatito. —Se detuvo y consideró lo que acababa de decir—. Pero tal vez eso no sea justo. Tiene un fuerte acento neoyorquino. Y tiene pinta de..., de hampón. Tal vez eso le hace parecer más duro de lo que es.

—¿Le tenía miedo Sy, de algún modo?

Silencio. Easton debió de morderse los labios. Yo miré alrededor. Había un guión sobre la mesita situada frente al sofá. Lo cogí. Mi hermano se volvió al oír el sonido del papel. Vio lo que yo tenía en la mano. Su cuerpo se aflojó; su pose le abandonó. Parecía haber olvidado a Robby.

—¿Ves ese guión, Steve? —Parecía un niño al borde del llanto—. Sy me lo dio el jueves, el día antes de... Me lo entregó y dijo: «Nuestra próxima película, Easton. Podría hacer historia.»

—Lo siento muchísimo —dije—. Las cosas te iban bien con él, ¿verdad?

—Por fin yo... —Se interrumpió al advertir que Robby estaba allí—. Mi vida estaba atada a la suya —murmuró. Inspiró profundamente, y cuando habló de nuevo era el viejo Easton, agresivamente alegre—. Bueno, supongo que tendré que olvidar todo esto y buscar otra cosa. —Meneó la cabeza—. Odiaría tener que trasladarme a California, pero tal vez tenga que hacerlo. Para estar más cerca de la acción, de la gente de la industria.

«Oh, mierda», pensé. Easton la había cagado con Sy. Había encontrado un patrón al que le gustaba su estilo de Southampton y que tenía el raro y buen instinto de confiar en Easton, para permitirse que se elevara por encima de todo tipo de situaciones, para demostrarse a sí mismo su valía. Pero Sy no podía darle referencias. ¿Y qué puñetera experiencia podría presentar mi hermano en Hollywood? ¿De vendedor de coches fracasado? Durante años Easton no había sido capaz de vender bermudas de madrás a surferas congénitos. Carecía de algo: convicción, pelotas. ¿Qué haría en Los Ángeles? ¿Cómo se desenvolvería en una ciudad de tiburones?

—Oh, ¿dónde estábamos? —se preguntó Robby. Masajeaba el puente de su nariz como si fuera un punto de acupuntura recién descubierto que proporcionara brillantez en la mirada y mente despejada. Excepto que no funcionó. Cristo, estaba empapado. Pensé: «Con treinta años es demasiado pronto para cansarse tan rápido.» Tal vez por eso estaba siempre intentando sacar la pistola, deseando un arresto. El tipo no tenía vigor. No podía soportar una investigación larga.

—Hablábamos de Mikey —le recordé.

—Es verdad. Mikey.

—Sy se ponía... nervioso cuando Mikey llamaba —admitió Easton —. Pero «nervioso» para usted o para mí podría significar perder la paciencia, morderse las uñas. Para Sy era sólo una leve tensión en la voz. Había que conocerlo muy bien para advertirlo.

—¿Parecía asustado? —preguntó Robby.

—No lo sé. Sólo se notaba un atisbo de tensión. Aunque eso era un poco inusitado. Quiero decir que Sy nunca mostraba ansiedad. La provocaba... a todo el mundo. Pero cada vez que Mikey llamaba, sacudía la cabeza y susurraba: «He salido.»

Mientras mi hermano hablaba, abrí el guión. Decía: «La noche del matador», y «Un guión original de Milton J. Mishkin». Pasé la página y leí un poco.

CONTRAPICADO del MATADOR, grande, poderoso, amenazante, contra un fondo negro.

MATADOR

Soy Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid. Y soy Francisco Romero, setecientos años más tarde, atravesando al toro con mi espada.

SFX: Estruendosa respiración animal. ¿Es el matador? ¿O el toro?

Y yo soy Manolete, desangrado hasta morir. Y el joven El Cordobés.

La CÁMARA SUBE. El fondo se ilumina y VEMOS al matador en el centro del ruedo, rodeado de PICADORES a caballo y BANDERILLEROS. Agita su muleta roja.

Soy España.

La CÁMARA se acerca a la muleta del matador para un primerísimo plano mientras OÍMOS música flamenca.

Soy el hombre.

COMIENZAN LOS TÍTULOS DE CRÉDITO contra fondo rojo.

«Ni cobrando leería esta mierda —pensé—, y mucho menos iría a verla..., lo que probablemente significa que es una auténtica obra de arte.»

—¿Llamaba mucho Mikey LoTriglio a Sy? —preguntaba Robby.

—La última semana, sí. Unas dos o tres veces al día.

Robby empezó a jugar con el borde del mantel que cubría la mesa, pasando los dedos por encima.

—¿De qué trataban las llamadas de Mikey?

—Supongo que había oído rumores de que la película tenía problemas. Sy lo negaba, por supuesto.

—¿Cree que Mikey profirió alguna amenaza?

—Nunca oí su parte de la conversación —dijo Easton—. Pero fuera cual fuese el mensaje, Sy lo encontraba... preocupante. —Hizo una pausa—. El labio superior de Sy se cubría de gotitas de sudor. No puede imaginar cómo era. Sy no era de los que sudan.

Producir sudor no es, en el estado de Nueva York, motivo de arresto, pero eso no podría haberse deducido por la cara de Robby. De repente estuvo despierto, alerta. Mikey era su tipo. Se notaba el brillo de las esposas resplandeciendo en sus ojos.

—Eh, tranquilo, Robby —dije.

—Steve, es una buena pista —respondió Robby, ignorando a Easton, como si fuera otro poli... o un miembro de la familia—. Mikey es malo.

—Cierto, pero no es ningún tonto. ¿Se cargaría a Sy por una mala inversión?

—Vamos. Es de la Mafia.

—Sí —reconocí—, pero esto no parece su tipo de crimen. Ellos

tienden a ser más personales, más cercanos que un par de balas del 22 a distancia.

Pero Sy podría tener otros enemigos, pensé: «Un poeta jodido de su vieja revista, una vieja conexión con el mundo del espectáculo con inquina, algún habitante de South Fork al que hubiera insultado, un mozo de gasolinera, un electricista, un limpiador de piscinas..., un tipo con una dosis de coca y un puñado de balas.» ¿Y qué había de Lindsay? Calculadora, egoísta, arrogante, tal vez despiadada, tal vez a punto de ser despedida en su doble papel de estrella y concubina. ¿Sabría disparar un rifle?

Y, maldición: Bonnie. ¿Cuánto había investigado para *La vaquera?*

—¿Qué hay de la ex esposa? —le pregunté a Easton—. He oído que Sy estaba desarrollando su guión.

Easton sacudió la cabeza.

—No. Sy me dio su guión poco después de que empezara a trabajar para él. Me pidió que encontrara algunas cosas bonitas que decir sobre él. Supongo que cuando le dijera que no, quería poder decir: «Oh, pero el diálogo era tan fresco, tan sincero.»

—¿Cómo era el diálogo?

—No lo sé. No horrible. Pero Sy dijo que ella había nacido cuarenta años demasiado tarde, que escribía películas de serie B femeninas de 1942.

—¿Le llamó ella alguna vez? —preguntó Robby.

—Sí. Un par de veces a la semana, por cierto. Y apareció un par de veces en el plato, cosa que a Sy no le hizo ninguna gracia. Lo sé; estaba en el trailer con él. ¿Sabe lo frío que era Sy? Bien, pues pensé que le iba a dar un ataque. —Easton se detuvo. Se volvió en la silla para mirarme.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté a mi hermano—. ¿En la mujer ofendida?

—No sé —dijo Easton, pensativo—. No soy policía. No sé cómo sopesar esas cosas. Pero, Steve, tengo que decírtelo: no me gustó la expresión de la cara de Sy cuando la vio. Tuve la impresión de que pasaba algo malo.

7

Quería llegar a tiempo, tenía dos minutos para hacer el trayecto, que duraba diez, hasta casa de Lynne. ¿Así que qué hice? Conduje directamente a casa de Bonnie Spencer, aparqué en la esquina y crucé la carretera.

La casa era sencilla, de ese estilo colonial sin complicaciones, casi severo; no mucho más grande que un cubo de dos plantas con tejado y chimenea. Pero delante había un sauce grande y suave, y, con la luz de la luna, las viejas hojas grises brillaban, plateadas, contra el oscuro cielo.

Las cortinas estaban echadas, aunque no tanto como para que no pudiera ver el parpadeo azul de un televisor en blanco y negro. Dios, ¿qué le había prometido a Lynne cuando la llamé desde la Central de Southampton? ¿Que estaría en su casa a las diez, diez y media? Eran las diez y veintiocho. Crucé la carretera y recorrí el camino de piedra hacia la casa de Bonnie.

¡Esa Alce era toda una perra guardiana! No hubo ni siquiera un suave grrr cuando llamé al timbre. Entonces, a través de las largas ventanitas que flanqueaban la puerta principal, pude ver su cola moviéndose tan rápidamente que sus cuartos traseros temblaban.

La luz exterior se encendió. Me metí las manos en los bolsillos. Las saqué. Finalmente, Bonnie apareció en el pasillo. Por un momento pensé que había interrumpido algo que ella y algún tipo estaban haciendo con la tele puesta. Pero mientras se acercaba a la puerta pude ver que no había ningún hombre. Ella vestía pantalones de algodón y un jersey rojo. Nada de maquillaje, aunque tal vez no lo usaba nunca. Tenía el pelo suelto, hasta los hombros, pero permanecía pegado a su nuca, como si hubiera estado tendida en un sofá durante

un par de horas.

Intenté leer su expresión cuando vio que era yo. Alivio de que no fuera un ladrón nocturno, tal vez mezclado con algo de aprensión por verme allí de nuevo, y tal vez (aunque es mucho leer a través de una ventana diminuta) expectación. Tal vez el hecho de acercarme a ella esa mañana había funcionado.

Excepto que, pensé mientras la puerta se abría, ¿quién lo necesitaba? Me sentí como un cretino. No podía creer que había malgastado todo un día fantaseando sobre esta mujer.

—Sé que es tarde —dije, antes de que ella pudiera abrir la boca—, pero esto es una investigación del homicidio.

—Ah, ¿quiere pasar? —Las comisuras de su boca temblaron durante un segundo, dudando si sonreír o no; optó por no hacerlo. Entonces se volvió y me condujo a la derecha, a la sala de estar. Encendió un par de lámparas e interrumpió una vieja película que estaba viendo en el vídeo.

Pude ver la marca que su cabeza había hecho en un cojín que había sobre el sofá. Me senté a su lado; el cojín estaba caliente. Alce se plantó sobre mis piernas, estirando su grueso y peludo cuello, contemplando claramente la posibilidad de saltarme encima. Por fin, realista, se sentó en el suelo, dirigiéndome el equivalente perruno a una mirada de ven aquí, y una vez más se tumbó sobre mis zapatos. La chica podría resultar ser mediocre, pensé, pero la perra era tan fantástica como la recordaba. Moví el pie adelante y atrás, acariciando su vientre.

Bonnie se sentó frente a mí, en una mecedora. La habitación era bonita (amarilla, rosa y blanca), pero no lo que habría esperado de ella. Cierto, era cómoda, pero era la casa de un decorador de interiores de Manhattan. Una habitación como ésta debería ser sencilla, mona como mucho, no encantadora. Pero todo estaba allí: gastadas alfombras tejidas sobre el suelo de roble, viejos edredones, almohadas hechas de más edredones, muestras enmarcadas y un conjunto de viejas jarras de agua sobre el mantel. Más, a la izquierda de la chimenea, un fuelle pintado lo suficientemente grande para inflar el jodido globo de Goodyear. Ella me vio mirándolo.

—Cuando compramos la casa, Sy estaba interesado en el arte popular americano. —Para ilustrarlo, señaló algunos estantes: libros intercalados con tallas de madera—. Si parecía que algo podía funcionar, lo compraba. Incluso pujó por un telar tallado a mano de 1813. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Pasarse los fines de semana cardando? Y luego celebramos nuestra primera fiesta aquí. Un famoso editor entró en la habitación, miró alrededor y dijo: «¡Muy mono!» ¡Tenía tan mala idea! ¿Por qué tuvo que decir eso? A partir de ese momento, Sy odió la casa. —Yo no respondí; ella rellenó rápidamente

el silencio—. Así que aquí estoy..., con un montón de cachivaches. Um, ¿puedo ofrecerle algo? ¿Café? ¿Una copa?

—¿Por qué fue a ver a Sy al plato?

Ella se tomó un instante demasiado largo para responder.

—Sólo estaba siendo amistosa. Y supongo que sentía nostalgia por los viejos tiempos.

—¿Entre usted y él?

—No. Entre las películas y yo. A veces —su voz se volvió un poco ronca—... lo echo mucho de menos. Escribir..., escribir algo mejor que «Un hermoso estampado de seda natural». Y echo de menos a la gente y...

La corté antes de que pudiera empezar a interpretar el número de «Estoy tan sola». No quería oírlo.

—Fue usted al plató de *Noche estrellada.* ¿Qué sucedió? ¿Se alegró Sy de verla?

—Supongo que ya debe de tener la respuesta a eso. —La luz de la lámpara creaba una zona de brillo en su pelo oscuro, justo donde caía sobre su hombro.

—Quiero su respuesta. —Aparté los pies de Alce; la perra me miró, sorprendida por la súbita pérdida de intimidad—, ¿Cuál es el problema? ¿Se alegró de verla o no? Esto no es algo que tenga que pensar.

—Pareció trastornado porque fui sin ser invitada —dijo por fin—. No furioso, como si quisiera reducirme a pulpa o patearme la cabeza y... —De repente sus ojos se ensancharon, avergonzados—. Oh, Dios, por un momento olvidé cómo se gana la vida. Lo siento mucho. No quería burlarme de...

—No importa. Estaba diciendo que él no iba a hacerle ningún daño permanente.

—Eso es. Pero tampoco fue amable, y chascó la lengua antes de decir: «Deberías haber llamado primero, Bonnie, querida.»

—¿Cuál fue su actitud?

—Algo entre..., veamos, indiferencia y furia.

—¿Quiere ser un poco más específica?

—No gritó. —Eché una ojeada a la velocidad de la luz; su jersey rojo era lo suficientemente ajustado para demostrar que tenía tetas estándar, convencionales. Si se cogiera a la población adulta femenina de todo el mundo, las tetas de Bonnie Spencer marcarían la media—, Pero tal vez fuera porque intentaba no escupir.

—Si eran ustedes tan buenos amigos, ¿por qué actuó así?

—No lo sé. Tal vez estaba en medio de un cabreo con alguien y yo aparecí en mal momento.

—Tal vez. —Quise darme una rápida patada en el culo: pensar que durante el día había construido a esta hermana del «hombre de

Marlboro» como encarnación de la sensualidad.

Y entonces Bonnie estiró las manos y se alisó el pelo. Por un segundo, lo contuvo en una coleta. Los lados de sus antebrazos eran perlados, inmaculados. La imaginé tendida en el sofá junto a mí, la cabeza sobre la almohada, los brazos levantados, mostrando aquella suave piel. Yo me inclinaba y la besaba. Pasaba la lengua por encima.

Tosí para aclararme la garganta.

—¿Fue a verle para preguntar por su guión?

—No. —Se soltó el pelo. El gesto fue hermoso, gracioso, como una repetición a cámara lenta de una toma perfecta—. Habíamos repasado todas sus notas. Yo trabajaba en las revisiones.

—¿Y dice usted que le gustaba?

—Sí.

—¿No pensó nunca que tal vez pudiera estar diciendo cosas bonitas sobre su trabajo para no defraudarla?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿La verdad?

—Adelante.

—Tal vez la encontraba a usted más interesante que a su guión. Tal vez en el fondo usted lo sentía y...

Su cara se volvió de un rosa encendido.

—Déjeme que le diga una cosa. No soy una de esas neuróticas típicas de Nueva York que se mueren por creer lo peor sobre sí mismas. Y Sy no era un cabrón que decía «oh, nena, me encanta tu montaje». Mi trabajo era bueno, y a Sy le gustó. Sé que fue así.

—Eh, no estoy intentando herir sus sentimientos. Mi trabajo es sondear. ¿De acuerdo?

Ella se calmó.

—El hecho es que Sy y yo éramos amigos. Mire, yo no era su tipo, ni siquiera cuando se casó conmigo, y diez años más no hicieron mucho por mi sentido de lo exquisito. Sé qué buscaba él. Una Lindsay, una persona arrebatadora. O alguien alegre e intelectual, con veintidós años, y de Yale. O una mujer de la jet-set con acento francés que pudiera citar a Racine, con pelo bajo el sobaco y un *château.* Yo era su ex esposa; él no tenía ningún motivo para seguirme la corriente. Sabía mejor que nadie lo que yo tenía que ofrecer, y ya había dicho no, gracias.

—¿Y algo en recuerdo de los viejos tiempos? —Ella sacudió con fuerza la cabeza. Su pelo se agitó suavemente—. Bonnie, ¿se acostaba usted con Sy? ¿Por eso se sintió tan libre para aparecer por el plato? ¿Tal vez un gesto amable, espontáneo?

—¡No!

—¿O tal vez para hacer saber al mundo que había regresado al mapa?

—¡No!

—Porque si así fuera, eso no la colocaría bajo ninguna sospecha. —Chorradas, por supuesto—. Ahí estaban ustedes, dos adultos que se conocían bien, que se gustaban...

—Nada personal, pero eso son un montón de estupideces.

—Vale, no más preguntas —dije, levantándome y acercándome a ella. Alce, la puta del pueblo, permaneció a mi lado—. Por ahora. —Entonces ataqué con fuerza. Sonrisa. Guiño. Encanto, encanto—. Lo siento si la he ofendido.

—No importa —dijo ella, la voz suave. Encanto, encanto, estaba funcionando. Me miró, sus ojos se pusieron un poco borrosos, como si esperara ser besada.

—Bien —dije—. Me alegra que lo comprenda. —Estiré la mano y le acaricié el pelo. Lástima: el botón de la manga de mi chaqueta deportiva se atascó en su cabello—. Lo siento —dije, sinceramente, y traté de soltar el botón. El pelo olía a alguna flor primaveral que no pude identificar: lilas, tal vez, o jacintos. Agarré el botón y lo solté, pero desgraciadamente le arranqué algunos cabellos—. Escuche, esto no cuenta como brutalidad policial.

Ella sonrió. Una sonrisa grande, abierta, vaquera.

—Lo sé.

—Ya nos veremos, Bonnie.

Cuando volví a mi coche, metí cuatro hebras del cabello de Bonnie Spencer en un pequeño sobre de plástico. Tres tenían raíces. Suficiente para un análisis de comparación de ADN.

Siempre he odiado hacerlo con mujeres que no podían mantener la boca cerrada. Escuchen, a nadie le importa una palabra de ánimo aquí y allá, una sugerencia valiosa, un grito sincero de éxtasis. Pero durante mucho tiempo, antes de que Lynne entrara en mi vida, casi todas las mujeres que me ligaba eran una guía parlante de los placeres del sexo.

Todas habían memorizado el mismo guión. Sobre cómo iba el asunto: «Oh, es maravilloso. Oh, no te pares...» Direcciones al conductor: «Un poco más fuerte. No, más suave, despacio. No, más arriba, más arriba...» Y qué sorpresa esperaba al turista tras la esquina: «Voy a metérmela en la boca», una oferta que yo nunca rechazaba, ya que añadía al placer de la gratificación el del silencio... Y, por supuesto, siempre te hacían saber cuándo se había acabado el viaje: «Oh, ya viene. Oh, sí. Espera, sólo un segundo. Oh, es demasiado. Por favor, no, Dios, Dios.»

Lynne, sin embargo, era silenciosa. Qué alivio. Por supuesto, ella tenía la confianza en sí misma de los que son jóvenes y encantadores; sabía que no tenía que mantener un monólogo para atraer la atención

de un tipo. Y era silenciosa también porque en alguna parte (tal vez en la facultad de Manhattan), había aprendido que las damas jóvenes no aúllan «¡Fóllame más fuerte!» cuando están en brazos de un caballero.

Pero aquella noche, su silencio tenía visos de ser algún tipo de castigo. Estaba furiosa conmigo por haber llamado a su puerta a las once y cuarto, diciendo: «Oh, mierda, lo siento», cuando vi que había renunciado a toda esperanza de verme esa noche y se había puesto el pijama. Además estaba cabreada consigo misma por dejar que fuera a su armario, cogiera su gabardina, se la pusiera encima de la bata y la sacara por la puerta con una cansada retahíla de «Por favor, sólo quiero estar contigo esta noche». No dijo una sola palabra en el coche.

Pero no sólo me la estaba devolviendo al no mostrarse comunicativa. Mientras le desabrochaba el cinturón de la gabardina, extendió la mano y apagó la luz del dormitorio. Me estaba negando el placer de verla.

—Estás enfadada de verdad —dije. Saqué la pistola de mi cinturón y la guardé en un cajón, para que ella no se enfriara aún más por su ofensivo aspecto—. ¿Por qué no lo dices?

—Muy bien. Estoy enfadada.

—Dime por qué.

—Porque simplemente asumes que siempre estoy disponible para ti, a cualquier hora, día o noche. Comprendo que trabajas a unas horas de locura. Pero tú no pareces comprender que yo tengo que mantener una vida, una estructura, para mí misma. No. Tú quieres sexo, tú quieres hablar, así que esperas que deje todo lo que esté haciendo. No es justo.

—Lo siento. —Me coloqué junto a ella y deslicé las manos bajo el suave algodón de su bata, hasta quitársela. La acerqué a mí. Ella se estaba ablandando, pero todavía no había llegado al punto de ofrecer ayuda. La sostuve con una mano y me desnudé con la otra—. Te quiero. —Esperé. No hubo ninguna respuesta.

Vale, hacía falta un gesto romántico, como cogerla en brazos. Estaba tan terriblemente cansado. Pero la levanté, la llevé a la cama y la tendí en ella. Fue un poco arriesgado en la oscuridad, porque un tipo con mis años puede acabar con hernia discal. Pero Lynne pesaba poco, yo estaba desesperado, y, eh, funcionó. Ella no dijo «todo está perdonado». No dijo nada. Pero extendió la mano, me agarró y me atrajo hacia sí.

Así, en la oscuridad, empezamos a hacer el amor. El castigo de su silencio no estaba tan mal, pensé. Era mejor, en cierto modo, que su silencio habitual, donde podía decir un par de palabras. Aumentaba el placer. Yo podía concentrarme del todo: el sonido de su cuerpo contra las sábanas cuando empezó a agitarse, su respiración al hacerse más profunda.

Esto tenía potencial: podría ser más que un asunto de rutina. Pero justo cuando estaba a punto de decir «Lynne», perdí toda sensación de ella. Ya no hacía el amor con mi prometida. Jodía como solía hacerlo; no importaba quién estaba a mi lado, encima de mí, debajo, mientras tuviera todas las partes necesarias. Sólo quería hacerlo y acabar. Y entonces...

Gran sorpresa. Bueno, lo fue para mí.

La mujer sin rostro desapareció. Bonnie Spencer estaba en la cama conmigo. Era salvaje. Las suaves manos que me acariciaban podían ser de Lynne, pero la Bonnie de mi mente tenía las piernas enroscadas a mi alrededor, y me arañaba la espalda. Entonces gimió de placer, emitiendo los mismos sonidos animales que yo hacía. Más fuerte. Su pelo oscuro estaba extendido por toda la almohada; el olor a flores era abrumador. Mientras entraba en Bonnie, ella dejó escapar un sollozo. «Oh, Dios —pensé—, esto es lo mejor.» Exclamé: «Te quiero. ¡Oh, Dios, cómo te quiero!» y oí a Bonnie gritar «¡Ayúdame!» mientras empezaba a correrme, y luego: «Te quiero mucho.»

Fue perfecto.

Se acabó.

Lynne habló por fin.

—Ha estado bien.

—Sí.

—Despiértame a las seis, ¿vale? Quiero ir a casa temprano. Tengo que leer un montón de cosas.

—Muy bien —dije. Luego cerré los ojos contra la oscuridad.

Pasé el domingo examinando los informes de la autopsia y el laboratorio, y poniendo al día el papeleo. Luego, a primera hora del lunes, abrí la pesada puerta de cristal y bronce a las nueve y cinco y me dirigí al encuentro de Rochelle Schnell, vicepresidenta primera del South Fork Bank and Trust, sucursal de Bridgehampton.

—Respeto tu inteligencia —le dije, y me senté en el borde de su mesa.

—Me dijiste lo mismo hace veinticinco años.

—¿Funcionó?

—No. Por supuesto que no. Pero me gustó que lo intentaras.

Rochelle tenía cuarenta años. Yo lo sabía porque habíamos empezado juntos la escuela primaria de Sagaponack, en el parvulario, y como habíamos nacido con dos días de diferencia, siempre teníamos que compartir nuestra fiesta de cumpleaños en la clase (su madre, la señora Maziejka, tenía que traer las galletas y la mía el Kool-Aid, pero como mi madre trabajaba, la señora Maziejka siempre lo traía todo. Nunca se quejó; de hecho, incluso escribía «¡Rochelle!» con azúcar rosa en una mitad de las galletas y «¡Steve!» en azul en la otra).

Rochelle estaba sentada tras su inmensa mesa de madera con un traje de chaqueta gris oscuro, signo de éxito.

Pero entonces, cuando se levantó para besarme y decir «Hace meses que no te veo. ¡Tienes un aspecto fantástico!», advertí que su falda era una de esas cosas estiradas a medio muslo que parecen una venda un poco crecida.

—¿Sí? Bueno, tú también, Rochelle, pero tienes un problema gordo. Nadie va a entregarle los ahorros de su vida a un banquero cuya falda es tan ajustada que prácticamente puedes verle sus partes pudendas.

—No lo apuestes. Bien, ¿qué puedo hacer por ti? ¿O has venido sólo a mirarme la falda?

Le puse la mano en la espalda y la guié a su silla. Entonces me senté frente a ella al otro lado de la mesa.

—Extraoficialmente. Quiero saber si tienes una clienta llamada Bonnie Spencer.

Rochelle me interrumpió.

—Ni hablar. Sabes que soy una mujer honrada. No puedo darte ni siquiera un nombre. Lo comprobaré con nuestros abogados, pero estoy segura de que tienes que traer una orden judicial. Luego, si ella tiene cuenta, tendré que llamarla...

—Todo lo que quiero saber es si tiene cuenta aquí. Ningún detalle. Por favor. Es un favor personal, Rochelle. No soy un capullo al que no conoces.

—No, eres un capullo al que conozco —resopló lentamente. Entonces se giró en su silla, se volvió hacia el terminal de ordenador que había sobre su mesa y colocó las manos sobre el teclado. Su gran anillo de diamante, cortesía del señor Schnell, que había comprado el banco para ganar su atención, brilló; sus largas uñas rojas golpeaban las teclas.

—Sí, es clienta nuestra.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Dime cuánto hay en su cuenta.

—No. Eres policía. Cumple con la ley. Y no creas que te va a servir de ayuda tu encanto. Ya te he dicho más de lo que debería. Ni una cosa más. Ve al fiscal del distrito y consigue una orden.

—Pero, Rochelle, con todas esas tonterías del Acta de Intimidad Bancaria, eso significa que tendrás que informarle de que ha habido una solicitud de investigación por parte de una agencia del Gobierno.

—¿Es eso tan terrible?

—Sí. Escúchame. Es terrible porque Bonnie Spencer es una mujer verdaderamente agradable y no quiero que salga herida en esta investigación. Su ex marido...

—¡Oh, ese Spencer!

—Sí, bien, los jefazos se están poniendo un poco ansiosos, y sería de gran ayuda si pudiera constatar, rápidamente, sin esperar a una orden judicial y una notificación, que ella está tan limpia como parece, que no entraban ni salían grandes sumas de su cuenta. Me gustaría ver su nombre fuera de esto. ¿Sabes lo que quiero decir? Esa mujer es un verdadero encanto. No tuvo nada que ver con el homicidio. No tenía nada que ver con él. Todo lo que necesito son unos cuantos números que me apoyen, para que podamos tachar su nombre. El tiempo es un factor importante. No quiero arriesgarme a que algún detective novato llame a su jefe y le diga: «Soy de la Brigada de Homicidios de Suffolk y estoy investigando a Bonnie Spencer.» Por favor, Rochelle. Ayúdame a ayudarla.

Las uñas de Rochelle volvieron a teclear.

—Tiene ciento cinco dólares en su cuenta corriente. Hay actividad regular, así que supongo que somos su banco oficial. —Click—. Seiscientos treinta y cuatro en una libreta de ahorros, que el mes pasado tenía un balance de poco más de setecientos. —Click-click—. Y su tarjeta Visa... apenas la usa.

Señalé la pantalla del ordenador.

—¿Qué te dice todo eso?

—Que su ex marido estaba muy retrasado en el pago de su pensión.

—No recibía ninguna pensión.

—En ese caso, es simplemente pobre.

Lo único atractivo de la vecina de Bonnie, Wendy Morrell, era su nombre; conjuraba virginales cabriolas en un campo de tréboles. De hecho, a la luz de la mañana, Wendy parecía menos Blancanieves y más la malvada madrastra... con un chándal verde oliva. Tenía la cara llena de esas burbujas de aire que crecen bajo la piel. Había una grande en su mejilla izquierda, y descubrí que mi dedo subía hacia mi propia mejilla, tal vez intentando ejecutar una burbujotomía simbólica. Bajé la mano.

—Quiero decir, naturalmente que he leído todo lo que hay que leer sobre el asesinato —dijo—, pero ni en un millón de años se me habría ocurrido que Bonnie Spencer pudiera tener ninguna conexión con Sy Spencer.

Wendy Morrell tendría probablemente poco más de treinta años. Delgada tipo Manhattan, un cuerpo que visto en el Tercer Mundo produciría lástima, pero que probablemente provocaba admiración en la ciudad. Bajo el ancho brazalete de oro de su antebrazo, se notaba el contorno de su cubito y su radio. El pelo de Wendy estaba recortado en ese estilo que sólo los tipos recién salidos de la instrucción militar (o las mujeres muy, muy guapas) deberían llevar.

Estábamos ante la puerta de su moderna casa. No me había invitado a entrar. Tal vez era una zorra elitista. Tal vez estaba cortada; casas como la suya, ejercicios de millones de dólares en geometría sólida, habían pasado, de la mañana a la noche, a no estar de moda en South Fork. Habían sido reemplazadas por estructuras posmodernas, casas de campo tan enormes que parecían haber sido construidas para una raza de gigantes en vez de los periodoncistas y diseñadores bajitos que vivían en ellas. Wendy se había plantado en medio de la puerta, como temiendo que yo la hiciera a un lado para poder ver cómo vivía la gente rica... o, si era curioso, para echar un vistazo a su cocina de alta tecnología desgraciadamente pasada de moda y mofarme de ella.

—Que esos dos Spencer vivieran en el mismo planeta es un milagro —continuó—. No es que pretenda denigrarla, pero es una contradicción de estilos: elegancia contra torpeza. ¿Sabe? Mire, ella suele correr. Soy la última persona en el mundo para hacer de portavoz de los chándals. ¿Voy a armar jaleo por pantalones pastel y cremalleras a juego? Sé que para usted no significará mucho, pero si ella tiene una casa en los Hamptons, no en Kalamazoo o en dondequiera que sea, debería tener un poco más de cuidado con su aspecto, no llevar ropas que parecen recolectadas en un saqueo a la taquilla de un vestuario de muchachos a finales del curso escolar. Quiero decir que algún sentido del buen gusto debió de pegársele de Sy.

—¿Le conocía usted?

—Bueno, nunca nos presentaron formalmente. Pero ya sabe lo que dicen: básicamente hay trescientas personas en el mundo. —De repente se dio cuenta de que estaba hablando con un miembro de los cuatro millones menos trescientos, porque explicó—: Es un concepto Nueva York-Hamptons: Conoces algunos sitios en el Soho o en East Hampton y entras y te encuentras con Calvin Klein, o Kurt Vonnegut o Sy Spencer. Da la casualidad que Sy era amigo de un amigo muy querido. Teddy Unger. Vendedor de bienes inmuebles. ¿Sabe quién es? Bueno, es dueño de la mitad de Nueva York. La mejor mitad. Así que aunque nunca nos conocimos formalmente, Sy y mi ex marido y yo pertenecíamos al mismo mundo.

Aunque se estirara la definición de *beautiful people* más allá de los límites racionales, Wendy Morrell no habría encajado en ella.

—¿Y qué pasa con su ex esposa? —inquirió—. ¿Es sospechosa?

—No. Básicamente esto es una investigación de fondo. Sólo intento averiguar qué tipo de persona es Bonny Spencer.

—No puedo ayudarle. No soy la vecina típica. —Wendy miró la casa de Bonnie y luego su propio camino de acceso, donde yo había aparcado mi Jaguar, casi en su garaje, para que Bonnie no pudiera verlo desde su casa. Dirigió una mirada recelosa a mi coche, como si

representara algo desagradable, sexual y, sobre todo, imperdonablemente cutre, ya que no era un coche que debiera conducir un poli.

—Pero tal vez haya notado algo, sólo por el rabillo del ojo —sugerí— ¿Recibía invitados con alguna frecuencia?

—Ojalá pudiera darle un informe completo, pero siempre estoy muy ocupada. Créame, no me paso la vida vigilando a Bonnie Spencer. —Tocó el alfiler dorado que, gracias a Dios, mantenía cerrado su chándal. Estaba en el punto de su cuerpo que, una mujer que no se hubiera matado de hambre, habría llamado una hendidura—. Tengo que dirigir un negocio.

Dijo «negocio» como si hablase de la General Motors.

—¿A qué se dedica usted?

—Wendy's Soups. Soy presidenta y consejera ejecutiva. —Como diciendo: «Todo el mundo conoce Wendy's Soups.» Bien, todo el mundo que es alguien, y yo claramente no lo era—. Han escrito artículos importantes sobre mí. *New York Times*, *Vogue*, etcétera. *Elle*... ¿Conoce *Elle*? El artículo se titulaba «¡Sopas soberbias!»

—¿Las cocina aquí?

Ella sonrió. Gran error. Dios había dotado a Wendy Morrell de una dentadura prominente.

—No. La planta está en un acogedor edificio, habitado por inmigrantes, de Queens. Empleo a cuarenta y seis personas.

—¿Entonces no vive aquí todo el año?

—No. Entre East End y la Ochenta y uno. Sólo paso aquí largos fines de semana. Solía pasar también todo agosto, pero entonces apareció ese reportaje en *New York Woman*. —Con, supuse, una foto de un cuenco de guisantes machacados superpuesta sobre su fea cara—. Nos puso por las nubes. ¡No puede imaginarse!

—Mire, señora Morrell, obviamente es usted una persona muy ocupada, pero las personas ocupadas suelen ser las más eficientes. —Ella, obviamente, estuvo de acuerdo—. No es la vecina típica, pero...

—No sé nada de ella. Nos saludamos. Eso es todo. Cuando estoy aquí sigo hasta arriba de trabajo. El teléfono, el fax. Mi oficina no puede dejarme en paz. La presión nunca se detiene. Tengo que obligarme a descansar. No voy a meriendas.

—¿Celebra meriendas Bonnie Spencer?

—No que yo haya visto.

—Lo que quiero decir es si hay algún visitante frecuente. —Volvió a mirar mi Jaguar—. ¿Hombres en coches deportivos?

—Hombres en coches deportivos. Hombres en sedanes. Hombres en toda clase de vehículos. ¿Es noticia para usted? —Hizo una pausa—. Una vez... vi una furgoneta. Me di cuenta porque era muy tarde. Bueno, seamos generosos. Tal vez necesitaba alguna reparación de

emergencia realizada por un chico que no podía tener más de veintidós años, con tejanos ajustados y botas de trabajo.

—Voy a ser directo, señora Morrell, pero siento que puedo serlo con alguien que es una consejera ejecutiva. —Ella reconoció el tributo con un breve destello de dientes—. ¿Tiene la impresión de que la señorita Spencer es promiscua?

—Tal vez solamente entreviste a la mitad de los hombres de Bridgehampton para esa columna de ecos de sociedad que escribe. ¡Vino a verme una vez y me preguntó si podía entrevistarme! Fui muy amable. Le dije que estaba terriblemente ocupada, pero que me encantaría. En otra ocasión. —Se detuvo— ¿Está usted seguro de que es policía?

Le tendí mi placa. Ella se la acercó a la nariz, bañando el plástico con lo que probablemente era aliento repugnante y húmedo de puré de lentejas, y la estudió. Luego me la devolvió.

—¿Ha visto recientemente algún coche en casa de Bonnie Spencer? ¿Un deportivo negro?

—Detective como se llame —sonrió—, sé lo que es un Maserati. Mi ex marido conducía un Ferrari 250 GT del sesenta y dos. Créame, quedé hasta el moño de coches deportivos durante ese matrimonio. —Miró el mío—. Conozco un Jaguar tipo E cuando veo uno. Los ingleses no dicen «convertible», ¿sabe? —Odié que aquella bruja tuviera algún tipo de intimidad con los grandes coches—. Y la respuesta a su pregunta es sí.

—¿Sí qué, señora Morrell?

—Había un Maserati ante su casa. La semana pasada. Todas las mañanas que estuve aquí. A las doce menos cuarto. Como un reloj. Y un hombre fabulosamente vestido salía de él. Ahora me doy cuenta de que tal vez fuera Sy Spencer. Pero estoy segura de que hay una explicación inocente. Tal vez servía el almuerzo temprano.

—Tal vez. ¿A qué hora se iba él?

—Las dos, las tres, las cuatro.

—¿Algún signo de pelea?

Ella sacudió la cabeza.

—¡No lo creo! Él era tan bello... y refinado. Quiero decir que ese hombre podría tener cualquier mujer que quisiera. ¿Por qué alguien como él iba a perder el tiempo en nadie como ella?

—Tal vez sea bonita.

Wendy Morrell ladeó la cabeza y unió las cejas, como si estuviera oyendo hablar de una moda nueva por primera vez.

—¿Bonita?

8

Bita Bonnie Spencer.

Bien, al carajo con ella y el caballo que montaba. Todo el tiempo había sabido que pasaba algo. Todo el tiempo había sabido que me estaba mintiendo sobre Sy. Sin embargo, en algún sitio yo había mantenido una vela encendida, un parpadeo con la esperanza de que fuera una buena persona, que cualesquiera que fuesen los lazos que tenía con su ex marido tenían que ver estrictamente con el cine. Porque si yo alguna vez hubiera decidido ser amigo de una mujer, Bonnie habría sido exactamente el tipo de mujer que habría elegido. Parecía tan recta que a pesar de todas mis dudas, cuando Wendy Morell abrió su boca llena de dientes, creí realmente que iba a decir: «¿Un deportivo negro? ¡No! El único coche que he visto ante su casa es la furgoneta del revisor de la luz..., y nunca se quedaba más de diez segundos.»

Al infierno con Bonnie. Metí la tercera.

El trayecto de Bridgehampton a la Central de Yaphank era de sesenta kilómetros, la mayor parte en línea recta, siguiendo los cuatro carriles de la carretera 27. Una vez fue mi pista de pruebas personal. No obstante, desde que me mantenía sobrio, me había convertido en una gallina y nunca pasaba de los ciento diez kilómetros por hora.

Pero ahora, mientras me dirigía al oeste contra el tráfico de la playa, decidí que necesitaba velocidad. No podía creer que me hubiera equivocado con ella. Alce no era la puta del pueblo; el animal no era el animal. La estúpida zorra, Bonnie, no podía mantener las piernas juntas. Metí cuarta, oí el profundo ronroneo del tubo de escape, vi cómo el tacómetro alcanzaba la línea roja. Me sentí más cómodo cuando llegué a ciento sesenta. ¡Al carajo con Bonnie Spencer! ¡Esto

era fantástico! En la mayoría de los coches deportivos, cuanto metes la directa, sientes como si fueras a despegar, dejando la atracción de la gravedad de la Tierra. Pero con los amortiguadores del XKE, uno se funde con la carretera. Es la experiencia terrestre definitiva.

No hay nada como la velocidad para despejarte, especialmente cuando estás sobrio (al conducir borracho, sabes en el fondo de tu alma que la Muerte, con su guadaña y esa bata con capucha —más o menos como la de Sy, aunque no de felpa de tan buena calidad—, te espera tras el próximo cambio de rasante).

Así que al carajo con Bonnie. Y al carajo este caso. En el momento en que se acabara, le diría a Lynne: «Vamos. No esperemos a Acción de Gracias. Busquemos a algún cura que no tenga la agenda llena como yo. Nos casaremos inmediatamente. Y olvídate de Saint John. Iremos a Londres. Iré a los museos contigo. A Shakespeare. Visitaré las escuelas inglesas y me quedaré a tu lado y aprenderé todo sobre los métodos más modernos para combatir la dislexia. Te lo juro por Dios, incluso iré a la ópera.»

El sargento Alvin Miller del Departamento de Policía de Ogden, Utah, hablaba m-u-u-u-y l-e-e-ento, como si cada palabra tuviera que recorrer una larga carretera sin asfaltar antes de poder salir.

—Bueno, detective Brady. Uno de los muchachos me pasó su mensaje anoche. A eso de las diez. Ya no pertenezco al departamento. Jubilado, ya sabe. Desde hace once años. —Me pasé el teléfono a la otra oreja—. Pero como dijo que no era urgente, no iba a llamarle a Nuevaaa Yorrrk, donde era medianoche —dijo «Nueva York» con ese tono resentido propio de los tipos de mi compañía en Vietnam, como si la gente ordinaria y los lugares ordinarios (suburbios, granjas, playas y bosques) fueran sólo camuflaje de un lugar cuyo único negocio fuera burlarse del resto de Estados Unidos—. Espero que eso no le haya causado ninguna inconveniencia.

—No hay problema. —Al otro lado de la habitación, Charlie Sánchez estaba sentado ante su mesa dando cuenta de un sándwich de queso danés de la bolsa que cada día hacían en la panadería y que Robby había traído. Charlie sacaba la lengua, lamiendo el amarillo queso por el centro. Las fotografías de la escena del crimen sobre mi mesa, que mostraban a Sy con sus dos limpias heriditas redondas, eran menos repulsivas que ver a Charlie lamer el bocadillo—. Agradezco que haya llamado —le dije al sargento Miller.

—Muy bien. Bien, quería usted saber algo sobre la chica Bernstein. ¡No me diga que tiene problemas!

—No, está bien. Su ex marido.

—¿Se ha divorciado?

—Sí. Hace unos cuantos años.

—No joda. ¿Cómo se llamaba?

—Bonnie.

—Eso es, sí. Bonnie Bernstein. ¿Vive en Nueva York?

—No. En Bridgehampton. Es una ciudad pequeña en la zona este de Long Island.

—Oh. Oí que se fue a Hollywood. Hizo una película, ¿sabe? He olvidado su título, pero la vi. No estaba mal.

—El detective con el que hablé dijo que tal vez conociera usted a la familia.

—Ajá. Los conocía. Muy bien, por cierto. —Deseé agarrar a aquel capullo por su corbata de lazo y sacudirle, para que las palabras salieran con más rapidez.

—¿Puede hablarme de ellos?

—Claro. —Me lamí la yema del dedo y limpié una mancha de café mientras esperaba su próxima palabra—. Si la memoria no me falla, los Bernstein, que deben de ser los abuelos de Bonnie, abrieron la tienda.

—Ajá —murmuré animosamente.

—La llamaron Bernstein's.

—¿La conservaron sus padres?

—La conservaron bastante bien.

En la antesala, Ray Carbone tendía a una de las dos secretarias de Homicidios un pedazo de papel. Por la expresión dolorida de sus ojos, era probablemente un borrador de la siguiente nota de prensa, que diría, en esencia, que no sabíamos nada. La secretaria buscó sus gafas, no las encontró, así que estiró el brazo y alejó el papel de su cara para leerlo. Por encima de su cabeza colgaba el estandarte gigantesco que nadie podía dejar de ver cuando entraba en el Departamento de Homicidios del Condado de Suffolk: «NO MATARÁS.»

—¿Qué tipo de tienda era la de los Bernstein?

—Una tienda de artículos deportivos.

—¿Pelotas, bates?

—No. Más bien armas y material de pesca.

—¿Escopetas?

—Claro, escopetas. Esto es Utah.

—¿Rifles?

—Ajá.

—¿Todavía está abierta la tienda?

—No. La señora Bernstein, que debe de ser la madre de Bonnie, murió. Dan, el padre, vendió la tienda y se jubiló. Creo que se fue a Arizona, pero no lo juraría. Tal vez a Nuevo México. Y los chicos, tres o cuatro, no se quedaron en Ogden. Uno de ellos es profesor de la Universidad de Utah, y no sé qué hicieron los otros.

—Bonnie era la única chica.

—Por lo que puedo recordar, y me acuerdo de ella porque era amiga de los chicos y chicas del grupo de mi Eddie. Supongo que usted no sabe lo que es.

—No.

—Es un grupo para chicos de instituto mormones.

—¿Eran mormones los Bernstein?

—Por supuesto que no. Es usted de Nueva York. Debería saberlo.

—Bien. Veamos, déjeme ser sincero con usted, sargento Miller.

—Es lo mejor.

—El incidente que estoy investigando...

—Sé qué clase de incidente es. Me dijeron que pertenece usted a la Brigada de Homicidios. Necesitan todo un departamento allá en Long Island sólo para homicidios, ¿eh?

—Sí. La víctima es el ex marido de Bonnie. Le dispararon con un 22. El asesino era un buen tirador. Me gustaría descartar a Bonnie.

—¿Qué me está preguntando?

—Le estoy preguntando si ella sabía disparar un 22.

—No lo sé.

—Suponga.

—Supongo que una chica como Bonnie, una chica sana, cuya familia poseía una tienda de deportes y cuyo padre era probablemente el mejor tirador de Ogden... Yo solía ir con él y un par de amigos a Wyoming a cazar alces. Es posible que él o uno de sus hermanos le enseñara a disparar un 22.

—Gracias.

—Esperaba que le dijera que no podría haberlo hecho, ¿verdad?

—No me habría sorprendido si lo hubiera hecho.

—Bien, no lo diré. Ella se marchó de Ogden. Se fue a Hollywood, luego a Nueva York. No puedo garantizar nada en esas condiciones, ¿verdad?

—Verdad.

—Pero entre usted y yo, detective Brady. Usted puede ser de Nuevaaa York y creer que es muy listo al decir que está intentando descartar a Bonnie Bernstein. Me parece que se le ha metido en la cabeza que ella mató a su ex marido. Con prejuicios maliciosos. Tal vez —inspiró lenta y largamente—, pero si la chica de la que sospecha sigue pareciéndose a la hermosa y sonriente muchacha del grupo de Eddie, ¿sabe lo que creo? Creo que tiene usted una teoría de mierda. ¿Me comprende? Creo que está meando contra el viento.

Robby Kurz hizo su apuesta:

—El gordo Mikey LoTriglio. Vale, nunca lo han condenado por nada, pero su nombre ha estado relacionado con dos asesinatos de la Mafia. Todo lo que tiene que hacer es levantar el dedo, y alguien

muere.

—Ni hablar —dije yo—. Bonnie Spencer. Motivo. Oportunidad.

Ray Carbone añadió sus veinte a los nuestros.

—¿Quién queda? ¿Lindsay Keefe? Muy bien. Puede que se sintiera acorralada, con su trabajo y su reputación en juego. Y probablemente tiene una laguna de superego. Parecerá demasiado una película si lo hizo ella, pero me mantengo en mis trece de todas formas.

Charlie Sánchez estaba a punto de jubilarse y ya no le importaba nada lo suficientemente para unirse a la apuesta. Anotó nuestros vaticinios, dobló el dinero y se lo metió en el bolsillo de su amado chaleco de ante.

La sala de interrogatorios en la que estábamos era algo mejor que una bombilla pelada y una silla, pero no ganaría ningún premio a la excelencia de su diseño. La propia central había sido originalmente una agencia de servicios sociales del condado; el edificio se alzaba, desvergonzadamente feo, en el corazón de los suaves campos verdes y marrones de Yaphank. Su interior, estaba lleno de losas grises de asfalto y muebles de plástico naranjas, sólo para recordar a los mansos que mientras estuvieran en cola para heredar la tierra, sus vidas eran una mierda y probablemente continuarían siéndolo.

Cuatro de nosotros estábamos sentados alrededor de la mesa de madera falsa. Charlie, que llevaba veinte años en el departamento y al que faltaban semanas para convertirse en jefe de seguridad de un centro comercial en Bay Shore, acarició el chaleco que su amante le había regalado cuando cumplió cuarenta y dos años. Lo llevaba siempre puesto, incluso con cuarenta grados. Amaba tanto el chaleco como a su amante (su esposa le había regalado un quitanieves por su cumpleaños, probablemente en respuesta al afilador de lápices eléctrico que él le regaló por el suyo).

—Tenemos una situación donde faltan mil pavos —empezó a decir Charlie. Había estado investigando a Sy—. Esto es lo que he averiguado. A las ocho y catorce minutos del viernes por la mañana, Sy estaba en el cajero automático del Marine Midland Bank en Southampton.

—Su secretaria en Nueva York dice que le dijo que sacaría dinero para su viaje a Los Ángeles —añadió Ray.

Charlie continuó:

—Sy tenía una de esas tarjetas de cliente especial, así que podía retirar hasta mil dólares. Bueno, eso es lo que sacó. ¿Encontró alguno de vosotros mil pavos?

Robby sacudió la cabeza.

—No. Había —Robby comprobó su libreta— ciento cuarenta y siete dólares en su cartera.

Cerré los ojos, me concentré.

—¡Eh! ¡Un momento! —dije—. Escuchad esto. Sy fue al banco a las ocho y catorce. Llegó al plató en East Hampton a las nueve menos veinticinco, nueve menos veinte, que es aproximadamente lo que se tarda en llegar de Southampton a East Hampton sin hacer ninguna parada. Cuando llegó allí, se quedó en su tráiler, hablando con gente. ¿De acuerdo? Ese Gregory estuvo por allí cerca, y hablamos con todas las otras personas que hablaron con Sy. ¿Dijo alguien algo de dinero cambiando de manos? No. La gente con la que estuvo eran principalmente técnicos: un tipo de efectos especiales que estaba preparando un incendio y algunos disparos, Nick Monteleone y su maquilladora. Pasó unos cuantos minutos con Lindsay, pero a ella le estaban ajustando un vestido, así que una sastra y la diseñadora de vestuario estuvieron presentes todo el rato. No habló con representantes de los sindicatos, polis locales ni políticos, gente a la que podía comprar. ¿Me seguís? —Robby y Ray asintieron. Charlie acarició su chaleco un poco más—. Bien, suponiendo que no le diera a escondidas a nadie un montón de pasta, dejó el plató a eso de las once y cuarto con mil pavos en el bolsillo. Esta vez no se detuvo en casa de Bonnie. En cambio, parece que fue directamente a casa; llegó a las doce menos diez. Tenemos el testimonio de la cocinera sobre eso, porque pidió una ensalada verde y pan para almorzar, en cuanto fuera posible.

—¿Eso es un almuerzo? —Charlie sacudió la cabeza— ¿Podéis creerlo? Un tipo tiene una cocinera para él solo y dice «hazme una ensalada». Maricas de Nueva York, lo juro por Cristo. Me ponen enfermo.

—¿A dónde nos lleva todo esto, Steve? —preguntó Ray.

—Nos lleva a que después de llegar a casa, Sy vio a una persona, aparte de la cocinera: la persona a la que parece haberse tirado en la habitación de invitados. Bien, había pelo parecido al de Bonnie Spencer en la almohada..., cierto, tenemos que esperar hasta que el laboratorio termine el análisis del ADN, pero apuesto lo que queráis a que es de ella.

—¿Por qué estás obsesionado con ella? —preguntó Ray.

—Porque éste es un asesinato inteligente, y ella es muy inteligente. Porque él la utilizó, dos veces, y no creo que sea el tipo de tía que tolera tres golpes. Creo que es dura. Y porque me ha estado ocultando algo desde el momento en que me abrió la puerta el sábado por la mañana. Y porque estuvo allí, en su casa, el viernes. Motivo y oportunidad, Ray.

—¿Sabes qué es lo que no me entra en la cabeza? Estaba engañando a Lindsay Keefe con su ex esposa —dijo Charlie—. ¿Qué era?, ¿un loco?

—No perdáis de vista los mil pavos que faltan —les recordé—.

Preguntaos dónde estaba la cartera que encontramos y que contenía dinero.

—En el bolsillo interior de su chaqueta —dijo Ray.

—¿Dónde?

—En el dormitorio que compartía con Lindsay, en una percha ante la puerta del armario. Su equipaje estaba preparado, una bolsa de viaje, un envoltorio de cuero con un par de guiones.

—Eso es —dije—. Pero los bolsillos del pantalón que llevaba puesto ese día estaban vacíos a excepción de un poco de cambio y las llaves del coche, y esos pantalones estaban en la habitación de invitados. Creo que hizo la maleta, vio que tenía una hora o así, decidió que quería echar un polvo y llamó a Bonnie. La metió en la casa sin que la viera la cocinera, la llevó arriba, a la habitación de invitados. Dejó los pantalones en una silla, se la tiró, y luego...

—¿Luego qué? —preguntó Ray—. Esta es la primera especulación seria que oigo sobre esa persona, aparte del hecho de que era su ex esposa y vivía cerca. ¿Qué crees que sucedió?

—¿Mi mejor suposición? Tuvieron unas palabras. El le dijo que se vistiera y se largara. O no tuvo que decirlo; ella se dio cuenta sola. Lo que fuera. Pero él agarró una bata y la dejó allí para darse un baño rápido antes de coger el avión. En cualquier caso, ella siente que ha sido utilizada. Registra sus pantalones, se lleva los mil dólares.

—¿Y entonces sale, encuentra un 22 y le dispara? —preguntó Charlie— ¿Una escritora es capaz de hacer dos dianas perfectas a quince metros?

—¿Podrías hacerlo tú, Charlie, si tuvieras el rifle?

—¿A quince metros? ¿Por qué no?

—Sí, bien, ¿y por qué no ella también? —dije. Le conté lo que había aprendido en el inventario sobre los Bernstein según lo mejor de Ogden.

—Bueno, no me trago a Bonnie como sospechosa seria —dijo Robby. Se movió, y sus pantalones de rayón rozaron el plástico de la silla y emitieron un sonido parecido al de un pedo—. Aunque tenga el pelo largo y oscuro, aunque estuviera durmiendo con él, aunque pueda disparar así de bien, cosa que dudo seriamente, ¿por qué iba a matarlo?

—Montones de razones. —Empezaba a gustarme esto, la explicación, la persuasión, la idea de que las cosas encajaban. Pero, sobre todo, me gustaba la idea de que no tenía ningún problema en abrir un caso contra Bonnie, que finalmente, en lo referido a ella, mi cabeza era más dura que mi polla—. Primero, ella está viviendo con lo puesto —expliqué—. Salió perjudicada en el divorcio. Ha echado un vistazo al estilo de vida de Sy, ha visto cómo ha renunciado al número de humilde Spencer el granjero que ofrecía cuando estaba casado con

ella, los monos vaqueros y las mazorcas de maíz. Ahora está viviendo como un multimillonario, lo que es. Ella ve el lujo de su vida, la compara con su realidad económica. Probablemente ya le ha dicho lo mal que le van las cosas, le ha pedido ayuda. Y la espera, probablemente a cambio de un par de chupadas todos los días de la semana pasada. Pero él dice que no.

—¿Por qué no insistió ella? —preguntó Ray—. ¿Porqué no se aprovechó de su piedad? ¿O le hizo sentirse culpable?

—Tal vez ya le había ofrecido todo lo que tenía..., que no es gran cosa. Folla y es simpática. ¿Qué más tiene que ofrecer alguien como ella? Y en cualquier caso, no era sólo dinero. Puede que estuviera enamorada de él y realmente creyera que podía recuperarlo. Pero no importa lo que quisiera de él, Sy dijo que ni hablar.

—¿El la rechaza y entonces ella lo mata? —preguntó Robby. No parecía convencido, pero, claro, había apostado sus veinte a Mikey LoTriglio.

Presioné un poco más.

—Todo lo que ha estado haciendo es cubrirse, mintiéndonos. ¿Por qué? ¿Para que no pensemos que es una golfa que deja que los hombres metan su cosita en su coño? No. Porque tiene algo importante que ocultar. Un asesinato.

Robby reflexionó durante un minuto.

—¿Pero por qué iba a dispararle? —preguntó entonces—. ¿Por venganza?

—Por venganza. Más desesperación, más avaricia.

—¿De dónde saca el 22? —preguntó Charlie.

—Vive sola. Probablemente lo tiene desde hace años, un regalo de papá Bernstein. Puede que intuyera que iba a ser la última follada y se lo llevara en el coche. O tal vez se marchó, fue a casa, lo cogió y volvió. Vamos, tíos. Sy llevaba puestos los pantalones en el plato, así que nadie le quitó los mil dólares allí. Luego vuelve a casa, se tira a la morena todavía desconocida que sabemos que tiene que ser Bonnie, se va a nadar y bang. Es historia..., y el dinero también.

—Aunque ella estuviera allí, podría haber sido otra persona la que le disparó —dijo Carbone.

—Podría haber sido. ¿Pero quién? ¿Por qué? Ya sabemos de Bonnie.

—¿Entonces lo mató por mil pavos? —preguntó Robby—. Tengo que decirte, Steve, que eso no encaja. No con la forma en que la describes. No parece una mala persona. A excepción del folleteo, y qué demonios, está sola.

—¿Pero por qué esta sola? —Naturalmente, no miré a Ray Carbone, aunque actuaba para él, intentando conseguir su voto de psicólogo—. Haceos la pregunta vosotros mismos, ¿qué tipo de mujer

soltera se queda en un pueblo donde no tiene raíces, un pueblo que está desierto las tres cuartas partes del año a excepción de lugareños como yo y algunos comerciantes de antigüedades que hablan de cosas como la ruda belleza del mar en invierno y mierdas como ésa? ¿Cómo es que no vendió la casa, que podía conseguirle una buena pasta tal como están las especulaciones inmobiliarias, y se trasladó a Manhattan para conseguir un trabajo decente?

Charlie se frotó la barbilla, Robby pareció medianamente intrigado y Ray se inclinó hacia delante.

—Os diré por qué no. Es una perdedora, y lo sabe. Tuvo un minuto de éxito que podría haber sido una casualidad, y en ese minuto encuentra a Sy. ¿Sabéis lo que le dijo ese matrimonio? Le dijo: «Bonnie, nena, eres magnífica.» Pero entonces él se aburre y se larga. Ella se queda en esa casa aislada porque sabe que, si se mudara a la ciudad, no tendría ninguna excusa para ser una perdedora. Así vive con lo puesto..., pero puede mantener altas sus ilusiones. Piensa que Sy volverá algún día. Que uno de sus horrendos guiones se convertirá en una película. Que vale algo. ¿Y entonces qué pasa?

A pesar de que Mikey LoTriglio debía aparecer de un momento a otro con su abogado, Robby estaba picado.

—¿Qué pasa? —dijo, como si esperara el final de una historia para dormir.

Le di todo lo que tenía: sabía que sería un logro importante tener a Robby de mi lado, no lanzado contra la Mafia.

—Sy empieza a acostarse otra vez con Bonnie, le da esperanzas. De pronto ella piensa: «Soy magnífica. Puedo tener una vida. Recuperaré a mi ex marido y viviré en Nueva York, en la Quinta Avenida, y en una mansión de siete millones de dólares junto a la playa.» Y debió de empezar a compartir su sueño con Sy, porque de repente él la despide. Tal vez amablemente. O tal vez le dice simplemente la verdad: «Bonnie, nena, estaba jodido con Lindsay y me apetecía una follada salvaje, y tú estabas disponible. No significa nada.»

Ray estaba rompiendo en blancos trocitos su taza de plástico.

—Muy bien. Su rechazo pudo herirla. Destrozarla. ¿Pero la sacaría de sus casillas?

—Sí, porque esta vez él no la dejó con ilusiones. No la quería. No quería su guión. No lo olvidéis, él la humilló, la trató como a una puta de tres al cuarto cuando fue a visitarlo al plato. Y no valoró lo suficiente los viejos tiempos para ayudarla a salir de una situación financiera desesperada. Mirad, dos cosas: él la utilizó una vez, para poner el pie en la puerta del mundo del cine, y la utilizó otra vez, para desfogarse cuando se cabreó con Lindsay. Y ahora fue «adiós, querida, me voy a Los Ángeles». Os digo que salió de esa habitación de invitados dejándola sin nada.

—Es sólo una teoría —murmuró Robby. Pero parecía a punto de convencerse.

Como Ray.

—Muy bien, Steve y Robby, mantened abiertas vuestras otras opciones, pero seguid a esta Bonnie —dijo—. Parece que necesita un poco de atención extra.

El gordo Mikey LoTriglio parecía una versión siciliana de Humpty-Dumpty. No tenía cuello; su corbata de seda, de un azul oscuro peligrosamente cercano al púrpura, parecía suspendida de una de las papadas que reposaban sobre su pecho.

—Crecí con Sy —nos explicaba a Robby y a mí—. Era como un hermano. Déjenme que les diga una cosa, cuando encuentren al tipo que lo hizo, llámenme. Díganme: «Eh, Mikey, encontramos al tipo que se cargó a Sy», y juro por Dios que...

—En el momento en que el señor Spencer fue asesinado —interrumpió el abogado del gordo Mikey—, el señor LoTriglio celebraba un cóctel con varios asociados, quienes, naturalmente, pueden confirmar su paradero. —El abogado, un tipo de aproximadamente mi edad, llevaba gafitas redondas con marco de alambre, como esperando que alguien supusiera que no parecía el abogado mafioso en que se había convertido, que todavía se parecía a John Lennon.

—Eh. —Mikey se volvió hacia el abogado—. Yo no celebro cócteles, ¿vale? Tomo copas. —Nos miró y explicó—: Este abogado es nuevo. El viejo, Terry Connely, ¿han tratado alguna vez con él?, tuvo un infarto. Lo llevaron a un hospital de Rhode Island; pobre vegetal. Triste, muy triste. Y ahora este jodido asesinato... —Sacudió la cabeza, incrédulo—. Es una puñalada en el corazón, Sy muerto.

—¿Qué va a pasar con su inversión en *Noche estrellada*? —pregunté.

—La participación del señor LoTriglio en esa empresa no ha sido establecida —dijo el abogado.

—Sabemos que Mikey invirtió cuatrocientos mil dólares en la película e hizo que su cuñado y un tío pusieran otros seiscientos mil —dijo Robby, pero razonablemente, sin su habitual tono vengativo «voy a verte arder.» En algún momento después de que Ray y Charlie salieran de la sala de interrogatorios y antes de que entraran Mikey y su abogado, Robby había optado por culpar a Bonnie Spencer. Sonreí para mí. Me sentía realmente feliz. Me había ganado a Robby. Podía hacerme a un lado; ella era ahora su chica, y haría cualquier cosa por atraparla.

—¿Cómo iba su inversión, Mikey? —pregunté.

Mikey agitó los ojos con expresión de ingenuidad.

—¿Qué sé yo de producir películas?

—Algo debe de saber si acumuló un millón de pavos.

—Eh, mi amigo Sy me pide que ponga dinero, y yo lo hago.

—Los contables del señor LoTriglio se sintieron impresionados por el historial de éxitos del señor Spencer —dijo el abogado suavemente—. Pensaron que *Noche estrellada* era una inversión excelente..., aunque toda inversión en el cine entraña cierto grado de riesgo, de lo que eran plenamente conscientes.

—¿Le hizo saber Sy cómo iba la película? —pregunté. El gordo Mikey sacudió la cabeza; su papada se bamboleó—. Un millón de pavos, Mikey. ¿No sentía curiosidad?

—No. ¿Qué me importa? Sy dijo que iba a ser una ganadora en los Oscars. Me dijo: «Mikey, mantén limpio el esmoquin durante un año a partir de marzo.» Eso es todo lo que necesitaba saber.

—¿No oyó nada sobre problemas con la película?

Mikey sonrió. Bueno, las comisuras de sus labios se volvieron hacia arriba. Cruzó los brazos y los apoyó sobre su panza.

—¿Qué problemas?

—Problemas como que la película parecía una auténtica mierda.

—No joda. No he oído nada de eso.

—Problemas como que la única forma de salvarla era deshacerse de Lindsay Keefe, lo que habría hundido a los productores, es decir a usted, unos millones más antes de empezar de nuevo.

—Chorradas —dijo Mikey.

—Habló mucho por teléfono con Sy la semana pasada. ¿De qué hablaron? —inquirió Robby.

Mikey miró a su abogado, que parecía perdido en el asombro, contemplando los cordones de sus zapatos.

—¡Eres de Harvard! —gritó—. Reacciona. Mi memoria no es muy buena. Necesito que me recuerden las cosas. Tal vez te lo mencioné. ¿De qué hablé con Sy la semana pasada? Creo que es posible que Sy y yo habláramos por teléfono un par de veces, pero por mi vida que no recuerdo lo que dijimos.

—Creo que mencionó usted que tuvo una conversación de carácter general con el señor Spencer. Hola, cómo estás, cómo van las cosas..., y él le aseguró que todo iba bien.

—Eso es —dijo Mikey. Giró la cabeza y miró a Robby directamente a los ojos—. Todo iba bien. Y entonces... una jodida bala. Dos jodidas balas. Les digo que una parte de mí murió cuando se fue Sy. Éramos como uña y carne. Cuando éramos críos seguíamos a su padre y al mío por una de las plantas procesadores, y mientras ellos hablaban de la mierda barata que podían meter en un salami, Sy y yo hablábamos de... la vida.

—¿La vida? —repetí.

—Sí. La vida. Como filosofía. Ahora lo recuerdo. Hablamos de filosofía por teléfono la semana pasada. —Su abogado puso una mano constrictora sobre el grueso muslo de Mikey, tan parecido a una salchicha, pero Mikey no lo sintió o decidió ignorarlo—. Allí estábamos, dos hombres de negocios, pero éramos tan buenos amigos que no hablábamos de negocios. Hablábamos... ¡de Platón!

—¿Dónde estaba el viernes por la noche, Mikey? —preguntó Robby.

—¿Quiere decir cuál es mi coartada?

—El señor LoTriglio estaba en Rosie's, un bar en el distrito de la carne —dijo el abogado—. Es muy conocido allí. Muchas personas lo vieron, y varias conversaron con él.

—¿Sobre Platón? —pregunté yo.

—No, estúpido gilipollas —respondió Mikey—. Hablamos de las jodidas salchichas.

Uno de los tipos con los que a veces corría, T. J., un maratonista, era dueño de un par de tiendas de video en South Fork. Estaba enamorado de mi Jaguar, así que hice un trato con él. Cada vez que no quería llamar la atención, podía coger uno de sus coches de hombre casado (su Honda Accord o su Plymouth Voyager) y dejar mi coche en su garaje. Poco después de las cuatro de la tarde, aparqué el Voyager frente a la casa de Bonnie y esperé.

Las vigilancias siempre me han resultado cómodas. Me llevaba una botella de refresco, un termo de café y una jarra para orinar, me acomodaba en el asiento y entraba en una especie de estado crepuscular. Era como estar dormido con los ojos abiertos; podía mantener la vigilancia, pero mi mente estaba en algún otro lugar, y yo era totalmente inconsciente del paso del tiempo. Sabía que había pasado sentado una noche entera cuando el cielo se volvía rojo al amanecer.

Pero ahora me sentía ansioso, miraba mi reloj cada par de minutos, como para animarlo, deseando haberme parado en el bar de la carretera para tomar un helado porque sentía que necesitaba una dosis de chocolate. Estaba molesto conmigo mismo porque no había enviado a uno de los muchachos más jóvenes a hacer este trabajo. Pero, finalmente, no fue una espera muy larga.

Ella salió a las cinco, vestida para correr. Lo extraño es que iba vestida exactamente igual que yo cuando me vestía para correr. Pantalones cortos y una camiseta, calcetines de algodón, una liviana sudadera atada alrededor de la cintura, por si hacía frío cerca del mar. Llevaba una pelota roja; Alce ladraba de alegría a su lado. Me agaché en el asiento. Ella se apoyó en el buzón de correos, distendió los músculos de sus pantorrillas y luego sus muslos. ¡Qué par de piernas!

Parecía que fuera capitana del equipo femenino de fútbol desde el jardín de infancia. Alce y ella empezaron a trotar, y ganaron más velocidad cuando doblaron la esquina y se encaminaron hacia la playa.

«Dios —pensé mientras desaparecía—, desde luego me encanta esa perra.» Tal vez porque era negra, me recordaba a una labrador que teníamos en la granja cuando yo era pequeño, Inky, una perra tonta y amistosa que nos trataba a Easton y a mí como si fuéramos sus cachorros, viéndonos jugar, ladrando si nos íbamos demasiado lejos, gruñendo a cualquiera que viniera a la casa y se acercara a nosotros.

Me puse un par de finos guantes de goma que usábamos para trabajar, desconecté mi busca y comprobé la zona. Despejado. Crucé la calle, estudiando la casa. Probablemente podría entrar a través de una ventana del sótano; aunque tuviera que romper un cristal, ella no lo notaría durante varios días. O tal vez podría forzar la puerta trasera.

Pero, como sospechaba, nada de eso fue necesario. Bonnie no había cerrado con llave la puerta principal.

Aunque corriera como el diablo y lanzara la pelota sólo una vez en la playa, tenía mis buenos veinte minutos por delante. Pero me dediqué primero a la planta superior, por si la oía y tenía que salir por la puerta trasera.

¡Bingo! Ella usaba uno de los dormitorios como oficina, y allí, bajo un gran póster enmarcado de *La vaquera*, junto a un ordenador medio cubierto de notas pegadas, en un revuelto clasificador marcado «Pendiente» había una fotocopia de una oferta de venta de la casa. Estaba fechada el cuatro de agosto, así que había decidido ponerla en el mercado cuando todavía había veraneantes, para que pudieran venir a verla y dijeran: «¡Oh, Ian, las vigas descubiertas!» ¿Se había enredado ya con Sy? ¿Vendía la casa porque soñaba ya con una gran casa junto al océano, una sala de proyecciones, cuentas de gastos, un anillo de bodas? ¿O la propuesta de venta era anterior a Sy? ¿Estaba con la soga al cuello? Anoté el número del corredor.

Tenía que trabajar rápido... y limpio. La limpieza no fue gran problema ya que la colección de los papeles de Bonnie era poco menos que caótica. Sin embargo, esto no era exactamente lo que podríamos llamar un registro legal, así que no podía arriesgarme a dejar huellas.

Registré también su dormitorio, y descubrí, principalmente, que mantenía ocupada a la biblioteca local, que aunque su colección de sujetadores no era lo que uno podría esperar de una zorra, utilitarios y sosos, sus bragas eran otro asunto: pequeños bikinis de hilo, negros, rojos. Empecé a imaginármela, pero me interrumpí. Tiempo. Además, había algo en aquello de estar en su dormitorio, en su paz, con sus cortinas atadas por encajes negros, su sencilla cama y su anticuada cómoda con una muñeca blanca encima, que me inquietaba. Quería

salir de allí. Casi había atravesado la puerta, camino de la planta baja, cuando me volví para comprobar su armario.

¡Bingo otra vez! Dentro de una bota (uno de esos lugares donde las mujeres ocultan invariablemente sus cosas de valor), lo encontré: un fajo de billetes enrollados con una goma elástica. Ochocientos ochenta dólares. Más de lo que tenía en su libreta de ahorros. Mucha pasta para una chica pobre como Bonnie.

Cambio de mil.

9

¿Qué era tan terrible? El sexo, incluso con una mujer tan fabulosa como Lynne, puede convertirse en rutina. Así que ya sabes: superpones otra mujer sobre tu querida amada y de repente un polvo rápido y predecible se convierte en la «corrida que sacudió al mundo.» Puede suceder, sobre todo si uno siempre ha tenido tendencia a desviarse un poco. ¿Es eso tan malo? No hay ninguna traición. Nadie resulta herido.

Pero no se trataba sólo de una breve fantasía nocturna. Mi vida entera, no sólo el caso, empezaba a enfocarse sobre Bonnie. Cuando fui al banco a hablar con Rochelle, me detuve en la caja para conseguir un par de rollos con monedas de cuarto de dólar. Más de un par; suficientes para cubrir todas las cabinas de South Park. Y así, una o dos veces (está bien, tres o cuatro veces) al día, perdía una moneda sólo para escuchar a Bonnie decir «Diga». Una vez, cuando oí la tensión en su garganta (ella debía de saber que colgaría una vez más, ¿porque quién demonios la llamaría si no?), me quedé junto a la cabina ante la oficina de correos de South Hampton con un nudo terrible en la garganta; quería gritar por ella.

Tal vez estaba tan abrumado por la piedad porque una hora antes había estado examinando todo lo que habíamos descubierto sobre ella, y había descubierto en el impreso de Motor Vehicles que además de tener un metro ochenta de estatura, que no es precisamente una medida femenina, tenía cuarenta y cinco años. ¡Cuarenta y cinco años! Hice las cuentas tres veces. No podía creerlo. ¿Pero qué clase de sentido me hacía sentirme atragantado de piedad por una perdedora

de mediana edad si yo era el gilipollas que permanecía de pie bajo la lluvia, rezando para que me dijera otra vez «Diga» antes de que colgara el teléfono?

«Escucha —me dije—, esto es definitivamente uno de esos casos de obsesión sexual.» Pero, en vez de ignorarlo o de luchar contra aquello, seguí pidiendo coches prestados a T. J., para que Bonnie no pudiera identificar mi Jaguar. Me acercaba a su casa camino del trabajo y al volver a casa. A veces en plena jornada laboral. Todo lo que tenía que hacer era localizar una sombra al pasar junto a una ventana, o captar el aleteo de una cortina blanca, y me sentía tocado por la gracia de Dios. Una vez vi que Alce estaba tendida en el césped, haciéndole la manicura a su pata delantera con su gran lengua rosa, y sentí un mareante arrebato de alegría.

Y cuando registré su casa, miré en su garaje justo antes de marcharme y vi un viejo Jeep Wrangler. Me sentí increíble y estúpidamente feliz porque Bonnie conducía un vehículo recreativo de tracción en las cuatro ruedas.

Pero sentí el mismo grado de alegría cuando encontré el dinero en su bota. «¡Fantástico! —pensé—. Ya he atrapado a esa zorra.»

Así que cuando Carbone y el teniente, un tipo llamado Jack Byrne, que era tan tímido o tan raro que susurraba en vez de hablar, me llamaron y me dijeron: «Escucha, hay un par de personas a quienes tienes que ver en la ciudad. La primera esposa y el abogado divorcista de Sy. Tendrás que ir tú, no Robby. Necesitamos alguien con un poco de delicadeza...» Bueno, debería de haberme sentido aliviado. Aquí estaba: una oportunidad de salir de South Fork, desprenderme de la fijación, detener la manía de Bonnie, cortar la mierda.

Excepto que, mientras conducía hacia el oeste por la autopista de Long Island, sólo podía pensar en su pelo oscuro, brillante, dulce. Quería apartárselo de la frente, jugar con él, liarlo en mi dedo después de hacerle el amor. Pero también quería meterlo dentro de un pequeño sobre de plástico: Muestra Gubernamental D.

Maldición, quería coger la minifurgoneta de T. J., aparcar calle abajo y vigilar su casa todo el día, para verla. No quería trabajar. Y definitivamente no quería ir a Manhattan.

Imaginen una caricatura de una WASP rica, petulante y estirada. Así era Felice Tompkins Spencer Vanderventer, pero en tres dimensiones. Sí, había oído que su primer marido había sido asesinado. «Lo siento.»

No «Lo siento muchísimo» o «Lo siento de veras»; no parpadeó. Todo en Felice era austero, desde su cara (que era muy larga y rectangular, como una caja de regalo para una botella de licor, excepto que en vez de llevar lazo se había recogido el pelo marrón

grisáceo en forma de ocho y lo había sujetado mediante un par de pinzas) hasta su vestido, que parecía hecho con un kleenex marrón en forma de homúnculo sujetado por un estrecho cinturón marrón.

Tenía la edad de Sy, cincuenta y tres. Tal vez cuando tenían veintiuno parecieran una pareja, pero ahora, si él estuviera vivo y hubieran seguido casados, ella habría tenido que dar explicaciones embarazosas a su hijo: se habían separado no sólo en mundos diferentes, sino en generaciones distintas.

Como Felice, el salón de su apartamento de Park Avenue estaba pasado de moda. Pero no era austero. Para empezar, era tan grande que se podía jugar al baloncesto allí dentro, aunque te romperías el cuello porque estaba abarrotado de cosas. Parecía como si alguien hubiera comprado el inventario completo de una tienda especializada en antigüedades feas y oscuras. No había nada del confort ajado y tranquilo que da el dinero viejo como en la casa de Germy, sólo un montón de muebles pesados y recargados con patas en forma de garra. Habrían hecho falta cinco hombres sólo para levantar una de sus horribles sillas de madera tallada. Los cuadros eran también pesados, óleos de frutas y jarras y conejos muertos con marcos dorados.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con el señor Spencer? —Mi zapato izquierdo chirriaba cada vez que cambiaba el peso de mi cuerpo. No me había pedido que me sentara.

—Hace unos diez años. —Incluso con la iluminación de las primeras horas de la tarde, la habitación era tan oscura que resultaba difícil distinguir sus rasgos, con la excepción de sus dientes. Eran el doble del tamaño normal humano; parecía que hubiera recibido un transplante de una liebre bien criada. Felice era tan agresivamente poco atractiva que, considerando lo que la rodeaba, sabías que era ella, y no el señor Spencer o el señor Vanderventer, la dueña y responsable de los techos de cuatro metros y todo lo que había bajo ellos.

—¿Llegó a conocer o habló alguna vez con su segunda esposa, Bonnie Spencer?

—Los vi juntos una vez, delante del Carnegie Hall. Sy nos presentó. —Ante la ventana de Felice, el único punto brillante de la habitación, Park Avenue se estilaba como un campo de desfiles para ricos. La isla en mitad de la calle ostentaba grandes parterres de flores brillantes como el oro; relucían como pilas de dinero. Tras el tráfico, en la acera, porteros maduros abrían las puertas de las limusinas y ayudaban a salir a los ricos, necesitasen o no ayuda.

—Durante el tiempo que conoció usted a Sy, ¿mencionó alguna vez a un hombre llamado Mikey LoTriglio?

—Eso creo.

—¿Qué le dijo sobre él?

—No sé. Algo de que sus padres estaban juntos en el negocio de la carne. —Dijo «negocio de la carne» con disgusto, como si Sy hubiera vendido rebajas de carroña—. Nunca presté atención a ese aspecto de su vida.

Le di otros cinco minutos, pero todo lo que pude conseguir fue saber que Felice se había casado con Sy porque podía citar todas las *Intimaciones de la inmortalidad en los recuerdos de la primera infancia* de Wordsworth. Se divorció de él porque finalmente descubrió que estaba más interesado en hacer «avances sociales» que en la poesía. Y, sí, ya que lo había preguntado (su labio superior se arrugó, cubriendo aproximadamente la mitad de sus gigantescos dientes), porque descubrió que la engañaba. ¿Con quién? Con su prima hermana Claudia Giddings, una de las directoras de la Filarmónica de Nueva York. El le dijo que estaba enamorado de Claudia, que quería casarse con ella, pero por supuesto no lo hizo nunca.

El viaje a Manhattan parecía una pérdida de tiempo. ¿Qué había conseguido? Confirmación de que Sy no podía tener los pantalones puestos, especialmente cuando había alguien follable que pudiera impulsar su estatus o su carrera. Y que Germy tenía razón en lo del dinero: Sy era un camaleón. Un refinado recitador de versos para Felice. Un ser humano preocupado y apegado a la tierra para Bonnie. Un frío y poderoso magnate para Lindsay. Y no sólo con las mujeres: de algún modo, se convertía en cuanto quisieran que fuera. Un distante dios del cine para Gregory J. Canfield. Un amable productor-amigo para Nicholas Monteleone. Un hermano de sangre para Mikey. Un salvador para Easton.

Recorrí Park Avenue para estirar las piernas y hacer que mis zapatos dejaran de chirriar, veinticinco manzanas desde el marrón edificio-fortaleza de apartamentos de Felice hasta un plateado edificio de oficinas de cristal y granito. La naturaleza había renunciado a esta parte de Manhattan y se escondía en Central Park. En Park Avenue sólo había flores doradas demasiado perfectas y una fina franja de cielo cubierto. Dios, odiaba Nueva York.

Bueno, tal vez no era odio. Cuando era niño fui de excursión con la clase a lo alto del Empire State Building y a ver el árbol de Navidad del Rockefeller Center, dejé escapar un «¡Oooh!» de sincero deleite. Pero después de eso nunca pude decidir qué hacer en la ciudad, a pesar de que siempre sentía que debería hacer algo, como aprovecharme de la cultura. Una vez estuve en la Central de Policía de Nueva York con un caso e hice un par de transbordos de metro y acabé en el Museo de Arte Metropolitano. Pero era tan grande. Tuve que mostrar mi pistola a Seguridad. El encargado me trató con una mezcla de recelo y desdén, como si yo fuera un fanático religioso dispuesto a arrancar a tiros las pollas de las estatuas griegas.

Finalmente, me encontré en una sala llena de momias egipcias, y cuando pregunté dónde estaban las pinturas, un guarda, a quien de hecho había sonreído porque me pareció un Dave Winfield mayor, me dijo: «¿Pinturas? ¿Se refiere usted a los cuadros?» Ahí se acabó la cultura.

Y caminando por las calles, o no veía más que a los sin hogar, putas enfermas y traficantes de droga o (hoy, mientras empujaba la pesada puerta del edificio de oficinas) a pijos estilo Sy diciéndose, roncamente, «Hola» unos a otros. Siempre me sentía como una mierda. Bien vestido y sin sitio a donde ir. Y no importaba qué chaqueta me pusiera en Bridgehampton, cuando iba a Manhattan las mangas siempre me quedaban demasiado cortas.

Las mangas del caballero Jonathan Tullius tenían, por supuesto, la longitud adecuada. Había sido el abogado divorcista de Sy, las dos veces. Parecía que los negocios le iban bien. Su oficina, llena de muebles de cuero de aspecto suave, olía como el interior de un club caro.

—Siéntese, detective Brady. —Poseía una voz profunda y melódica y el pecho hinchado de un cantante de ópera—. Llamé a su oficina inmediatamente después de enterarme del asesinato, y hablé con el sargento Carbone. Y ahora veo que hice bien. Deben de sentir ustedes algún interés en Bonnie Spencer, ya que, de hecho, responden a mi llamada. —Estaba loco por oír el sonido de su propia voz—. Para ir al grano, detective Brady: el sargento Carbone estuvo de acuerdo en que esta conversación sería estrictamente confidencial y se revelaría sólo si era estrictamente necesario.

—Bien.

—Verá, en primer lugar la relación abogado-cliente sobrevive a la muerte.

—Sí.

—Por tanto, yo no debería estar hablando con usted. —Giró en el trono de su silla de cuero y luego apoyó los codos sobre la mesa—. Por otro lado, Sy era un buen amigo, además de cliente. Me llamó el jueves pasado. El día antes de que lo mataran. Estaba muy, muy preocupado. —Tullius tenía una de esas caras blandas, hinchadas, satisfechas de sí mismas que se ven en las convenciones republicanas.

—¿Por qué estaba preocupado, señor Tullius?

—Dinero. —Esperé—. Y su antigua esposa, Bonnie Spencer.

«¡Oh, mierda!», pensé.

—¿Le estaba pidiendo dinero?

—No. Pero a Sy le preocupaba que lo hiciera. Verá, se la encontró en los Hamptons. Ella vive allí todo el año. Se quedó con su casa de verano. El no tuvo ninguna relación con ella después del divorcio, pero entonces le mandó una nota sobre un guión que había escrito...

—Hizo una pausa—. Sabe usted que ella fue guionista.

—Sí —le dije—. Soy el experto en Bonnie Spencer de la brigada.

—Tuvieron una o dos conversaciones telefónicas al respecto. El intentaba ser amable y animarla. Y entonces pasó allí casi el verano entero, filmando *Noche estrellada.* Bueno, por impulso, se pasó por su casa. Una cosa llevó a la otra. —El abogado se aclaró la garganta.

—Congreso sexual —sugerí.

—Sí. El me llamó para decírmelo. Al parecer, ella está en una mala situación económica, y a Sy, *post hoc ergo propter hoc*, le preocupaba que intentara ponerle un pleito para conseguir una pensión porque habían reemprendido la intimidad sexual. Le aseguré que no podría. El matrimonio había acabado, igual que su responsabilidad hacia ella.

—¿Dijo él que sólo durmieron juntos una vez?

—Oh, sí. Absolutamente. Verá, estaba viviendo con Lindsay Keefe. Por qué, en esas circunstancias, decidió liarse con Bonnie es uno de esos misterios que sólo los Poderes Superiores pueden desentrañar, pero eso es lo que pasó.

—¿Hizo Bonnie alguna amenaza?

—No, pero Sy parecía preocupado. Inquieto, culpable. Como si no fuera algo pasajero. No «rodaba», como dicen en el mundo del cine. Por eso decidí telefonearles a su oficina. Había algo en Bonnie. La conocí durante el proceso de divorcio y, francamente, no le presté atención. Esa buena naturaleza galopante, había algo falso. Simplemente no me fiaba de ella. Supongo que Sy finalmente se olió el pastel. Puede que le preocupara la posibilidad de una extorsión: «Págame o se lo diré a Lindsay.» O tal vez pensara que ella pudiera querer vengarse de él, amenazando sus propiedades. Verá, se quedó muy sorprendido por la pobreza de Bonnie. Dijo que había visto agujeros en una de sus almohadas. Es sólo un símbolo, naturalmente, pero sí habló sobre su pequeño romance con ella, su relación de una tarde: «Me pregunto cuánto me va a costar esto.» Lo que me ha estado preocupando desde su asesinato es... ¿tenía la impresión de que el coste sería su vida?

«Qué pérdida de tiempo», pensé mientras recorría de nuevo Park Avenue, rumbo a mi coche. No podía creer que Carbone y Byrne hubieran insistido en que perdiera un día con aquellos dos capullos. Toda la burocracia del condado de Suffolk estaba perdiendo su eficacia, meándose en sus pantalones colectivos por la cobertura periodística que estaba recibiendo el caso. CBS, NBC, CNN y ABC mostraban tomas desde helicópteros de Sandy Court, y algún fotógrafo, desde un barco, había tomado fotos con teleobjetivo de Lindsay caminando por la playa. Además parecía haber miles de primeros planos del capitán Shea delante de un puñado de micrófonos diciendo: «En la actualidad estamos investigando una amplia gama de

posibilidades.» Ni Peter Jennings ni Bryant Gumbel parecían esperar una solución inmediata. El *New York Times* fue directo al grano y dijo que el Departamento de Policía del condado de Suffolk «parecía frustrado». Y *Newsweek* coincidió: «La policía no parece tener ninguna pista...» El departamento sólo quería parecer bueno y protegerse a sí mismo, y eso significaba seguir todas las pistas, incluso las más idiotas. Así que un día entero tirado a la mierda. Ciento cincuenta kilómetros hasta Nueva York y otros ciento cincuenta de vuelta, para averiguar que a Sy Spencer le gustaba follarse a mujeres ricas y/o famosas y que un abogado supersticioso estaba seguro de que Sy había visto su muerte en una funda de almohada agujereada.

Me desvié por un calle lateral, entré en un drugstore, cambié unos cuantos pavos en cuartos de dólar. Contemplé la colosal exhibición de condones, me pregunté qué clase de gilipollas compraría gomas azules con lacito y marqué el 1-516, el código de la zona de Long Island. Pero en vez de llamar a la central, llamé a casa de Bonnie. Ella respondió.

—¿Diga?

Su tono era cauteloso, cansado, como si esperara que volvieran a colgar.

—¿Diga? —repitió. Colgué y llamé a Robby. No había ningún informe del ADN todavía. Nada. Para matar el tiempo y no tener que regresar durante la hora punta, hice que Robby me diera los nombres, direcciones y números de teléfono de los asociados conocidos de Mikey LoTriglio, que había conseguido del FBI y el Departamento de Policía de Nueva York.

Tres de los nombres de Robby eran los tipos que habían jurado y perjurado que el gordo Mikey estaba con ellos en una mesa de Rosie's en el distrito de la carne el viernes dieciocho de agosto, desde aproximadamente las tres de la tarde hasta, al menos, las seis o las siete. Un par de los otros asociados conocidos no estaban disponibles, pues actualmente residían en la penitenciaría Federal de Allenwood en Pennsylvania. La mujer del gordo LoTriglio, Loretta, había ingresado en el Hospital Monte Sinaí dos días antes del asesinato y estaba todavía allí, recuperándose de un nuevo implante de silicona en los pechos porque el viejo se había desplazado y una teta había acabado en su sobaco o algo parecido.

Así que, a falta de nada mejor que hacer, decidí visitar a la amiguita de Mikey, Terri Noonan, recepcionista de un óptico, que vivía a diez minutos del puente de Triborough en Jackson Heights, Queens.

Me imaginaba a una muñeca con pelo rubio y lacio y una bola de chicle en la boca. Terri Noonan tenía el pelo castaño y rizado y no llevaba nada de maquillaje. Vestía una blusa blanca de cuello redondo

y una rebeca celeste abotonada hasta arriba. Nada de joyas. Parecía como si perteneciera a una orden de monjas que hubieran renunciado al hábito pero no a los votos. Excepto que, cuando mirabas dos veces (y había que hacerlo, porque ella no lo mostraba), podías ver que tenía un cuerpo absolutamente espectacular, de largas piernas y grandes tetas, como una corista. Calculé que Mikey se había confundido: se había casado con la tía buena tontita y dejaba al terroncito de azúcar de aperitivo.

Terri intentó un susurrante «¿Mikey qué?», pero desistió después de que yo dijera «Vamos, Terri». Me invitó a pasar y me sirvió una taza de té. El apartamento, como la mujer, era cómodo, simple, aunque cuando pasé ante el dormitorio divisé una cama redonda con una colcha violeta. Pero el salón tenía un sofá a cuadros verdes y blancos, sillas verdes, un par de arbolitos en macetas gigantes y una alfombra verde de pared a pared. Bonito, cómodo. El tipo de casa que compraría la esposa de un poli que tuviera buen gusto. Sirvió el té de una tetera con flores, volvió a la cocina y regresó con un plato de pastas de té; probablemente las compraba cada día por si aparecía Mikey. No pude dejar de mirarla; en vez de la rebeca de monja y la falda lisa de la marina, debería llevar campanitas y pompones.

—Dios, Mikey estaba tan trastornado por lo de Sy. No bromeo —dijo. Señaló una tarta Linzer—. Hay ciruelas dentro de ésa.

—¿Quiere decir que Mikey estaba trastornado por cómo iba la película? —No creía que Terri intentara hacerse la tonta; probablemente Mikey le había dicho algo—. Ya sabe. La película que Sy estaba haciendo, *Noche estrellada.* La película en la que invirtió Mikey.

—Juro por Dios, oficial, que nunca dijo nada de ninguna película o ninguna inversión.

—¿Y tampoco dijo que se peleó con Sy?

Ella se persignó, alzó la mano y dijo:

—Lo juro por la vida de mi madre. Ni una palabra. Sé algo de Sy porque era famoso, y una vez cuando Loretta, la esposa de Mikey, estaba en La Costa, fuimos al estreno de una de las películas de Sy ya una gran fiesta que dieron después. Pero eran amigos de los viejos tiempos, y Mikey no hablaba mucho de él, excepto para recordar. Pero cuando murió, Mikey vino a verme. —Terri parpadeó—. Estaba llorando, y Mikey no es uno de esos tipos blandengues que llora por todo. Nunca le había visto hacerlo hasta entonces.

—¿Cuándo fue eso, Terri?

—Uh, déjeme pensar. El sábado por la mañana. Fue cuando hice mi tortilla de queso.

—Sabrá que a Sy lo mataron el viernes por la tarde. A eso de las cuatro y veinte.

—No sé la hora exacta —dijo, y rompió un trocito de pasta de chocolate y se lo metió en la boca.

Solté la taza y la miré directamente.

—Terri, esto es importante. ¿Dónde estaba Mikey en el momento del asesinato?

—¿El viernes?

—El viernes.

—¿Por qué es tan importante?

—¿Tengo que hacerle un dibujo?

Terri reajustó el cuello de su blusa para que quedara plano sobre la rebeca.

—Mikey estaba aquí. En este apartamento.

—¿Con usted?

—Sí.

—¿Qué hacía?

Ella miró sus zapatos de suela plana.

—Es algo personal.

—¿Mikey y usted estaban manteniendo relaciones a eso de las cuatro de la tarde del viernes pasado?

Ella alzó la mano derecha.

—Desde las tres hasta las seis —juró.

—Mikey debe de ser todo un tipo.

—Es un poco grande, pero está en muy buena forma.

—¿Firmaría una declaración asegurando que estuvo aquí con usted?

—Con sangre.

En cambio, le tendí mi Bic y me quedé mirando mientras ella empezaba a escribir «Yo, Theresa Kathleen Noonan, juro...»

—¿Ve? —dijo cuando terminó de firmar—. ¡Mikey no pudo estar en los Hamptons cuando mataron a Sy, porque estaba aquí conmigo!

Pero ahora Mikey tenía dos coartadas, lo que valía tanto como no tener ninguna.

Así que debería haberme sentido mejor por Bonnie, ¿no? Debería alegrarme de que mi supuesta psicópata pudiera ser, en realidad, una muchacha amable y no una homicida.

Mientras regresaba del norte, hacia la mitad del condado de Nassau, empecé a fantasear que llamaba a la puerta de Bonnie y decía: «Dame las gracias.» Ella pregunta por qué, y yo se lo explico: «Porque he hecho pedazos la coartada de Mikey LoTriglio. Y entonces, pinchamos su teléfono y adivina qué. Recibió una llamada de un tipejo de tres al cuarto que apretó el gatillo del 22, siguiendo órdenes de Mikey. Estás libre, Bonnie.»

Luego tuve una fantasía alternativa en la que volvía de una dura

carrera, la cara sonrosada, la respiración entrecortada, y aparcaba, salía del coche y le decía: «Escucha, todo va bien. Hicimos una comprobación de rutina y descubrimos que Víctor Santana, el director, tenía alquilada una casa donde había un surtido de armas... ¡y el propietario confirmó que faltaba un 22! Oh, no... no fue Santana. ¡Lindsay! Sabía que Sy iba a California para reemplazarla, y lo impidió. ¿Puedes creerlo? Fue a una tienda de deportes que está a cinco minutos del plató de *Noche estrellada* y compró munición. Llevaba gafas oscuras... ¡Como si el tipo de la tienda nunca hubiera visto una película y no pudiera reconocerla! Escucha —le digo a Bonnie—, sé que para ti ha sido un infierno. Lo siento.» Y Bonnie dice: «Gracias a Dios», y se siente tan agradecida que me abraza y yo digo: «No hay de qué», pero entonces froto mi cara contra la suavidad de su piel y una cosa lleva a la otra y estamos dentro, en su dormitorio, disfrutando de una increíble y sudorosa sesión de sexo que dura toda la noche.

La ensoñación duró hasta Southampton, hasta el punto en que gemía «Bonnie, nena», y estaba a punto de correrme por cuarta vez cuando, por el rabillo del ojo, divisé la desviación que conducía a casa de Lynne. Fue entonces cuando me enfrié lo suficiente para que mi cerebro empezara a funcionar de nuevo.

Y mi cerebro me dijo que no importaba cuántas coartadas falsas tuvieran, no fueron Mikey ni Lindsay quienes mataron a Sy Spencer. En el fondo de mi corazón sabía que había sido Bonnie.

Estaba confirmado. La agente inmobiliaria de Bonnie confirmó que ella esperaba grandes cosas de Sy. Finalmente la localicé en su casa. Respondió al teléfono con un apasionado «¡Hola! ¡Regina al habla!» Parecía una de esas divorciadas fervientemente amistosas, mujeres abandonadas por hombres ricos, atascadas en South Fork, que engañan a otras mujeres con hombres ricos en casas tan caras que los maridos se sentirán jodidos y por eso, después de una exorbitante temporada o dos, se marchan, creando así algunas agentes inmobiliarias más.

—Se lo dije a Bonnie: «Querida, éste no es un mercado de vendedores. Quédate con la casa. Espera» —decía. Eran más de las nueve de la noche, pero la voz de la agente era todavía terriblemente poderosa, aunque un poco rasposa, debido probablemente a dos o tres gimlets—. Pero ella dijo que necesitaba el dinero y que lo intentara.

—¿Dijo lo que iba a hacer si la vendía? —pregunté.

—Déjeme pensar. —Esperé—. Algo sobre volver a su ciudad natal, aunque le dije: «Bonnie no puedes volver a casa.» ¿Y bien?

—¿Se interesó alguien por la casa?

—Hubo una o dos ofertas, pero muy bajas, y ella insistió en el

precio pedido, que era muy irreal, y créame, así se lo dije.

—¿Y entonces?

—Llamé para preguntar si podía ir y enseñarle la casa a gente interesada, y de repente ella dijo: «Lo siento, tengo invitados.» Esto sucedió dos o tres veces. Bien, por fin dije: «Bonnie, no van a llamarte a la puerta para comprar una casa mediana, porque literalmente hay cientos de ellas desde Quogue hasta Montauk, así que la próxima vez que llame quizá puedas llevar a tus invitados a dar un paseo de media hora por la playa o por el pueblo.» Y entonces ella se echó a reír (tiene sentido del humor) y dijo que no eran invitados, sino un hombre. Y al día siguiente me llamó para que pospusiera la oferta de venta, porque las cosas estaban mejorando. Le pregunté si eso significaba algo, y ella dijo que sí. Parecía que él era un tipo muy ocupado, pero se las arregló para verla todos los días, así que ella no estaba dispuesta a que nadie viera la casa con esa clase de interés. Así que yo pregunté: «¿Interés de tipo matrimonial?» Y ella dijo que buscaría una mano que agarrar en Nochevieja. Bonito, ¿no? Pero la cosa era que ella suspendía la venta. Para mí, eso significaba que pensaba en algo más que una cita para Nochevieja; tenía cierto aire de seriedad. ¿Sabe? Recuerdo que bromeé con ella y le pregunté si su hombre tenía un amigo, y las dos nos reímos de cómo dos viejas damas como nosotras (no somos realmente viejas, sólo tenemos cuarenta años) podrían celebrar una boda doble.

De modo que Bonnie esperaba algo de Sy. Bien, ¿por qué no? Estaba ofreciendo mucho. Eso también estaba confirmado: el informe del ADN estuvo sobre la mesa de Carbone a primera hora de la mañana siguiente. El pelo que yo había obtenido de Bonnie era gemelo genético del encontrado en la cama de la habitación de invitados de Sy. Ella estuvo en la casa con Sy la tarde de su asesinato.

¿Motivo? Sí. Y ahora, definitivamente, oportunidad.

10

Había sacado a Bonnie del baño. Llevaba una bata a rayas blancas y azules, y la punta de su coleta estaba mojada. Sus muñecas brillaban a causa del agua demasiado caliente. Supuse que intentaba aliviar la tensión. Tal vez había tenido éxito, aunque sus ojos estaban hinchados, probablemente por la falta de sueño, posiblemente por haber llorado. Tenía que saber que estaba en nuestro Hit Parade. Tal vez incluso sabía que era la número uno.

Pero no hizo ningún número de dama herida. Se cruzó de brazos y se quedó erguida, una pose de «no voy a creerme nada.»

—Le agradecería mucho que viniera a horas normales de trabajo —dijo. Sus brazos cruzados empujaban sus pechos hacia arriba. Me vio mirando y, lentamente, intentando parecer casual, bajó los brazos y se metió las manos en los bolsillos. Me imaginé detrás de ella, besando su pelo de dulce olor, la base de su cuello, y luego deslizando las manos en sus bolsillos y acariciándola.

Fue uno de esos momentos típicos «ella sabe que yo sé que lo sabe». Ambos sabíamos que no llevaba nada bajo la bata. Ambos sabíamos que yo era consciente de ello. Y ambos sabíamos que si tiraba del cinturón, la bata se abriría. Lo haríamos de pie en el pasillo de su casa porque nos deseábamos tanto el uno al otro que no podríamos esperar.

—Comprendo que no le guste ser molestada tan tarde —me disculpé—. Pero estas son mis horas normales de trabajo.

—Muy bien —dijo ella—. Perdóneme un minuto. Me pondré algo.

Fue al piso de arriba. Yo cerré los ojos, me apoyé contra la pared y empecé a imaginar que había tirado del cinturón. La bata se abre y la aprieto contra mí, todavía está caliente por el baño, pero antes de que

pueda terminar de quitarle la bata, ella se dirige a mis pantalones, me baja la cremallera, me la saca, la sujeta en sus manos y...

La oí en el rellano y abrí rápidamente los ojos, justo a tiempo de verla bajar por las escaleras. Se había puesto pantalones vaqueros y una camiseta blanca, una gastada camiseta interior de hombre con el cuello en pico, sólo que la suya estaba tan ajustada que podías ver todas las puntadas del encaje blanco de su sujetador. No había visto éste en mi registro ilegal; era uno de esos sujetadores diminutos que las mujeres llevan no para sujetar nada, sino para los hombres. Pensé: «Zorra descarada.» Pero estaba fantástica. Noté que me frotaba las yemas de los dedos, en anticipación.

—Uh —dije. Oh, y yo era un poli frío.

—¿Perdone?

—¿Dónde está su perra? —eso fue lo único que se me ocurrió decir.

—¿Mi perra? —Ella empezó a relajarse. Incluso a juguetear—. ¿Por qué? ¿Quiere interrogarla?

—Sí. Quiero enterarme de su relación con el difunto.

—La hice esterilizar hace un par de años, así que no creo que llegara a conocer a Sy. Quiero decir más allá de las superficialidades sociales de costumbre. «Hola, ángel. Qué fabuloso corte de pelo.»

Empecé a sonreír.

—Sólo he preguntado dónde estaba su perra.

El tono de Bonnie continuó juguetón, ligero.

—La maté.

—Basta.

—¡Ja! —exclamó ella, como un abogado televisivo que acaba de provocar delante de un jurado una admisión de delito que ayudará a su cliente—. ¿Ve? En el fondo, no cree que sea capaz de asesinar.

—No. No creo que sea capaz de asesinar a su perra.

Bonnie se rió un poco demasiado fuerte. Dio un paso atrás; esto era demasiado real, y de repente comprendía lo aterrada que estaba. Pero se obligó a inspirar profunda, deliberadamente. «Tranquila —se estaba diciendo—. Relájate.» Enganchó sus pulgares en las presillas de sus pantalones, estilo muchacha vaquera, como diciendo: «Lárguese de mi rancho, amigo.»

—¿Dónde está? —Odiaba seguir haciendo las mismas preguntas estúpidas, pero al haber quedado como un tonto preguntando por la perra, ahora tenía que tratarla como si fuera una clave para la investigación.

—Le gusta salir de noche. —Una respuesta fría, casual. No, gélida —, A veces, a eso de las diez, abro la puerta trasera y la llamo. Vuelve en dos minutos. —Bonnie se volvió, probablemente para ocultar su miedo. A pesar de su postura distendida, se notaba en su cara: la

mandíbula un poco rígida, los ojos demasiado abiertos.

Entró en la cocina, abrió la puerta y gritó:

—¡Alce! ¡A comer!

Mientras esperábamos, fue al frigorífico y sacó una Amstel Light. No me ofreció una, así que no pude decir «No, gracias». Para cuando terminó de abrir el tapón, Alce llegó corriendo a la puerta. Yo la abrí. La perra dejó escapar un ladrido agradecido y empezó a lamerme la mano.

Pero Bonnie no estaba agradecida. Estaba muy ocupada haciéndose la dura. Apartó a la perra de mi lado, le palmeó la cabeza y sacó un hueso de una caja de galletas y se lo puso a Alce en la boca. A partir de ese momento, Bonnie se olvidó de sí misma y fue una madre tierna que ofrecía a su hijo un caramelo. Alce, mientras tanto, alzó la cabeza. Podía estar loca por mí, pero yo no era parte de su ritual nocturno; decidió que podría querer quitarle su tesoro, así que salió de la cocina, con el hueso en la boca. Sonreí. Bonnie no.

—¿Qué quiere saber? —preguntó. Ladeó la cabeza y bebió un sorbo de cerveza. Contemplé el arco de su garganta, la subida de sus pechos. La deseaba con todas mis fuerzas—. ¿Bien?

Muy bien. Ella lo quería, yo se lo daría.

—¿Sabe disparar un rifle del 22?

En una película, Bonnie habría mostrado su sorpresa derramando la cerveza. La vida real carece de grandes gestos, incluso de meteduras de pata espectaculares. Sólo tragó saliva con un poco más de fuerza de lo normal.

—Eso no tiene gracia.

—No estoy tratando de ser gracioso. Usted es la graciosa. Yo soy el policía. Y hablo muy, muy en serio. Quiero saber si sabe disparar un 22.

—No tengo por qué responder a eso.

—Ya lo ha hecho. No ha dicho que no.

—Tampoco he dicho que sí. —De repente su miedo se convirtió en furia. Dejó la botella de cerveza sobre la encimera con un golpe—. Déjeme que le diga una cosa. Llevo viendo películas de detectives desde que tenía ocho años. Sé lo que es el poli bueno y el poli malo. Sé que se supone que tiene que asustarme tanto que acabe escupiendo todo lo que haya que escupir. O se supone que tiene que encandilarme, para que yo me maree y le suelte todos mis secretos infantiles. Bien, ¿sabe una cosa, amigo? No es usted Humphrey Bogart. ¿Y sabe otra? No he hecho nada malo. No tengo nada que confesar. Está perdiendo el tiempo.

—¿Sí? —Me eché al hombro un rifle invisible. Suspiré. Apreté el gatillo—. Bonnie Bernstein Spencer. Su familia era dueña de una tienda de artículos deportivos en Ogden, Utah; una tienda que no

vendía palos de cricket. Vendía rifles y pistolas. La señora Bernstein-Spencer creció con varios hermanos mayores y tenía fama de ser decidida. Su padre tenía fama de ser un buen tirador; incluso acostumbraba a ir a Wyoming a cazar alces. Dígame, Bonnie, ¿es Ogden un lugar bonito para ir de visita? Porque si no responde a mi pregunta ahora, cogeré el primer avión, me pasaré medio día en la ciudad y le garantizo que volveré con lo que quede del conejo al que alcanzó entre los ojos en 1965, más testimonios de diez testigos que la vieron dispararle.

Ella empezó a llorar, esas lágrimas redondas y silenciosas que resbalan por las mejillas y dejan un surco.

—Por favor —susurró—, no me haga esto.

—Sólo tengo que saber la verdad. —Me di cuenta de que también estaba susurrando—. Bonnie, ¿sabe disparar?

—Sí. —Apenas pude oírla—. Pero juro por Dios que no maté a Sy.

«Dios —pensé—, casi la tengo.» Casi.

—Tiene que comprender —le dije amablemente— que la gente jura por Dios constantemente. «Juro por Dios que soy inocente.»

—Pero yo lo soy.

—Demuéstremelo.

—¿Cómo?

Todo lo que tenía que hacer era atraerla lenta, amorosamente, como seduciendo a la más reluctante de las mujeres.

—Podemos descartarla con una simple prueba. Venga conmigo. La llevaré a la central, me quedaré con usted todo el tiempo. Dé una simple muestra de saliva y sangre..., un pinchacito, nada más. Y quedará limpia.

Durante un largo instante se hizo el silencio. Oí el profundo zumbido del refrigerador y luego el chasquido de las zarpas de Alce mientras regresaba a la cocina para mirarnos. No comprendía por qué no estábamos divirtiéndonos.

—Vamos, Bonnie.

La imaginé junto a mí en el Jaguar camino a la central, nuestros brazos y hombros tocándose cuando cogiera una curva; pensé en el calor que produciría ese instante de fricción. «Mierda, no quiero esta fantasía.»

Pero en la central mi encantamiento se acabaría. Bajo aquella dura luz fluorescente, vería a Bonnie Spencer tal como era: una asesina. Por supuesto, ella no quiso hacerlo. Por supuesto, si pudiera repetir aquel momento, Sy estaría todavía vivo. Y, por supuesto, ella estaba, sin duda, honesta y profundamente apenada. Pero seguía siendo una asesina. Y al verla bajo aquella luz implacable, ya no podría desear lo que más odiaba. Una asesina.

Ya no me pasaría cada maldito minuto de obsesión creando

escenarios diferentes para besarla, acariciarla, follarla: en camas, en sillas, en mesas, en duchas, en suelos, en coches, en la playa, en el mar, en el bosque. Quedaría libre de mi locura. Ahorraría miles de dólares manteniéndose apartado de las cabinas telefónicas. Iría a mi boda con la mente en paz y el corazón enamorado.

De repente, me sentí horrible, mareado..., lo opuesto de mareado, con la cabeza pesada. La desesperación se apoderó de mí. En aquel momento terrible, me pregunté: «¿Cómo demonios voy a vivir el resto de mi vida sin esta mujer?» Durante un minuto no pude hablar. Entonces, no sé cómo, me recuperé.

—Vamos, Bonnie.

—No.

—Vamos. No tiene nada que perder y sí mucho que ganar. Acabemos de una vez.

—Quiero que salga de aquí.

—Bonnie.

—No vuelva. No volveré a hablar con usted.

—Querida, lo siento, pero tendrá que hacerlo.

—No. Y no soy su querida. Ni de lejos, hijo de puta. Y si quiere hacer más preguntas, puede hablar con mi abogado. Ahora fuera.

Robby Kurz se acercó bamboleándose a mi mesa, se lamió el dedo y se lo pasó por encima de la ceja.

—Eh, no me estás diciendo nada sobre ti que ya no sepa —le dije.

—Gideon está fuera —musitó Robby, de una forma exageradamente afeminada. Bueno, ¿qué se puede esperar de un poli? ¿Una chapa pro derechos gays?—. Se muere por verte.

—¿Gideon qué?

—¿Estás preparado para esto? —Agitó una tarjeta de presentación —. Gideon Isaiah Friedman. De East Hampton, querido. Abogado de Bonnie Spencer.

Gideon Friedman se me acercó. No dio pasitos afectados. Y no seseaba ni agitaba la muñeca fláccida. Sin embargo, se notaba lo que era. Tal vez debido a que su atuendo era de abogado impecable, estilo inglés: un traje de *tweed*, marrón horriblemente casual, perfectamente cortado, con una camisa de colores, corbata verde y zapatos que parecían puntas de alas, aunque eran de gamuza marrón. O tal vez era el corte de pelo impecable, donde cada pelo castaño encajaba perfectamente en su cabeza, como si su cráneo estuviera imantado. O tal vez se debía a que era demasiado juvenilmente guapo para un tipo de casi cuarenta años, con esa expresión inocente de ojos redondos y ultra clase superior que tienen los modelos maricas, los que siempre llevan bufandas muy largas alrededor del cuello colocadas estratégicamente para resultar fascinantes. Olviden su nombre: tenía

el aspecto de uno de esos tipos con raqueta de madera que saltan sobre la red en el Meadow Club.

O tal vez era sólo la forma en que me miró de arriba abajo cuando me levanté para estrecharle la mano.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí.

—Estoy aquí para representar a Bonnie Spencer. —Tenía la voz susurrante, como un camarero de uno de esos caros restaurantes de moda que sólo ofrecen marisco, Fish Hampton o como sea, que abren y cierran cada verano porque nadie, ni siquiera los capullos más pretenciosos de Nueva York, comen voluntariamente escalopes raros más de una vez. Lo miré y pensé: «Oh, Cristo, a Bonnie van a caerle entre veinticinco y la perpetua en Bedford.»

—¿Por qué no se sienta? —sugerí. Lo hizo en la silla de plástico situada junto a mi mesa, y entonces echó un vistazo a la sala de la brigada. Supuse que murmuraría: «¡Ohhh, qué coqueto!», o que al menos cruzaría las piernas a la altura de las rodillas—. Bien, señor Friedman, ¿qué puedo hacer por usted?

—Bien... —Y de repente dejó de ser marica. Se convirtió en abogado—. ¿Por qué no empieza diciéndome qué es esa tontería de que Bonnie venga a que le analicen la sangre y la saliva para «descartarla» como sospechosa?

—Lo dije en serio. Sinceramente.

—Deme un respiro. Se refería a esa comprobación del ADN, ¿no? —Me encogí de hombros—. ¿Cuál es la historia aquí? A Sy Spencer le dispararon desde lejos. ¿Hablamos de un poco de sudor que cayó sobre el arma asesina? ¿Un poco de saliva? ¿Babeaba el asesino? —Resultaba extraño escuchar el brusco sarcasmo típico de los abogados en aquella susurrante voz de camarero—. ¿O hubo algún tipo de lucha, y tienen sangre, o células de la piel bajo las uñas de Sy? —Para ser un abogado sin influencia, que no tenía ni idea de lo que teníamos o adonde íbamos, era bastante bueno.

—No estoy preparado para discutir las pruebas en este momento.

—¿Por qué no?

—Debería saber por qué no. No hay nada que ganar con ello.

—Muy bien —dijo—. Entonces supongo que no hay nada que ganar con que alguien se haga un análisis de sangre. —Se puso en pie, triste, como si no hubiera podido salvarme de cometer el error más grave de mi carrera—. Voy a tener que aconsejar a mi cliente que se acoja al privilegio de la Quinta Enmienda para no autoincriminarse y hacer la prueba.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Gideon probablemente representaba a diseñadores de moda.

—No es usted criminalista, ¿verdad? —pregunté.

Esperaba que mostrara fastidio, o se pusiera petulante, engreído, pero para su crédito guardó la compostura, la serenidad incluso. Volvió a sentarse y examinó la puntera de gamuza de su zapato inglés.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque un abogado criminalista sabrá que un sospechoso en un caso de asesinato no puede rehusar hacerse una prueba sanguínea.

—¿Por qué no?

—Porque los análisis de sangre y otras pruebas médicas son hechos, no testimonios. No están cubiertos por la Quinta Enmienda.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice el Tribunal Supremo de Estados Unidos.

—¿De verdad? ¿Hace poco?

—Desde hace cinco o diez años.

—Debió suceder después de que yo saliera de la Facultad. Lo comprobaré.

Muy bien, tal vez representara a una sociedad de peluqueros. Pero no era mal tipo. No estaba lleno de mierda. Ni era tan engreído. ¿Pero qué demonios haría cuando llegáramos a los tribunales? ¿Ponerse un disfraz, aparecer vestido con una toga negra y una peluca blanca? ¿Y qué haría cuando el jefe de la Oficina de Homicidios del Fiscal del Distrito interrogara a Bonnie? ¿Tomar sales?

—¿Qué tipo de abogado es usted? —pregunté.

El sonrió. Tenía dientes blancos y perfectos, como chicles.

—Estoy especializado en bienes inmuebles.

—Bienes inmuebles —repetí—. Debe de estar muy ocupado, aquí en East Hampton.

—Déjeme que le diga lo que está pensando —propuso Gideon—. ¿De acuerdo? —Me encogí de hombros—. Está pensando: «¡Oh, vaya! Puedo enviar a Bonnie Spencer a la cárcel de por vida y ese abogado marica que la representa no podrá hacer nada excepto decirle adiós.»

Me recliné en mi asiento, tratando de parecer sorprendido ante una idea tan ridícula y llena de prejuicios. No fue del todo fácil, ya que, básicamente, eso era lo que pasaba en ese momento por mi mente.

—Bien, las cosas no serán así, Brady. Déjeme que le diga cómo serán. Si sólo está jugando con ella, espero que sea lo suficientemente listo para dejarlo ahora. Antes de que yo haga una escena delante de sus superiores.

—¿Cree que me importa una mierda? Adelante. Haga una escena. El capitán está en esa oficina antes de la zona de recepción.

—Debería importarle, ¿no cree?

—No.

Hizo una pausa durante un segundo.

—Muy bien. Si cree sinceramente que tiene un caso, agradecería que me lo hiciera saber. Porque entonces tendré que apartarme... y

traer a Bill Paterno.

Cogí un bolígrafo y lo hice girar entre mis manos; Paterno era el mejor abogado criminalista de Suffolk.

—¿Cree que Bonnie Spencer puede permitirse a Bill Paterno? —pregunté, tratando de parecer casual, como si no supiera lo arruinada que estaba.

—No. Pero yo sí puedo. —Gideon adoptó un leve tono de viejo judío—. Me gano muy bien la vida, gracias a Dios, y tengo algunas inversiones maravillosas. —Entonces añadió—: Bonnie es una de mis mejores amigas.

Bueno, se notaba. Podía verlos. Giddie y Bonnie. El la invitaría a su casa en East Hampton para tomar cerveza mexicana y guacamole o cualquiera que fuera el *nouvelle hors-d'oeuvre* que lo hubiera reemplazado, y se reirían y cotillearían y hablarían de James Stewart y Henry Fonda... o compartirían sentimientos profundos.

—Puede contratar a Paterno, señor Friedman. Puede resucitar al jodido Clarence Darrow. Bonnie tendrá que hacerse las pruebas. Y entonces la atraparemos.

—¿Por qué? ¿Porque le dijo que sabía disparar? Por favor. Las chicas de Utah hacen ese tipo de cosas.

—¿Regalan un 22 con cada caja de Kotex?

—¿Dónde está el rifle? —inquirió él. No dije nada—. Bonnie no tiene ninguno. No tiene acceso a uno. —Gideon esperó—. No tienen el arma del crimen, ¿verdad? —Continué en silencio—. ¿Por qué Bonnie? ¿Por qué no Lindsay?

—¿Lindsay?

—Lindsay sabe disparar. ¿No me cree? Alquile *Transvaal.* Un fracaso colosal, pero la verá con un rifle.

—Es actriz. Empuñar un rifle no significa que sepa dispararlo.

—¿Por qué no lo averigua?

—Señor Friedman, sabemos dónde estaba Lindsay Keefe en el momento del asesinato.

—¿Y? —preguntó, quitando una inexistente mota de polvo de su manga de *tweed*—. ¿Está dando a entender que mi cliente estaba cerca de la casa de Sy Spencer?

—Posiblemente.

—No le creo.

Volví a encogerme de hombros.

—¡Deje de hacer eso! Es irritante. Ahora, hablemos en serio. No quiere atormentar a esa mujer, ¿verdad? Sólo quiere inquietarla un poco. Bien, ya lo ha hecho. Está inquieta hasta el límite. ¿Por qué no me dice por qué quiere las pruebas? Sea claro. Tal vez yo pueda recomendarle que se las haga..., si no es irracional o dañino para sus intereses.

Lo pensé. La única situación en la que dejas que un sospechoso sepa qué prueba tienes es cuando decides cortocircuitar una investigación y buscar una confesión. Yo no tenía tanta prisa; podía esperar otras veinticuatro horas. Notaba que todavía había más pistas que seguir. Y tenía que protegerme el culo sobre el registro ilegal de la casa de Bonnie consiguiendo una orden de registro y «encontrando» entonces la nota de venta y el dinero en la bota. Esas dos cosas darían a la Oficina del Fiscal del Distrito más cuerda para ahorcarla.

—¿Sabe? —le dije a Gideon—. Quien lo hizo era una persona muy inteligente. Pero no demasiado. El o ella —Gideon hizo una mueca— dejó tantos cabos sueltos que todavía estamos tropezando con ellos. La caja de pruebas de este caso va a ser tan pesada que el alguacil del tribunal necesitará una jodida furgoneta para llevarla. ¿Qué sentido tiene que le diga lo que tenemos, cuando esta tarde tendremos que ponerlo todo al día?

—Se está tirando un farol —comentó Gideon.

—Hágase un favor, señor Friedman. Dele a su cliente un mensaje de mi parte. Dígale que si lo hizo debe entregarse ahora. Tal vez podamos llevar el asunto a una conclusión que sea ventajosa para ambas partes.

—¿Por qué no se comporta de forma decente? Ella es una buena persona. ¿Por qué no le concede el beneficio de la duda?

—Déjeme continuar. Si deja que este asunto continúe, si no se presenta con una confesión, va a ser más duro para ella.

—Dígame una cosa. ¿Cree sinceramente que puede ser objetivo respecto a mi cliente? —dijo Gideon. No me gustó la forma en que me miraba; sentí un rápido y feo escalofrío. ¿Me había notado algo? ¿Le había dicho Bonnie algo? ¿Pero qué podría haberle dicho? ¿Que una vez estuve demasiado cerca de ella? ¿Que un par de veces había notado un bulto bajo mis ropas que no era mi pistola?

—Sí, puedo ser objetivo. Ella es una dama encantadora. Tiene un buen sentido del humor. Es amistosa. Personalmente, creo que es un primor. —Gideon escuchó, alerta—. Pero es un primor con una vena asesina.

—Se equivoca.

—Odio decirlo, pero tengo razón. Verá, creo que Bonnie se..., ¿cuál es la palabra? Se picó con Sy. Estaba sola, divorciada, era pobre, sin éxito. Y apareció su ex. Él le guiñó un ojo, se la folló unas cuantas veces... Eh, sabemos eso, aunque ella jura que no lo hizo. Miente todo el tiempo. Bien, él se la tiró. Y entonces le dijo adiós. Nada de compañía, ni matrimonio, ni dinero. Oh, y nada de película. Nada de nada. Así que ella se lo cargó.

—No cree eso de verdad.

—Sí lo creo.

—No tiene ninguna prueba.

—Tenemos pruebas de sobra. —Puse los pies sobre la mesa—. Tengo que decírselo, encuentro una conducta homicida impropia de un primor. Pero lo que yo piense no es importante. La dama va a marcharse. Así que prepárese. Tal vez le demos una hermosa fiesta de despedida.

Marian Robertson, la cocinera de Sy, cobraba de la productora para que continuara con su trabajo hasta que Lindsay terminara *Noche estrellada.*

—¿Cocinera? —rezongó—. ¿Lindsay Keefe necesita una cocinera? ¿Sabe lo que come? Fruta. Vale, alguna nuez ocasional. No me extraña que parezca un vaso de leche. Me paso todo el día aquí sentada para que tal vez, cuando vuelva a casa, pueda hacerle siete bolas de melón Crenshaw. ¿Qué clase de persona puede vivir a base de bolitas de melón?

Durante un segundo no pude responder porque tenía la boca llena. Había insistido en hacerme huevos con bacon, por no decir nada de una montaña de tostadas y café.

—No le gusta —conseguí decir.

—Las hay peores.

—¿Quiénes?

—Oh, las remilgadas. Las tontorronas. Y las que vienen dos minutos antes de una cena para veinte y te dicen que están en Pritikin. Las que tienen que explicar a una mujer de color lo que es *milles feuilles.*

La mermelada estaba en una cazuelita blanca, como un plato de *soufflé* para enanos. Unté un poco en otra tostada.

—¿Qué hay de alguien como Bonnie Spencer? —pregunté. Marian Robertson empezó a mordisquearse el interior de su mejilla—. ¿Recuerda a Bonnie? La ex esposa de Sy.

—¡Oh, por supuesto! Buena chica.

—Señora Robertson, esto es muy difícil para mí. La conozco desde que era un crío. La tengo en la máxima estima. Odiaría verla en problemas.

—¿A mí?

—Sí. Tenemos pruebas físicas de que Bonnie Spencer estuvo en la casa la tarde que asesinaron a Sy. Ahora, puede usted decirme que no sabía que estuvo aquí, pero tarde o temprano tendremos que enfrentar a Bonnie con nuestras pruebas. Y puede que diga algo como: «...Y esa simpática señora Robertson, que me conocía tan bien cuando me casé con Sy. Siempre me hacía mi... lo que sea favorito. Budín de cumquat. Bueno, la señora Robertson y yo tuvimos una agradable charla esa tarde.» Y entonces tendría usted problemas legales, porque en su

declaración dijo que no había nadie aquí.

—¿Más café?

—Señora Robertson, ocultar pruebas, mentir a la policía... es un delito.

—Estás ladrando al árbol equivocado, Steve —dijo ella por fin—. Bonnie es buena persona.

—Si es tan buena, ¿por qué miente para protegerla? ¿No cree que sería mejor que su bondad resplandeciera por sí sola?

—Si ella quiere decirte que estuvo aquí, es asunto suyo, no mío. —Retiró la leche y la mermelada de la mesa. Yo ya no era un invitado bien recibido.

—¿Estuvo aquí el viernes por la tarde?

Ella retiró el azucarero.

—Sí. —Cortante. Nada de: «Steve, tienes buen aspecto.» Nada de: «Eras el mejor jugador que tenían los Bridgies.»

—¿Habló con ella?

—Sólo «Hola, cómo está», y un par de minutos de charla.

—¿Fue amistosa? ¿La besó al llegar? ¿Le agradó que viniera? «¡Me alegro de verla, señora Spencer!»

—Yo la llamo Bonnie. Y me alegré de verla y ella se alegró de verme a mí. Le di un fuerte abrazo. ¿Qué vas a hacer con eso? ¿Llevarme a la silla eléctrica?

—Señora Robertson, sólo intento captar el ambiente de la tarde.

—El ambiente fue que el señor Spencer debió de cansarse de la señorita melones, porque trajo a Bonnie a casa. Y sonreía, feliz de verla..., como en los viejos tiempos. Y no se quedaron en la cocina a charlar. Supongo que tenían otro pez que freír arriba. Pero por mí muy bien, porque tenía la sensación de que Bonnie volvería. Entonces podríamos charlar. La conozco. El señor Spencer se pondría a hablar por teléfono, y ella se acercaría a la cocina y pasaríamos un buen rato.

—Ahora me gustaría la verdad. ¿Hubo algún sonido de lucha arriba?

—No.

—¿Algún sonido de algo?

—No. Él no habría ido a la piscina a relajarse y hacer sus llamadas de último minuto si Bonnie hubiera estado aún arriba. Di lo que quieras sobre él, pero sus modales eran perfectos. No entraba en su naturaleza no acompañar a una dama a casa, o escoltarla hasta la puerta si había venido sola. Créeme, después de Bonnie y antes de Lindsay, hubo todo un desfile de mujeres que subieron al piso de arriba para ver desde allí el océano o lo que sea. Él siempre se despedía correctamente.

—¿Entonces cómo no la oyó acompañarla a la puerta?

—No lo sé. Tal vez estaba batiendo huevos. Tal vez estaba

empolvándome la nariz.

—¿Oyó al señor Spencer bajar y salir a la piscina? —Se mordisqueó la mejilla antes de asentir—. ¿Y qué hay de Bonnie? ¿La oyó marcharse después de que él saliera? —No respondió—. Muy bien, entre el momento en que Bonnie fue al piso de arriba con Sy y el momento en que oyó los disparos, ¿qué más oyó exactamente? ¿La voz de ella? ¿Sus pasos? ¿El sonido de su coche?

—Ella no lo mató.

—¿Qué oyó, señora Robertson?

—No oí nada. —Retiró las tostadas y mi plato—. ¿Te hace eso feliz, Steve?

Sabía que el viejo dicho era cierto: no se recuerda el dolor. El dolor físico, como en Vietnam, cuando algún chico nuevo de Carolina del Norte oyó fuego enemigo, apuntó su M-60 y me atravesó el hombro. El médico me inyectó una tonelada de mierda, pero tuvieron que meterme una mordaza en la boca para que no gritara y delatara nuestra posición cuando me abrieron la camisa.

Yo, que siempre había mirado a los tipos heridos que gritaban y pensaba: «Cierto, debe de doler como el infierno, ¿pero no puede morder la bala y controlarse?», seguí gimiendo tan fuerte que me dejaron puesta la mordaza, y la sacaron sólo cuando devolví y casi me asfixié con mi propio vómito.

Recuerdo haber pensado, cuando me agarraron por el hombro para ponerme en una camilla y llevarme al helicóptero: «No sobreviviré a este vuelo, porque el dolor me matará. No puedo soportarlo.» Seguí gritando: «¡Quiero un cura!» Yo, cuya última confesión coincidió con mi primera comunión. Pero no recuerdo el dolor en sí.

Y tampoco se recuerda el dolor emocional.

Como cuando eres un niño de siete años que juega al béisbol y llega tu padre conduciendo el tractor de algún granjero al que le hace alguna faena ese día y para el motor, deteniéndose entre el montículo del *pitcher* y la primera base, casi se parte el cuello para bajarse y luego le quita de las manos el bate a uno de mis amigos e insiste en golpear unas cuantas.

¿Mas dolor? Tenía treinta y cinco años y vi a mi amigo, mi confidente, la única persona a la que realmente había hablado fuera del trabajo, la única persona para la que pensé comprar una tarjeta de Navidad, el tipo que era dueño de la tienda de licores, dirigir a su esposa una mirada de repulsión cuando entré por la puerta.

Sabes que todo ese dolor ocurrió. Al recordarlo, puedes sentirte triste, o incluso enfurecerte. Pero no se recuerda el dolor en sí.

Así que cuando llamé a la puerta de Bonnie y no recibí ninguna respuesta, y luego corrí a su garaje a ver si faltaba su coche y,

finalmente, la divisé en el jardín, recogiendo verduras, casi me reí del pánico que había sentido, el horror, la puñalada en las tripas, el dolor, cuando pensé que se había marchado. ¿Y qué si lo había hecho? Esas cosas se superan.

Y cuando Alce ladró una bienvenida y Bonnie alzó la cabeza y me vio y se estremeció (un escalofrío de miedo violento e incontrolable), quise desaparecer, o morir, de tanto como dolió. Pero me dije: «Lo superaré.»

Ella estaba agachada junto a una cesta de berenjenas.

—¿Qué va a hacer con todas esas cosas? —pregunté.

—Márchese de aquí. —Su voz era un ronco susurro. Colocó las manos sobre sus rodillas y, lentamente, como si fuera un esfuerzo demasiado grande, se puso en pie. Toda su energía, todo su fuego, todo su humor, habían desaparecido.

—Mire, quiero que comprenda... —¿Qué iba a decir? Nada personal—. Mintió usted, Bonnie.

Ella salió del jardín, dejando las berenjenas, un cubo de plástico lleno de tomates, a Alce, todo, detrás. Se encaminó hacia la casa, torpemente, perdida su gracia en el andar, como si hubiera perdido su centro de gravedad. La seguí.

—Tenemos una vecina que puede identificar no sólo el coche de Sy, sino al propio Sy. Podemos demostrar que estuvo aquí suficientes veces la semana pasada... ¿Por qué mintió sobre una cosa así?

Ella no me respondió, siguió andando a pesar de que la agarré por el brazo, intentando frenarla o sólo mantenerme a su lado.

—¿Y por qué mintió sobre su guión? ¿No se molestó en pensar que él le diría a la gente con la que trabajaba que era un montón de mierda?

Bonnie tropezó con la raíz de un árbol. Perdí a mi presa, y ella cayó sobre sus manos y rodillas.

—¿Está bien? —pregunté. No podía levantarse. Se sentó en el suelo, sin aliento, y contempló los guijarros y la hierba que manchaban sus manos, el hilillo de sangre que corría hacia su muñeca, pero no se quejó ni lloró—. Bonnie —dije. Su espíritu había desaparecido.

Alce se acercó, agitó la cola y lamió la mano de Bonnie, pero Bonnie no le hizo caso.

—Por favor —dije. La levanté. Ella no me detuvo. Cuando volvió a estar de pie, continuó su inestable viaje hacia la casa—. Escuche, su amigo abogado... Va a contratar al mejor criminalista que existe.

Me sentí enfermo. Vacío. Pero había visto muchas cosas. Lo sabía. Una parte de mí comprendía que en dos semanas estaría bebiendo una cerveza sin alcohol, comiendo patatas fritas, y Lynne diría: «Olvida eso o te convertirás en el tipo más gordo de Bridgehampton. ¿Sabes qué

aspecto tienen esas patatas en tu interior?»

El dolor se olvida. De verdad.

Bonnie abrió la puerta de rejilla de la cocina.

—Enhorabuena —dijo suavemente.

—No quiero felicitaciones. Créame, lo siento.

—No. Quería lo que buscaba. Me consiguió. Es todo. Mi vida está acabada. Lo que ha hecho no es homicidio, pero el efecto es el mismo: una persona muerta.

Había mucho pesar en su voz, como si llorara por alguien a quien había amado mucho.

—Tiene que ser así —dije.

—¿Por qué?

—Porque ha matado a una persona. —Entró en la casa y cerró la puerta de rejilla. La miré, borrosa, distante, a través del alambrado—. No intente marcharse. Habrá vigilancia las veinticuatro horas...

—¿Dónde podría ir sin que me encontrara?

—Eso es.

—Es una lástima.

—Lo es.

—No. Es una lástima porque yo no lo hice. Sabe que no lo hice.

Hacía unos treinta y cinco grados. Empecé a tiritar. Lo sabía; éste sería un dolor que no olvidaría nunca.

—No se preocupe —dijo Bonnie justo antes de cerrar la puerta de la cocina—. Lo superará.

11

Llegamos a casa de Bonnie antes de las ocho de la mañana siguiente. Menos de treinta segundos más tarde, ella levantó la mirada de la orden de registro, tragó saliva y dijo:

—Tendré que llamar a mi abogado.

—Siéntase libre —dijo Robby magnánimamente, un segundo antes de que él y el otro detective, un tipo bajo con aspecto de culturista de unos veintitantos años intentaran hacerla a un lado para entrar en la casa. Los muslos del joven estaban tan desarrollados que no podía unir las piernas. Andaba como un chimpancé.

—¡No pueden hacer esto! —gritó Bonnie, tratando de bloquearnos el paso. Fui yo quien finalmente la apartó.

—Empleo razonable de fuerza —dije—. Llame a su Sindicato pro Libertades Civiles.

Al principio esperé histeria. Luego (especialmente cuando advertí que ella llevaba aquellos pantalones cortos turquesa y una camiseta), hilvané una rápida fantasía. Ella se desmayaba. Yo la agarraba, la conducía al sofá y murmuraba algo tranquilizador, como «Calma, Bonnie», mientras, lentamente, la soltaba de mis brazos. «Calma, Bonnie»; me gustaba la idea de decir su nombre en voz alta.

Pero ella permaneció junto a la escalera, completamente inmóvil. Estaba allí, pero sin estarlo. El mundo en el que vivía era tan horrible que se había replegado en sí misma para entrar en otro universo más amable. Por fin, pasó junto a mí y entró en la cocina para llamar a Gideon. Yo podría haber sido un fantasma, sólo aire y vapor. Alce detectó el estado de ánimo de Bonnie y permaneció junto a ella, preocupada, sin dirigirme ni siquiera una sacudida de la cola.

Las seguí a la cocina y empecé a registrar los cajones como

suponiendo que podría encontrar una taza llena de balas del 22 tras la salsa de barbacoa. Para ser alguien tan cercana a la bancarrota, Bonnie gastaba demasiado dinero en mostaza: mostaza de miel, mostaza de estragón, mostaza de pimientos verdes. La miré. Tal vez debería intentar hacer un chiste a costa de la mostaza, para despejar el ambiente. Pero ella me daba la espalda, y hablaba por teléfono en voz baja.

Sacudí una jarra de palomitas de maíz, como un tonto que tocara las maracas en una orquesta latinoamericana. Quería atención. Tal vez si ella reconocía que estaba vivo podría sentirme vivo. Me sentía terriblemente deprimido.

«Al carajo toda esta tontería de la tristeza —me dije—. Tu obsesión ha muerto. Alégrate.» Pero no podía dejarla descansar en paz. Y no podía dejar de intentar animar a Bonnie.

Hice un gran espectáculo al repasar su portamonedas. Torpe. Evidente. Una invasión deliberada de la intimidad. Examiné cada llave, alisé un par de pañuelos de papel, estudié un recibo de supermercado. A cámara lenta, vacié su cartera, sacando diecisiete dólares en billetes, sus cuarenta y cuatro centavos de cambio, su permiso de conducir, su tarjeta Visa, el carné de la biblioteca, el carné del videoclub. Y las fotos: papá con una camisa a cuadros sujetando una trucha ganadora de algún premio. Papá y mamá (alta y de hombros anchos como Bonnie) vestidos como para una boda, sonrientes, pero incómodos, estirados. Se notaba que preferían vestir camisas a cuadros. Hermanos y cuñadas con esquíes. Sobrinas a caballo. Sobrinos con perros. Todas las fotos Bernstein tenían montañas al fondo.

Esperé a que ella mostrara algo de espíritu: que corriera, intentara golpearme, gritara algo así como «¡Te odio!». Nada. Así que hice grandes aspavientos para abrir una cajita de plástico púrpura que contenía un par de Tampax. Alcé cada uno (Super) a la luz, como si esperara encontrar en ellos una mecha de explosivos en vez de un cordón. Respuesta cero. ¿Debía picarla? Decir «No joda, ¿todavía tiene el periodo?» ¿Y luego negarlo si su abogado incordiaba con mi insulto? Pero me callé la boca. Muslos, el chico detective, estaba cerca; no quería que pensara que no era neutral.

Bonnie colgó el teléfono. Volví al portamonedas. Había un polvillo en el fondo de la bolsa, rojo, obviamente una de esas cosas que las mujeres se ponen en las pestañas. Pero hice todo un número, metiéndolo en un sobre de plástico, como si fuera una nueva forma asesina de cocaína que hiciera que el crack pareciera aspirina. Ella no hizo ninguna observación. Con la orden de registro en la mano, simplemente pasó ante mí. Me quedé allí de pie, un completo inútil, indefenso, ansiando, observando su culo turquesa hasta que

desapareció en el pasillo.

Era como un marido cuya esposa acaba de abandonarle. Me desplomé en la misma silla en la que me había sentado el primer día a tomar café. Todavía tenía su bolso en la mano.

Unos diez minutos más tarde, cuando terminé de registrar la cocina y no encontré absolutamente nada, fui a buscarla. Ella estaba sentada en el escalón de ladrillo ante la chimenea, con la orden de registro al lado. Estaba abrazada, como si esperara que los troncos ardieran y la descongelaran. Por supuesto, no había ningún fuego. Fuera, hacía casi cuarenta grados. El cielo era demasiado brillante, de un azul casi doloroso, la brillante luz matinal de finales de agosto. El sol se filtraba a través de la ventana del salón de Bonnie, dibujando cuadrados brillantes sobre Alce, que dormitaba, y sobre la madera oscura debajo de ella.

Bonnie tenía la cabeza gacha, así que no se dio cuenta de que Muslos se acercaba y me tendía una pesada bolsa de la compra. Como hasta ahora todo lo que había encontrado era uno de los huesos medios mordidos de Alce bajo el sofá, ansiaba claramente una prueba significativa de la culpa de Bonnie.

Vacié la bolsa de la compra sobre la mesa. Bonnie alzó la mirada. Había dos cajas sin abrir: una con un molinillo de café y otra con una de esas caras máquinas de café exprés. En el fondo de la bolsa había una factura de American Express; Sy Spencer, usuario de la tarjeta desde 1960, había pagado.

Me acerqué a ella, me senté al otro lado de la orden de registro y agité la factura.

—¿A Sy le gusta una taza de café después? —inquirí—. ¿O antes? Algunos tipos necesitan un poco de estímulo.

Ella no respondió, pero tampoco lo esperaba. Yo no existía. Además, obviamente Gideon le había advertido que no dijera nada, y ella lo cumplía al pie de la letra.

—¿Va a venir su abogado? —pregunté. Ella recogió la orden. Buscó un bolsillo para guardarla, pero como llevaba los pantalones cortos y la camiseta no tenía ninguno, se la quedó en la mano. Cambié de postura para al menos poder verla mejor. Su camiseta anunciaba un festival de cine, probablemente feminista. Sobre su pecho aparecía escrito «LAS MUJERES HACEN PELÍCULAS» en rojo, verde, amarillo y azul.

Deposité la factura sobre la orden de registro que sujetaba y señalé el nombre de Sy.

—Trescientos cincuenta y cinco pavos por una taza de café —dije. Al otro lado de la habitación, Muslos bufó; probablemente pensaba que ese sonido era una risa varonil de detective. Bonnie le dio un

manotazo a la factura, que cayó revoloteando al suelo.

La habitación estaba en completo silencio. Los únicos sonidos eran los ronquidos de la perra y luego el clunk, clunk de las pisadas de Robby en el piso de arriba. Me hubiera gustado ser quien encontrara el dinero en la bota, la oferta de venta de la casa. Se lo dije: «Me quedaré abajo, para vigilarla.»

Pero Bonnie no iba a ir a ninguna parte, y yo ya no podía moverme. Simplemente, permanecí sentado junto a ella. Podríamos haber sido una pareja desolada que esperara junta una triste cita, un especialista en cáncer, un consejero matrimonial. Yo no dejaba de mirarla de reojo; en vez de soltarse el pelo, sujetándolo tras las orejas, o en una cola de caballo, lo había recogido en una trenza. Tuve el deseo de extender la mano y, con la punta de mi dedo índice, acariciar cada uno de los resplandecientes lazos. Quise decir: «Todo saldrá bien.»

Lo que dije en realidad fue:

—¿Dónde ha escondido el rifle? —Ella no se movió—. Bonnie, su ventana de la oportunidad se está cerrando. Si nos lo pone duro, se lo pondremos duro.

Justo entonces, llegó Gideon Friedman, el abogado ninja: anchos pantalones de algodón negro, jersey negro, el pelo engominado peinado hacia atrás. Me levanté.

—Hola, abogado Friedman —dije—. Me alegro de verle.

El no me hizo caso y se plantó delante de Bonnie.

—¿Le has dicho algo? —le preguntó. Ella negó con la cabeza—. Buena chica.

Gideon recogió la orden de registro y la examinó. Vio que era correcta. Quiso quitarla de en medio, pero como tampoco tenía bolsillos, se la quedó en una mano mientras con la otra ayudaba a Bonnie a levantarse y la conducía a la cocina.

Debieron de hablar en voz baja allí. No pude oír nada, ni siquiera el murmullo de una conversación en susurros. Me acerqué a la estantería. La mayoría de los libros eran ediciones en rústica: cientos de novelas de misterio. Había libros sobre cine, biografías de actores y directores, *El manual del cineasta, La comedia en el cine*, y sobre Naturaleza, *Plantas de playa y duna, Recorriendo Long Island.* No había libros de sexo escondidos detrás de *Pájaros de Norteamérica*, nada de *Memorias de una pícara criada victoriana* ni *Deja de ser un cono complaciente y haz que se case contigo*, uno de esos libros que las solteras parecen tener siempre.

Justo entonces Robby bajó por las escaleras. Sus zapatos beige tenían gruesos tacones negros con tapas de metal. Sonrió, blandiendo una bolsa de pruebas con el fajo de billetes de la bota de Bonnie. Me acerqué a él.

—¡Ochocientos ochenta! —anunció.

—¿En billetes de diez o de veinte? —Intenté parecer sorprendido, asombrado—. ¿Como salidos de una máquina de cambio?

—Eso es.

—¿Algo más?

—La verdad es que no. —Robby parecía un poco decepcionado. Probablemente esperaba encontrar un rifle humeante.

—¿Ningún consolador en su mesita de noche? —Robby sacudió la cabeza—, ¿Ningún papel interesante?

—Nada.

Mierda, tendría que subir a echar un vistazo casual y luego encontrar la oferta de venta. A menos que ella la hubiera tirado.

—Sólo un montón de guiones en su despacho —continuó—. Cartas de rechazo en un archivo. ¡Pero escucha, tenemos suficiente! Este dinero es la estaca en su corazón. Y cuando tengamos sus muestras de sangre, se acabó.

—¿Alguna carta de rechazo de Sy?

—No, pero no necesitamos ninguna. ¿Dónde está ella?

—En la cocina, con su abogado.

—¿Crees que deberíamos detenerla ahora? —Era como un doberman encadenado y babeante: no podía esperar.

—Sí —dije—. Será mejor que acabemos de una vez.

Sentía la garganta reseca. Mi pecho se hinchó, pero no pude conseguir bastante aire.

Entramos en la cocina. Robby agitó la bolsa con el dinero delante de la cara de Bonnie.

—Ochocientos ochenta dólares en billetes de veinte —le dijo.

—Si tiene algún comentario, por favor diríjalos a mí —respondió Gideon.

—Oh, lo siento —dijo Robby, ofreciéndole una gran sonrisa de comemierda—. Encontramos esto oculto en una bota de su clienta. Todo lo que quiero saber es de dónde ha salido este dinero. Tal vez ella pueda decírnoslo.

—Oh —empezó a decir Bonnie—, es...

—Silencio —le ordenó Gideon.

—Pero, Gideon, no tiene nada que ver con Sy.

Gideon no parecía nada contento.

—¿Quieren dejarnos a solas durante un minuto? —preguntó.

Salimos al pasillo y oímos susurros. Inspiré profundamente, pero sólo conseguí marearme. Entonces Gideon llamó:

—Muy bien. Pueden entrar. —Cuando volvimos, hizo un gesto a Bonnie.

Ella le habló a Robby, como si sólo hubiera un poli en la habitación.

—El dinero que ha encontrado es lo que queda de dos mil quinientos dólares que cobré en diciembre pasado. Trabajo mucho para una compañía de ventas por catálogo, y el propietario me paga una vez al año. En metálico. —Y añadió—: Sin declararlo.

—Entonces no hay pruebas de que haya recibido los pagos —dije. Bonnie se obligó a mirarme, aunque sus ojos no se encontraron con los míos.

—Eso es lo que pasa cuando se cobra dinero negro —explicó, demasiado pacientemente, como si hablara con alguien con un coeficiente de inteligencia en números rojos—. Se supone que no hay ningún registro.

—¿Entonces sólo tenemos su palabra sobre la procedencia de ese dinero?

—¿Dónde si no podría conseguir ochocientos ochenta dólares?

—La mañana de su muerte, Sy Spencer sacó mil pavos de un cajero automático. Había desaparecido cuando lo encontramos.

—¿Llaman a esto trabajo policial? —interrumpió Gideon—. Ustedes no investigan. Lanzan todo lo que no pueden explicar contra la puerta de Bonnie Spencer. Obviamente, Sy se lo dio a alguien. O compró algo.

—No —dijo Robby.

—No diga que no. Conocía a ese tipo. Tenía muchos caprichos, y le gustaba satisfacerlos. Si veía una corbata de cien dólares que le gustaba, se compraba una de cada color.

—Créame, lo comprobamos —continuó Robby—. No tuvo tiempo para comprar nada. Y no le dio nada a nadie. La última persona que estuvo con Sy Spencer se llevó el dinero. Y sabemos que esa persona fue la señora Spencer.

—¿Saben eso? ¿Cómo lo saben? —preguntó Gideon, como si no pudiera creer en nuestra estupidez. Pero me percaté que también él lo sabía.

—Porque esa tarde estuvieron juntos en la cama de la habitación de invitados.

—¿De veras? —No hay nada como ver a un abogado desesperado tratando de hacerse el divertido.

—Sí, de veras —intervine—. En la cama había algunos cabellos que no pertenecían a Sy. Apostamos a que cuando obtengamos una muestra de la sangre de la señora Spencer, su ADN encajará perfectamente.

La mano de Bonnie subió para tocarse la cabeza. Recordó. Comprendió. Me miró con una mezcla terrible de furia y pena.

—¿Ahora, quiere saber lo que pasó la tarde en que asesinaron a Sy? —Sólo podía hablar con Gideon. Ya no tenía valor para seguir mirando a Bonnie—. Su clienta mantuvo relaciones sexuales con Sy

Spencer. Se pelearon. El salió del dormitorio. Ella cogió los mil pavos del bolsillo de su pantalón. Y cuando fue a darse un chapuzón, ella se puso un par de guantes de goma...

—No tengo guantes de goma —le dijo ella a Gideon.

—... y bajó por las escaleras. En algún momento, se dirigió a un punto justo al lado del porche trasero, donde...

Pude sentir que Bonnie me miraba directamente. Sus ojos eran grandes.

—No. Yo no lo hice. Ese dinero... lo conseguí...

—Vale —la interrumpí—. Deme el número del tipo de la compañía de catálogos.

Bonnie miró a Gideon, pero no esperó ninguna señal. Justo cuando él empezaba a negar con la cabeza, dijo:

—Se llama Vicent Kelleher. Vive en Flagstaff, Arizona. Hago tres catálogos para él. *Cocina campestre; Juno, ése* es para mujeres, y..., Dios, no me acuerdo del otro ahora mismo. Oh, *Manos hábiles.* Es de aparatos y manualidades.

Antes de que yo pudiera decir nada, salió corriendo de la cocina y subió a su despacho. La seguí. Sus manos temblaban mientras pasaba las páginas de su libreta de direcciones.

—Tenga.

Marqué el número. Todavía no estaba abierto. Gideon entró en el despacho, seguido de Robby. Finalmente, conseguí en Información el teléfono de la casa de Kelleher y le desperté. Sí, era Vicent Kelleher. Muslos debió de sentir que se cocía algo, porque también subió, pero el despachito era demasiado pequeño para que cupiera; se quedó ante la puerta, mirando el póster de *La vaquera.*

—Sí —afirmó Vicent Kelleher.— Soy dueño de varias compañías de venta por catálogo.

—Sí, una tal Bonnie Spencer había hecho algunos trabajos para él.

—¿Sin declarar? —pregunté—. ¿En metálico?

—¡No!

—¿Le pagó usted a la señorita Spencer dos mil quinientos dólares en metálico en diciembre pasado?

—¡No!

—¿En alguna otra ocasión?

—¡No! —Había hecho algunos trabajos para él hacía un par de años, y le había pagado... con cheques. ¿Tenía ella algún tipo de problema?

Colgué el teléfono. Me volví hacia Robby.

—Nunca le ha pagado en metálico.

—Eso es lo que suponía —dijo él.

Bonnie me agarró por las solapas.

—Le juro... —Era la primera vez que me tocaba. Retiré su mano.

—Por curiosidad —continué—, el señor Kelleher quiere saber si la dama tiene algún tipo de problema.

—Yo diría que sí —dijo Robby—. Grandes problemas. —Miró a Gideon y sonrió—. De hecho, creo que mañana mismo estará arrestada.

—Creo que deberíamos hablar —me dijo Gideon.

—Me parece que es demasiado tarde.

—Tiene razón —le dijo Robby a Gideon—. Es demasiado tarde. Ya no es hora de hacer acuerdos.

—No va a haber ningún acuerdo —dijo Gideon.

—Tiene razón —respondió Robby—. Ningún acuerdo. ¿Sabe por qué? Por que su clienta es carne muerta..., y todos lo sabemos.

Oh, bien. Veterano del Vietnam con el Corazón Púrpura y la Medalla de Bronce. Un poli grande y valiente con unas pelotas de metal tan grandes que sonaban. Excepto cuando los coches se alinearon delante de la casa de Bonnie como en un cortejo (Bonnie y Gideon en el BMW 735 de éste, Robby y Muslos en el viejo Olds Cutlass plateado de Robby, que era en realidad gris, y yo en mi Jaguar), para llevar a Bonnie a la central para hacerle un análisis de sangre. No pude obligarme a continuar el viaje; no tenía agallas para ver cómo conducían a Bonnie a su propio funeral. En cuanto pasamos la doble fila de tiendas del centro de Bridgehampton, me desvié al norte de la calle mayor y corté camino por carreteras secundarias hasta llegar a la autopista. Entonces pisé a fondo. Doscientos por hora.

Un gran tipo en un Jaguar. Cuando llegué a la central, muy por delante de ellos, ni siquiera pude ir a Homicidios. Me dirigí al lavabo de hombres y me senté en la taza.

Tenía miedo de enfrentarme a Bonnie.

No, tenía miedo de enfrentarme a lo que había hecho. Permanecí allí sentado, con el corazón martilleándome, advirtiendo que era el retruécano de algún chiste divino: esta mujer que de algún modo había llegado a significar mucho (no, todo) para mí, esta mujer sin la que no podía imaginar vivir, debido a mis agudas dotes de investigador, a mi habilidosa capacidad de persuasión, a mi lógica intachable, iba a ir a la cárcel y saldría siendo una anciana. Nunca volvería a ver a esta mujer, a esta encantadora.

Fuera cual fuese su magia, podía hacer lo que nadie más había hecho antes: proporcionarme vida. Pero antes de que pudiera resolver el misterio de cuál era su poder, resolví el misterio del asesinato de Sy Spencer. Oh, era un tipo cojonudo. Había roto su hechizo.

Y por eso ahora estaba total, completa y enteramente sin ella, sin ninguna esperanza de volver a tocarla o hablarle, por el resto de lo que serían, como poco, treinta o cuarenta años de mi vida sin vida.

Pasaría por el matrimonio, hijos, más homicidios, nietos, la jubilación, como si atravesara una niebla densa y sucia.

Allí estaba, un hombre de verdad. Un detective de Homicidios sentado en un cuarto de baño porque tenía miedo de enfrentarse a una asesina con una trenza resplandeciente que hacía buen café y tenía una perra maravillosa.

Pero conseguí controlarme, a excepción de uno o dos temblores. Sin embargo, no pude salir durante otros cinco minutos porque algún tipo de Crímenes Sexuales o Robos podía entrar a echar una meada y cuando pasara junto a él podría experimentar de nuevo los temblores, o incluso romper a llorar y entonces él se daría cuenta de que, de algún modo, yo no era el tipo duro que él, yo y todos los demás estábamos convencidos que era.

Así que me escondí en el lavabo hasta que pude volver a ser un hombre de nuevo.

Bonnie y Gideon, aunque no eran naturales del pueblo, habían vivido probablemente en South Fork lo suficiente para saber cómo llegar a la autopista de Long Island sin tener que esperar en el denso tráfico veraniego causado por los neoyorquinos, quienes, aunque son normalmente la gente con más prisa del mando, eran totalmente inútiles cuando se trataba de conducir; permanecían sentados pasivamente en sus coches recalentados, moviéndose a la velocidad de un caracol, para ir a *comprar* una botella de vinagre balsámico por treinta dólares. Sus cerebros de ciudad no podían comprender el concepto de sortear las carreteras principales. Naturalmente, todo eso cambiaría en el momento en que la revista *New York* publicara el artículo «Los nativos cuentan sus atajos secretos de los Hamptons».

Pero Bonnie y Gideon no querrían tomar un atajo. ¿Qué les esperaba que pudiera hacerlos abalanzarse hacia la central? Y Robby y Muslos no iban a empujarlos; conocían lo suficiente la zona sur de Suffolk para saber que una carretera en un mapa no significaba necesariamente una carretera en la realidad. ¿Por qué arriesgarse a hacer un giro equivocado, acabar en mitad de un campo de coliflores y dar a Gideon la posibilidad de reconsiderarlo y decidir pasarse unos cuantos días luchando contra los análisis de sangre, litigando lo ilitigable? Así que estarían arrastrándose al ritmo de todos los otros coches. Podían tardar otros treinta, cuarenta minutos. Incluso una hora.

Salí del cuarto de baño y me arrastré hasta Homicidios. Como trabajamos por turnos, compartimos una mesa entre dos o tres tipos. Hugo, el alemán agrio, estaba sentado ante la mía. Le hice una seña para que no se levantara y me senté en la de Robby. Dos minutos después, Ray Carbone asomó la cabeza. Llevaba puesta su expresión

amistosa, como si quisiera hablar de la herida de salida del cráneo de Sy, o de la teoría jungiana de la personalidad, así que cogí el teléfono, marqué el número de la hora y puse cara de expectación, como si quisiera hablar con algún testigo definitivo.

—Hora diurna en el este, diez catorce... y veinte segundos —dijo la voz del ordenador. Carbone se despidió y se marchó. Yo estaba demasiado agotado para colgar el teléfono, así que me quedé allí sentado, escuchando pasar el tiempo—. Hora diurna en el este, diez dieciséis... y treinta segundos.

Abrí el cajón de Robby, buscando un bolígrafo para poder hacer ver que tomaba notas. No había ninguno, pero sí un par de frascos medio vacíos de pastillas para el mal aliento, una tarjeta de visita del abogado de Mikey LoTriglio y, al fondo, el archivo que Robby tenía de Mikey. Lo saqué: «Michael Francis LoTriglio, alias Mikey LoTriglio, alias Gordo Mikey, alias Mickey Lopkowitz, alias Míster Cerdo, alias Michael Trillingham.» Había impresos de ordenador y de fax del Departamento de Policía de Nueva York y el FBI que mostraban su historial de arrestos: extorsión, usura, conspiración para vender bienes robados, evasión de impuestos. Y homicidio, dos veces. Habían encontrado a Richie Garmendia del Sindicato de Carniceros flotando bajo una viga del West Side con el cráneo roto. Y Al Jacobson, un contable de una compañía de seguros, estaba desaparecido y presumiblemente muerto, posiblemente tras haber sido arrojado a una mezcladora de cemento y convertirse, por tanto, en parte del Battery Park City en el bajo Manhattan.

Con todos sus arrestos, Mikey sólo había sido llevado a juicio una vez, por evasión de impuestos. Bueno, dos veces. Dos jurados suspendidos y el Gobierno lo habían apartado de su caso.

—Hora diurna en el este, diez dieciocho... y diez segundos. —Cerré los ojos e imaginé a Bonnie como la había visto por última vez; se había cambiado de ropa para venir a la central. La vi bajar por las escaleras con un jersey de algodón negro metido por dentro de una falda blanca lisa, y zapatos de tacón blancos y negros. Debió de ponerse algo de maquillaje, porque sus párpados se habían vuelto color bronce y sus labios parecían indicar que había estado comiendo cerezas. No era Bonnie, sino una figura alta, trágica y con muy buen gusto. Llevaba largos pendientes de oro y parecía enferma.

Abrí los ojos, pero no pude desprenderme de aquella visión, así que me obligué a mirar de nuevo el archivo. Robby había tomado montones de notas con su letra redonda de alumno de cuarto curso: sobre las relaciones de Mikey con la Mafia, incluyendo pistoleros conocidos, sobre su uso de los negocios de su familia como tapadera para los negocios de la Familia, sobre su amistad con Sy y su inversión en *Noche estrellada.* Notas detalladas, páginas y páginas. Pude ver

cómo se había preparado para la reunión de Homicidios del lunes, para defender su teoría de que Mikey era nuestro tipo.

Pero en la reunión yo le había convencido de que nuestro tipo era Bonnie. Y a partir de entonces, las páginas se habían vuelto párrafos, los párrafos, frases. «22-8. 4.10.» Eso fue aproximadamente media hora después de que nos visitaran Mikey y su abogado, aunque ni a Robby ni a mí nos importaba ya mucho. Los dos sabíamos quién había matado a Sy. «He hablado con Nancy Hales, contable de producciones Noche Estrellada, S.A.», había escrito. «Finalmente ha admitido que Mikey intentó sobornarla para conseguir información sobre la película.»

Pasé a la página siguiente, pero no había más. Colgué en «Hora diurna...». Algo no encajaba. ¿No más notas? Aunque Robby tuviera una cinta de vídeo con Bonnie apretando el gatillo, debería haber hecho algunas preguntas más. Como qué significaba «finalmente ha admitido». Como de cuánto era el soborno. Como en qué forma le había sido ofrecido a la contable. ¿Por teléfono? ¿En persona? ¿Cómo sabía la contable que Mikey era un mal tipo? ¿Cómo había dicho que no? ¿O no había sido así? Volví a guardar el archivo en el cajón, me acomodé en la silla y cerré los ojos. «Relájate. No es tu problema.»

Pero entonces abrí los ojos, me incliné hacia delante y llamé a Nancy Hales en la oficina de producción de *Noche estrellada* en un estudio de Astoria, Queens. Le solté un rollo diciéndole que Robby había sido asignado a otro caso; sólo estaba comprobando sus notas.

—¿Cuántas veces habló con el detective Kurz? —pregunté casualmente.

—Sólo una en persona.

—¿En su oficina?

—Sí. Y dos veces por teléfono. —Su voz era ronca y demasiado lenta. Era tonta o sureña, tal vez le gustaba el sexo telefónico.

—Hábleme de Mikey LoTriglio.

—Le dije...

—Lo sé, pero quiero oírlo en sus propias palabras, no confiar en sus notas. —Entonces añadí—: Créame, será mejor para usted.

—El dijo... —Estaba nerviosa—. El detective dijo que no tendría ningún problema si cooperaba.

—Así es. Ahora dígame qué sucedió.

—El señor LoTriglio vino un día a la oficina buscando al señor Spencer, pero creo que sabía que no estaba allí. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Sí.

—Preguntó por la contable, y alguien lo trajo a mi despacho. Cogió una silla y preguntó si pasaba algo raro. «¿Raro?», pregunté yo.

—¿Qué dijo él?

—Dijo: «No me venga con rollos.» Así que le dije que no podía discutir de negocios con él y él me dijo que era un inversor importante y yo le dije que lo sabía pero que tendría que esperar al visto bueno del señor Spencer. —Hizo una pausa—. Él era..., yo más o menos sabía que era un gángster. No como *Scarface*, pero me asustaba de todas formas. Por eso lo hice.

—¿Cogió su dinero? —pregunté.

—Ajá.

—¿Cómo se lo dio?

—Más o menos lo deslizó bajo el teléfono.

—¿En qué tipo de billetes?

—De cincuenta.

—¿Cuántos de cincuenta?

—¿No le dijo el otro detective cuánto era?

—Creía que estaba cooperando —dije.

—Diez.

—¿Y qué consiguió por quinientos dólares?

—Información sobre el asunto de Lindsay Keefe.

—Hágame un favor, Nancy. Estoy tomando mis propias notas. Empecemos por el principio. Explíqueme qué es el asunto de Lindsay.

—Que el localizador de exteriores extra y los dos trailers extra y los conductores de Teamster y la bonificación de Nicholas Monteleone por firmar el contrato y los cuatro decorados interiores que construimos..., bueno, nada de eso existía. Sy me hizo hacer varios envíos y... más o menos mover el dinero.

—¿Mover el dinero para Lindsay?

—Sí.

—¿Cuánto en total?

—Medio —susurró ella.

—¿Medio millón?

—Ajá.

—¿Por qué cobró Lindsay Keefe medio millón extra?

Su susurro se hizo aún más suave.

—No lo sé. Supongo que amenazaba con renunciar.

No lo entendía. Sy quería deshacerse de ella.

—¿Cuándo fue eso?

—Tres días antes de empezar las tomas principales.

Inspiré profundamente.

—Nancy, ¿por qué querría él darle medio millón más? Ella tenía un contrato, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces?

—Él estaba loco por ella. Y quiero decir loco de verdad. Habría hecho cualquier cosa por hacerla feliz.

O, en ese punto, por meterla en su cama. No era gran cosa. Él era Sy Spencer. Podía ser creativo con el presupuesto, y cuando *Noche estrellada* ganara noventa millones, ¿quién echaría de menos unos pocos cientos de miles? Y así, por un millón más otro medio millón, Sy se había comprado un coño realmente superior... y una actriz pésima que estaba destrozando su película. Eso debió de ser toda una patada en su arrogante trasero.

—¿Tuvo la sensación de que Mikey LoTriglio se había enterado de los comentarios negativos que estaba generando la actuación de Lindsay?

—Creo... Había un montón de rumores. Estoy segura de que los había oído.

—¿Cómo?

—Probablemente sobornando a alguien del equipo.

—¿Como quién?

—No lo sé.

—Y entonces descubrió por usted que Sy había amañado las cuentas para dar a Lindsay una bonificación de quinientos mil dólares.

—Sí.

—¿Cómo reaccionó Mikey? —Silencio—. ¿No habló sobre esto con el detective Kurz?

—No. Se lo habría dicho, pero no lo preguntó.

—Y usted no se ofreció voluntaria.

—No. Estaba asustada.

—Dígame lo que dijo el señor LoTriglio.

—Dijo..., cuando oyó la cifra exacta de lo que ganaba Lindsay, dijo: «Mi amigo Sy va a ver cómo le cortan las pelotas por esto.» Y entonces se marchó.

12

¿Qué demonios pasaba con Robby? Dios, si yo hubiera sido el asignado para investigar a Mikey LoTriglio, habría volcado sillas, gritado al policía que insistiera en que el asesino era la ex esposa. «¿Y qué si Bonnie dormía con Sy? —habría gritado—. ¿Hay una ley que lo prohíba? Ella se acostó con él, le dio un beso de despedida, le dijo que la llamara cuando volviera de Los Ángeles, y luego se fue a casa. Fijo. Oh, ¿tu teoría de que ella sabe disparar? ¿Ese es tu problema, capullo? Bueno, ¿qué hay de Mikey..., o de uno de sus muchachos? ¿Y qué hay de Lindsay? Enciende el vídeo y mírala manejando un rifle, a todo color.»

Y aunque la ex esposa hubiera dormido de verdad con un 22 entre las piernas cuando era niña en Utah, ¿podría haber matado a Sy? ¿Podría una mujer tan amable y afectuosa planear un asesinato tan frío y calculado? Estamos hablando de la vida, no de una jodida novela de Agatha Christie, donde el primo oveja negra de lord Smedley-Bedley es asesinado después de tomar pastas con el vicario una tarde lluviosa.

«Y escucha, gilipollas —habría gritado, y tal vez le habría apuntado con el bolígrafo a modo de dardo—, ¡escucha! ¿Qué hay de la personalidad criminal? ¿Quién es más probable que dispare al sentirse traicionado? ¿Una escritora fracasada que se ha acostado con todos los tipos de South Fork, que está tan acostumbrada a que los hombres le den la patada que podría escribir discursos de rechazo gracias a ellos, o un conocido gángster que acaba de descubrir que su supuesto buen amigo le está birlando medio millón de pavos?»

Si yo fuera Robby habría luchado. Habría construido un caso magnífico contra el gordo Mikey. Contra Lindsay, ahora que lo pensaba. Era una estrella de cine, una egomaníaca profesional, y Sy estaba a punto de largarla por la borda.

¿Entonces qué demonios estaba mal? Cuando presenté en la reunión mis cartas contra Bonnie, ¿por qué no derribó Robby unas cuantas? Habría sido tan fácil.

Tuve un rápido pensamiento: «Oh, Dios, ¿habré destruido una vida inocente?»

Pero entonces pensé: «¡Gilipollas, mira lo que ella te ha hecho! La señorita "todo naturalidad" es una timadora brillante. Primero mira la orden de registro, te dirige esa mirada de dolor, luego esa expresión de incredulidad, "¿cómo puedes herirme?". Y entonces la fría espalda. Tiene grandes poderes de intuición, esa Bonnie. Creías que eras muy duro, pero ella ha sabido todo el tiempo que sentías algo importante. Así que se sienta y lloriquea junto a la chimenea un día de calor. Deja temblar su boca. Jura que no lo hizo. ¿Por qué no iba a jurar? Sabe lo desesperadamente que el timado quiere que lo timen. Pero entonces ve que no puede alcanzarle... Bueno, lástima; lo intentó con lo mejor que pudo. Así que va al piso de arriba y se pone una falda sexy y pendientes de oro.»¿Pero y si está diciendo la verdad?

¿Entonces por qué mintió tanto?

Bueno, ¿y si mintiera entre dientes..., pero no lo hubiera matado?

¿No lo mató? Cojamos a Bonnie Spencer, Mikey LoTriglio y Lindsay Keefe. ¿Cuál de los tres es más probable...?

Robby entró justo entonces y se acercó a toda prisa. No le gustó que tuviera los pies sobre su mesa, junto a sus bolígrafos, pero estaba demasiado excitado para perder el tiempo con protestas.

—¡Bonnie está en el laboratorio! —Sólo el nerviosismo ante la posibilidad de que mi zapato manchara la placa de bronce en la que se leía «Detective Robert Leo Kurz» impedía que borboteara de placer—. Está allí ahora, con el abogado. —Yo no pestañeé—. ¿Qué pasa? ¿No quieres ir?

—¿Qué hay del soborno de Mikey? —le pregunté. El me dirigió una mirada de tonto de pueblo tan absolutamente estúpida que supe que era falsa—. Su soborno a la contable en la oficina de *Noche estrellada.*

—¿A quién le importa?

—A mí. Sabemos que la coartada de Mikey apesta a mierda. Así que tuvo la oportunidad. Y ahora, por lo que dice la contable, motivos. ¿Por qué demonios no seguiste esa línea de investigación y...?

Robby alzó la mano, rápidamente, mostrando la palma. ¡Alto! Agresivo, furioso, como uno de esos cretinos neonazis de la academia

de policía que enseñan como hay que dirigir el tráfico.

—Espera un segundo, Steve. —Cabreado. Definitivamente cabreado—. Tenemos a nuestro asesino, a la persona que todos consideramos el asesino, en el laboratorio, mientras hablamos. —Puso cara de circunstancias y salió de Homicidios en dirección al laboratorio.

Le seguí. Qué pedazo de cabrón era Robby, con la comisura de los labios blanca de corteza de Tums. Irradiaba olor a laca. Su traje hacía juego con sus zapatos beige claro. Un traje de cabrón; se suponía que el traje parecía lujoso, como de lino, pero en cambio parecía cortado de un trozo de tela que tuviera una reacción alérgica a su propia fealdad. Se notaba su brillo malsano; estaba cubierto de bultitos minúsculos.

—Eh, quiero hablar contigo un segundo —lo llamé. Él no se paró.

Llegamos a la puerta del laboratorio justo cuando Bonnie y Gideon salían. Ella apretaba un algodón contra el pinchazo en su brazo, así que no me vio hasta que pregunté: «¿Cómo ha ido?» Alzó la cabeza, sobresaltada, aterrada, la chica guapa de una película de terror que acababa de ver al monstruo.

Yo bien podría haber sido uno. Intentó marcharse tan rápidamente que tropezó con su propio zapato de tacón y se habría caído si Gideon no la hubiera agarrado del brazo. Bonnie se desplomó contra él un segundo, hasta que recuperó el equilibrio.

Pero, durante un instante, los ojos de Bonnie cayeron sobre los míos. Allí estaba, por fin: miedo absoluto. Los ojos flotando en las órbitas, desenfocados, aterrorizados ante el monstruo que la acechaba. Y entonces se dio la vuelta y corrió por el pasillo. Sus largas y rápidas zancadas quedaban frenadas por la estrechez de su falda, así que Gideon pudo alcanzarla.

Después de que desaparecieran en una esquina, Robby dijo:

—Iré al tribunal, conseguiré la orden de detención —y se dispuso a marcharse.

Agarré la manga de su repulsivo traje.

—Todavía no.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que cometeríamos un error si nos apresuráramos.

—¡Nada de eso!

—Así es.

—¡No!

—Robby, ¿cuántas horas has empleado en buscar ese 22? No las suficientes. Tenemos que precisar más.

Su labio superior se replegó, de modo que casi quedó haciendo una mueca. Sus dientes desnudos tenían el mismo color que su traje y sus zapatos beige.

—¿Qué demonios pasa contigo? —inquirió—. ¿Te vuelves blando? ¿Vas a arriesgarte a dejarla escapar?

—¿Adonde iría?

—A cualquier parte. Escucha, estuve en su armario. ¡Tenía botas de montaña! ¡Una mochila!

—Por el amor de Dios. ¿Qué demonios va hacer? ¿Perderse en los pantanos? —No le dije que ésa era precisamente la pesadilla que me había robado cinco horas de sueño la noche anterior. Bonnie podía escapar. Casi me había ahogado con las sábanas retorcidas mientras la buscaba. Podía desaparecer, dejar el condado, abrirse paso gradualmente hacia el norte, robar un bote, dejar Long Island—. ¿O crees que ese abogado maricón va a esconderla en su bodega?

—¡Podría volver a Utah!

—¿Y qué? Tenemos las direcciones de todos sus hermanos, y de su padre en Arizona. No tiene sitio donde esconderse.

—Si la detenemos ahora, antes del fin de semana, seremos héroes. Maldición. ¿No te importa tu carrera?

—Métetela en el culo, Robby.

Robby golpeó la pared con el puño, provocando un sonido sordo y nada dramático.

Pero su voz lo compensó, atronadora, ampliada por el estrecho pasillo, para que toda la planta pudiera oírlo.

—¡Vas a joder este caso!

—¡No! Voy a hacer mi trabajo, seguir todas las pistas. No voy a ser un lameculos que toma atajos porque se muere por ascender. —Di un húmedo beso al aire—. Yuu-huu, capitán Shea. Aquí tiene la solución al horrible asesinato que ha llamado la atención de la prensa nacional. Por favor, llévese todo el crédito. Yo sólo quiero la satisfacción de un trabajo bien hecho... —Robby alzó los puños y se balanceó. Sus llaves sonaron en los bolsillos de su pantalón—. ¡Santo cielo! ¡No me pegues, Robby!

—Cierra la jodida boca, Brady.

—¡No me pegues! Tengo cuarenta años.

—Escucha, perdedor, borracho hijo de puta, voy a ir al tribunal a conseguir una orden de arresto. Ahora.

—Bien. Sal de aquí. Mientras tanto, iré a ver a Shea y le diré lo hijo de puta y perezoso que eres, y cómo sacas la pistola y le presentas un caso que podría hacerse pedazos a los cinco segundos de llegar al gran jurado.

Fue más parecido a una película que a la vida, casi un fotograma congelado. No me moví. Robby mantuvo los puños en alto, pero finalmente, lentamente, los abrió. Sus dedos se extendieron. Parecía que al final había decidido estrangularme.

—Cálmate —dije por fin.

—Vete al carajo, borracho.

—Escúchame. No te apresures. Vas a empujar a Shea, y luego el fiscal del distrito encontrará cincuenta cabos sueltos... como Mikey LoTriglio. Como Lindsay.

—Lindsay —se mofó.

—¿No te has enterado? Una de esas revistas sensacionalistas va a publicar una foto de Lindsay en *Transvaal* donde empuña un rifle. «¿Está Lindsay Keefe entrenada para matar?» ¿No comprendes que el *Daily News* va a hacer un gran estudio sobre las conexiones de Sy con la Mafia? ¿Y no ves que a menos que podamos responder a todas las preguntas que puedan surgir con una sola respuesta, Bonnie Spencer, el departamento quedará como si hubiera intentado cargarle el muerto a una dulce ex esposa hundida en la miseria, y tú y yo seremos los responsables?

Robby no respondió. Y no me estranguló. Simplemente bajó las manos, se volvió y, con sus zapatos beige de tapas metálicas, volvió a Homicidios.

—No me preguntes por el caso, Germy —dije al teléfono.

—No voy a preguntarte por el caso —respondió él con su voz de cien mil dólares de colegios de Nueva Inglaterra—. Soy crítico de cine, no periodista de la prensa del corazón. Y no te he preguntado qué sucede con tu caso, sino contigo. Pareces... es difícil de describir. Cansado. Exhausto.

—Soy demasiado viejo para esta mierda. —Tras haber despedido al alemán agrio de nuestra mesa común, desplegué mis archivos ante mí, pero no abrí ninguno—. Háblame de Lindsay Keefe.

—Me encanta. Cine negro clásico. El duro policía se enamora de la rubia sofisticada y glacial.

Lo consiguió: me hizo sonreír durante un segundo.

—Sólo quiero saber sobre *Transvaal.*

—¿Por qué?

Vacilé, pero entonces dije:

—Te conozco desde hace suficiente tiempo como para saber que mantendrás la boca cerrada, Jeremy.

—Eso es, Steve.

Vi que había estado garabateando en la portada del archivo de Bonnie. Cubos tridimensionales en sombras. Sus iniciales, advertí, eran las mías al revés.

—Muy bien, he oído que Lindsay aparece disparando un rifle en la película. —Germy hizo ese sonido exhalante de la clase alta que queda entre ¡Ah! y ¡Oh!—. Lo que estoy preguntando es si..., sin provocar curiosidad, puedes conseguirme el nombre de alguien que sepa qué sucedió mientras rodaban esa película.

—Alguien que sepa si Lindsay sabía disparar de verdad o si simplemente apretó el gatillo y el ingeniero de sonido puso el ¡bang!

—Sí.

—Llámame dentro de una hora. —Hizo una pausa—. Y escucha. Un consejo de un viejo amigo... No pareces tú mismo. Tómatelo con calma. ¿De acuerdo?

—Claro —dije—. Me pondré bien.

Llamé a Lynne, esperando encontrar su contestador automático. Pero respondió ella.

—¡Hola! —Alegre, acogedora. Yo no tenía nada que decirle. Colgué y marqué el número de mi hermano.

—Vamos, Easton. Escucha. ¿Recuerdas que me dijiste que Sy nunca habría despedido a Lindsay? —pregunté.

—Él habría hecho que ella se lo creyera, pero nunca la habría despedido. —La voz de Easton sonaba pastosa, levemente drogada.

Obviamente le había despertado de uno de sus sueños maratonianos rituales: el pijama a rayitas puesto, el teléfono sobre una almohada en el suelo para ahogar el timbre, las cortinas cogidas con una pinza para asegurar una eternidad de oscuridad. Sus sueños eran huidas que podían durar semanas, con el único intermedio de algunas excursiones, con sus zapatillas de cuero, a la cocina, donde se metía en la boca comida blanda (helado, macedonia de frutas), sin prestar atención, como si alimentara a un bebé que no tuviera hambre. Ocasionalmente, ofrecía una tenue excusa: «El médico dice que probablemente es mononucleosis», y entonces tosía débilmente. Los periodos de sueño de Easton aparecían cada vez que se daba cuenta de que no iba a ser un agente de seguros estrella, o un héroe de la ropa de hombre. Empezaba a llegar tarde al trabajo, y volvía a casa temprano, a veces después de almorzar. El jefe llamaba, primero para soltarle un sermón, finalmente para despedirle, y él simplemente murmuraba: «Si eso es lo que quiere», y colgaba el teléfono y volvía a dormirse.

—Bueno, ¿qué tenía para permanecer despierto ahora que Sy había muerto?

—East, vamos. Concéntrate un segundo.

—Estoy concentrado —dijo, irritado.

—¿Crees que es posible que Lindsay supiera que Katherine Pourelle había recibido un guión de *Noche estrellada*, o que Sy iba a verla en Los Ángeles?

Easton trató de despertarse para la ocasión. Casi se le podía ver sacudiendo la cabeza, despejando la niebla.

—¿Lo sabía? —murmuró. De repente pareció alerta, interesado, protector—. ¿Por qué quieres saber cosas sobre Lindsay?

—Mira, sé que..., bueno, que te sientes atraído por ella, pero

intenta ser objetivo, East. Se trata de un homicidio.

—Y crees que si Lindsay lo hubiera descubierto de algún modo..., Steve, eso es una idiotez.

—Probablemente. Pero no puedo dejar ningún cabo suelto.

—Concédeme un segundo —rogó—. Debo de haberme quedado dormido un par de minutos. Todavía estoy un poco aturdido.

Metí la mano en el cajón y saqué un llavero cortauñas que me habían regalado en la inauguración de un túnel de lavado de coches y me hice algo parecido a una manicura. Me dio la impresión de que tendría tiempo de quitarme los zapatos y los calcetines y arreglarme los dedos de los pies, pero por fin Easton habló, aunque vacilante.

—Lindsay sentía... cierta curiosidad por los negocios de Sy.

—¿Eso qué quiere decir en la vida real? ¿Era entrometida?

—Si quieres verlo superficialmente...

—Ponme un ejemplo. —El no respondió—. Déjate de chorradas caballerescas. No pretendo arrestarla. Sólo quiero acabar con el papeleo de este caso.

—¿Es Lindsay sospechosa?

—No.

—¿Quién lo es?

—Nada de comentarlo en público, ¿vale?

—Por supuesto.

—La ex esposa, Bonnie. Pero Lindsay disparó un rifle en una película llamada *Transvaal*, así que tengo que hacer unas cuantas comprobaciones más. Ahora dime, ¿era entrometida?

—La palabra que he empleado ha sido «curiosa». Verás, Sy normalmente hacía sus largos después de ella. Así que cuando volvía a la casa, supuestamente para darse una ducha, entraba en su estudio.

—¿Y?

—Y fingía estar buscando un sello o un clip, pero en realidad examinaba los papeles que había en la mesa. Oh, acabo de acordarme. Sy tenía uno de esos ordenadores calendario de bolsillo. Una vez, la vi pulsando algunos botones. Supuse que estaba leyendo todas sus entradas. Sé que esto la hace parecer una entrometida. La verdad es que no lo era. Sy era más que su amante: era su jefe. Ella sabía mejor que nadie lo brutal que podía ser cuando no estaba satisfecho con alguien, y definitivamente no estaba satisfecho con ella. Así que, como si dijéramos, ella estaba protegiendo sus intereses.

—Llega hasta el fondo, Easton. ¿Crees que sabía por qué iba Sy a Los Ángeles?

—¿Hasta el fondo? —reflexionó. Yo esperé—. Se volvió cada vez más y más curiosa. Visitas extra a su estudio. Comprobaba el fax por la mañana temprano, antes de que Sy se levantara, antes de ir al plato.

—¿Cómo sabes lo que sucedía tan temprano?

—Me gustaba llegar temprano. Esto resulta embarazoso.

—Escucha, ¿crees que eres el primer tipo en la historia de la humanidad que hace el tonto por una chica? Soy tu hermano. Puedes decírmelo. ¿Llegabas temprano porque querías verla?

—Sí. Pero ella nunca intentó ocultar su curiosidad. O pensaba que yo era tan parte de la casa como el papel pintado, o notaba lo que yo sentía por ella y se sabía a salvo. —Easton suspiró—. Creo que debía de ser eso. Pero, en cualquier caso, lo que quieres saber es si creo que Lindsay sabía que Sy iba a tomar medidas. Y la respuesta es sí. Lo creo.

Germy llamó media hora más tarde. Había hablado con el productor de *Transvaal.* Habían contratado a un cazador sudafricano como consejero técnico, y él le había dado a Lindsay un par de lecciones con un rifle. El productor no tenía ni idea de qué tipo de tiradora era Lindsay, pero añadió que tuvo un rápido asunto con el cazador antes de liarse con un actor negro que interpretaba a un activista antiapartheid.

Gideon llamó a eso del mediodía. Estaba en su oficina. Había contratado a Bill Paterno para que defendiera a Bonnie, pero quería charlar por última vez conmigo. En persona. De hombre a hombre. Lo dijo sin retintín. ¿Podía venir a mi oficina? Miré a Robby. Estaba encorvado sobre su mesa, examinando los informes del ADN del laboratorio, arrastrando el dedo índice por las páginas, moviendo los labios, invocando al dios de la Ciencia para que bendijera su cruzada contra Bonnie Spencer. Parecía lento y concentrado y un poco chalado, así que le di rápidamente a Gideon la dirección del restaurante más cercano, le dije que se reuniera allí conmigo a la una y media, y que dispondría del tiempo que yo tardara en dar cuenta de una ensalada de pollo y un sándwich de bacon y un batido de vainilla..., cosa que, cuando observaba mis modales, me ocupaba aproximadamente cuatro minutos.

El Cielo Azul había sido una vez un sitio grasiento, pero el griego que lo había comprado lo había remodelado. Así que ahora apenas había grasa. Las paredes estaban paneladas con roble falso, los techos aparecían salpicados de lámparas de gordos globos y plantas colgantes de plástico. El menú, una lista de todos los productos capaces de ser pasados por el microondas, era casi tan grueso como la Biblia. El dueño se acercó a nosotros, libreta en mano, dispuesto a transcribir todo lo que dijéramos.

Miré a Gideon.

—El cocinero normalmente se lava las manos después de cagar, así que puede tomar ensalada de pollo o atún sin morirse. Las hamburguesas saben a neumáticos para la nieve. Todo lo demás lo

sirven quemado.

—No le haga caso —dijo el dueño—. Es un poli estúpido. Toda mi comida es buena. El plato especial de hoy es lenguado con espinacas en salsa de queso.

Gideon dijo que no, gracias, que ya había comido. Sólo un café helado. Yo pedí, y el dueño se marchó a la cocina.

—Adelante —dije—. Dispare.

Gideon ajustó su cuchillo, cuchara y tenedor y tardó un minuto en asegurarse de que el borde de su servilleta estaba absolutamente paralelo al borde de la mesa. Cuando lo consiguió, abrió inmediatamente la servilleta y se la puso sobre el regazo. Advertí que, a pesar de su corte de pelo y su apostura, el puente de su nariz parecía haber quedado aplastado al nacer o en una pelea y nunca había vuelto a su sitio.

—Esperaba que esta conversación no fuera necesaria —dijo en voz baja.

—No lo es. Podría haberse ahorrado el viaje, y una indigestión ácida por el café helado. Todo lo que estamos haciendo ahora es atar unos cuantos cabos sueltos. Probablemente mañana arrestaremos a su clienta.

—Se llama Bonnie.

—Lo sé. —Empezaron a dolerme las mejillas; podía sentir la presión de las lágrimas en algún lugar detrás de mis ojos. No iba a perder la compostura, pero si lo hacía, no sería delante de este tipo—. Acabemos de una vez.

—¿Por qué está contra ella?

—Señor Friedman, con el debido respeto, usted es su amigo y éste no es su campo. Está personalizando una investigación criminal. Y me está haciendo perder el tiempo y no le hace a su cliente ningún favor. Háganoslo a todos: espere a mañana. Deje que se encargue Paterno. Está acostumbrado a tratar con nosotros y con el fiscal del distrito.

El dueño volvió con el café helado y un pequeño cuenco con bolsitas de leche y azúcar. Gideon esperó hasta que se hubo marchado.

—Es usted quien lo está personalizando —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es moral y éticamente equivocado investigar a alguien con quien...

«Prepara el paraguas —pensé—, porque aquí viene: una lluvia de mierda.»

—¿Con quién qué?

—Con quien se ha acostado.

Sentí calor. La sangre se agolpó en mi frente, en mis ojos, en mis oídos. Estaba terriblemente furioso. Y decepcionado también; no podía creer que ella recurriera a algo tan bajo, lo que ponía de manifiesto el

estado en que me encontraba. No había tenido ningún problema para creer que, con intención maligna, ella podía planear y ejecutar un homicidio. ¿Pero decir una mentira? ¡No mi Bonnie!

—Eso es una mentira total y absoluta —aseguré.

—No, no lo es. —El estaba tranquilo, en paz. Fuera cual fuese la mierda que me estaba echando encima, era una mierda que la zorra de Bonnie le había hecho creer.

—Su amiga tiene un pequeño problema de honestidad, abogado. Nunca le he puesto una mano encima. Nunca he hecho una observación sugerente. Nada.

—Eso sí que es una mentira.

—Mire, no quiere realmente ese café helado. Vuelva a East Hampton, practique un poco de ley inmobiliaria, olvide esta conversación. —El permaneció impasible—. Vale, el jefe de Homicidios es un tipo llamado Shea. Adelante. Hable con él. O curse una queja formal al departamento.

—¿Qué sucedió entre ustedes dos que hace que usted tenga tantas ganas de perjudicarla?

Alcé la cabeza y vi que el camarero volvía con mi sándwich y el batido. La comida parecía pálida, hinchada, muerta, como algo sacado del agua, algo que, antes de poder impedirlo, te hace vomitar.

—Mire —le dije a Gideon— obviamente ella le ha hecho creer que sucedió algo. No voy a intentar convencerle de lo contrario. —Un pedazo de bacon asomaba por fuera del pan, oscuro, arrugado, como un gusano—. Pero no voy a estropear mi almuerzo y quedarme aquí sentado escuchándole decir que le metí mano cuando la estaba interrogando, o que le mostré mi placa y dije: «Folla conmigo o irás a la cárcel.» ¿De acuerdo? Así que dese un paseo, señor Friedman.

Apenas pude oírle.

—No hablo de la investigación. Estoy hablando de lo que pasó hace cinco o seis años.

—¿Qué?

—Hace cinco años. Usted..., yo no lo llamaría romance. Pero no fue sólo un típico ligue de una sola noche.

—Se equivoca de tipo —repliqué.

—Ella me llamó al día siguiente. Lo recuerdo. Parecía jubilosa. Me dijo: «¡Gideon, he conocido a un hombre maravilloso!»

—Está mintiendo. O tal vez está sólo... Tal vez todo este asunto la ha trastornado un poco, si es que no lo estaba ya.

—Bonnie está completamente cuerda.

—Entonces tal vez se trata de un simple error, y sencillamente piensa que me vio bajo sus sábanas. Mire, estoy seguro de que sabe que no es un secreto que por su cama han pasado un montón de tipos.

Gideon llevaba una ligera chaqueta verde oliva sobre su traje de

ninja. Seda, probablemente. Se bajó una manga, luego volvió a subirla.

—Bonnie me dijo: «Creció aquí en Bridgehampton. En una granja. A un par de minutos de aquí.»

No dije nada. Sacudí la cabeza.

—Recuerdo esa conversación, señor Brady. Nunca la había visto tan alegre. Dijo: «Es policía, nada menos. Detective. Muy listo. Y con un maravilloso sentido del humor. Me divertí.»

—No fue conmigo —dije; él empezó a trabajar en su otra manga—. Lo siento. Sé que cree lo que dice, pero no era yo.

Gideon abrió una bolsita y sirvió leche en su vaso.

—Ella dijo...

—Por favor. Esto no tiene sentido.

—Déjeme terminar. Ella dijo: «Se llama Stephen Brady.» —Yo seguí sentado frente a él, todavía negando con la cabeza—. Recuerdo su nombre, porque tuvimos una larga y..., bueno, divertida discusión sobre si Brady es apellido WASP o irlandés y sobre las... tendencias sexuales de cada grupo. Bonnie dijo que se lo preguntaría la próxima vez que lo viera. —Gideon cogió una bolsita de Equal y sirvió el polvillo en su café—. Ella no tenía ninguna duda de que volvería a verle. Eso fue lo más curioso: su absoluta certeza de que aquella noche había sido especial. Ella ha corrido mucho, conoce el mundo. Nunca ha tenido tendencia a autoengañarse. Sabía lo que sucede cuando conoces a alguien en un bar...

—¿Qué bar?

—El Gin Mill. Está en...

—Sé donde está. Continúe.

—¿Qué más se puede decir? Bonnie sabía que cuando invitas a un hombre al que has conocido en un bar a que vuelva a tu casa, no esperas que te envíe flores al día siguiente.

—¿Dijo que le envié flores?

—No. Es una metáfora de romance. Pero ella sintió que entre ustedes dos había sucedido algo. Algo fuera de lo común. —Apoyé la cabeza en la palma de mi mano y me froté, de un lado a otro—. No puede haberlo olvidado. Incluso aunque tan sólo fuera otro ligue para usted, al verla a ella, al ver la casa...

—Le estoy diciendo que no lo recuerdo.

El rostro joven y guapo de Gideon, con su nariz aplastada, parecía más confuso que furioso.

—¿Por qué la *vendetta* si no lo recuerda?

—No había ninguna *vendetta.* Ella es culpable.

Su cucharilla chocó contra el vaso mientras lo agitaba, pero su voz fue muy amable.

—¿Por qué no pidió que uno de sus colegas se encargara de Bonnie

en la investigación?

—No hay ningún motivo para que lo hiciera otro. Nunca la había visto antes.

—Pero la había visto. Sucedió.

Tardé mucho rato, pero por fin dije:

—Escuche, soy alcohólico. Llevo sobrio casi cuatro años. Pero hay partes de mi vida en blanco. Días, tal vez semanas, que nunca podré recordar. Tal vez... Hubo un montón de mujeres. Por lo que sé, ella pudo ser una. Desde el principio tuve la impresión de que me resultaba familiar. Supuse que la había visto en el pueblo.

—No lo niega, entonces.

—No. Pero tampoco lo admito. Tal vez pasé la noche con ella. Tal vez le dije que era una persona magnífica. Era una de las cosas que decía siempre: «No es sólo el sexo, nena. Eres tú. Eres una persona magnífica.» Pero si pasé algún tiempo con ella, nunca sabré lo que hice o lo que dije.

—Por cierto, le dijo que la amaba.

—Pero nunca volví a verla, ¿no?

Gideon se echó hacia atrás y cruzó los brazos. Relajado, conversador.

—Ella dice que estaba usted más gordo entonces.

Yo había perdido diez kilos después de dejar de beber y empezar a correr.

—Y tenía bigote. Grueso, hacia abajo.

—Sí.

—Por eso ella tardó un poco en darse cuenta de que era usted cuando llamó a su puerta. ¿Y sabe qué le pasó por la mente entonces? Pensó: «¿A quién le importa que nunca llamara? ¡Ha vuelto!»

—Señor Friedman, ¿no lo comprende? O bien ella ha hecho una pequeña investigación sobre mí en el pueblo y se ha inventado todo esto..., o sucedió de verdad. Pero no importa. Pueden retirarme del caso, poner a otro en mi lugar, y el resultado seguirá siendo el mismo. Bonnie Spencer será llevada a juicio, con pruebas circunstanciales, sí. Pero fuertes pruebas circunstanciales. Lo más probable es que la declaren culpable. E irá a la cárcel. Y no importará nada si yo me acosté con ella y le dije que la amaba o si nunca la había visto antes de llamar al timbre.

—Bonnie tenía razón. Es usted muy, muy listo.

—Gracias.

—Escúcheme. Ha construido una teoría inteligente e imaginativa de cómo fue asesinado Sy. Todo lo que le pido ahora es que revise sus datos, que vuelva a poner esa misma creatividad en funcionamiento.

Sacudí la cabeza.

—Inténtelo. Construya otro caso. Uno real esta vez, no un mito.

—No puedo.
—Tendrá que hacerlo.

13

Salí del restaurante sin haber tocado la comida. La tarde se había vuelto sofocante. Pensé en buscar una reunión de Alcohólicos Anónimos, pero en cambio conduje hacia el norte, sin rumbo, alejándome de la central. Dejé el coche en el aparcamiento de un centro comercial, un cielo suburbano, con su gran salón abierto las veinticuatro horas, su peluquería, su almacén de yogurts congelados y su tienda con manteles de papel, platos, tazas y toallas de Carlitos y Snoopy.

Subí la capota, guardé bajo llave la pistola y me puse los pantalones cortos y las zapatillas que guardaba en el maletero del coche: mi taquilla de gimnasio sobre ruedas. Me enganché el busca en la tirilla elástica de los pantalones. Había usado mi camiseta de correr para limpiar la varilla del aceite, así que tuve que correr a pecho descubierto.

La humedad era sofocante. Alegremente me habría puesto una de esas cintas azules de las que me había estado riendo todo el verano, esas que los corredores de Nueva York llevan puestas en torno a la frente intentando parecer albañiles en vez de idiotas ricos. E incluso habría aceptado una de sus riñoneras, con su botella de plástico con agua mineral.

Durante el primer par de kilómetros a través del centro de Suffolk (pasando ante casas recubiertas de aluminio barato y agujereado, donde nadie, aparentemente, tenía el suficiente orgullo de propietario para clavar un buzón con el apellido «McCarthy» sobre un poste, o plantar un manzano o un rosal o cualquier otra cosa aparte del enebro enano que el constructor había colocado en el jardín; pasando ante unas cuatro hectáreas de hierba pelada con un cartel de «Se Vende»)

no pensé mucho en Bonnie. No pensé en nada.

Pasé corriendo ante una pequeña granja, igual que cualquier otra de South Fork, aunque el aire de aquí no tenía el dulce aroma del océano para oscurecer el brusco perfume de fertilizantes y pesticidas. Pero era bonita: tenía un sembrado de patatas rojas, casi listas para la recolección. Estaba rodeada de tréboles rosa oscuro y campanillas blancas. Las patatas tenían buen aspecto. A muchos granjeros de Long Island no les gustan las rojas porque suelen ser más duras, pero había llovido lo suficiente...

¡Bonnie! No una fantasía esta vez. Un recuerdo auténtico.

El Día del Trabajo, a eso de las cuatro de la tarde. El interior del bar (sí, Gideon, el Gin Mill) estaba abarrotado y lleno de humo, como la noche del viernes del fin de semana del Memorial Day. Pero la temporada de verano había acabado, y los aprendices de yuppie ya no andaban por allí de caza, felices, expectantes. Los mismos neoyorquinos de mierda se apretaban ahora contra la barra, empujándose unos a otros. Estaban terriblemente bronceados y terriblemente desesperados, con los brazos extendidos resecos por el sol, las manos ansiando sus margaritas («¡Sin sal!»), bebiendo copiosamente para ocultar su desesperación porque habían pasado otro verano sin haberse enamorado, o al menos encontrado a alguien que no los humillara riéndose a carcajadas (Ja! Ja! Ja!) en una película del Upper East Side, o estando gordo en TriBeCa, o llevando Hush Puppies de gamuza marrón en el sur de Central Park.

Era la época perfecta para uno del pueblo como yo, aburrido con un junio, julio y agosto de recepcionistas y enfermeras, quería (para una noche) un polvo con una mujer adulta y predispuesta. Ligues fáciles. Ese primer lunes de septiembre ya sabía que la vicepresidenta corporativa de treinta y cinco años ya habría dejado de jugar al Juego de la Geografía, con un automático «se acabó» para los tipos de los Hamptons. También sabía que las financieras de pelo rizado, labios brillantes y cuellos delgados ya no murmurarían «¿De veras?» y se irían al servicio de mujeres dos segundos más tarde al enterarse de que yo era policía. Estas mujeres del Gin Mill no se habían enredado con un banquero, un médico o incluso un contable sin su licencia. Así que ahora sería: «Te envidio, vivir aquí todo el año», y «¡Detective de Homicidios! Dime, ¿cómo puedes soportar mirar... cuál es la mejor forma de expresarlo, el lado oscuro de la condición humana día tras día?»

Pero en vez de encontrar a una de ésas, divisé a Bonnie. Si tuviera que decir por qué la elegí, podría haber sido porque era el «verano de la permanente», y ella era la única mujer sin cascadas de rizos. O porque no llevaba uno de esos vestidos con cuadros y rayas y flores, donde nada encaja a propósito.

Bonnie estaba apoyada contra la barra, el pie en la varilla metálica, destacando por su altura entre las otras mujeres. Rebuscaba en el bolsillo de una falda corta roja y amarilla a cuadros, apartando pañuelos de papel y llaves, para encontrar el dinero con el que pagarse una cerveza. Llevaba un *top* rojo. Mientras avanzaba hacia ella, pude ver el brillo de sus anchos hombros bronceados. «Piel de satén —pensé—, no correosa.» Le puse una mano en el hombro. Era de seda. Dije: «Yo la invito», y le di al camarero tres pavos por su cerveza. Ella sonrió. «Gracias.»

Pero eso era todo lo que podía conjurar: una imagen. Seguí corriendo, el sudor chorreándome por la espalda, otros cuatro kilómetros, alrededor de la granja, luego más allá de los pastizales, hasta la patética extensión bordeada de aluminio de Long Island. Esperaba poder despejarme la cabeza. Pero todo lo que podía recordar en aquel calor asfixiante era a Bonnie Spencer en el frío aire acondicionado del Gin Mill, sujetando su cerveza con las dos manos, como una novia sujeta su ramo. Entonces llevaba el pelo corto, un poco irregular; tal vez había intentado darse un corte sofisticado, pero había acabado pareciendo la hermana mayor de una ninfa del bosque. Las luces del bar hacían que sus brazos y sus hombros brillaran.

Di un par de vueltas caminando alrededor del aparcamiento, para refrescarme, pero el aire era tan denso y húmedo que todo lo que conseguí fue dejar de resollar. Seguí por allí otros cinco minutos, esperando una leve brisa, pero no apareció ninguna, así que entré en el coche y usé la camiseta manchada de aceite como toalla. El busca se me había marcado en la piel, y había una magulladura rojo oscuro en mi costado derecho.

Entre en el Jaguar, rocié un poco de desodorante bajo mis brazos y luego me resigné a ponerme rápidamente la camisa, la corbata y la chaqueta, antes de que algún ama de casa pudiera asomarse y verme encogido ante el volante mientras me subía la cremallera. No dejaba de repetir la escena en mi mente.

—Yo la invito. —Solté mi bebida (vodka con un toque de lima) y le tendí al camarero los tres billetes doblados.

La sonrisa de Bonnie, tan radiante que por un momento me sentí mareado.

—Gracias.

Entré en el supermercado y compré una botella grande de refresco. Mi cara debía de estar casi púrpura, porque la cajera dijo:

—Será mejor que tenga cuidado, amigo. Ya sabe, con todo este calor…

—Yo la invito —le había dicho a Bonnie.

—Gracias.

Me senté de nuevo en el coche, bebí el refresco, intentando recrear

lo que había sucedido a continuación. Lógicamente, yo diría «Steve Brady» y ella «Bonnie Spencer», y un par de minutos más tarde tal vez estuviéramos riendo sobre cómo dos tipos de Bridgehampton se conocían en East Hampton, en un falso garito «auténtico» con un ventilador en el techo y camareros que no se afeitaban adrede porque esa era la moda, rodeados por capullos de ciudad con sandalias de doscientos dólares.

Pero no podía recordar nada más. Tal vez no había sucedido nada. Tal vez, por algún motivo, ella había recordado lo que resultó ser un intento de ligue frustrado. Siendo escritora, añadió un poco de historia de amor y, colocándose en el papel principal, le dijo a su abogado: «Toma, tal vez puedas usar esto.» Pero Gideon recordaba su euforia, el hecho de que había mencionado mi nombre. Por muchas cosas que fuera, era un tipo listo, y un abogado con sentido común, incluso con ética. No creía que fuera capaz de mentirle a un poli durante una investigación de homicidio, ni siquiera para ayudar a una amiga.

Bien, fuera lo que fuese lo que había sucedido con Bonnie, lo había perdido. Lástima. Me habría gustado saber cómo fue follar con ella. Conduje de regreso a la granja, volví a bajar la capota, eché una meada junto a la carretera y volví a subirme al coche para ir a la central. Puse la mano en la palanca de cambios.

Dios todopoderoso, empezaba a regresar.

Dimos un sorbo a nuestras bebidas y entonces intercambiamos nombres y descubrimos que ambos vivíamos en Bridgehampton, aunque en diferentes zonas.

—No naciste aquí —dije.

—Lo que significa que tú sí.

—Exacto. ¿De dónde eres?

Ella debió de decir del oeste, o Utah, porque de algún modo (y esto volvió muy vívidamente) empezamos a hablar de la pesca de la trucha. Resultó que sabía preparar sus propios cebos con mosca. «Yo no soy un gran pescador —dije—. Sólo he ido por matar el rato un par de veces, pero tal vez podamos hacerlo juntos algún día.» Y ella dijo: «Las truchas se pescan mejor de noche», y sonrió y añadió: «Voy a decirte una cosa. Llámame cuando puedas atar al menos tres anzuelos con la misma facilidad con que te atas los cordones de los zapatos, y te llevaré a un arroyo perfecto.» «¿No puedo llamarte antes?», pregunté, y ella me dirigió una sonrisa preciosa.

Justo cuando pensaba «Esta es una mujer increíble» alguien me dio un empujón para acercarse a la barra, lanzándome contra Bonnie. ¡Oh, Dios mío!

Electricidad. Magnetismo. Fuera lo que demonios fuera, no pude creer que estaba sucediendo. Nos quedamos allí, cuerpo contra cuerpo, incapaces de separarnos, como víctimas de una turba

incontrolable, aplastados juntos. Aunque podríamos habernos separado, sin demasiados problemas. Nos apretujaba un grupo de ordinarios neoyorquinos con prisa. Pero yo estaba muy excitado, y la presión me parecía magnífica.

Y la sencilla Bonnie, cortés («Muy amable por tu parte pagarme la cerveza»), amistosa, con sentido del humor, amante de las montañas y pescadora de truchas doradas, estaba tan caliente y fuera de sí como yo. Su mano se deslizó entre mis piernas. ¡Dios! Bajo la luz tenue y humeante del bar, con la presión de los cuerpos, en el aire lleno de perfume, loción de afeitado y colutorio, e iba a por todas. No sólo para provocarme, sino por su propio placer, lo que, por supuesto, se convirtió también en el mío. Dejó escapar un sonido grave. Iba a ser fuerte, salvaje.

—Vámonos de aquí —dijimos los dos al mismo tiempo. Normalmente, cuando eso sucede te ríes, pero habíamos cruzado alguna frontera para llegar adonde ya nadie bromeaba jamás.

¿Qué sucedió a continuación? Fuimos a su casa en mi coche. Yo debía de estar al rojo vivo, porque no podía recordar ninguna conversación ni ningún detalle de su calle, o las escaleras de su casa: sólo seguí su culo hasta el dormitorio y le quité la ropa en el momento en que atravesamos la puerta.

Estábamos tan sólo empezando, pero los dos estábamos tan inflamados que nos arañamos, gimiendo, como se hace en el momento que precede al final. Nos separamos durante un segundo; las manos de Bonnie temblaban y no podía desabrocharme los botones, así que me desnudé yo solo. Ella me observó, hechizada, y yo me excité tanto con su intensidad que no pude terminar de desnudarme lentamente, como había empezado. Me arranqué los pantalones, los calzoncillos, los zapatos.

Bonnie se acercó y me acarició durante un segundo, para verificar que lo que yo tenía no iba a desvanecerse. Entonces se acercó aún más. Alzó las caderas, me montó. No hubo caricias, ni juego preliminar, ya habíamos dejado eso muy atrás. Se la metí allí mismo y empujé, de pie, la espalda de ella contra el poste de la cama, follando como locos.

Ella se corrió primero. La bajé hasta la cama. Quería terminar encima. Sus brazos y piernas estaban enroscados a mi alrededor, y fuimos las dos mitades de una persona superior.

Yo nunca había disfrutado del sexo de esa forma. No es que me dejara ir voluntariamente; era que no tenía control. Justo cuando pensé que habíamos remontado la última ola, que podría recuperar la respiración, refrenar las cosas, acelerarlas, someterla, otra oleada más fuerte me dejó sin sentido.

Por fin, sus gemidos y susurros se convirtieron en chillidos de

placer. Me uní a ella. Me oí gritar tan fuerte que me asusté.

Nos quedamos allí tendidos, en lo alto de la colcha blanca, sin saber qué decir. Era el momento en que mi mano o mi pie empezaba inevitablemente a rebuscar por el suelo un calcetín o mis calzoncillos. Pero no podía moverme. Y no quería irme.

—Piensa en una forma de superar este silencio incómodo —dijo Bonnie por fin.

—Háblame de pesca.

—Necesitas una caña de vidrio de tres metros —murmuró ella—. No dejes que te la vendan de bambú.

La abracé ligeramente, pasando la mano por su espalda. Su piel era como terciopelo. Una brisa que tenía un toque de otoño agitó las cortinas de encaje blanco.

—Esto es maravilloso —dije.

—Lo sé.

—Me refiero a la brisa.

De repente, ella advirtió que la ventana estaba abierta. Se sentó.

—Oh, Dios.

—¿Qué?

—Hemos hecho un poco de ruido. Mira. Una de mis vecinas pensará que me han asesinado y llamará a la policía... después de servir el carpacho.

Me eché a reír. No le había dicho cómo me ganaba la vida.

—No te parecerá tan gracioso cuando oigas las sirenas.

—¿Quieres apostar? —La agarré, para que quedara tendida contra mí—. Soy policía. Detective de la Brigada de Homicidios.

—No. Eso sería demasiado interesante. No lo eres.

—Por supuesto que sí. —Ella sacudió la cabeza—. Vale, ¿qué soy entonces?

—No lo sé. Te las das de macho, pero probablemente haces algo adorable. Vendes zapatos para niños. Zapatitos de niña de la talla treinta con un globo gratis. —Se mordió el labio—. Dios, voy a morirme si eso es realmente lo que haces.

Me obligué a levantarme de la cama y recogí mis pantalones del lugar al que los había arrojado, entre una banqueta y una de esas viejas cómodas con faldones. Bonnie pareció divertida, luego dolida. Se peinó el pelo corto con los dedos, como preparándose para un adiós digno. Pero yo le lancé mi placa. Ella la cogió al vuelo, como si hubiera sido un disparo malísimo. Su mano izquierda relampagueó.

—Buenos reflejos —dije.

—Los necesito. No eres exactamente Sandy Koufax.

Nos miramos, ella sorprendida de que yo fuera un poli, y yo de que entendiera de béisbol. Por algún loco motivo, después de todo lo que había sucedido, esto era demasiado íntimo. Rápidamente, empezamos

a hablar los dos a la vez, ella diciendo algo sin sentido sobre misterios amorosos, yo preguntando si tenía algo de beber. Ella ofreció té helado o Coca Cola Light, pero entonces yo dije «beber bebida». Todo lo que tenía era cerveza sin alcohol y una botella de vino tinto peleón que había comprado para usarlo en una sangría, en un picnic, suspendido a causa de la lluvia. Me decanté por el vino. Ella se puso una bata y bajó por las escaleras.

En el momento en que se marchó, me entró la claustrofobia. Quise largarme. No era la habitación. Lo sabía. Era grande, atractiva, toda blanca a excepción de las viejas vigas de madera y las sillas verdiazules. Definitivamente, no estaba saturada; había una cama de cuatro postes con sencillas mesitas de madera a casa lado, la banqueta y la cómoda con su faldón de franjas amarillas y blancas, y un enorme sillón de aspecto acogedor, cubierto de brillante algodón (grandes flores amarillas con hojas verdiazules), y una lámpara de pie al lado.

Pero aunque el fresco aliento de la noche entraba por las ventanas abiertas, quería marcharme. Irme a casa, tomar un par de copas, tal vez acercarme luego a la bahía, a contemplar la puesta de sol. Me puse los calzoncillos.

La oí subir por las escaleras, así que cogí el teléfono. Cuando entrara, diría: «Maldición. Sí. Ahora mismo», y le contaría una historia de homicidios rápida pero creíble; tal vez un apuñalamiento seguido de incendio provocado. Algo bonito y gráfico, lleno de tráqueas jadeantes, genitales mutilados. Huiría mientras ella estuviera todavía con la boca abierta.

Pero ella entró con una lata de Coca Cola Light, un vaso de vino, la botella, y un sacacorchos entre los dientes. Parecía tan tonta. Colgué el teléfono y cogí el sacacorchos.

—¿Llamas a tu oficina? —preguntó, y me tendió el vino.

—Sí. Ninguna emergencia que no pueda esperar.

Abrí la botella, serví, bebí. Las ansias de escapar habían remitido un poco. Estoy seguro de que debimos de hablar durante un rato, porque si la hubiera tomado en mis brazos otra vez me habría perdido. Recuerdo haber estado tendido de lado, dejando que mis dedos acariciaran su fabulosa piel, pero sin acercarme demasiado. Estar allí tumbado, sentir su calor, el frescor de la brisa, era la perfección. El cielo había perdido su brillo diurno y se había vuelto más blando, más fino: azul teñido de rosa y dorado.

—Me encanta esta hora del día —susurré, para no perturbar la belleza.

Bonnie miró la ventana.

—La hora mágica. —Me besó en la boca, pero dulcemente, casi con delicadeza—. Es un término cinematográfico. La hora después del atardecer o antes del amanecer. Hay luz suficiente para rodar, pero

con una hermosura, una tranquilidad..., es una luz mágica. Hay que trabajar rápido, porque antes de que te des cuenta el encantamiento se ha acabado, pero mientras está ahí... puedes conseguir algo hermoso.

Bebí un poco más de vino. Debí de quedarme dormido durante un par de minutos. Cuando desperté, vi que Bonnie estudiaba mi rostro. Desvió la mirada y dijo, demasiado rápidamente:

—Me estaba preguntando cómo estarías sin bigote.

—No. Estabas pensando: «Es un hombre cojonudo.»

—Sí.

Dejé que mis dedos resbalaran sobre su garganta y sus pechos. Acaricié su estómago y sentí sus músculos contraerse. Dos o tres besos buenos, profundos. Y entonces empezamos de nuevo, esta vez con una lujuria que hizo que la anterior ronda pareciera un simple toqueteo. Nos mordíamos y arañábamos. Me oí rugir.

Bonnie se echó hacia atrás. El salvajismo la preocupaba. Quería ser civilizada de nuevo, una mujer sexy, no un animal. Se volvió fría y educada, hizo un par de maniobras agradables con la punta de la lengua. Entonces se puso de rodillas para colocarse encima. Sabía lo que sucedería: arquearía la espalda, sacudiría la cabeza, dejaría que sus pechos rebotaran. Entonces se inclinaría para hacer unos cuantos trucos más con la lengua. Ella quería lo que yo quería: dominio.

Pero yo no quería juegos sexuales bien educados. La puse de espaldas. Éramos animales, y yo era el macho. Quería que ella lo supiera. Le sujeté los brazos, le abrí las piernas con la rodilla y empecé a metérsela. Ella era fuerte, y se debatió para liberarse, pero al mismo tiempo susurraba una palabra una y otra vez: «Más.»

Cuando hubimos acabado, se dio la vuelta. No hacía ningún ruido, pero pude sentir su espalda sacudiéndose mientras lloraba. Yo también estaba un poco tembloroso. No había tenido ningún tipo de control. ¿Y si ella no hubiera suplicado más? ¿Y si hubiera querido que parase? ¿Lo habría hecho?

Apoyé la mejilla contra la base de su cuello.

—Bonnie, tranquila. —Ella no dijo nada—. ¿Demasiado rudo?

—No.

—¿Entonces qué?

—Demasiado.

—¿Demasiado qué?

—No lo sé.

La hice ponerse de espaldas y la besé. Sus mejillas estaban mojadas.

—La próxima vez seré verdaderamente suave. ¿De acuerdo? Pensarás: «¡Dios, qué técnica!»

La cara de Bonnie se suavizó al sonreír. Yo sabía que no era guapa, pero durante ese segundo fue terriblemente hermosa.

—Vendré con una postura donde esté todo retorcido, con la cabeza asomándome por el culo y la polla apuntando al este. Tendrás que acercarte de lado.

Ella se secó la última lágrima con la punta del índice, un hermoso gesto etéreo para tratarse de una muchacha grande y apasionada.

—Cuando me estabas sujetando...

—Dime.

—¿Y si hubieras sido una mala persona?

—Pero no lo soy. Soy una gran persona. Ahora hablemos de otra cosa. ¿Tus ojos son azulgrisáceos o grisazulados?

—Por favor. Hablo en serio.

Le di la vuelta a la almohada para aprovechar el lado fresco.

—Bueno, si hablas en serio tal vez deberías pensarlo dos veces antes de invitar a tu casa a tipos a los que acabas de conocer.

Hasta que lo dije, no advertí lo mucho que me había molestado. Enfurecido. Maldición, ella había sido demasiado fácil. Yo no quise que ella, una desconocida, extendiera la mano y me acariciara. Jugara conmigo. En un sitio público, por el amor de Dios. Aquí estaba, alta y limpia y fina, y sabía hacer sus propios anzuelos: una mujer maravillosa. Pero en vez de un beso ligero, una sonrisa para hacer bajar el termostato después de que nos empujaran, me agarró las pelotas, acarició mi polla; su mano estaba aún fría de sujetar la cerveza.

—No sabías absolutamente nada de mí, y dijiste: «Vámonos de aquí.»

Bonnie no me ofreció esa expresión culpable de «crees que soy una puta» que yo esperaba, incluso quería.

—Creía que eras mejor que eso.

—Eh, no hablo de moral. Hablo como un policía que ha visto a algunas chicas monas resultar heridas cuando las cosas se les fueron de las manos.

—Se cuidar de mí misma.

—Eres fuerte. Una mujer de las montañas, ¿eh? Si alguien a quien conoces en un bar se pasa de la raya, usarás simplemente alguna chorrada de defensa personal que has leído en la revista *Mujer*. Déjame que te diga una cosa, hermana. Antes de que puedas meterle el dedo en el ojo o pisarle el pie o darle un rodillazo en los huevos, podría violarte... o matarte.

—Juzgo bien a las personas.

—¿Piensas que todas esas hermosas chicas muertas se dicen: «Este tipo es un psicópata, pero tiene unos hoyuelos lindísimos»? No; dicen: «Juzgo bien a las personas.»

Durante un minuto ella no dijo nada. Entonces se apoyó sobre un codo y dijo:

—¿No tienes hambre?

—Ahora que lo pienso, sí.

—¿Huevos revueltos? ¿Tortilla y tostadas?

Me di una ducha rápida mientras ella bajaba a hacer la cena. Me puse la ropa pero bajé descalzo por las escaleras. Al sentarme en la cocina y verla con la bata, dándole la vuelta a la tortilla, me sentí incómodo. Pensé: «Así deben de sentirse los maridos.» Pero era extraño: el ama de casa con la espátula no parecía tener ninguna conexión con la mujer salvaje que me había follado en el piso de arriba. Entonces se dio la vuelta y vi que tenía la boca hinchada de tantos besos.

Bonnie me tendió un plato blanco y azul con la tortilla y la tostada, untada de mantequilla y cortada en triángulos. Me acerqué al frigorífico y saqué un par de sus horribles cervezas sin alcohol. Recuerdo que nos quedamos en la cocina charlando durante una hora o más, pero no me acuerdo de lo que dijimos.

Más tarde, recuerdo haber pensado, mientras la seguía de nuevo escaleras arriba, que Bonnie tenía gracia. La gracia física que poseen los atletas natos. El caminar firme, la postura erecta y tranquila. Y gracia con sentido común. Sabía cuándo había que bromear y cuándo estar seria, cuándo hablar y cuándo callarse.

Y gracia sexual. Le encantaba disfrutar del sexo (y disfrutarlo conmigo), y cada beso, cada caricia, cada roce era algo que quería. No hacía poses; no asomaba el culo para que lo admirara, aunque era admirable, no ofrecía sus tetas como si fueran trofeos gemelos en una competición erótica. Todo era natural. Lleno de gracia. Sin cuerdas de marioneta.

Debíamos de estar demasiado exhaustos para follar, así que hicimos el amor. Después, me tendí de espaldas, contemplé las vigas del techo y pensé: «He hecho más que satisfacerla. Es importante para ella.»

—¿Puedo dormir ahora? —preguntó.

—Claro.

—Espero que te quedes hasta mañana.

—Por supuesto que lo haré.

Sin embargo, me enfadé.

¿Creía que era un maldito ligue de una sola noche que iba a marcharse de puntillas a las tres de la madrugada?

—No te enfades —dijo—. No eres tú. Soy yo. Necesitaba un poco de tranquilidad.

—Estate tranquila —susurré.

A eso de las tres de la madrugada, me desperté durante un minuto. Ella estaba profundamente dormida.

—Bonnie.

Su cabeza descansaba sobre mi brazo. Pude sentir el aleteo de sus pestañas cuando abrió los ojos.

—Hola.

—Hola. Escucha —dije—. Quiero decirte algo.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Entonces me preguntó—: ¿No somos demasiados viejos para esto?

—No. Vuelve a dormir.

Me desperté a las seis y media. Ella me hizo café. Lo dije otra vez: «Te quiero.» Prometí que la llamaría desde el trabajo o, si las cosas estaban apuradas, en el segundo en que me marchara.

Entré en el Jaguar. Había estado toda la noche a la intemperie y los asientos de cuero estaban húmedos por el rocío.

Me dirigí a casa, mojado, entumecido, pero lleno de lo que suponía era alegría.

Llegué a casa. Bostecé. Deseé estar de nuevo en la cama, envuelto en los brazos de Bonnie. Me sentía realmente cansado. Necesitaba algo que me reanimase. Me preparé un destornillador doble. Me lo bebí, luego otro. Llamé al trabajo y tosí. Dije que tenía algún jodido virus. Treinta y ocho de fiebre.

Ray Carbone dijo que mi voz sonaba terrible. «Sí —dije—. Me siento fatal.»

Estuve borracho cinco días. Cuando se acabó, Bonnie era sólo un recuerdo vago, irritante.

Para finales del año siguiente, cuando me obligaron a ingresar en South Oaks para ponerme en tratamiento por el abuso de alcohol (más insuficiencia pancreática y malnutrición causada por la bebida), había conseguido borrarla de mi memoria completamente.

Bonnie Spencer no había existido nunca.

14

Viví a la central poco antes de las cuatro. Incluso antes de ver a Ray Carbone, ruborizado con un escarlata ominoso, vi que Julia, la recepcionista, cogía un bolígrafo y se lo pasaba por la garganta. Así supe que estaba a punto de ser declarado muerto. Pero como el incumplimiento de las normas oficiales del departamento era un procedimiento normal en mí, no tenía ni idea de por qué iba a cargármela esta vez. Entonces Carbone señaló con el pulgar la oficina del capitán. Supe que tenía que ver con el caso Spencer, y que no iba a ser una reprimenda de rutina.

Y ver a Frank Shea, el capitán Shea, con la corbata fuertemente ajustada, la chaqueta abotonada, señalar una silla con su dedo índice no fue algo tranquilizador. A pesar de las banderas de Estados Unidos y del condado Suffolk que tenía detrás, Shea parecía habitualmente más un cantante de cabaret que un policía: un rizo de pelo engominado colgaba sobre su frente; la corbata suelta; la camisa medio desabotonada, mostrando una gruesa medalla de oro de San Miguel, un crucifijo, un largo diente curvado de lo que debió de ser un animal grande y jodido, y cuatro pelos. Sólo se ponía la chaqueta para ir a ver al comisario y para los funerales.

Carbone cogió una silla y la colocó junto a la mesa de Shea, de forma que los dos quedaron frente a mí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Te lo advertí, Brady —respondió Shea.

—¿El qué?

—¡Ya lo sabes! ¡Mírate!

De acuerdo, había estado corriendo, y luego había pasado un rato en el coche, con la capota bajada, pensando en Bonnie. Así que tal vez

estaba al borde de la insolación: me había mirado en el retrovisor un par de minutos antes, en el aparcamiento situado delante de la central, y advertí que bajo las quemaduras del sol mi piel estaba gris. Y me dolía la cabeza y no podía dejar de sudar. Pero no tenía tan mal aspecto.

—¡Mírate! —gritó Shea.

—¿Qué? ¿El departamento tiene alguna nueva directiva sobre mejorar el aspecto?

—¡Vete al carajo, Brady!

Miré a Carbone.

—¿Quieres decirme qué pasa?

—Steve. —Ahora que Shea jugaba al poli malo, Carbone podía parecer compasivo. Parecía un cruce entre psiquiatra y cura—. Robby nos lo dijo.

—¿Os dijo el qué?

Shea cogió un pisapapeles y golpeó con él en la mesa.

—¡Que no quisiste conseguir una orden de detención!

—¿Sí? Bueno, es verdad. Todavía no estoy listo para arrestarla.

—¿Quién demonios crees que eres? —preguntó Shea—. Tenemos suficientes pruebas para encerrarla de por vida. ¡Ella lo sabe! ¡Se va a escapar!

—¿Adonde?

—¡Cierra el pico! ¡Se va a escapar mientras tu farfullas teorías sobre Lindsay Keefe!

—Escucha, nos hemos... apresurado un poco. Culpa mía, probablemente, más que de nadie. Pero tenemos que pensar en Lindsay. Y también en el gordo Mikey. Shea, cálmese un segundo y...

—Hijo de puta, te escuché una vez.

—¿De qué está hablando?

—¿Recuerdas? Me dijiste que permanecerías sobrio.

—Bueno, al carajo. Estoy sobrio.

—Robby Kurz dice que no.

—¿Que estoy bebiendo? Chorradas.

—Robby estaba verdaderamente preocupado. Le costó trabajo decírmelo. —Shea hizo una pausa durante un segundo— ¡Juró que era cierto! Robby vio que yo negaba con la cabeza, sin querer creerlo, y lo juró. Vodka. Los borrachos creen que no tiene olor, pero créeme, lo tiene. Lo he olido, y él dijo que el olor brotaba de tu piel.

—Robby puede coger una botella entera de Smirnoff's y metérsela por el culo. Escuche, tuvimos unas cuantas palabras. Tal vez me pasé. Pero decir que estaba bebiendo es una mentira...

—Lo olió. Te tambaleabas al andar y...

—¡No!

—Se dio cuenta hace dos días. Su único error fue no decirlo,

intentar protegerte.

Pensé que iba a marearme. Sentí la quemadura ácida del vómito en la garganta. Me quedé muy quieto.

—¿Cree que estoy borracho ahora?

Carbone me miró con tristeza.

—Como una cuba —dijo Shea.

—Quiero que uno de ustedes me acompañe al laboratorio. Quiero que me analicen el aliento. —Los dos se miraron: sabían que sólo se puede conseguir una lectura adecuada dos horas después de beber, así que añadí—: Y la sangre, y la orina también. Ahora mismo. Quiero que los dos lo comprendan; llevo sobrio casi cuatro años.

—¡Estás todo rojo! —acusó Shea—. ¡Sudas como un cerdo!

—¿Por qué demonios no me preguntan por qué? ¿No creen que me deben eso? ¿Quieren saber por qué voy a vomitar? —Pensé rápidamente—. He estado en la vieja laguna de Southampton, a menos de medio kilómetro de la casa de Sy, recorriendo cada jodida pulgada de ciénaga. Todos sabemos que necesitamos el arma, y ese holgazán de Robby Kurz, el encargado de encontrarla, ha estado sentado tan tranquilo, llenándose la boca de queso, escribiendo discursos de agradecimiento por su ascenso, en vez de buscar el jodido 22. Discúlpeme: escribiendo su discurso e inventando mentiras.

—¿Le acusa a él de mentir? —preguntó Shea, con una risita desagradable y sin humor.

—Sí.

—¿Por qué iba a mentir, Brady?

—Porque es un mierda fanático, ambicioso y engreído. Ya sabe cómo es cuando va tras alguien. Lleva orejeras; se niega a ver la realidad. Y está mintiendo porque sabe que si puede dar carpetazo a este caso rápidamente, podrá ser sargento el mes que viene... y estar primero en la cola para cuando usted se retire. Además, es un lameculos sibilino al que no le gusta la forma en que trabajo y me quiere fuera de su camino. Me quiere quitar de en medio para que no le impida detenerla. Porque tengo que decírselo, Frank, podría impedírselo. Tengo serias dudas, y si la arrestamos en falso, ella puede crearnos problemas. Tiene una buena bocaza. —Shea y Carbone se miraron. Continué—: Y Robby quiere quitarme de en medio porque Bonnie fue idea mía, como Ray puede atestiguar, y no quiere que reciba ningún reconocimiento.

Todo lo que Shea hizo fue una mueca.

Carbone bajó la cabeza.

Me apreciaba de verdad. Quería creerme. Pero había estudiado demasiada Psicología 205. Sabía que los alcohólicos son infantiles, egocéntricos, que mienten con tanta naturalidad como la mayoría de la gente dice la verdad.

—Vamos, Ray. Acompáñame al laboratorio.

—Brady —dijo Shea—, ¿sabes lo que vas a conseguir con esta bravata del laboratorio?

—Sí. Exoneración.

—No. Porque voy a aceptar tu farol, hijo de puta. Quiero que vayas al laboratorio ahora. ¿Me oyes? Construiste un gran caso, y de repente, cuando el comisionado, el fiscal del condado, toda la maldita prensa nacional se lanza a mi garganta, lo saboteas. ¿Qué vamos a hacer cuando los periodistas descubran que la teníamos y dejamos que se nos escapara entre los dedos?

—Frank, hágase una pregunta: ¿por qué dejaría yo que sucediera una cosa así?

—Porque has estado al borde del abismo y has perdido todo sentido de juicio, de decencia... —su voz se hizo más fuerte, más teatral; agarró el pisapapeles, lo sostuvo en su puño y lo blandió ante mí— de obligación hacia el departamento. ¡Y hacia mí! Me jugué el cuello por ti.

Me di la vuelta y me volví hacia Ray.

—Tú eres el genio en psicología. ¿Por qué iba yo... aunque hubiera perdido los papeles y cogido la peor cogorza de mi vida, qué motivo podría tener para joder un caso? Si yo creyera que Bonnie Spencer mató a Sy, ¿por qué no iba a beberme cuatro o cinco tragos para hacer justicia y arrestar a esa zorra?

Shea no le dio a Carbone tiempo para contestar.

—Porque Robby te vio en su casa cuando fuisteis con la orden de registro. Vio como te deshiciste de él y lo enviaste al piso de arriba. Y te vio merodeando alrededor de la mujer, siguiéndola de habitación en habitación. Y luego, cuando le preguntaste cómo consiguió el dinero que tenía en la bota, te pusiste guantes de seda. Muy caballeroso. Te ablandaste; llamaste a ese tipo de la venta por catálogo como si te escociera. Como si la verdad te estuviera matando.

—Shea, esto es una locura.

—Y de repente, empiezas a crear teorías sobre Lindsay, teorías sobre Mikey. Cualquier cosa que pueda mantener a Robby apartado de Bonnie Spencer. Así que, contestando a tu pregunta: ¿por qué no arrestaste a la zorra? Porque por alguna estúpida razón de borracho, te has enamorado de ella.

Pasé la prueba del aliento, naturalmente. Luego caminé por una línea pintada, de espaldas, recogí monedas de diversos tamaños sin aturrullarme, recité el alfabeto. Llevó un par de minutos que orinase en un frasco y me sacaran sangre. Ray permaneció junto al técnico mientras me clavaba la aguja.

—Shea se alegrará de saber lo del análisis del aliento, y si los otros

salen bien...

—¿Crees esa tontería del amor?

—No lo sé.

—Conoces a Lynne, Ray. ¿Teniendo a alguien como ella, me iría con una vieja que se ha acostado con todos los hombres del pueblo?

—La vi cuando vino a hacerse las pruebas. No está mal.

—No es Lynne.

—Mira, todo lo que sé es que tenías un caso hermoso y bien construido contra ella, te oí presentarlo..., y de pronto lo descartas. ¿Por qué?

—Porque creo que ella no lo hizo.

Carbone sacudió la cabeza.

—No puedo tragarme eso, Steve.

—¿Dónde está Robby?

—¿Por qué?

—Porque quiero saber por qué no tuvo huevos para enfrentarse a mí.

—Los habría tenido.

—¿Pero?

—Pero está en el tribunal de Southampton consiguiendo una orden de detención. Y luego va a arrestar a Bonnie Spencer.

Bonnie abrió la puerta trasera una rendija.

—¿Tiene una orden de detención?

—No. Escucha, Bonnie...

Cerró la puerta con fuerza, casi de golpe. Llamé al timbre. Nada, excepto Alce junto a la puerta, ladrando, tratando de parecer un perro guardián pero revelando su juego por el meneo extasiado de su cola. Forcé la vista, intentando ver más allá de las cortinas de encaje de la cocina. Bonnie había desaparecido.

Me encanta la forma en que los polis de las películas sacan una tarjeta de crédito, encuentran un cilindro y la puerta se abre. Yo perdí unos cinco minutos con la tarjeta, mi cuchillo del ejército suizo y todas las llaves que tenía en el llavero. Fue difícil porque tenía que hacerlo en silencio para que ella no llamara a la central y dijera que la estaba acosando. Finalmente la cerradura se abrió y entré.

No tuve que ir de habitación en habitación; Alce me llevó a una puerta abierta, luego escaleras abajo, al sótano. Bonnie estaba junto a la secadora, doblando un paño de cocina. Cuando alzó la cabeza para saludar a Alce, me vio. ¡Dios, sí que gritó!

—Bonnie, por favor, escúchame. No he venido a hacerte daño.

Su cabeza giró en una búsqueda frenética de algo con lo que protegerse, pero no puedes enfrentarte a un poli psicópata armado y peligroso con una botella de lejía de plástico. Di un paso hacia ella,

supongo que queriendo tocarla, asegurarle que había venido a ayudarla, pero ella retrocedió, como intentando desaparecer por la estrecha abertura entre la lavadora y la secadora, así que mantuve la distancia.

—Sé que piensas que estoy loco o algo parecido, pero escucha, porque no queda mucho tiempo. —Mierda. «No queda mucho tiempo» era lo menos adecuado. Los ojos de Bonnie se nublaron, como si comprendiera que sólo le quedaban unos cuantos minutos de vida—. Bonnie, presta atención. El tipo con el que estoy trabajando en este caso, Kurz, el gilipollas de la laca en el pelo. Ha salido de la central antes que yo. Va al tribunal a conseguir una orden de detención contra ti. El tiempo es un factor importante. Si llama a la puerta dentro de un par de minutos, yo no..., no podré ayudarte. ¿Comprendes?

Ella no dijo nada, pero estaba escuchando. Me miró directamente a los ojos. Fue una mirada tan penetrante que sentí que podía absorber todos mis pensamientos, comprender exactamente para qué estaba allí. Pero simplemente esperó a que continuara.

—Tengo dudas. Pero no creo que debas ser arrestada todavía. Siguen habiendo demasiadas preguntas sobre la muerte de Sy para que podamos decir que el caso está cerrado. Quiero respuestas para esas preguntas. Quiero que el caso permanezca abierto. Pero es opción tuya. Puedes quedarte aquí, ir con Kurz cuando venga a por ti.

—¿O?

—Salir de aquí. Conmigo. Ahora.

Era lista, pensó en meter toda la ropa doblada en la secadora, para que no pareciera que había huido tras recibir un aviso. Corrimos hasta la puerta trasera y la conduje a través de su patio y por campo abierto hasta una pequeña arboleda donde había escondido el Jaguar, por si aparecía Robby. Alce corría detrás de nosotros, si es que puede decirse que un animal con un culo tan grande es capaz de correr. Bonnie entró en el coche, y mientras la puerta estaba aún abierta, la perra entró de un salto, colocándose sobre su regazo y en el asiento del conductor.

—Sácala de aquí —dije en el momento en que abría la puerta del conductor y la agarraba por el collar.

—¿Cuándo volveré?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? En dos minutos, si no me convences.

—¿Y si lo hago?

—No lo sé.

De repente tuvo una idea.

—Si bajas la capota, podría sujetarla en mi regazo y habrá espacio para los tres.

—Si bajas la capota, idiota, habrá cien testigos que dirán: «Oh, vi a Bonnie y su perra. Iban a casa de Steve Brady, en su coche.» Cien testigos en mi contra. Un delito tipo D.

—¿Quieres decir que esto no es legal? —Pero antes de terminar la pregunta, supo la respuesta—. No puedo dejar que lo hagas.

Puso la mano sobre la manivela de la puerta.

—No te muevas —ordené.

Ella sacudió la cabeza.

—No. Voy a salir de aquí.

Desenfundé la pistola.

—Si te mueves, Bonnie, te dispararé entre los ojos.

—Oh, basta.

Jesucristo. Mi cabeza latía, tenía náuseas por la deshidratación, estaba apuntando con la pistola a una sospechosa de asesinato a la que ayudaba escapar, y había una perra negra de cincuenta kilos con la lengua fuera sentada recta, arañando con las zarpas el cuero de los asientos, mirando por el parabrisas como si esperara a que cambiara el semáforo.

—¡No voy a hablar de esto ahora! Tu puñetera vida está en juego, así que saca a ese chucho de aquí y larguémonos.

La voz de Bonnie sonó tan baja que apenas pude oírla.

—La puerta trasera está cerrada. No podrá llegar a su agua, y si no estoy aquí...

Metí la pistola en la funda, saqué a Alce del coche y ocupé mi asiento. Cosa que, por supuesto, fue la clave para que Bonnie abriera su puerta y saliera.

—¡Vuelve aquí! —grité. Ella negó con la cabeza. Puse el motor en marcha—. Adiós.

Bonnie silbó, dos notas agudas y rápidas. Alce corrió a su lado y Bonnie la metió en el coche.

Y así fue cómo nos dirigimos hacia mi casa con Bonnie en el asiento de pasajeros, yo en el del conductor y la gorda Alce extendida sobre nuestros regazos, ladrando de placer ante aquel juego maravilloso.

Como las barracas de los trabajadores inmigrantes no tenían fama por sus habitaciones espaciosas o sus techos de catedral, el arquitecto-empresario-perdedor al que le compré mi casa no tuvo mucho espacio para trabajar, así que la convirtió en una zona familiar. Una habitación principal que servía de cocina, lavabo, salita y comedor. Luego recortó un poco en cada *extremo*, para que, cuando la mostrara a los compradores potenciales, pudiera hacer uno de esos gestos de *¡Voilà!* con la mano y decir: «Dormir...», y esperar luego a que los neoyorquinos dijeran «tal vez soñar», y todos pudieran hacerse buenos

amigos y regocijarse con el nivel cultural de todos, más hacer un trato bonito y civilizado. Pero yo habría preferido que me colgaran de las pelotas a decir «tal vez soñar» y el arquitecto se puso verdaderamente nervioso porque sabía que yo era un poli y por lo tanto podría pensar que lo de «Dormir...» era una insinuación, porque él llevaba coleta y esto podía joder el trato en todos los sentidos. Así que sólo añadió «el dormitorio» rápidamente y lo dejó así.

El dormitorio principal, como el resto de la casa, venía amueblado, ya que ésta iba a ser el modelo de cientos de barracas de inmigrantes que soñaba en renovar. Pero la cama que puso era apenas suficiente para que pudieran hacerlo los enanos en la postura del misionero, así que me deshice de ella y puse una cama grande. Cuando lo hice, quedó el espacio suficiente para llegar a los armarios y al cuarto de baño.

En el lado opuesto de la casa había tomado la misma cantidad de metros cuadrados y encajado dos habitaciones de invitados, conectadas por un cuarto de baño. Conduje a Bonnie a la primera, que no era muy diferente de la segunda, excepto en que en vez de moluscos y conchas de almeja pintadas en los suelos y en los zócalos de las paredes, tenía piñas. Como yo apenas entraba en esta parte de la casa, me había olvidado de ellas, y de la horrible lámpara de pantalla verde y pie de gruesos palos atados con cable que el arquitecto me había dicho era un toque rústico que yo posiblemente querría cambiar. El pobre diablo estaba apurado porque no lograba vender la casa; acabé haciéndole una oferta el mismo día.

Bajé las persianas.

—No pienses mal —dije, de espaldas a Bonnie—. Es para asegurarnos de que no te vean.

—No pensaré mal. —Su voz temblaba. Ese era el único signo de que estaba aterrada como yo creía.

—No es que reciba muchas visitas, pero por si acaso. —Cuando me volví hacia ella, estaba sentada sobre una pequeña silla de escalera. Me senté en el borde de la cama, pero como la habitación era demasiado pequeña, nuestras rodillas quedaron separadas unos diez centímetros—. Ahora quiero saber lo que pasó de verdad, desde el principio. Todos los detalles, desde el momento en que volviste a hablar con Sy o le viste de nuevo. A menos que estuvieras en contacto con él todos los años desde el divorcio.

—No.

—Bien, pero primero quiero aclarar algo.

—Te refieres a...

—No.

Pero ella no pudo dejarlo estar.

—Gideon llamó. Me dijo que no recordabas que tú y yo..., que tú y

yo nos conocíamos.

—Mira, ahora no tengo tiempo para eso. —Traté de parecer distanciado, profesional—. Lo que quiero aclarar es tu última mentira.

—Hablas como si fuera la última de cien mil.

—Lo es, más o menos.

—Si tan mentirosa soy, ¿por qué iba a decir la verdad ahora, cuando la policía cierra el cerco sobre mí?

—Porque estás desesperada.

—Bueno —dijo, con aquella voz temblorosa—, supongo que lo estoy. —Bajó la cabeza y se miró manos, cruzadas sobre su regazo. Tenía las manos hermosas de largos dedos, con hermosas uñas ovaladas sin pintar, manos de las que se ven en los anuncios de loción.

—Bien, ¿por qué te inventaste la historia de los ochocientos dólares que encontramos en tu bota?

—Esa es la verdad.

—Bonnie, comprende una cosa. Si me mientes, se acabó.

—Por favor, llámalo de nuevo. —Sacudí la cabeza—. Intenta comprender —suplicó—. Vicent Kelleher es un hombre de negocios muy nervioso, sin demasiado éxito, que vende cazuelas que parecen armadillos, y sudaderas de la talla cincuenta y cuatro con estampados en rosa, celeste o lila. Y de repente, este fracasado recibe una llamada telefónica de larga distancia de un detective que le pregunta sobre un dinero que me dio sin declarar. Un pago ilegal. Siempre le ponía nervioso hacerlo, y cuando llamaste, debió de convencerse de que Eliot Ness y la brigada de Hacienda aparecerían para detenerlo.

—Eres buena, Bonnie, realmente buena.

—No, si fuera tan buena, habrías creído las mentiras que sí dije. No estaría en este lío ahora. Por favor, llama a Vicent Kelleher.

Pero justo entonces mi busca chirrió: «Brady, llama a Carbone de inmediato.» Le dije que no se moviera, y me dirigí rápidamente a mi dormitorio y cerré la puerta. Carbone me preguntó dónde estaba y le dije que me había ido a casa después de sesenta horas de trabajo, porque estaba agotado y harto de la mierda que Shea y él me habían tirado encima, ¿pero seguro que no quería hacerme otra prueba de alcoholemia, para asegurarse de que no estaba sentado con una botella de Canadian Club y una pajita?

—Mira —dijo él—, tal vez nos apresuramos, y Robby, que no bebe, confundió los signos y...

—¿Y qué? —pregunté.

—No hay ni rastro de Bonnie Spencer —dijo.

—¿Está Robby histérico? —pregunté.

—Sí, y Shea también, y si crees que el comisario no se sube por las paredes, entonces no estás pensando.

—Eh, Ray, todo el mundo debería calmarse. Son las seis y media.

El frío de la tarde nos afecta a todos. Tal vez esté en la playa. Tal vez esté cenando con algún amigo. Dile a todo el mundo que se relaje. Toma una copa... a mi salud. Mira, ¿quieres que lo compruebe?

—Tal vez sea una buena idea, —dijo él.

—Vale, —dije—, vigilaré su casa hasta que puedas mandar a alguien, luego lo verificaré, haré unas cuantas llamadas. Pero hazme un favor. Llama a Robby. Dile que se largue de la casa, porque si lo veo allí, juro por Dios que lo mataré... —Carbone se mostró de acuerdo. Estaba a punto de colgar cuando pregunté—: ¿Han terminado de analizar ya mi sangre y mi orina?

—Estás limpio, Steve.

—Gracias.

—Sé razonable —dijo—. Tenemos una situación que provoca ansiedad. Mucha presión. A veces la gente se equivoca en sus juicios.

Le pregunté si Shea se daba cuenta de que había cometido un error de juicio, o si tendría que orinar en un frasquito todos los días. Carbone, pacientemente, dijo:

—Shea conoce los resultados de las pruebas, y no es estúpido. Pero aceptémoslo: vosotros dos no tenéis afinidad natural. Te dejó volver a la brigada porque te necesita, no porque le gustaras o confiara en ti, lo que supongo no es nada nuevo.

—Ni por asomo —dije yo.

—Hazte un favor a ti mismo, detective Brady —dijo Carbone—. Gana una estrella de oro. Tráenos a Bonnie Spencer.

El motor del coche de Robby estaba en marcha cuando llegué a casa de Bonnie, y cuando aparqué junto a él, lanzó la orden de detención a mi coche y arrancó, todo lo rápidamente que puede arrancar un Olds Cutlass, antes de que tuviera que mirarme a los ojos o escuchar lo que tenía que decir. Sin embargo, sabía lo que era: iba a por él. Y yo sabía cuál sería su respuesta: no si yo te cazo primero.

Unos pocos minutos más tarde, llegaron dos coches patrulla del departamento de Southampton. Se suponía que tendrían que esperar hasta que llegara alguien de Homicidios del condado de Suffolk para relevarlos, así que les tendí la orden para que la pasaran y les dije que iba a comprobar la casa una vez más. Me puse un par de guantes de goma cuidadosamente, con ostentación, como si me preparara para practicar neurocirugía, y entré. Cinco minutos más tarde salí con alguna ropa interior de Bonnie y una camiseta doblada en un bolsillo, junto con su cepillo de dientes, y una lata con Purina Dog Chow en la otra. Agité dos bolsas de pruebas con un par de zapatillas y un cepillo para el pelo cuando bajé por el sendero principal, luego dirigí un saludo burlón a los polis de Southampton antes de marcharme.

Qué valor. Tenía las manos agarrotadas, el estómago ardiendo. No

por ningún motivo racional, como saber que estaba destruyendo toda mi vida profesional y personal, por no decir nada de arriesgarme a pasar dos años en la trena por ofrecer ayuda criminal a una persona que había cometido un delito tipo A, como asesinato en segundo grado. La verdad es que tenía muy claras las consecuencias de la devastación que estaba provocando sobre mí mismo. Recuerdo que pensé lo que haría un encarcelamiento por felonía a mis derechos sobre la pensión, y me pregunté si tendrían reuniones de Alcohólicos Anónimos en la penitenciaria de Green Haven, y decidí que como tenía un par de buenos amigos en la Oficina del Fiscal del Distrito del Condado Suffolk, tal vez sólo me acusarían de mala conducta. Pero las palmas sudorosas, las tripas retorcidas, no tenían nada que ver con estas consideraciones objetivas.

No, regresé a casa con un nudo intragable en la garganta porque tenía miedo de que Bonnie se hubiera ido. Pensaría rápido, como había hecho la semana antes en casa de Sy, cuando lo mató, y haría lo que pensaba tenía que hacer: huir. No. Ella no lo había matado. Yo la creía. Pero tendría visiones del jurado asintiendo, convencido, mientras el fiscal resumía su caso circunstancial contra Spencer, y escaparía. O estaría asustada, y querría que alguien la abrazara, la consolara, le besara la cabeza, como su amigo Gideon, y escaparía. O, conociendo a Bonnie, que era una buena americana con la cabeza bien alta, se enfrentaría a la situación, confiaría en Dios y en la Constitución, y escaparía, buscaría un teléfono, llamaría a Homicidios y preguntaría: «¿Está el detective Kurz?»

Oh, Dios. ¿Qué haría si no estaba allí?

Era jueves por la noche, pero los domingueros ya estaban llegando. El tráfico era más denso que cuando salí hacia casa de Bonnie media hora antes; era como uno de esos interminables reptiles metálicos que se arrastraba hacia el este. Y cada persona en aquellos miles de coches era una persona importante, con cosas importantes que hacer. Tenían que oír qué invitaciones de última hora había en sus contestadores automáticos, para poder romper las citas que ya habían concertado. Tenían que cambiarse y ponerse la camisa negra de seda de trescientos dólares. Tenían que poner a refrescar su olla podrida antes de que llegaran sus invitados. Había mozzarella fresca derramándose en la bolsa de la compra del asiento trasero, mojando sus *baguettes*, una situación intolerable que tenía que terminar.

Ni un solo coche estaría dispuesto a cederme el paso y dejarme cruzar la autopista Montauk. Toqué la bocina y le hice un cambio de luces a un 560SL nuevo, miré a la cara al conductor y luego no volví la vista a la carretera. Seguí mirándole y conduciendo. Le molesté tanto que, en el último segundo posible, frenó. El odio desfiguró su cara abotargada, pero sabía que yo parecía suficientemente loco para

chocar contra un Mercedes.

Entonces pisé el acelerador de regreso a casa. Pero tuve que pararme cuando topé con el paso a nivel de la vía del tren cerrado. Fue el tren más largo de la historia de los ferrocarriles de Long Island.

Corrí a la casa y tropecé con Alce, que corría a saludarme.

—Quítate de mi camino, maldita bolsa de mierda —dije. Ella sacudió la cola. Le palmeé la cabeza. «Muy bien —pensé—, Bonnie ha dejado a la perra. Lista; sabía que yo la cuidaría.» La casa estaba en absoluto silencio. Me dirigí a la habitación de las piñas y dije «¡Hola!» hacia el vacío. Todavía tenía un poco de esperanza.

—¿Hola? —Ni un solo sonido— ¡Bonnie! —grité.

—Hola —respondió Bonnie. Di un salto—. Eres tú. Te oí decir «Hola» y me pareció que eras tú, pero no podía estar segura. Pensé: «¿Y si es uno de sus amigos, o un ladrón?»

Todo mi cuerpo se inundó de alivio, y la súbita bajada de tensión me dejó tan vacío que tuve que apoyarme contra la pared para recuperar el equilibrio. Entonces entré en la habitación.

Ella estaba acurrucada en la cama leyendo *Grandes fechas en la historia de los New York Yankees*, el único libro que había allí. Lo dejó en el suelo y se sentó en la cama, al estilo indio.

—¿Quién es el número uno de todos los tiempos en carreras y *grand slams?* —preguntó.

—Gehrig —murmuré.

—Aquí dice que Henry Gehrig. ¿Es Lou?

Asentí.

—Toma —dije. Le tendí las zapatillas y el cepillo y saqué la ropa interior y el cepillo de mi bolsillo. Todavía estaba demasiado emocionado. No podía hablar.

—Gracias.

Le mostré la bolsa con la comida para perro. Ella sonrió y esperó a que dijera algo, así que dije que se la daría a Alce, tomaría una ducha rápida y volvería. Estaba sorprendido: parecía terriblemente casual. Como una persona normal. ¿Quería ella algo? Tenía un par de platos congelados. Ella dijo que no, gracias, que no tenía hambre.

Metí dos platos en el horno, suponiendo que cuando el hambre llamara a su puerta no podría resistirse a una bandeja de aluminio con pollo grasiento, o, en el peor de los casos, yo tendría que comérmelo. Me metí en la ducha. Agua, mucho jabón, el suave olor a pino del champú. Eso estaba mejor. Un hombre fresco y limpio en vez de un despojo sudoroso, agotado y febril. Cogí la toalla, un poco decepcionado de que Bonnie no hubiera entrado para ofrecérmela; en el fondo de mi mente, había imaginado salir de la ducha y encontrarla allí. Yo habría dicho: «Sal de aquí», y ella hubiera contestado: «Deja que te frote la espalda.» Pero entonces, al apoyar su cuerpo contra mí,

extendería la mano hacia adelante, me acariciaría, murmuraría: «Oh, Stephen.»

Me vestí, saqué mi libreta y llamé a Vicent Kelleher, el rey de las ventas por catálogo.

—Soy otra vez el detective Brady.

—¿Sí, señor?

—Señor Kelleher, no le conozco, pero de algún modo tengo la sensación de que no ha sido sincero conmigo, y eso me molesta mucho. —Silencio—. Ahora escuche, no estoy interesado en sus impuestos. Si quiere pagar legalmente, o en dinero negro, me importa un rábano. Pero sí me importa si miente en respuesta a una simple pregunta.

—¿Por qué cree que mentí? —susurró él desde Flagstaff, Arizona.

—Porque soy policía. Lo sé. ¿Quiere hablarme sobre sus acuerdos financieros con Bonnie Spencer? —Silencio—. Si es sincero conmigo, los dos colgaremos y la historia se habrá acabado. Si me jode, pasaré mis sospechas a un colega de Hacienda de Washington.

—Le pagué... —su voz se apagó. El tipo tenía apellido irlandés. No podía creer que fuera tan timorato. Jodida asimilación.

—¿Cómo le pagó?

—En metálico.

—¿Cuánto?

—Dos mil quinientos dólares. Fue ella quien pidió que le pagara así. Yo nunca se lo ofrecí.

—¿Cómo se lo hizo llegar?

—Su padre vive en las afueras de Scottdale. Ella lo visita una vez al año, se acerca y hecha una ojeada a los preparativos para nuevos catálogos. Hablamos y... —Si este tipo se pasaba un semáforo en rojo, probablemente se esposaría a sí mismo, se entregaría y le suplicaría al juez la pena máxima.

—¿Hablaron y qué? ¿Le entregó el dinero?

—Sí, en un sobre. Pero le prometo que no volverá a suceder.

«¡Muy bien! —pensé—. Un tanto para los chicos buenos.»

Busqué y por fin encontré un par de libros, Stephen King y Clancy, y se los llevé a Bonnie. No quería que odiara estar encerrada allí, y no quería que pensara que era un gilipollas semianalfabeto que, cuando leía, leía estadísticas sobre qué era más cierto o no. Ella era escritora, tenía las estanterías llenas. ¿Qué iba a decirle? «Eh, Bonnie, puede que no lea muchos libros, pero leo tres periódicos al día y veo todos los documentales históricos en la tele por cable. ¿Quieres saber algo sobre la batalla de Midway? ¿La vida de Metternich? Sólo tienes que preguntarme.»

—Son para más tarde —dije—. Ahora charlemos. —Subí la persiana y me asomé a la calle. Los últimos vestigios de la suave y

mágica luz del día se desvanecían.

—Bien, pero... no voy a decirte cómo hacer tu trabajo..., tal vez deberías llamar a Vicent Kelleher.

—¿Por qué?

—Por que no te dijo la verdad. Y yo sí voy a decírtela. Sé cómo se me han complicado las cosas, y no vas a darme otra oportunidad. Bien, quiero ser digna de tu confianza. Y quiero que me creas en todo.

Esta vez, el policía venció al hombre. Ella no debía creer que me tenía de su parte: tendría que convencerme.

—Tal vez le llame más tarde —dije—. Por ahora, cuéntame cómo volviste a relacionarte con Sy.

15

-C

uando Sy y tú os separasteis, ¿hubo muchos resquemores?

—No. —Bonnie se apoyó contra la cabecera de la cama, una de esas baratas placas de madera entrelazada que chirrían cada vez que respiras. Iba vestida igual que cuando la encontré doblando ropa: pantalones cortos de correr de nylon rojo y un *top* negro. Los calcetines blancos que llevaba puestos se habían ensuciado en la carrera a campo traviesa, así que se los había quitado. No llevaba zapatos.

Unió las rodillas, cruzó los brazos sobre ellas y luego apoyó la cabeza sobre los brazos. Dios, sí que era flexible: era el tipo de postura en la que normalmente sólo puede estar cómoda una niña de ocho años.

—El día que firmé el acuerdo de separación, me llevó a almorzar. A Le Cirque. Luces suaves, servilletas suaves, comida suave, para no hacer ruido al masticar. Estábamos sentados en el mismo lado de la mesa. El me cogió la mano por debajo y dijo: «Es culpa mía no haber podido amarte lo suficiente. Pero siempre estaré disponible para ti, Bonnie.»

Obviamente, lo mismo pensaba Alce. La perra apoyó la cabeza sobre la sábana hasta que Bonnie la acarició. Entonces se tumbó sobre mis pies.

—¿Vomitaste cuando dijo eso?

—No, fue antes del aperitivo. Pero verás, a su modo, Sy era sincero. Creía de verdad lo que estaba diciendo, aunque veinte segundos después de dejarme en Penn Station para que pudiera coger el tren de vuelta a Bridgehampton, dejé de existir para él. Pero ya que no le había puesto las cosas difíciles para separarnos... Quiero decir que lloré mucho y le pedí que fuéramos a un consejero matrimonial, pero eso fue todo. No quise pensión. Así que él sentía cierto aprecio por mí. Si alguien le hubiera preguntado: «Sy, ¿cómo era tu segunda esposa?», el habría dicho: «Mmmm, mi segunda esposa. Oh, sí. Bonnie. Muy dulce. Con los pies en el suelo.» Era curioso; si lo molestabas, nunca te olvidaba, pero la amabilidad no dejaba ninguna huella en él.

—¿Por qué no luchaste por que siguierais juntos?

—Porque... —Unió las manos, como para orar, y se llevó las yemas de los dedos a los labios—. Porque sabía que ya no me amaba —dijo por fin—, si es que alguna vez lo había hecho. Sy podía enamorarse, pero era como un actor zambulléndose en un personaje. La semana que lo conocí, en Los Ángeles, debía de venir de alguna retrospectiva de John Ford, así que yo me convertí en su muchacha vaquera. Iba por ahí con una chaqueta de tela basta, frunciendo el ceño, fumando; eso fue antes de sus días descafeinados. Arrancaba los filtros y encendía los cigarrillos con esas cerrillas que prenden en la suela de las botas. Llevaba un par de viejas pateamierdas, lo que no estaba tan mal, porque era unos pocos centímetros más bajo que yo. Dios sabe de dónde las sacó..., probablemente de alguna boutique de botas antiguas de Madison Avenue. Íbamos mucho a cabalgar. En silla vaquera. Decía: «La silla inglesa es demasiado blanda.» Pero tres semanas después de volver a Nueva York, a las seis de nuestro matrimonio, se cansó de ser Hopalong Cassidy. Y se cansó de amarme. Me di cuenta.

Se dio la vuelta y se entretuvo doblando la almohada, para apoyar mejor la nuca.

—No había nada que ganar luchando contra él en el proceso de divorcio. Había intentado ser un marido decente, y resultó una carga demasiado pesada.

—¿Cómo que era un marido decente? Creí que habías dicho que te engañaba, con varias damas de sociedad.

—Decente dentro de su estilo. Dejaba las puertas abiertas. Recordaba cumpleaños, aniversarios. Tenía un gran estilo; un día de San Valentín me regaló una nueva caja de aparejos, y cuando la abrí, descubrí una hermosa ristra de perlas de catorce milímetros.

—¿Qué son perlas de catorce milímetros?

—Perlas grandes. —Sus manos describieron una esfera del tamaño aproximado de una canica. Me molestó que le gustara un regalo tan caro. Quería que dijera: «Le dije a Sy que se llevara las perlas, yo sólo

quería la caja de aparejos.» Pero no lo hizo—. Tienes que comprender a Sy —continuó—. No podía ser fiel. No podía ser sincero. Tenía que ser..., no sé si «tramposo» es la palabra. Tenía que manipular cada situación. En parte era por el dinero. Siempre temía que alguien le engañara, así que lanzaba a corredores de bolsa, abogados y contables unos contra otros. Pero él sí engañaba a la gente todo el tiempo. Incluía gastos personales en los presupuestos de las películas. No estoy hablando sólo de una sudadera y un juego de caprichos. Su segunda película le pagó un gimnasio y un jacuzzi en nuestro apartamento de la ciudad. Y no podía emplear palabras como «ilegal» o «inmoral» con él, porque, extrañamente, las tomaba como cumplidos. Veía sus trucos como una aventura, y a sí mismo como a una especie de elegante Robin Hood. Pero todo lo que hacía era robar a los ricos para dárselo a los ricos.

—¿No viste nada de esto cuando accediste a casarte con él?

—No. Sólo vi a un hombre culto y encantador que estaba loco por *La vaquera* y que lo sabía todo sobre los *westerns.* No sólo conocimiento superficial: le recuerdo describiendo una de las películas mudas de Tom Mix, *La novia de Cactus Jim.* De hecho, parecía saber de todo: arquitectura camboyana, la teoría del Big Bang, la conexión lingüística entre el finlandés y el húngaro. Pero creo que lo que me conquistó de Sy fue que me apreciaba. Mi trabajo. Mis ojos. Mi pelo. Mi..., todo lo demás. Era un hombre de mundo. Pensé: «¡Dios mío, soy importante!»

Se concentró en masajear su rodilla, un lento movimiento adelante y atrás, de la forma en que uno se acaricia una vieja herida. De repente me miró, y luego, rápidamente, volvió a la rodilla. Supe lo que estaba pensando; a pesar de nuestras notables diferencias, yo era como Sy. Oh, cómo la había apreciado aquella noche: «Juro por Dios que nunca he conocido a nadie como tú, Bonnie. Tu piel es como terciopelo caliente. ¿Sabes una cosa, Bonnie? Tus ojos son del color del océano. No el océano en verano. Como un brillante día de invierno..., tan hermosos. Podría hablarte durante horas, Bonnie. Bonnie, te quiero.»

—Pero el entusiasmo de Sy nunca duraba mucho. Tenía un armario con equipos de deportes que había intentado unas cuantas veces antes de abandonarlos: golf, tenis, submarinismo, polo, esquí de fondo. Si hubiera podido meter unas cuantas mujeres en un armario, lo habría hecho. Encontró otras cosas con las que entusiasmarse a los dos meses de casarnos.

—Lo siento.

—No tienes por qué. La verdad es que llegó a ser divertido. —Alzó la barbilla y me ofreció una sonrisa torcida, una expresión de cosmopolita que rebosaba de *savoir faire.* Era falsa como el infierno—.

Yo sabía con quién tenía un lío por la forma como se vestía. Un día se quitaba su traje italiano ajustado la cintura y sacaba una camiseta gastada y unos vaqueros sucios, y yo sabía que había dejado a la diseñadora de producción de las joyas surrealistas y se había liado con la comentarista del *Village Voice*, la chica con mucho pelo que acababa de dejar sus dulces dieciséis hacía diez minutos. Una no podía evitar reírse.

—No me vengas con chorradas.

La manta de la cama, que el arquitecto habría definido probablemente como un gran diseño bucólico, era de cuadros verdes como el vómito. Bonnie siguió con el dedo una fina línea gris oscuro.

—Muy bien —dijo en voz baja—, lo que me hizo fue una putada. Más que eso. Me rompió el corazón. No soy el tipo de mujer de la que se enamoran los hombres. Entonces, finalmente uno lo hizo. Me sentí tan feliz. Pero antes de poder terminar siquiera el poema de amor que le estaba escribiendo, un soneto, catorce piojosas líneas, dejó de amarme.

—Entonces el matrimonio se acabó antes de que acabara oficialmente.

Ella asintió.

—Todavía teníamos sexo, pero no había amor, ni mucha compañía. En las noches que él estaba en casa, se encerraba en su estudio y leía guiones o hacía llamadas telefónicas. Después de la separación, seguí con mi vida. No fue difícil; realmente no habíamos sido una pareja.

—Pero tu situación económica, tu estatus social, cambiaron. ¿Cómo era tu vida?

—¿A qué te refieres? —Se concentró en seguir otra línea más gruesa sobre la manta.

—¿Feliz, triste, maravillosa, terrible?

—Estaba bien. —No me miró.

—Vamos, Bonnie.

—¿Por qué es necesario esto?

—Porque quiero conocer las circunstancias que rodearon tu reencuentro con Sy.

—Las circunstancias fueron que yo era, soy, una mujer independiente. Sin ataduras. Mi madre murió cuando yo tenía diecisiete años: tumor cerebral. Mi padre volvió a casarse, con una mujer de Salt Lake, podóloga. Vendió su tienda y se mudaron a Arizona, a una comunidad de jubilados; juegan al bridge. Mis hermanos están todos casados y todos tienen sus propias familias.

Guardó silencio, pensativa. Dejó la manta y empezó a juguetear con la punta de su trenza. Ausente, soltó la goma. Se soltó el pelo, y mientras empezaba a hablar de nuevo, lo acarició, como

consolándose. Bajo la luz de la pantalla verde de la lámpara, desprendía suaves destellos de cobre.

—Mi vida. Vivo en un pueblo encantador junto al mar en una parte del país a la que no pertenezco. Tengo a Gideon y su amante, dos amigos y un montón de conocidos agradables. Los veranos son un poco mejores. Conservo un par de amigos de los tiempos de Sy, un montador y un periodista especializado en la industria del espectáculo del *Wall Street Journal*, y los dos tienen casas por aquí. Pasamos algunos buenos ratos. Hago trabajos voluntarios con adultos analfabetos y en todas las causas ecologistas que aparecen. Fue así como conocía a Gideon. Estaba representando a un terrateniente contaminador, y empezamos a gritarnos mutuamente porque las golondrinas de mar se han convertido en una especie en peligro de extinción, pero acabamos siendo grandes amigos. ¿Quieres saber más? Gano dieciocho mil dólares al año escribiendo publicidad para catálogos y colaborando en el periódico local y en publicaciones industriales como *Auto Glass News*. ¿Qué más quieres saber? ¿Sexo? Hasta el SEDA, me acostaba con todos los hombres que me atraían. Ahora leo y veo dos películas por noche y corro cinco kilómetros al día. Aborté cuando estaba casada con Sy porque él dijo que no estaba preparado para tener hijos. Yo deseaba un hijo más que nada en el mundo. A partir de los treinta y ocho años, cuando me di cuenta de que nunca volvería a casarme porque nadie iba a pedírmelo, dejé de tomar anticonceptivos. Nunca pude concebir: descubrí que mis trompas de falopio estaban cerradas por una gonorrea que había contraído de mi marido unos seis meses después de abortar. Bueno, eso es todo. —Bonnie se agarro las rodillas—. Supongo que esperabas algo un poco más movido.

—Un poco. —Tenía que ser profesional. ¿Cuál era la alternativa? ¿Cogerla entre mis brazos, susurrarle tiernas palabras de condolencia? —. Encontramos dos envoltorios de condones en la habitación de invitados de Sy. Si no podías quedarte embarazada...

—SIDA, clamidia, gonorrea otra vez. Si pudiera haber encontrado una forma de ponerle una goma sobre la cabeza antes de besarle, lo habría hecho, pero habría carecido de sutileza.

—Cuéntame más cosas sobre tu vida.

—¿Qué más puedo decir? Tuve una infancia muy feliz. Y luego mi guión se convirtió en película y recibió críticas maravillosas, y entonces apareció Sy y se casó conmigo. Cierto, sabía que habría baches. Incluso tragedia, como perder a mi madre. Pero no se me ocurrió que la vida no sería básicamente maravillosa. Bueno, pues no lo es. No es terrible, pero nunca pensé que sería tan solitaria.

—Pero ahora tienes que tratar con algo un poco más serio que la felicidad personal —le recordé.

—Lo sé.

—Como la posibilidad de ser condenada por asesinato. —Mi voz era sombría, profunda y grave, como un disco de 45 sonando a 33. El pequeño dormitorio de repente pareció estrecho, sin aire, como una celda.

Bonnie parecía decidida a no sucumbir al ambiente. Mostró una de sus grandes sonrisas.

—Así que llegamos a lo peor, me condenan por asesinato. Después de veinte, treinta años en la cárcel, piensa en el guión que podría escribir. Nada de esos tópicos de *Rubias entre rejas.* Ya sabes: la matrona lesbiana, los uniformes rotos para que los pechos asomen y todo eso. No, escribiré un guión socialmente significativo y tal vez aparezca en *Entertainment Tonight.*

—Háblame del guión que preparabas con Sy.

—Oh, bien. *Cambio en el mar.* Está basado en un incidente real ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial. Un submarino alemán emergió ante la costa de Long Island y un par de saboteadores entraron en el país. En mi historia, dos mujeres los descubren en la playa: un ama de casa de mediana edad y una camarera que se busca la vida los fines de semana. Ayudan a capturar a los nazis, pero también trata de la amistad que se desarrolla entre ellas.

—¿Se lo enviaste a Sy al terminarlo?

—Lo llamé.

—¿Qué pasó?

—Bueno, primero hablé con su secretaria, le pedí que me volviera a llamar, cosa que hizo un par de días más tarde. Como con desgana, por cierto; supongo que estaba nervioso porque pensaba que iba a pedirle dinero. Pero cuando le dije por qué quería hablar con él, fue muy amable. «Es fantástico. Envíalo por correo urgente.»

No era sólo que no llevara maquillaje, o que tuviera aquellos increíbles músculos en las pantorrillas; simplemente, Bonnie no se parecía a ninguna otra mujer que hubiera conocido. Parecía incapaz de ninguna treta femenina. La miré directamente a los ojos y no hizo ningún gesto defensivo femenino. Su mano no subió a tocarse nariz para comprobar si tenía grasa, ni a su cabeza para alisarse o revolverse el pelo. No me miró con ojos de gacela herida, ni extendió las piernas en una pose intrigante, ni echó la pelvis hacia delante. No, sólo me devolvió la mirada. Pensé: «Tal vez sea por haber crecido con todos esos hermanos mayores y ese padre cazador de alces y esa madre recia de hombros anchos. Tal vez nunca ha intentado agitar las pestañas o soltar una risita tonta, y nadie se ha dado cuenta. Tal vez deambulaba con los ojos muy abiertos, inepta entre todos esos Browning y Remington y Winchester de la tienda, o miró el motor del Buick de la familia y dijo: “Ooooh, ¿qué es todo eso?” y recibió una

rápida patada en el culo, real o simbólica.» No era femenina. Era hembra.

—¿Dices que a Sy le gustó tu guión?

—Ajá.

Pensé en lo que había dicho Easton.

—¿Entonces por qué le dijo él a uno los suyos que buscara algo bonito que decir para poder quitarte de en medio? ¿Y por qué le dijo a Lindsay...? —intenté una manera de decir que Sy pensaba que el guión era un montón de mierda sin tener que decirlo.

—No puedo decirlo con seguridad. Con Lindsay, creo que era natural que intentara ocultar cualquier relación conmigo. —Bonnie giró los tobillos, haciendo círculos con los pies—. Lindsay tiene antenas supersensibles que siempre dan vueltas y pueden detectar a otra mujer en un radio de cien kilómetros. Sy era muy cuidadoso; cuando te abordaba hacía de todo menos llevar gafas de sol y una nariz postiza.

Dejó de girar los pies y empezó a tocarse los dedos flexionando las pantorrillas al doblarse. Podría haber estado calentando para una maratón; estaba dispuesta para correr. No era alguien que pudiera tolerar estar confinada.

—¿Por qué pediría a su secretario que buscara algo bonito que decir?

—Cosas de trabajo, supongo.

—No.

—¿Cuándo le pidió a su secretario que lo leyera?

—Hace un par de meses.

—Entonces acababa de entregar mi segundo borrador. Sy dijo que le gustaba mucho, pero que no tendría tiempo de dedicarse a él hasta que acabara *Noche estrellada.*

—¿Esa era la reescritura que hiciste basándote en sus sugerencias?

—Sí.

—Conociendo a Sy, ¿es posible que no le gustara, aunque te dijera que sí?

Ella consideró la pregunta.

—Conociendo a Sy, sí. Tal vez..., no sé, me quisiera de vuelta en su vida por una temporada. —Parecía descorazonada, como si acabara de recibir una brusca carta de rechazo por correo—. Pero me escribió una hermosa nota. Algo como: «Me lo bebí. Lo adoro. Me muero de ganas de leerlo de verdad.»

Esto podría ser otro tanto para los chicos buenos; si a Sy le había gustado el guión, y si ella tenía pruebas escritas, tendría todos los motivos del mundo para quererlo con vida. Un productor ejecutivo muerto no puede hacer una película.

—¿Te escribió una nota? —demandé.

—Sí. Tiene tarjetas de presentación con su nombre. Usó una de ellas.

—¿A máquina o a mano?

—Creo que a mano.

—¿La guardaste?

—Debe de estar en mi archivo de *Cambio en el mar*. En mi despacho. —Se detuvo en seco—. Oh, espera un segundo. Quieres pruebas de que le gustó, ¿no? Mira en ese mismo archivo. Está su memorándum original, el que escribió después de leer el primer borrador. Típico de Sy. Ocho páginas, a un solo espacio. Hablando de todo, desde los personajes hasta cómo usaba el modo subjuntivo. Pero lleno de «brillante» y «mordaz» y «picante».

—¿Qué significa «mordaz»?

Ella se mordió el labio durante un segundo.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Es una de esas palabras en la historia humana que nadie ha dicho en voz alta, y tampoco se ve escrita con mucha frecuencia. También la escribía como *«au courant»*. Para él tuvo que ser todo un shock. Sy siempre me decía que yo había nacido demasiado tarde, que debía estar bajo contrato de la RKO (si todavía existiera la RKO) porque mi talento como escritora era para grandes películas de 1941. No le entraba en la cabeza que yo hubiera escrito por fin un guión que atrajera a alguien aparte de mi tía Shirley y algún perverso profesor de la Facultad de Ciencias Cinematográficas. Una película normal, no un *western*. —Bajó de la cama y empezó a caminar, lo que no es fácil cuando sólo puedes dar tres pasos adelante y tres pasos atrás—. Teníais una orden de registro. ¿Cómo es que no encontrasteis ese archivo?

—Probablemente Robby Kurz lo vio y decidió que no era importante. —Saqué mi libreta y anoté: «Archivo película Bon.»

—¿Que no era importante? Oyes decir a la gente que Sy odiaba mi trabajo, que me rechazó, lo que me habría dado un motivo para matarlo si fuera una maníaca homicida, cosa que no soy, ¿y dices que no es importante?

—Nuestro trabajo no es buscar pruebas exculpatorias.

—No. Vuestro trabajo es aplastar a la gente.

—Siéntate.

—No quiero sentarme —replicó—. Dios, me siento atrapada aquí dentro.

Me sentí molesto. Quería que le gustara estar conmigo.

—¿Quieres intentarlo en una celda de la cárcel?

—¿Y tú? Tal vez puedas ocupar la de al lado. Ya sabes, cuando te enchironen por tu delito de tipo D. —Los pasos de Bonnie se hicieron más rápidos, más desesperados. De repente se detuvo en seco. Sonrió. Esa sonrisa falsamente cálida, fraudulentamente amistosa del mundo

del espectáculo—. Escucha, tengo una gran idea. ¡Podemos compartir una celda! Tener un asunto caliente cuando se apaguen las luces. No sólo un asunto caliente convencional. Me refiero a un romance. ¡Hablaremos de verdad! Nos contaremos las historias de nuestras vidas. Las auténticas, incluso aunque duelan. No las falsas que creamos para entretener a la gente. ¡Y sexo! Lo haremos de pie, sentados, de frente, de perfil...

—¡Bonnie, basta!

—¿Por qué? Te digo que podría ser mágico. Como si creáramos algo que el mundo no haya conocido nunca antes. Y al día siguiente...

—Te he dicho que basta.

—...al día siguiente estarías libre. Podrías olvidar que sucedió. Podrías olvidar que significó algo. —Alzó un vaso imaginario—. ¡Eh, brindo por eso!

—Lamento haberte hecho daño —empecé a decir—. Esa época de mi vida fue un lío.

Me levanté y entré en el cuarto de baño. Alce me siguió. No había pañuelos de papel, así que le llevé a Bonnie un rollo de papel higiénico, sabiendo que iba a llorar. Volví y le pasé el brazo por los hombros, dispuesto a absorber sus sollozos. Pero ella se apartó y se dio la vuelta; no estaba llorando, y no quería que yo la consolase.

—Bonnie —le dije a su espalda—, en Alcohólicos Anónimos, una de las cosas que hacemos es confeccionar una lista de las personas a las que hemos hecho daño. Luego tenemos que estar dispuestos a arreglarlo. Sé que te lastimé. No voy a pedir disculpas...

—Gideon dijo que no recordabas lo que sucedió.

—Es verdad. Pero más tarde, después de que se marchara... recordé algo. Sé que nunca podré saber que sucedió exactamente entre nosotros..., de qué hablamos. Pero déjame decir cuánto lo siento...

Ella se volvió y me miró con tanta intensidad que no pude soportarlo.

—Nada de disculpas, ¿vale? No quiero ningún gesto magnánimo que te haga sentirte bien contigo mismo. Sí, me heriste. Pero yo me dejé herir. Representé una escena de sexo sucio y traté de ponerle música de violines. Yo fui la tonta.

—Sabes que no fue ninguna escena.

—Sé que es historia pasada. —Se sentó de nuevo en la cama, con los pies en el suelo esta vez, las manos en el regazo. Postura de discípula de escuela mormona, no de Bonnie. Hubo un largo silencio, que quedó roto por el chillido de una gaviota volando hacia el agua—. Lamento el arrebato —dijo Bonnie finalmente.

—No pasa nada.

—No quiero ser una persona amargada. Perdí el control durante un segundo. Estoy exhausta. No he dormido desde que mataron a Sy,

desde que llamaste a mi puerta. Estoy asustada. Me despierto y el sol brilla y bostezo y me desperezo... y de repente estoy paralizada de terror. Estoy atrapada dentro de una pesadilla, y el sol no me da luz. Y tú: no puedo resolver el dilema del recuerdo que tengo de ti y el miedo que me das. Es muy difícil estar aquí en tu casa.

—Comprendo, y sólo quiero decir cuánto lo siento...

—Dejémoslo correr.

—No puedo...

—Por favor, no.

Oscurecía. Sabía que tenía que llamar a Lynne. Entré en la cocina, pero en vez de coger el teléfono, puse la comida de Alce en un cuenco y le di un poco de agua. Entonces saqué del horno los dos precocinados y los llevé a la habitación de Bonnie en dos platos, con tenedores y servilletas. Pensé que diría «no, gracias, estoy demasiado trastornada para comer», pero cuando regresé con dos Coca Colas, se había comido un rollito y la mitad del puré de patatas y el maíz.

Me quedé allí sentado, sin saber qué hacer, pensando que había aproximadamente un millón de temas de los que quería hablar con esta mujer: qué equipos le gustaban, aunque sospechaba que sería fan de los Mets; de qué iban los mormones; si leía cosas sobre la Europa del Este y la deuda nacional o sólo artículos sobre cine y campañas para salvar las marismas; cuál era su ruta favorita para correr; cómo se había lastimado el tobillo; si se dedicaba sólo a las películas de John Wayne y Katharine Hepburn o veía alguna vez alguna buena película de terror; si creía en Dios y se sentía culpable o sólo lamentaba lo de su aborto; si había sido sólo sexo (sorprendente y de cinco estrellas) o se había enamorado de mí en el transcurso de aquella noche.

Lo que le pregunté fue:

—¿Cuándo empezaste a acostarte otra vez con Sy?

—La última semana.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—¿Qué fue, uno de esos trucos para conseguir un papel? ¿Creías que si te acostabas con él produciría tu película?

—Verás —dijo ella, y cogió otra servilleta—, hay un viejo chiste en el mundillo del espectáculo. Una actriz hermosa y con talento entra en la oficina de un productor y dice: «Quiero ese papel. Haré cualquier cosa, y me refiero a cualquier cosa por conseguirlo.» Se pone de rodillas y dice: «Voy a hacerte la mamada más increíble del mundo.» Y el productor la mira y dice: «Sí, ¿pero qué gano yo?» —Bonnie se limpió las migajas de las manos—. ¿Qué tenía Sy que ganar? Nada. No había nada que yo pudiera hacer por él que le impulsara a hacer algo que no quisiera hacer.

—¿Pero cómo pudiste acostarte con ese bastardo? Vale, permitió que te quedaras con la casa, pero aparte de eso, te dejó sin blanca. Te hizo abortar y...

Ella me interrumpió.

—Nadie me puso una pistola en la cabeza.

—Tal vez no lo hizo, pero te contagió la gonorrea, ¿no? Olvida que eso es una prueba definitiva de adulterio. Te quitó la oportunidad de que tuvieras lo que más deseabas en el mundo.

Acababa de tocar su punto más sensible. Ella no parpadeó: simplemente se puso en pie, sujetando su plato.

—¿Por qué no llevo esto a la cocina? —Su voz era artificialmente aguda, como si estuviera siendo sometida a demasiada tensión.

—No. No tengo cortinas en las ventanas. No puedo arriesgarme a que te vean. Yo lo llevaré más tarde. —Recogí el plato y lo coloqué en el suelo—. Te estás volviendo loca, ¿verdad?

—Y todavía no he empezado —dijo ella suavemente.

—Ponte las zapatillas. —Cuando lo hubo hecho, apagué la lámpara, la cogí por el brazo y la saqué del dormitorio, a través de la habitación principal a oscuras hasta la puerta trasera. Era casi de noche; el cielo, ya moteado de estrellas, era de un azul uniforme. Oscuro, índigo, como mi Jaguar. La senté en el último peldaño y murmuré—: Baja la voz.

—¿Te preocupa que los granjeros noctámbulos que estén arando más allá de esos matorrales puedan oírnos?

—Siempre me preocupan los granjeros noctámbulos. O un amigo que pueda pasarse a verme. ¿Qué quieres? ¿Estar sentada aquí fuera o volver adentro?

Por respuesta, ella se apoyó contra el marco de la puerta e inspiró profundamente. Fuera lo que fuese lo que tenía en las montañas, esto tenía que ser mejor. El abrazo salado del mar, la fragancia de los pinos, el profundo olor a almizcle de la tierra.

—Más preguntas, Bonnie.

—Muy bien.

—¿Por qué te acostaste con Sy después de lo que te hizo? —Ella no respondió; creo que todavía pensaba en aquel bebé perdido—. Vamos —la insté—. No me pareces una de esas masoquistas a las que les gusta ser utilizadas. Pareces regirte más por reglas masculinas que femeninas. Te lo pasas bien, dices gracias y se acabó. No te despiertas a la mañana siguiente sintiéndote como una mierda; te despiertas y te dices a ti misma: «Eh, eché un polvo. Estuvo bien. Me despejó.» Y eso es todo.

—Nunca es así.

—Pero no está lejos de la verdad, ¿no? No dices: «Dulce Jesús, sálvame. Me odio.»

—La gente de mi educación generalmente no dice «Dulce Jesús».

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Soy una de esas mujeres que van por ahí acostándose para degradarse? No. Me acuesto, o me acostaba, por el sexo. A veces por ser abrazada.

—Entonces responde a mi pregunta.

—Me acosté con Sy porque estaba allí, una persona real y viva que me conocía. Vino a casa para examinar su memorándum sobre mi guión y acabamos hablando sobre la esposa de mi hermano Jim, por la que Sy siempre había sentido debilidad, y sobre la operación de su tío Charlie, y sobre todas las películas que quería hacer después de *Noche estrellada.*

Hablando de estrellas, la noche era tan clara que las estrellas no eran luces frías y distantes, sino puntos parpadeantes de calor: «¡Hola! ¡Bienvenidos! ¡Qué hermoso universo tenemos aquí!»

—Cuando Sy vio las jarras sobre el mantel —continuó Bonnie—, recordó el viaje que hicimos a Maine, donde compramos un par de ellas. Fue tan bonito..., un recuerdo compartido. ¿Qué más? Dijo que mi guión parecía magnífico y que no podía creer que yo estuviera usando todavía una máquina de escribir, y cogió el teléfono y llamó a su ayudante y le hizo pedir un ordenador y una impresora para mí. —Tomé nota mental para preguntarle a Easton al respecto—. Veamos. Me trajo flores. Así que supongo que te estarás preguntando si me consiguió a cambio de un compatible IBM y un ramo de lirios. En parte. Sy se mete en tu vida y arrasa con todo. Déjame que te diga que es muy seductor tener a alguien que se preocupe por ti, que te compre juguetes electrónicos, que te cepille el pelo, que te pregunte cómo te ha ido el día. Así que eso fue parte de ello. Y la otra parte fue que me acosté con él porque me sentía necesitada de amor. No podía soportarlo más. —Antes de que yo pudiera decir nada, añadió—. Y no me preguntes si creo que él me amaba, porque los dos sabemos cuál es la respuesta.

—¿Por qué tú? Mira, no es que te menosprecie, pero estaba viviendo con Lindsay Keefe.

—Soy más sexy que Lindsay Keefe. —No estaba siendo falsamente inmodesta. Lo decía con indiferencia. En serio. Entonces estiró las piernas y empezó a tocarse otra vez los dedos. No podía estarse quieta; tenía demasiada energía. Me pregunté cómo podía estar sentada durante dos horas para ver una película. Era una pasión oscura y sedentaria para alguien que parecía todo luz del día y cielo descubierto—. Para Sy no era sólo sexo —explicó—. Me jodía literalmente para joder a Lindsay figuradamente. Siempre era mucho más feliz cuando engañaba a alguien. De algún modo, sus mujeres siempre sospechaban, y a él le gustaban sus esfuerzos por conservarle.

También le gustaba su angustia. Y le encantaba la logística del engaño. Pero con Lindsay era algo más que su infidelidad habitual. Estaba furioso con ella.

—¿Por qué? ¿Porque no estaba bien en la película?

—Porque no estaba bien... y porque ni siquiera lo intentaba. Verás, Sy había invertido su propio dinero, el del banco y el de algunos de sus amigos. Era un auténtico riesgo. Sabía que esta clase de películas de aventura-romance sofisticado no hacen negocios fabulosos a menos que haya algo muy especial. Pero sentía que lo tenía en el guión de *Noche estrellada.* A pesar de todos sus defectos, Sy creía de verdad en lo que hacía.

Recordé que a Germy le había gustado el guión.

—¿Lo leíste?

—Sí. Era magnífico. Pero Sy necesitaba un éxito de taquilla y críticas extasiadas: «¡Un clásico americano! ¡Véala!» Y Lindsay Keefe era su ticket. Es una estrella. Los hombres, especialmente, la adoran. Pero, más importante, ha hecho películas de calidad. Los críticos se la toman en serio. Sy sabía también que con las estrellas equivocadas, con actores con alcance emocional limitado, *Noche estrellada* sería sólo otra de esas películas de los años cincuenta en Eastman Color sobre aventureros ricos en la Riviera, sólo que situada en los Hamptons y Nueva York. Pero con actores que pudieran mostrar inocencia, dulzura, elegancia, que supieran decir con convicción sus diálogos (porque los diálogos eran muy buenos), obtendría un importante éxito comercial y de crítica. Estaba en camino; por lo que decía, Nick Monteleone había nacido para ese papel. Era cortés sin ser demasiado Cary Grant; era varonil, excitante. Pero Lindsay lo estropeó todo. Representaba el papel como si estuviera por debajo de su altura, y eso era mostrar desprecio por la capacidad de juicio de Sy, y por el propio Sy. A él no se le hacían esas cosas, no si una tenía cerebro. Era una negativa importante.

—¿Por qué no la echó de su casa? ¿O la despidió?

—Bueno, no iba a despedirla hasta que tuviera una sustituía, lo que iba a resultar terriblemente caro. Lindsay tenía un contrato según el cual le pagaban por entero hiciera la película o no. Pero él estaba buscando a alguien. Por eso iba a ir a Los Ángeles. En cuanto a echarla de su casa, él era antes que nada un manipulador listo. Si por algún motivo no podía llegar a un trato con otra actriz, se quedaría con Lindsay, y mientras viviera con él y se acostara con él y recibiera pequeños regalos de diez mil dólares de él, al menos sería semimanejable. Si le daba la patada, sería francamente hostil.

—¿Crees que Lindsay sabía que Sy se estaba viendo contigo?

—¿Conmigo específicamente? No. ¿Con otra mujer? Seguramente. No es que Sy me lo dijera, pero la llamó a su trailer desde mi casa;

tenían esos teléfonos portátiles. Ella se puso al teléfono y obviamente le preguntó dónde estaba, y él tardó un segundo y dijo: «Oh, estoy, hum, almorzando con un viejo amigo de la facultad, hum, Bob, me lo acabo de encontrar. Estamos en este garito.» Y ella preguntó dónde, y él tardó otro segundo y dijo: «Hum, hum, el Water Mili.» Estaba mintiendo, pero haciéndole saber que estaba mintiendo.

—¿Te dio a entender Sy que Lindsay pudiera tener algún lío con alguien? —Bonnie sonrió y sacudió la cabeza, como si la posibilidad fuera demasiado ridícula para considerarla siquiera— ¿Por qué no? ¿Tan maravilloso era en la cama que ella no querría a nadie más?

Lo confieso: no era exactamente una pregunta policial. Quería saberlo.

Tal vez ella lo sabía. Pero no quiso decírmelo.

—Eso no es relevante.

—Sí, lo es. Tengo que saberlo todo sobre él. Tengo que saber cómo se comportaba con la gente, con las mujeres. Es importante que sepa qué clase de número hacía con Lindsay Keefe. ¿Por qué estás tan segura de que ella no le engañaba?

—Porque Sy podía satisfacer a cualquiera. —Se sentó, los ojos clavados en mí, tratando de parecer distanciada, una expresión cínica, como una mujer de bata blanca en la tele promocionando regaderas Lluvias de Abril. Si hubiera llevado gafas, se las habría quitado para parecer sincera—. Sy era extremadamente adaptable con las mujeres. Podía ser lo que ellas quisieran. Bueno, no podía medir metro noventa, ni ostentar una polla que fuera desde aquí a Filadelfia. Pero podía hablar sucio o de manera romántica. Podía ser un animal, o podía ser el Fred Astaire de su Ginger Rogers. Olvida la pasión real, o el calor real..., tampoco era capaz de eso. Pero podía ser un animal sensacional, un Fred Astaire fantástico. O lo que tu quisieras.

Alce se acercó a la puerta y empezó a ladrar. Quería unirse a la conversación. No podía arriesgarme a que saliera y llamara la atención de los perros de mis vecinos, así que entramos en casa, de vuelta a la habitación de las piñas. Encendí la lámpara y asumimos nuestras posiciones de antes. Pero como nos llevábamos mejor, decidí que no habría problema si ponía los pies sobre la cama.

—¿Y si te dijera que Lindsay tenía un lío con Víctor Santana? —pregunté.

—¡No!

—¿Bien?

—Diría... —Bonnie lo pensó durante unos tres segundos. El aire fresco había encendido sus ojos, despejado su cabeza—. Podría haberse salido con la suya. ¿Sabes por qué? Sy nunca lo habría creído. —Alzó las piernas, se abrazó las rodillas—. Pero, de hacerlo, eso habría sido el final de Lindsay. El era tan vengativo. Si alguien, un

agente, un ejecutivo del estudio, lo hacía enfadar, pasaba a su lista negra. En serio, tenía una lista negra mental, incluyendo los diez principales, que cambiaba continuamente. Cada vez que podía devolvérsela a alguien que tuviera en la lista, no importa en qué número, lo hacía. Y cuando entrabas en ella, nunca desaparecías.

Yo no dejaba de pensar que el carácter vengativo de Sy tenía que significar algo. Tal vez se había enfrentado a Lindsay, achacándole su mala actuación. O se había enterado de lo de Santana. Tal vez ella sintió que él estaba a punto de hacerle daño, no sólo despidiéndola, sino intentando destruir su carrera, hacer que todo el mundo supiera que como actriz estaba perdida. ¿Lo habría matado ella entonces? Encajaba, pensé. No. Pero casi.

—Sinceramente, no creo que Sy lo supiera —dijo Bonnie—. No parecía estar en uno de sus estados de ánimo típicos, le arrancaré el corazón con los dientes y todo eso. Era muy optimista con respecto a su viaje a Los Ángeles. Y estaba muy relajado. Había planeado coger el vuelo de las diez y cuarto de la mañana, pero en cambio decidió acercarse al plató y ser amable con todo el mundo, porque sabía que la moral no estaba muy alta. Entonces me llamó para que me reuniera con él en su casa. Nunca la había visto antes. Me la enseñó entera. Quería oírme decir: «¡Vaya! ¡Guau! ¡Dios mío!»

—¿Lo dijiste?

—Claro. Si hay que admirar una casa, es esa.

—¿El estaba relativamente relajado?

—No estaba tenso. Dijo que había hecho de todo menos agitar pompones y vitorear en el plato, y cuando se marchó pudo sentir el cambio en la atmósfera. Mucho más positiva. Y con respecto al viaje a Los Ángeles, había enviado copias del guión a tres actrices diferentes, e iba a tomar el vuelo de las siete de la tarde, descansar durante la noche, y al día siguiente iba a desayunar, almorzar y cenar con ellas. Iba a hacer una oferta a una de ellas esa misma noche. Me dijo: «Ahora mismo estoy en un bache con *Noche estrellada*, pero ya verás. Voy a salir de él. Será mi mejor película. La más grande.»

Saqué los pies de la colcha y acerqué la silla a la cama: hora de hablar en serio. No me gustaba estar tan encandilado con ella.

—Dime por qué amenazaste a Sy.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, Bonnie. Fuiste a verle al plato. Tenemos testigos. Dijiste: «Sy, te has comportado como un cerdo hijo de puta por última vez.»

—¿Llamas a esto un interrogatorio? —Demasiado lista. Como una zorra del Upper East Side.

—Corta el rollo, Bonnie.

—No, córtalo tú. ¿Es que no sabes nada de la gente? Tenemos a Sy Spencer, mi ex marido, que ha venido a mi casa todos los días, que se

ha acostado conmigo, que me dice cuánto me echa de menos, lo maravillosamente humana que soy, cómo ha habido un vacío en su vida desde que me fui a pesar de todas las otras mujeres y que está empezando a pensar que cometió un espantoso error. «Espantoso» fue como lo llamó. Cierto, yo sabía que casi todo era mentira, pero él dijo que quería que fuera al plató algún día, quería que conociera de primera mano lo que estaba haciendo. Así que fui. Vale, habría sido mejor esperar a recibir una invitación con ribetes dorados, magnífico. Pero cuando llegué allí, me dijo que me marchara... para que todo el mundo pudiera oírle. No me dolió; me enfureció. Y ésa iba a ser la última vez que me trataba como un cerdo hijo de puta. Vendría a mi casa más tarde y no le dejaría entrar. Se acabó. Adiós.

—Pero no se acabó.

—Llamó unos dos segundos más tarde desde el teléfono de su coche. Dijo que se sentía fatal. Explicó que si me hubiera invitado al plato, habría parecido que estábamos liados, porque nunca llevaba a nadie a menos que fueran banqueros importantes. Y no podía permitirse que Lindsay reparara en mí: eso revelaría el juego, y no estaba preparado todavía. Así que tuvo que desacreditarme públicamente. Naturalmente, se disculpó y juró que iba a deshacerse de ella. En cuanto se marchara, yo tendría carta blanca para visitarle cuando quisiera. Dijo que estaba orgulloso de mí. Yo había creado *La vaquera.* Quería exhibirme, que todo el equipo me viera.

No dije nada. No tenía que hacerlo.

—Aunque te murieras por creerle, no podías hacerlo —reconoció ella—. Para ser tan sofisticado, podía ser un completo gilipollas.

El calor del día brotaba finalmente de la tierra. La primera brisa nocturna sopló a través de la ventana. La persiana se agitó y Bonnie se estremeció.

—Déjame que te traiga una sudadera o algo.

—No, gracias. Estoy bien.

De acuerdo, me habría gustado verla con mi vieja sudadera «Soleada Albany». Me habría gustado coger sus manos entre las mías y frotarlas. El hecho era que me gustaba tener a Bonnie en mi casa. A pesar de las extrañas circunstancias, a pesar de los ocasionales chispazos de furia que brotaban entre nosotros, me sentía muy cómodo. Había tantas cosas de ella que me gustaban, desde que no hiciera observaciones sobre el colesterol cuando le ofrecía los platos precocinados hasta su valor, pasando por su maravilloso pelo brillante. Pero lo gracioso era que, a pesar del placer de su compañía, me había recuperado de mi obsesión hacia ella.

Tal vez al permitirme recordar lo que había pasado entre nosotros rompí el hechizo. Aquí estaba, capaz de estar sentado en una habitación minúscula, a escasos centímetros de ella, interrogándola,

comportándome como un poli de verdad. Su poder había desaparecido. Podía relajarme, no fantasear sobre lo maravilloso que sería besarla, lamer sus labios, meterle la lengua en la boca. Había superado el escollo del deseo. «Eh —pensé—, ya era hora.»

En ese instante de autofelicitación, dejé de mirar sus labios. Si la persiana no hubiera estado echada, podría haberme asomado a la ventana para contemplar la salida de la luna. Pero ya que no había cielo que admirar, ni estrellas, miré a otra parte y advertí la tersura de los pantalones cortos de nylon estirados entre sus piernas.

Si hubiéramos sido personajes de un tebeo porno, el dios de la pasión, en ese momento, nos habría lanzado un rayo que habría arañado el cielo, dividiéndose en dos lanzas irregulares para, en el momento exacto, alcanzarnos justo en el pubis.

En el momento en que mi respiración empezaba a hacerse más profunda, Bonnie cogió la almohada que tenía detrás *y* se la colocó en el regazo. Fue uno de esos gestos inconscientes de autodefensa, pero sin advertirlo, empezó a doblar el borde la almohada, frotando la esquina con el pulgar. «Oh, Dios —pensé—, podría estar haciéndome eso a mí.» Mi excitación creció por momentos. Casi podía sentir la suave presión de su pulgar.

Traté de imaginar a Lynne, usarla como talismán mágico contra lo que estaba sucediendo. «Pelo rojo —me dije— y grandes ojos marrones, tez pálida. La cintura, las piernas largas y hermosas.» Pero no podía llegar a ninguna parte. No podía romper el hechizo de Bonnie.

Pero ella sí pudo. O de pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo o simplemente sintió el cambio de temperatura en la habitación, porque volvió a colocarse la almohada detrás.

—¿Qué más te gustaría saber? —preguntó, todo inocencia, alegría, como si fuera a presentarse al título de Miss Ogden quinceañera.

—¿Por qué me mentiste?

—¿Quieres decir la primera vez que viniste a mi casa?

—Fui y te hice una pregunta simple: «¿Cuándo fue la última vez que viste a Sy?» Dijiste que no estabas segura, pero pensabas que unos cuantos días antes, en el plato. Te pregunté cuándo lo habías visto antes de eso, y no fuiste precisa, pero te parecía que una semana antes, cuando te enseñó su casa en el recorrido de los cincuenta centavos. Dijiste que no habías pasado mucho tiempo con él.

—Para ser alguien que no puede recordar, tienes muy buena memoria.

Si la mirara, vería su entrepierna, o sus pechos, o el hueco de su clavícula donde caía el cuello de su camiseta estirada. Así que miré más allá y me concentré en la cabecera de la cama.

—Te pregunté si te había visitado en tu casa. Otra vez con

vaguedades, pero entonces dijiste que tal vez lo había hecho. Verdaderamente indiferente. Sólo dos viejos amigos trabajando juntos en el guión de una película. Lo que quiero saber es: ¿habías preparado una coartada antes de que yo apareciera? ¿O estabas improvisando?

—¿No vas hacerme una de esas advertencias? Ya sabes: «Si no me dices la verdad, te abriré la cabeza.»

—No. Es «te abriré la jodida cabeza». ¿Podemos continuar?

—¿Qué pasa?

¿Sólo porque estaba mirando directamente la cabecera de la cama pensaba que pasaba algo malo?

—No pasa nada. Te he hecho una pregunta. Estoy esperando una respuesta.

—Tenía una coartada, pero también estaba improvisando. —Inspiró profundamente—. Después de que Sy llamara, me acerqué a su casa. Me la enseñó y, gran sorpresa, acabamos en la cama.

—Sí, gran sorpresa. —Podía imaginármelo, rodeándola con su brazo, guiándola de habitación en habitación, sin necesidad de llegar a decir: «Todo esto podría volver a ser tuyo.» Podía ver su mano sobre su culo, guiándola a la habitación de invitados, cerrando la puerta—. ¿Cuándo empezasteis a joder y cuándo acabasteis?

—¿Por qué no me preguntas directamente en qué postura lo hicimos y cómo fue? —replicó ella.

—¿Por qué no te callas la boca? Comprende una cosa: estás aquí para trabajar. No te he traído por el placer de tu compañía o para excitarme escuchando tu vida sexual. Contesta. ¿Desde qué hora hasta qué hora?

—Desde la una hasta las dos y media. ¿Quieres saber si me lo pasé bien?

—Estoy seguro de que siempre te lo pasas bien, encanto. De lo contrario no lo harías tan a menudo.

Bien, lo dije para hacerle daño. Y funcionó. Nada como un buen insulto para hacer que una mujer deje de pincharte, para ponerla al borde de las lágrimas. Funciona como si fuera magia.

—No era necesario decir eso. —Su voz tembló; le costaba contraatacar.

—¿Te vio alguien mientras estuviste en casa de Sy?

—La señora Robertson. Es la cocinera. —Le hablaba a la manta verde.

—¿Conversaste con ella?

—Sí. Sy fue a llamar a California un momento, para asegurarse de que todas sus reuniones estaban concertadas. Ella y yo hablamos—¿De qué?

—De nuestras familias, de la de Sy. Ella empezó a trabajar para nosotros el segundo verano de nuestro matrimonio. No la había visto

desde el divorcio.

—¿Eso fue antes o después de que echarais el polvo?

—No me hables así.

—¿Antes o después? Deprisa, Bonnie. Hay una bomba de relojería en marcha. Robby Kurz está por ahí fuera buscándote.

—Antes.

—Así que hablaste con la señora Robertson, fuiste al piso de arriba, tuvisteis una relación sexual..., ¿está mejor así? —Ella no respondió. Justo entonces volvía imaginar a Sy, con su corto pelo gris, montándose encima de ella, sobando, acariciando, apretando, palpando su piel—. ¿Y luego qué? Vamos. ¿Hablasteis de algo?

—Sólo de las tres actrices que iba a ver. Quién creía yo que era la más adecuada para el papel y por qué. Dijo que me llamaría desde Los Ángeles y me informaría.

—¿Es todo?

—Casi todo.

—¿Qué más?

—Dijo que me amaba.

—¿Le creíste?

—Creía que él lo creía durante ese momento.

—¿Le creíste?

—No.

—¿Alguna señal de que estuviera bajo presión?

—En realidad no.

—¿Entonces se despidió de ti y qué?

—Fue a ducharse y a hacer la maleta, supongo. Bajé a despedirme de la señora Robertson, pero no estaba en la cocina. Así que volví a casa.

—¿Volviste a hablar con Sy?

—No. Nunca más. Lo último que sé es que estaba en el patio trasero, cortando dalias. El teléfono sonó y era la señora Robertson, que me contó lo que había pasado, que la policía estaba allí. Fue tan..., no sé lo que fue. Lo que ella decía no me causó ningún impacto; era como un diálogo que no pareciera real. Entonces la señora Robertson dijo: «Me han preguntado si había alguien con él y les he dicho que no. Lo que no sepan no les hará daño, así que mantenga la boca cerrada.» Y le di las gracias.

—Vaya un favor.

—Ella lo consideró así. Por favor, no la acuses de nada.

Como si yo fuera a arrestar a la madre de Mark Robertson, cargarle la perpetua, y lanzarla a una jaula con un puñado de busconas y vendedoras de crack. Pero sólo le dije a Bonnie:

—Continúa.

—Estaba demasiado trastornada para llorar. Puse las noticias. Y

entonces empecé a pensar: «¿Y si los polis me interrogan?» Leí procedimientos policiales. Era la sospechosa natural: la ex esposa. No me puse a planear nada, pero durante la noche, no podía dormir, me di cuenta de que mis huellas estarían en su casa y las suyas en la mía, así que no debía mentir en ese tema. Y también debía admitir que había estado en el plato..., aunque no advertí que nadie me oyera murmurar.

—Así que decidiste decir la verdad y sólo variar un poco los detalles.

—Sí. Eso es. Pensé que sería mejor no mencionar que me había acostado con él, para evitar un montón de preguntas embarazosas. Pero no estaba segura sobre decir que no había estado en su casa esa tarde. No había ningún motivo para no admitirlo: ciertamente, no tenía ningún motivo para matarlo, no sería sospechosa. Pero Marian Robertson ya había dicho que no estuve allí, así que pensé: «bueno, si llegamos a lo peor, diré la verdad, pero si no, me callaré... por su bien y por el mío.»

—Pero llegamos a lo peor y no dijiste la verdad.

Bonnie se puso en pie, apartó dos centímetros la persiana para poder asomarse a la noche.

—Abrí la puerta a la mañana siguiente y... —Se volvió, se apoyó contra la pared, encarándose a mí—. Por favor, no me interrumpas ahora. Va a costarme trabajo decir lo que tengo que decir. —Asentí—. Sólo pasé una noche contigo, pero fue importante. Bueno, importante es quedarse corto. Me enamoré de ti. Cuando no llamaste, intenté llamarte yo. Tu teléfono particular no aparece en la guía. Y en tu oficina dejé mi nombre cuatro veces. Supuse que la Brigada de Homicidios está tan saturada que sus detectives reciben mensajes telefónicos y los contestan... o no.

»Sentí más dolor de lo que se puede expresar. Y mucha vergüenza. Tardé mucho tiempo en recuperarme. Pero lo hice.

»Y entonces apareciste allí, cinco años más tarde, en la puerta de mi casa. No te reconocí durante un instante, o tal vez no pude creerlo, y entonces... ¡Fui tan feliz! Quiero decir que Sy había sido asesinado la noche anterior, algo horrible y doloroso. Había perdido a un buen amigo, o al menos a un ex marido, un amante, un productor. Pero todo lo que pude pensar fue: «¡Stephen ha vuelto!» Pero en vez de mostrar algún... afecto, me enseñaste tu placa. De pronto comprendí por qué estabas allí. Y fuiste tan correcto. Así que me contuve. Supuse que debía de ser tan embarazoso para ti como para mí. Pero lo extraño era que no parecías cortado, fuiste frío, pero amable. De vez en cuando veía un reflejo del hombre que conocí aquella noche. Tienes una sonrisa maravillosa, que usas con gran efectividad.

Y...

Otra vez se volvió hacia la ventana. Guardé silencio, porque ella me lo había pedido y porque no sabía qué decir.

—Quería que volvieras a quererme. Quería una buena opinión tuya. No quería ser una zorra.

—No lo eres. —Deseé que ella se volviera otra vez, pero permaneció allí, de cara a la persiana.

—Es mi turno. Estuviste de acuerdo. Hecho: me conociste en un bar. Yo fui a por ti; para decirlo suavemente, no fui sutil. Hecho: te llevé a mi casa y, usando tu terminología, echamos un polvo antes de que supiera cómo te ganabas la vida. Hecho: ni siquiera sabía cuál era tu apellido. No lo supe hasta más tarde, cuando me enseñaste tu placa. Pero todo eso no importaba. Sabía que eras bueno. Eso era un milagro, y me estaba sucediendo a mí. Así que lo dejé correr. Te di todo lo que tenía. ¿Por qué contenerme? Nunca se me ocurrió que no comprenderías completamente, me aprobarías, te alegrarías de lo que estábamos haciendo, porque teníamos esa magia. Eso lo comprendías.

»Pero cinco años después, yo sólo era una mujer a la que habías conocido en un bar, que no pudo esperar a llevarte a su casa. Entonces me preguntaste cuándo fue la última vez que vi a Sy. No iba a decir: "Oh, ayer por la tarde, en su cama." Porque no quería que supieras que seguía siendo fácil, que había vaciado mis cajones menos de veinticuatro horas antes por un hombre que vivía con otra mujer: Lindsay Keefe, una belleza famosa en todo el mundo. Pensarías que todo lo que yo podría ser era un polvo rápido; sabía que supondrías que yo tenía tanto valor para Sy como lo tuve para ti, para cualquier hombre: cero.

»Supongo que quería castidad retroactiva. Quería tu respeto. Quería que apreciaras que mi franqueza contigo fue excepcional, que tú la provocaste, que no era una cualquiera que se acostaba con todo el mundo. Nunca fui así. Bueno, tal vez no esté siendo totalmente honesta. No sé con cuántos hombres he estado: treinta, cuarenta, tal vez más.

Recordé haberle dicho al psiquiatra de South Oaks que la cantidad de mujeres con las que me había acostado tenía tres dígitos, pero no sabía si eran doscientas o quinientas. En los veranos de los setenta y la mayor parte de los ochenta, me había abierto paso follando desde Hampton Bays a Montauk.

—Sabías que yo era fácil, promiscua, lo que fuera —continuó Bonnie—. Sabías que tenía un pasado. Pero pensé: «Ahora tengo otra oportunidad. Tal vez él pueda comprender que lo que pasó entre nosotros fue único.»

Por fin, se dio la vuelta. Estaba agotada: tenía la cara hinchada de fatiga. «Es mayor y ahora lo parece —pensé—. Lynne es tan joven.»

—¿Sabes? Nunca me preguntaste a qué me dedicaba. La mañana

que viniste a interrogarme y descubriste que estaba trabajando con Sy, me sentí muy alegre. Porque quería impresionarte. Quería que pensaras: «Vaya, es escritora. No es una puta, es una mujer interesante. Una buena mujer. Tiene valor.» —Bonnie se enderezó—. Quería ser una mujer a la que pudieras amar. Y por eso te mentí.

Una brusca brisa agitó la persiana. Esta chocó contra el alféizar. Bonnie saltó como si hubiera sido la detonación de una pistola. Me levanté.

—Sé que he contribuido a tu infelicidad —dije—. Lo siento.

Se apartó de la ventana, hasta quedar cerca de la mesilla de noche con su lámpara, a sólo centímetros de mí.

—¿Qué te parece esto? —propuso—. En vez de disculparte, ¿por qué no actúas con un poco más de decencia? Deja de hablar de que me acuesto y follo y jodo como si fuera la puta de Bridgehampton y tú fueras un poli piesplanos preparado para fusilar a una banda de gángsters. Soy un ser humano y estoy metida en un lío terrible. Si vas a ayudarme, ¿por qué no ser generoso? Hazlo con un poco de amabilidad.

—Muy bien —dije. La brisa se convertía en un gélido viento de finales de agosto. Sentí frío—. Lo siento.

—Gracias.

Bonnie tenía carne de gallina en los brazos y piernas. Fui a mi dormitorio a coger una sudadera y algo más de ropa para ella. Alce trotó a mi lado. Intenté ponerle en la boca un par de calcetines para que pudiera llevárselos a Bonnie, como un mensajero. Sería gracioso. Pero Alce no aceptó: dejó que los calcetines se le cayeran de la boca y me dirigió una mirada herida, como si yo le hubiera hecho creer que iba a darle una Big Mac.

Cuando apagué la luz para marcharme, advertí la lucecita roja destellando en el contestador. Dos mensajes. Fuertes; bajé el volumen. Uno era de Germy, diciendo que tenía posibilidades de conseguir dos entradas para los Yankees. Estaban de gira, jugando en Detroit, ¿pero quería ir cuando volvieran? Y el otro era de Lynne: «Hola. Te quiero y estoy pensando en ti. Cariño, sé lo ocupado que estás, ¿pero podrías llamar tan sólo un segundo? Tengo que decirle a mi madre si queremos pechuga de pollo rellena de arroz o rosbif para el banquete. Tú dirás que es elección mía, pero por favor, quiero que te sientas parte de esto.»

Llamé a la central y localicé a Carbone. Ni rastro de Bonnie todavía, me informó. Yo tampoco la había encontrado, le dije. Pero había comprobado su casa y no parecía que se hubiera marchado corriendo o llevándose cosas consigo. Calculaba que pasaría la noche fuera y volvería más tarde. Mientras tanto, tenía mi lista de amigos y conocidos e iba de casa en casa, comprobando. Hasta ahora sin suerte.

Pregunté si Robby se había ido a casa, y Carbone dijo que no, que todavía estaba en la oficina, estudiando los archivos.

Volví a la habitación y le di a Bonnie unos cuantos jerseys y calcetines. Las mujeres normalmente parecen adorables cuando se ponen tu ropa, con todas las mangas largas, pero ella tan sólo parecía normal con las mías; le venían bien. Se metió los calcetines en el elástico de los pantalones.

—Había un par de llamadas en mi contestador —dije—. ¿Las hicieron cuando estabas en tu casa?

Ella cogió las zapatillas que le había traído.

—Una sí.

—¿Pudiste oírla? —Ella asintió. Recordé el alegre mensaje de Lynne: «Hola, te quiero...» Sentí tristeza por Bonnie—. Entonces sabes que tengo a alguien.

—Sí.

—Voy a casarme.

—Enhorabuena. —Directa. Sin segundas.

—Gracias. Ella es todo un hallazgo. Enseña a niños con problemas de aprendizaje. Quiere las mismas cosas que yo, ¿sabes? Estabilidad. Una familia. Y es católica. Eso es importante para mí. —Bonnie retorció sus zapatillas—. Últimamente, supongo que desde Alcohólicos Anónimos he estado sintiendo la necesidad de volver a la iglesia. Por tener un lugar donde rezar. Y por el ritual también, supongo.

Estaba progresando. Pero quería decirle que la última vez que fui a la iglesia tenía ocho años y la misa era en latín. Me pregunté cómo sería si uno pudiera comprenderla, si pensaría: «¿De modo que esto era todo?», y perdería la fe. Estaba un poco preocupado por eso.

Y quise decirle que cuando mi madre se casó con mi padre, accedió a educar a sus hijos en el catolicismo. Conocía sus obligaciones. Me dejaba una vez a la semana en la clase de confraternidad, pero después de que hiciera mi primera comunión me dijo: «Steve, querido, eres un chico mayor. Si quieres ir a misa, tendrás que hacerlo en tu bici. Me gustaría llevarte, pero estoy de pie toda la semana. El domingo es mi día de descanso.» Fui a misa todos los domingos desde mayo hasta después de Navidad, cuando empezó a nevar. Fue un invierno muy frío, y las carreteras se convirtieron en una sólida capa de hielo. Después del deshielo de primavera, nunca volví.

Empecé a sonreír entonces; había llegado a conocer tan bien a Bonnie que casi podía oírla: «Tienes cuarenta años. Deja de echarle la culpa a tu madre.»

Pero quise decirle que mi madre no había hecho lo mismo con Easton. Le había protegido del virus católico asesino. Años más tarde, cuando empezó a salir con los veraneantes de Southampton, le oí decir por teléfono que su tatarabuelo fue el obispo episcopaliano de Long

Island. Yo no sabía si mi madre le había dicho eso o si se lo había inventado él, pero sabía que era una mentira. ¿Qué clase de persona mentiría sobre una cosa de Dios?

Empecé a parlotear otra vez.

—Escucha, sé que voy a parecer ridículo cuando entre y diga: «Bendígame, padre, porque he pecado. Han pasado treinta y dos años desde mi última confesión.» Pero es algo que quiero hacer y Lynne me apoya en todo. Vale, no necesito que nadie me coja de la mano y me arrastre hasta el cura. Pero está bien que la iglesia forme parte de nuestra vida juntos.

Bonnie se volvió, se apoyó contra la pared con las dos manos y se inclinó hacia delante para distender los músculos de sus pantorrillas. Yo me sentí como un estúpido. Farfullaba como una mujer tonta que intenta impresionar rápidamente a un hombre, antes de que pueda largarse, y no podía parar.

—Lynne es joven para mí. Veinticuatro años. Pero es una persona sólida. Y guapa. Pelo rojo oscuro...

—Cálmate —sugirió Bonnie, haciendo una última distensión—. No voy a intentar seducirte.

—Estoy tranquilo —dije, intentando parecerlo—. Sólo pensaba que no sería malo que supieras cuál es la situación.

—La situación era, y es, que no buscas a una judía estéril de cuarenta y cinco años. Créeme, sé que no soy gran cosa. Pero ya que vas a volver a la iglesia, lo que es admirable, podrías querer examinar tu conciencia con la Trinidad. ¿Me habrías dicho cuál es la situación sino hubiera escuchado tu contestador?

—No puedo responder a eso.

—Si yo no lo hubiera descubierto, ¿habrías intentado seducirme?

—Tampoco lo sé. Creo que todavía hay una cierta atracción entre nosotros.

—Es más que una cierta atracción.

—Vale, es más. Mucho más. Todo lo que puedo decir es que espero haber tenido la fuerza necesaria para combatirla. Pero ahora que sabes lo de Lynne, me siento mucho mejor. Mucho más seguro, para ser sincero. ¿Tú no?

Bonnie se echó a reír, una risa deleitada y jovial. Me habría gustado, pero era a mi costa.

—Bueno, no me preocupaba por mi seguridad —dijo—. Pero me alegro de saberlo todo. Me alegro por ti. Te deseo lo mejor. Y me deseo lo mejor también —añadió—. Quiero intentar salir de este lío, si es posible. Quiero un futuro.

—Espero que tengas uno.

—Bueno, tú eres el detective. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Quiero comprobar la coartada de Lindsay. Parece que estuvo en

East Hampton, pegada a la cámara, todo el tiempo. Pero quiero asegurarme. Se supone que hay un montón de tiempo muerto mientras se hace una película, ¿no? —Ella asintió—. Dime cómo funciona eso.

—Cada vez que se preparan para rodar otro plano desde un ángulo diferente tienen que mover las luces, los raíles, la cámara. Lo que tarde la operación depende de lo complicada que sea la toma; si el equipo técnico se da prisa, puede llevar veinte minutos, sobre todo si lo que hacen es acercarse un poco para rodar un primer plano. Pero si dan la vuelta, invirtiendo el ángulo por completo, todas las luces que estaban al fondo tienen que pasar delante. Y los miembros del equipo que estaban detrás con las luces y la cámara, así que las grúas y los operarios tienen que entrar y colgar cuadros, poner muebles, ese tipo de cosas. Luego el supervisor del guión tiene que comprobar la continuidad; si un sillón tenía un paño en el brazo izquierdo en la última escena, tiene que tenerlo en el mismo lugar. Puede llevar una hora. A veces más.

—Quiero averiguar si hubo cuarenta minutos de tiempo muerto. Hay veinte minutos entre el plató y Sandy Court, otros veinte de vuelta. ¿Quién es más probable que supiera el paradero de Lindsay? ¿Su agente? ¿Has oído hablar de un tipo llamado Eddie Pomerantz?

Bonnie conocía el nombre.

—Probablemente está en activo desde los tiempos de D. W. Griffith. Dudo de que estuviera en el plató con ella. Es un hombre de negocios, un comerciante, no un consejero. Lo más probable es que fuera un agente, o un ayudante personal, si tenía a uno de los suyos.

—No. No lo creo.

—Puede que estuviera con los otros actores.

—No. Por lo que vi y lo que me dijo Monteleone, nadie podía soportarla. Es fría. Desagradable. Como si alguien le hubiera dicho: «Muy bien, Lindsay, quedas exenta de todas las reglas normales de conducta a las que tiene que plegarse todo el mundo.»

—Realmente está exenta. Cuando consigues un gran éxito en el mundo del cine, tienes licencia para comportarte mal. Lo sabes. Pero aunque Lindsay sea un ser humano absolutamente horrible, sabe actuar... cuando quiere. Es hermosa y tiene los mejores pechos del mundo. Y lo más importante: la gente se siente obligada a mirarla. No pueden quitarle los ojos de encima. Es una auténtica estrella. Así que tiene sentido que no estuviera con nadie del reparto. Son sólo simples actores, no estrellas. Y Santana, aunque sea su amiguito, a última hora de la tarde estaría demasiado liado con los problemas del plató para cuidar de ella.

Pensé en los informes que había leído y en todas las entrevistas que había hecho.

—Por lo que recuerdo, Santana estaba haciendo lo que sea que

hacen los directores toda la tarde. Ni siquiera hay indicios de que tuviera tiempo para ir al cuarto de baño; estuvo allí todo el tiempo. ¿Entonces quién más pudo estar con ella?

—Un montón de estrellas intiman con la gente de maquillaje y peluquería. Como las mujeres normales con sus peluqueros; es una intimidad natural y cómoda. Puede que estuvieran trabajando con ella.

—La idea es romper la coartada de Lindsay, no reforzarla.

—La idea es descubrir la verdad. De todas formas, los de maquillaje sabrán al menos si Lindsay tenía algunos buenos amigos en el plato. Y en cuanto afuera del plato, si iba a alguna parte o necesitaba un recado, habría un conductor de Teamster. Pero no puedo imaginarla diciendo: «Jack, llévame a Sandy Court para que pueda cargarme a Sy.»

—¿Cómo puedo conseguir los nombres de toda esa gente, rápido?

—Todo el mundo tiene una lista del equipo. Debe de haber una en casa de Sy.

—Cuando lo mataron, Sy hablaba por teléfono con Eddie Pomerantz. ¿Crees que es posible que Pomerantz se hubiera enterado de que Sy iba a ver a otras actrices en Los Ángeles?

—Seguro.

—¿Cómo?

—Porque este es un negocio de chismes. Más que eso: un negocio público. Se habla de todo, contratos, comidas, coches, sexo, pleitos, flatulencias... Supongo que si Lindsay no lo averiguó ella misma, Eddie Pomerantz debía de saberlo probablemente por tres o cuatro fuentes diferentes, e intentaba convencer a Sy de que anulara su viaje.

—Dice que discutían sobre la aprobación de unas fotos.

—Como tú dirías, chorradas.

—Muy bien. Voy a ver si puedo sacarle algo. Quiero que te quedes donde estás.

Bonnie sacudió la cabeza.

—No, tengo que volver.

—¿Tienes prisa por ser arrestada?

—No. Pero no puedo dejar que arruines tu carrera alojando a una fugitiva. Lo digo en serio.

—Puede que leas muchas novelas de misterio, pero no sabes ni una mierda de leyes. No eres una fugitiva. Todavía no. Sólo eres mi invitada. Relájate. Lee un libro. Duerme.

—No puedo dormir.

—Entonces escribe un guión sobre un productor que es asesinado, y descubre quién lo hizo. —Ella miró la puerta—. Estás pensando en escaparte después de que me marche, ¿verdad, Bonnie? Echar una buena carrera de veinte kilómetros hasta casa de Gideon. Pregúntate

una cosa: ¿quieres poner a tu mejor amigo en la situación de protegerte o entregarte?

—No.

—Entonces quédate aquí. Prométemelo. No quiero tener un nudo en las tripas preguntándome dónde estás, qué estás haciendo, mientras estoy ahí fuera.

Ella me cogió la mano.

—¿Me prometes que si decides que no puedes ayudarme, no me detendrás?

—Dios, dame un poco de crédito. —Ella me apretó la mano, luego la soltó—. Si no puedo ayudarte, te lo diré. Y tú decidirás.

—Te doy mi palabra de honor: No importa cómo salga esto, nunca le diré a nadie lo que has hecho.

—Lo sé. —Permanecimos de pie durante un minuto—. Tengo que irme —dije por fin. Pero no pude hacerlo—. ¿Bonnie?

—¿Qué?

—¿Quieres que te dé un beso de despedida?

—Lo intenté una vez. No salió bien.

—Sí salió.

—No. Además, tienes cosas más importantes que hacer que besarme.

—¿Como qué?

—Como llamar a tu prometida y decirle si pechuga de pollo o rosbif. Y luego salir a intentar salvarme la vida.

16

Easton se había ido a la cama y no se había levantado, pero al menos ya no dormía con la sábana sobre la cabeza: yacía de lado, con la mejilla apoyada en la mano, y estaba absorto en un guión. Me comporté de forma madura, como un hermano mayor.

—¡Bú! —aullé.

Él gritó, pero se asustó tanto que sonó más como el graznido de un enorme pájaro.

—¡No vuelvas a hacer eso! —rugió—. ¡No te atrevas! —Dos segundos más tarde, se calmó lo suficiente para preguntar—: ¿Por qué lo has hecho, cabrito? ¿Has subido las escaleras de puntillas para no tener que saludar a mamá?

—Sí. Ya sabes, recuerdo cuando solías llamarla «Ma»... antes de decidir que pertenecías a la clase alta.

—Al menos, puedo hacerlo. Si lo intentaras...

Aquello me gustaba. Easton parecía estar saliendo de su gran sueño. No daba vueltas exactamente por la ciudad (todavía llevaba puesto su pijama de rayas), pero, para ser justo, ¿adonde tenía que ir que necesitara un par de pantalones?

—Pareces estar mucho mejor. Cuando te hablé por teléfono, fue como escuchar un anuncio de aspirinas.

—Me encuentro mejor. ¡Tengo una buena noticia!

—¿Cuál?

—Había pensado en hacer unas cuantas llamadas, para ver si podía encontrar algo que se parezca a un trabajo. No llegué a hacerlo. Estaba demasiado trastornado. Bueno, pues un amigo de Sy a quien conozco, Philip Scholes, el director... Tenía una casa alquilada en Quogue en julio, y necesitaba hacer unas fotocopias rápidamente, y

llamó a Sy para que le dijera adonde ir. Sy no estaba en casa, pero yo me ofrecí a hacérselas en menos de una hora. ¡Bien, pues me ha llamado hoy! Necesita un secretario, y cuando se enteró de lo de Sy, empezó a pensar en mí. ¡Lo importante es que va a pagarme un viaje de ida y vuelta para que pueda ir a California y discutir el trabajo con él!

—¡Eh, magnífico! —Easton se alisó la chaqueta de su pijama como si estuviera a punto de empezar la entrevista de trabajo—. Me alegro mucho por ti. Tuviste muy mala suerte con Sy. Habías empezado a encontrarte a ti mismo al trabajar con él; nunca te había visto tan feliz. —Mi hermano asintió rápida y tristemente, pero pude ver que su centro de interés ya había pasado a Philip Scholes—. Puedes hacer algo por mí.

—¿Qué?

—Consígueme una copia de la lista del equipo técnico. ¿Tienes una?

Easton se levantó de la cama, se puso unas zapatillas de cuero y se dirigió a la habitación de al lado, el estudio, haciendo que las zapatillas chascaran contra sus talones.

—¿Para qué la necesitas? —preguntó.

—Tengo que comprobar si algunas personas estaban donde dijeron estar el viernes pasado.

—¿Cómo quién?

—Como todo el mundo que hizo una declaración. Tonterías de rutina.

Pero Easton sacudió la cabeza, testarudo, sin creérselo.

—¿Lindsay?

—Lindsay.

—Steve, créeme, estás equivocado.

—East, créeme, estás tan caliente por ella que no puedes ver bien.

—Bueno, tal vez. Pero lo mismo le pasaba a Sy. El nunca se habría desembarazado de ella. —Se puso un poco petulante—. Te lo dije.

Abrió un cajón de su mesa, sacó una carpeta manila con una gomilla naranja y hojeó los papeles. Sabía exactamente lo que estaba buscando y dónde. Era sorprendente; en eso éramos muy parecidos. Todo tenía que tener un sitio, estar bajo control. Durante la mayor parte de mis días de bebida, cuando me recuperaba de una borrachera, encontraba las botellas y latas perfectamente alineadas contra la tabla del fregadero; en el último año de estar sobrio, cuando empecé a encontrar latas de cerveza en el suelo junto a mi sillón de ver la tele, y, una vez, una botella vacía de vino en la taza del baño, empecé a comprender lo perdido que estaba.

Easton me tendió la lista.

—Sé lo que me dijiste sobre Lindsay, pero tenemos pruebas que

indican lo contrario, que Sy estaba a punto de darle la patada. —Easton no parecía convencido, un poco molesto por la amenaza a Lindsay. Intenté animarle—. Mira, estoy seguro de que se quedó en su tráiler desde las cuatro hasta las siete, con una docena de testigos impecables. Pero hemos descubierto que había mala sangre entre ella y Sy. Además, se estaba acostando con —mi hermano echó la cabeza hacia atrás, como si de algún modo pudiera evitar oírlo— Víctor Santana.

Ninguna expresión, ni siquiera de sorpresa, cruzó su cara.

—Y resulta que tal vez sepa disparar un rifle. Recibió instrucción en el manejo de armas para una película que protagonizó: *Transvaal.*

Easton golpeó la mesa con la carpeta, como para aplastar a un insecto enorme y molesto.

—¿Pero qué hay de la ex esposa de Sy? Maldición. Creía que la tenías a punto.

—Tenemos dudas. Oh, por cierto, ¿te pidió Sy que compraras un ordenador y una impresora para ella?

Easton pareció aturdido durante un segundo. Entonces miró al techo, como buscando allí la respuesta. Empecé a asustarme un poco. ¿Y si Bonnie estaba mintiendo todavía?

—Sí. Ahora lo recuerdo —dijo por fin—. Un ordenador y una impresora de saldo. Sy dijo que me olvidara de las IBM, demasiado caras. Había oído decir que las coreanas eran buenas y no pasaban de los mil dólares por todo el conjunto.

—¿Te dijo por qué iba a enviárselas a ella?

—No. Supuse que era un premio de consolación a cambio del pinchazo del guión.

—¿Tienes una copia de ese guión? *Cambio en el mar.*

—No. —Hizo una pausa—. Steve, no intento decirte cómo tienes que hacer tu trabajo, pero ella tenía todos los motivos para matarlo.

—¿Por qué?

—El pasó de su guión.

—¿Leíste algún informe, alguna carta que le enviara, que dijera «Paso»?

—No. Dictaba por teléfono a su secretaria en la oficina de Nueva York ese tipo de cosas. A menos que ella se lo enviara otra vez por fax para que lo corrigiera, ella firmaría con su nombre. No habría vuelto a la casa.

—Entonces no sabes con seguridad si rechazó el guión.

—No podría estar intentando cimentar una relación, por el amor de Dios. Le ordenó que se fuera del plato. Muy rudamente. Ella tuvo que sentirse humillada.

—Aunque fuera así, puede que no sea motivo suficiente para asesinarlo..., a menos que esté loca, y no lo parece.

—¿Entonces necesitas un sospechoso y ahora vas a escoger a Lindsay? —Mi hermano, mister moderado, no actuaba tan moderadamente. Su cuello y sus orejas ardían en rojo brillante. Estaba esforzándose de veras, defendiendo a su damisela en apuros—. ¿Por qué? Dame una buena razón para que Homicidios vaya tras ella. ¿La publicidad?

—No seas capullo.

—¡Creo que lo que estás haciendo es penoso!

Me encogí de hombros. Easton se dirigió al sofá de cuero y se desplomó en él. Se llevó las manos a la cara y sacudió la cabeza. Estaba a punto de decir algo cuando él alzó la cabeza.

El estado de ánimo de Easton había cambiado. Había superado la furia y ahora estaba tranquilo, pensativo. Parecía un hombre que empieza a reconocer la duda.

—No sé. Tal vez no pueda ver correctamente cuando se trata de Lindsay..., mi romance adolescente. Tal vez tengas razón.

—¿Razón en qué?

—En que Lindsay no sea del todo la amorosa..., bueno, no esposa. La amorosa amante. Es posible que tuviera un lío aparte. No puedo jurarlo. Verás, nadie hablaba delante de mí porque yo era el chico de Sy, por así decirlo. Pero oí unos cuantos rumores sobre ella y Santana.

—¿Hay alguna posibilidad de que Sy supiera eso?

Easton lo pensó largamente. Demasiado; se hacía tarde. Miré la lista, luego mi reloj. La mayor parte del equipo de *Noche estrellada* se alojaba en un motel de la Bahía de las Tres Millas de East Hampton. Tal vez pudiera encontrarlos allí: algunos podrían haberse ido a pasar fuera el largo fin de semana, pero no creía que muchos se fueran voluntariamente de lo que era probablemente el mejor centro veraniego de Estados Unidos para pasar tres días en la calle 95 oeste o en Hoboken.

—East, tengo que irme.

—Sy era muy sibilino —dijo pensativamente, sin oírme—. Pero recuerdo una cosa. Tal vez sea significativo. Cada sábado, la semana antes y las primeras dos semanas de rodaje, le hizo un regalo a Lindsay. Lo dejaba en su sitio de la mesa para que cuando bajara a tomar café lo encontraba. No me refiero a una caja de bombones. Me refiero a pendientes de diamante Art Déco. Chales de cachemira de quinientos dólares en toda una gama de colores; creo que le regaló seis o siete en una ocasión. Estaban amontonados sobre su silla; era un espectáculo increíble. Un reloj Piaget. No le regalaba nada que no costara menos de dos o tres mil, y la media era de casi cinco. Pero el último sábado de su vida, todo lo que dejó fue una nota: «Estoy en un campeonato de tenis. Te veré esta noche.»

—¿Viste la nota?

—Sí. Estaba allí puesta. No dentro de un sobre, ni siquiera doblada. Está bien, puede que yo no sea el caballero que pretendo ser. Supongo que tú lo sabes mejor que nadie. No tengo reparos en leer el correo de otras personas, especialmente si es una nota para Lindsay.

—¿Participó él de verdad en un campeonato de tenis?

—Lo dudo seriamente. No era un jugador demasiado bueno. Brazo flojo; lo habrían eliminado mucho antes de almorzar. Y, Steve, esto es lo curioso: yo estaba en la casa cuando bajó Lindsay. La vi. Miró el lugar donde se sentaba a la mesa. No había nada. Miró su silla, bajo la mesa. Nada. Entonces leyó la nota. Y salió de la habitación como alma que se lleva el diablo.

Ahora ya sólo entraba en los bares cuando estaba trabajando en un caso; de lo contrario era un riesgo que no necesitaba correr. Con todo, aunque estaba de servicio, lo primero que hice cuando entré en el Salón Bahía del Motel Summerview fue pedir un vaso de refresco, agarrarlo con fuerza y sorberlo como loco.

Los conductores de Teamster, un grupo de seis, eran barrigones e irlandeses, Santa Claus sin barba que podían aguantar bebiendo. Eran tipos que tenían hermanos o hijos que eran policías y que respetaban la placa. Nos hicimos amigos rápidamente. El conductor de Lindsay era un tipo de ciento veinte kilos, un hombre de mejillas sonrosadas llamado Pete Dooley.

—¿No tiene una limusina con chófer? —pregunté.

—Uh-uh. —Brooklyn clásico—. Tal vez Stallone, ya sabe, alguien así. Lindsay me tiene a mí y a una ranchera. —Miró mi vaso—. ¿Quiere algo más fuerte?

—No puedo. —El comprendió—. ¿Cómo es ella, Pete?

—Las he visto peores. Es una zorra. Engreída. No cree que tenga que decirte cosas como «hola» o «por favor» o «gracias». Pero por otro lado, no esnifa coca, ni monta numeritos, ni llora y me pide que enganche una manguera al tubo de escape.

—¿Le habla alguna vez?

—Uh-uh. Sólo dice adonde quiere ir, lo que quiere.

—¿Qué quiso el día que mataron a Sy Spencer?

—No mucho. La recogí a las seis de la mañana. No la llevé a casa. Su agente vino con la mala noticia y la recogió.

—¿La vio durante el resto del día?

—Bueno, un momento. Antes del almuerzo me envió a un ayudante de producción con una nota. Tenía que recoger un paquete en una tienda de ropa interior en la calle Hill, allá en Southampton. Pagarlo, que me dieran un recibo... y asegurarme de contar el cambio. ¡Qué zorra! Así que esperé a almorzar, hice el recado y volví.

—¿El paquete estaba ya envuelto?

El asintió.

—¿Parecía ropa interior, o podría haberse tratado de algo más pesado?

—Ropa interior. Cuatrocientos sesenta y tres pavos y dieciocho centavos de ropa interior, y para alguien que las lleva al aire todo el tiempo. Nunca usa sujetador. ¿Qué demonio puede costar más de cuatrocientos pavos?

—Ni idea. Tonterías de encaje, supongo. ¿Le dio el dinero en metálico, Pete?

—Sí. En billetes de veinte.

Tomé otro refresco. Pete y los otros conductores repasaron conmigo la lista del personal. Dijeron que Barbara, la maquilladora, había vuelto a la ciudad a pasar el fin de semana, pero que intentara con el peluquero y la chica de vestuario. Señalaron sus nombres y dijeron que probablemente estarían en el hotel.

Excepto por el hecho de que tenía cuatro o cinco pelucas rubias estilo Lindsay sobre cabezas de plástico sin rostro, el peluquero podría haber pasado por taxista o por fontanero. Tenía aproximadamente el mismo estilo que la pizza de queso y peperoni que se le había caído en la camisa. Junto con un par de tipos más (dijo que eran operarios), estaba viendo una de esas películas de porno blando con azafatas calientes que pueden verse en los moteles. Todo lo que pudo decirme fue que en la escena de la fiesta que estaban rodando, Lindsay, tratando de mostrar lo salvaje y descuidada que era aunque le doliera por dentro, salía corriendo hacia el mar, completamente vestida. En la tele, una azafata sin bragas y con una falda diminuta se inclinaba para ofrecer una bebida a un pasajero, y el peluquero no dejaba de mirarla, como si nunca hubiera visto antes un culo desnudo y no pudiera acostumbrarse a lo hermoso que era. «Lindsay —le recordé—. Estamos hablando de Lindsay.» «Sí», —dijo él.

Lindsay usaba una peluca sobre su propio pelo, y usaron una peluca seca para cuando echaba a correr y una mojada para cuando salía del agua; él estuvo presente, peinándola. Cuando la llamaban para una escena, ella siempre estaba lista. ¿Dónde se hallaba cuando no estaba actuando? En vestuario o en su tráiler. Sí, era posible que hubiera salido y hubiera vuelto. Al final de la tarde, hubo una pausa que duró más de una hora. No fue una gran cosa con las luces, pero el operador de la Steadicam tenía problemas con su arnés. Nadie vio a Lindsay durante ese rato: le gustaba la intimidad. Nadie sabía lo que hacía; probablemente leía revistas, porque el tráiler estaba repleto de todas las revistas imaginables. Probablemente buscaba su nombre o su foto; todos lo hacían. Pero tal vez dormía o meditaba. ¿Quién sabía? ¿A quién le importaba?

Pensé que Lindsay habría corrido un gran riesgo si hubiera

intentado marcharse sin ser vista, a causa del factor tiempo. Además, como explicó el peluquero, siempre podía haber una crisis de vestuario o de guión que requiriera su presencia. Además, llamaba demasiado la atención.

Pregunté si había otras pelucas por allí. No rubias. Dijo que había un par de pelo castaño en el tráiler de maquillaje, pero eran para Nick Monteleone.

En la tele, una de las azafatas empezaba a juguetear con los pezones de otra; estaban en el fondo del pasillo sin las blusas. Bostecé. Estaba agotado. Los operarios contemplaron la pantalla, se dieron codazos. Perdí la atención del peluquero. Estaba demasiado cansado para que me importara. Salí de la habitación.

El Summerview era un hotel estándar, un rectángulo alargado de dos plantas con un balcón que corría por todo el piso superior. No era para los ambiciosos visitantes de East Hampton: uno no encontraría ningún periodista o político o diseñador de modas confraternizando en la cafetería Rey del Mar. Era un sitio para gente normal que quería estar sentada en una playa perfecta durante el día y conseguir un poco de *glamour* durante la noche: curiosear en tiendas que no podían permitirse, o volver la vista ante los Rolls Royce que pasaban para ver si dentro iba Steven Spielberg.

El equipo de *Noche estrellada* había ocupado toda la segunda planta del Summerview. Recorrí el balcón. Por los sonidos que salían de la habitación 237, o tenían la tele puesta y una de las azafatas había encontrado a un hombre o una pareja se lo estaba haciendo a lo grande. Bostecé de nuevo y esperé unos treinta segundos a que se corrieran, pero parecía que eso no entraba en sus planes de momento, así que llamé a la puerta, con fuerza. Un minuto después, la diseñadora de vestuario, Myrna Fisher, abrió la puerta unos cinco centímetros y me miró desde el otro lado de la cadenita. Era una mujer de unos cincuenta años, con una negligé puesta al revés. Le mostré mi placa y dije que sentía haberla despertado, pero tenía que hacerle unas preguntas, y que si podía pasar. Ella dijo que tenía un..., un invitado. Le aseguré que no tardaría mucho. Sólo unas pocas preguntas.

Ella quitó la cadena y me dejó pasar. En la cama, con la sábana subida hasta el cuello de forma que sólo asomaba su cabeza esquelética, estaba Gregory J. Canfield, el ayudante de producción de Sy, con sus cincuenta kilos y sus veinte años al completo.

—Hola, Gregory —dije.

—Hola —saludó él.

Quise decirle que no había problema, que no llamaría a su madre, pero en cambio hice un gesto a Myrna para que se sentara ante la mesa redonda de formica que había delante de las cortinas echadas.

Me senté frente a ella.

—Hábleme de lo que hizo Lindsay Keefe el viernes pasado. ¿Cómo se comportó? ¿Vio a Sy Spencer cuando fue al plato? Diga todo lo que recuerde.

Durante un momento, Myrna se entretuvo buscando los botones de su negligé, pero como la tenía puesta al revés, finalmente se contentó con mantenerla cerrada con la mano. Yo no podía creer que era diseñadora de vestuario; con su figura regordeta, el pelo gris y la piel moteada, parecía una empleada de la administración del Condado de Suffolk.

—Es la gran escena de la fiesta bajo una tienda. Originalmente, iba a vestirla con un Scaasi amarillo canario, camiseta sin mangas, falda amplia, pero entonces cambiaron el guión y tenía que salir corriendo hacia el mar, así que vestía pantalones de seda color azafrán y una blusa. Ropa barata; teníamos seis modelos. Joyas de Elizabeth Gage. Chinelas Charles Jordan, pero las pierde en la arena.

Gregory intervino desde la cama.

—Chinelas son zapatos. Sin talón, con tacones.

Le di las gracias con un movimiento de cabeza. Myrna le sonrió antes de volverse hacia mí.

—Sy llegó al trailer de vestuario a eso de las once. Acabábamos de quitarle a Lindsay su ropa mojada y la habíamos envuelto en una toalla de baño. Se saludaron.

—¿Se besaron o mostraron algún signo de afecto?

Myrna consideró la pregunta.

—Creo..., no podría jurarlo, pero me parece que él la besó en el cuello o en el hombro. Pero no le creí. Lo habían perdido.

—¿Perdido el qué?

—Lo que sentían mutuamente. Bueno, al menos él. Siempre era él. He trabajado en tres películas con ella y no creo que realmente... —Me dirigió una mirada de «¿sabe lo que quiero decir?»; yo asentí—. Pero Sy Spencer estaba loco por ella.

—¿Cuál era la atracción, aparte de su aspecto físico? —Me gustaba Myrna. Era una chismosa—. ¿Que era una intelectual?

—Dormir con hombres inteligentes no te convierte en una intelectual. Lindsay no es tan lista. Pero Sy estaba chiflado por ella, y no por su mente. Estaba loco porque ella es fría. Yo nunca había trabajado en uno de sus proyectos antes, pero supongo que las mujeres se partían el culo por tratar de impresionarle. A Lindsay no podía haberle importado menos. El no era uno de sus izquierdistas apasionados. Era sólo un tonto rico que podía comprarle cosas. A ella no le importaba lo que pensaba, o lo que tenía que decir. Eso lo volvía loco por ella.

—Pero eso se acabó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Bueno, no sé qué pasaba en su dormitorio. —Miró rápida y felizmente a Gregory—. Pero debe de haber oído usted que había problemas con su actuación. Estoy segura de que eso no le sentó bien a él. Y además, ella es muy aburrida. Habla sobre su aproximación a un personaje... durante horas. O te da un discurso sobre el racismo o el hambre en el mundo. Actúa como si fuera la única persona en el mundo con conciencia, excepto sus amigos con bigote estilo *¡Viva Zapata!* Eso es ridículo. A la mayoría de nosotros nos importa. Algunos somos caritativos; Pero no es así como habla la gente real mientras le prenden una costura. Lindsay sí. No puede hablar de cosas normales, de la vida real, porque está muerta por dentro. Y a la larga Sy Spencer no era un necrófilo.

—Eso significa... —empezó a decir Gregory.

—Sé lo que significa, Gregory. —Me volví hacia Myrna. Ella sonreía, encantada por la sapiencia de Gregory—. ¿Qué pasó después de que Sy la besara?

—No mucho. Dijo que se iba a Los Ángeles, que odiaba ir y que la echaría mucho de menos. No me creí una palabra.

—¿Algo más? —Entonces añadí—: ¿Algo sobre dinero?

—Sí. Eso es. Ella dijo que necesitaba dinero, y él que todo lo que tenía era el que le hacía falta para el viaje, pero para entonces ella ya había empezado a registrarle los bolsillos, palpándolos, como hace la policía; sacó un fajo de billetes.

—¿Qué dijo él?

—Nada. Dejó que se los quedara. Supongo que ya había pasado otras veces.

—¿Y luego?

—Los dos dijeron «Te quiero, cariño», «Te echaré de menos, ángel», y él se marchó.

—¿Parecía ella triste? ¿Trastornada?

—¿La verdad? Furiosa. Sostuvo el fajo de billetes en la mano como si fueran sus pelotas. Apretó con todas sus fuerzas.

Estaba sentado en el despacho del Summerview. La encargada de noche había sido más que cooperativa. Le había faltado poco para hacer reverencias cuando pedí usar el teléfono, y suplicó que le permitiera traerme café. O estaba loca por los polis o tenía algún negocio ilegal. Probablemente lo segundo.

Llamé a Carbone a su casa y le dije que ya que estaba en East Hampton de todas formas, comprobando a los amigos de Bonnie; me había pasado por el Summerview siguiendo una corazonada; le expliqué cómo había conseguido que el tipo de ventas por catálogo

admitiera que había pagado a Bonnie sin declararlo, y ahora tenía una testigo que había visto a Lindsay rebuscar en los bolsillos de Sy y sacar un fajo de billetes, y otro que había recibido de ella quinientos dólares en billetes de veinte para pagar ropa interior.

—La acusación contra Bonnie empieza a parecer débil —recalqué. Él no respondió, por lo que consideré que estaba de acuerdo.

Pregunté si había dejado a Robby en la oficina, todavía leyendo archivos. Carbone dijo que no, que había entrado en la sala de la brigada justo antes de salir y que Robby ya no estaba allí. Alguien le dijo que había salido corriendo, como si tuviera algo. Como qué, quise saber. Carbone no tenía ni idea, pero sabiendo el poco aguante que tenía Robby, tal vez tenía prisa por llegar a casa y meterse en la cama.

Colgué, sintiéndome irritado. Robby estaba desbocado, lo suficientemente furioso como para mentir a costa de mi bebida. Un tipo así de loco no se va tranquilamente a dormir.

Me dirigí al oeste, hacia Bridgehampton, luego me desvié al sur de la autopista y pasé por delante de la casa de Bonnie. Ni rastro de Robby: Muslos estaba de servicio, aparcado frente a la casa. Devoraba un bocadillo de boloñesa y queso americano; la mayonesa de su barbilla brillaba a la luz de la luna. «¿Ha aparecido ella?», pregunté. Él sacudió la cabeza.

Le hice entrar en la casa conmigo, hasta el despacho. Bonnie tenía montones de archivos, pero no pude creerlo. Para ser escritora, no tenía sentido de las letras; parecía como si no supiera ordenar las cosas alfabéticamente. La mayoría de sus papeles estaban en carpetas o sobres manila, pero al azar, en cajones o apilados o en anticuadas cajas de madera. Por fin, encontré su archivo de *Cambio en el mar*. Mi corazón empezó a martillear. Abrí el clasificador como si esperara que fuera a estallarme en la cara. Pero allí estaba el memorándum de Sy y su nota: «¡Lo adoro!»

Dejé que Muslos leyera por encima de mi hombro. Le dije que el caso contra Bonnie se estaba haciendo pedazos y que tal vez consiguiera ganar unos cuantos puntos ayudando a que se desplomara, entregando el archivo que mostraba que aunque Sy no había escrito «Claro que haré tu película», tampoco había rechazado su guión, ni por asomo.

—¿Estás seguro de que no quieres apuntarte el tanto? —preguntó Muslos—. Tú los has encontrado.

—Eh —le dije—, no hay problema, amigo. Me estarás haciendo un favor. Ya no necesito puntos; he ascendido cuanto podía en la brigada. Y todo lo que he estado haciendo últimamente es sabotear el caso contra Bonnie. Carbone y Shea ya piensan que he emprendido una loca cruzada para salvarla, y ya que va a ser exonerada de todas formas, bien podrías ser tú el héroe. —Noté que Muslos no era un gran

fan de Robby, así que añadí—: —Apuesto a que has oído que Kurz me está jodiendo en este caso. Quiere encerrarla. Agradecería que me ayudaras.

—Será un placer —dijo Muslos.

Bien: quería un testigo de que el memorándum y la nota de Sy existían de verdad. No podía creer que si Robby volvía fuera a destruirlos, pero no estaba dispuesto a perderlos durante unos cuantos días.

Supuse que un tipo que puede comer boloñesa, queso americano y mayonesa era de los míos, un tanque séptico humano, así que después de marcharme me paré en un restaurante, compré un paquete de seis Yoo-Hoo y algunos Ring-Dings y Devil Dogs y se los llevé a Muslos. Eso selló el trato.

—Vaya Steve —dijo—, muchísimas gracias. Déjame pagarte todo esto. ¿Estás seguro? Oh, bien.

Lo tenía en el bote.

Alce empezó a ladrar cuando aparqué, y sentí un arrebato de alegría tal que olvidé que estaba atontado por la fatiga. Imaginé entrar en casa mientras la perra sacudía la cola y me lamía las manos, y luego abalanzarme a la habitación de las piñas, sentarme en el borde de la cama y ver que Bonnie me rodeaba con sus brazos, me atraía, apretaba su mejilla contra la mía y susurraba: «Por favor, sólo abrázame.» La familiaridad de todo aquello lo hacía una visión tentadora.

Hinché el pecho, me encogí y me contuve. Sabía por Alcohólicos Anónimos que la fatiga puede hacerte vulnerable; no puedes permanecer firme cuando todo lo que quieres es confort. En mi estado de ánimo, no sería el consuelo de la botella lo que me seduciría. No sería el sexo salvaje. Sería dulzura, una conversación suave.

Entré, di a Alce una palmada indiferente y platónica y comprobé mi contestador automático. Sólo Lynne: «Supongo que debes de estar muy ocupado. Buenas noches, Steve. Te quiero y estoy pensando en ti. Hablaremos mañana.»

Estaba agotado: tal vez por eso la comprensión de Lynne me sacó de mis casillas. ¿Por qué, por una vez, no podía decir: «Egoísta, por qué no puedes buscar dos minutos y coger el teléfono?» Pero entonces pensé: «No.» Había que agradecer lo serena que era, lo adulta, lo verdaderamente superior. Sólo entonces, fortalecido, entré a ver a Bonnie.

Ella dejó el libro de Stephen King que estaba leyendo sobre la mesita de noche. Se había dado una ducha y lavado el pelo, que estaba brillante y húmedo, recogido en una trenza. Se había puesto la camiseta rosa limpia que yo había traído de su casa. La manta a

cuadros la cubría casi hasta el cuello, como si hubiera decidido convertirse en la solterona definitiva. Excepto que me dirigió una maravillosa sonrisa de bienvenida.

—¡Hola!

—¿Cómo te va? —Eh, estaba sobre aviso. Estaba alerta. Podía permitirme ser un poco amistoso.

—Va bien —dijo Bonnie—. Tuve un par de minutos de pánico. He estado haciendo chistes carcelarios, pero cuando lo pienso en serio...

—Entonces tranquilízate. Ha sido una experiencia dura. No pienses en ello.

Oír el mensaje de Lynne me había despejado la cabeza. Bonnie era cosa de un par de días; Lynne era el resto de mi vida. Lo único que me ponía nervioso era dormir en la misma casa con ella. No pasaría nada. Yo estaba tan agotado que probablemente me quedaría dormido en cuanto me quitara los zapatos. Pero me preocupaba imaginar que Bonnie recorría de puntillas la casa a oscuras y se metía en mi cama y murmuraba «por favor, sólo abrázame». Cualquier contacto, sus dedos acariciando mi pecho, sus piernas rozando contra las mías, podría hacerme perder todo control. No podía permitirme enfrentarme a aquello. Las palmas de mis manos empezaron a sudar. Fingí frotarme los músculos entumecidos y me las froté en los pantalones. Decidí que echaría el cerrojo a la puerta de mi dormitorio.

Entonces me senté, pero moví la silla para que quedara apartada de la cama. Muy bien, esto estaba mejor. La situación estaba bajo control.

—Deja que te cuente la historia de Lindsay Keefe —dije. Le conté, con detalle, todo lo que había averiguado en el transcurso de la investigación.

Ella estaba sentada abrazada a sus rodillas, como una niña en un fuego de campamento que escucha una historia de fantasmas. Esperé que exclamara «¡Guau! ¡Buen trabajo!»

Pero sacudió la cabeza y dijo:

—Descansa. Lo necesitas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que pensarás mejor por la mañana.

—Deja de mostrarte condescendiente. Me saca de quicio.

—¿Llamas a eso un caso contra Lindsay? —inquirió Bonnie.

—Tenía motivos. El iba a despedirla.

—Y entonces ella contrataría a un abogado y lucharía. O contrataría a un publicista y filtraría la noticia del desastre que era *Noche estrellada* y que ella no podía comprometer sus niveles de excelencia trabajando en una pieza llena de mierda.

—Vamos. En el mundo del cine ha corrido la voz de lo mala que era. Si Sy la despedía, podría arruinarla. —Bonnie puso los ojos en

blanco, una expresión de «no estás en el ajo»—. Quiero que dejes de ser tan jodidamente condescendiente, Bonnie.

—¿Quién crees que era Sy? ¿Un magnate de 1939 con un gran puro, un Louis B. Mayer que podía decir: «Nunca volverás a trabajar en esta ciudad»? No. Sy era un productor de primera clase, lo que no es poca cosa. Pero Lindsay es una estrella. Una mala actuación no acabaría con ella.

—Tú eres la que dijo que su agente probablemente le estaba suplicando a Sy que no la despidiera.

—Ése es su trabajo. ¿Pero y si Sy le hubiera dicho que se guardara las quejas y la hubiera despedido? Lindsay sobreviviría. Escucha, es fría y calculadora como nadie. Estoy segura de que sabía que recibirla patada no iba a ayudar a su carrera, pero también sabía que no la heriría, no demasiado. Ciertamente, no tanto como para matar por ello.

—Estás dando por supuesto que es racional —dije.

—¿Tienes alguna prueba de que no lo sea?

Me eché hacia delante en la silla. Quería convencerla, ponerla de mi parte.

—En este trabajo tengo que confiar en mi instinto, y te aseguro que ella tiene defectos. Es hermosa, sí, pero le falta algo importante. Comprender que es humana. Y cuando Sy se apartó de ella, primero como su fan número uno y luego como su amiguito, su novio o lo que demonios fuera, le pareció un signo de que no era perfecta. Y no pudo aceptarlo.

—Odio decirlo, pero tenías un caso mejor contra mí.

—Mira, puedes leer todas las estúpidas novelas de misterio que quieras, pero sigues siendo una ignorante total en lo que respecta a homicidios.

—¿Cómo llegó desde el plató en East Hampton, sin ser vista, hasta Sandy Court?

—Lo averiguaré.

—¿Cómo?

—¿Qué eres, su jodida defensora?

—Y aun suponiendo que sepa algo sobre un rifle, más allá de empuñarlo recto para que parezca que sabe disparar, ¿de dónde sacaría el arma?

—De una armería, idiota.

—Hay que registrarse al comprar un arma en el estado de Nueva York, ¿no?

—Tienen que registrar la venta de rifles. Pero pudo dar un nombre falso.

—¿Y el dueño de la tienda la reconoció y se alegró de que Lindsay Keefe le hubiera comprado un 22? ¿No se lo diría al mundo? ¿A la

policía?

—Ella es actriz —insistí—. ¿Crees que entraría con su pelo rubio y sus tetas? Se disfrazaría... tal vez con una de las pelucas de Nick Monteleone.

—¿Dónde habría escondido el rifle? ¿Bajo la cama que compartía con Sy? ¿En el tarro de las galletas de la señora Robertson?

Me levanté.

—¿Algo más?

—No te enfades sólo porque no estoy de acuerdo contigo. Escucha: yo disparaba muy bien. Mi padre me regaló un Maril cuando cumplí doce años, y fui a cazar con él y con mis hermanos durante los siguientes seis años. Si tuviera que disparar a la cabeza de alguien desde... ¿quince metros?

—Sí.

—Bien, si decidiera en el calor del momento cargarme a Sy, ¿podría alcanzarle a la primera? Tal vez. Si hubiera planeado un asesinato, hecho prácticas de tiro, diría que tendría una buena posibilidad. Pero si piensas que alguien como Lindsay, que tuvo un par de horas de instrucción a cargo de un cazador blanco sediento de sexo con el que se estaba acostando, puede dispararle dos balas a Sy y hacer diana las dos veces... entonces deberías olvidarte de ese instinto en el que confías y dedicarte a otra cosa.

No le di las buenas noches. No dije nada. Solamente salí de la habitación.

17

P

or esto supe que no iba a poder dormir:

Los cinco litros de café que me había bebido durante el día.

Mis temores sobre Bonnie. Temor número uno: el caso contra ella se estaba deshaciendo, pero el ayudante del fiscal del distrito, con su cara sonrosada, sus patillas recortadas y su pelo al cepillo, parecido a un cruce entre un cerdo y un gran maestre del Ku Klux Klan, podría todavía extender una orden de detención y luego su encarcelamiento. Temor número dos: Bonnie, consciente de su propia inocencia (o su propia culpabilidad), se marcharía de casa durante la noche y ninguno de nosotros volvería a verla jamás. Temor número tres: entraría en mi dormitorio y yo tendría que rechazarla. Temor número cuatro: sabiendo que yo nunca podría rechazarla, Bonnie entraría en mi dormitorio, me tendría ocupado toda la noche y luego usaría su gancho sobre mí para que construyera un caso contra otro, cualquiera. Temor número cinco: Bonnie Bernstein Spencer era una asesina cuya furia sólo era superada por su frialdad e impasibilidad. La chica de la gran sonrisa era un genio criminal que siempre estaba un paso por delante del policía más inteligente. Temor número seis: Bonnie era lo que parecía ser, una persona buena, inteligente y completamente decente. Si yo conseguía demostrar que era inocente, pasaría sola el resto de su vida, sin tener a nadie que la amara.

Además, no podía dormir a causa del picor seco en mi garganta, y no podía desprenderme del recuerdo de cómo una buena cerveza helada podría suavizarlo.

Y no podía dormir porque sentía que este caso era crucial, un punto de inflexión en mi vida. ¿Era porque el crimen habían sido perpetrado en mi zona natal, South Fork? ¿Era la coincidencia de que la víctima y yo, dos hombres de mundo, hubiéramos usado (o hubiéramos sido usados) por la misma mujer? ¿Era alguna tozuda sensación del sentido del honor de los Brady que este caso no podría terminar en un cajón de Investigación Abierta y yo tenía que ayudar a Sy porque él había ayudado a mi hermano? ¿O estaba simplemente despierto porque ésta era mi última investigación de homicidio como hombre libre, sin el lastre de las obligaciones maritales? Pronto tendría que estar en algún lugar a las cinco y media, elegir modelos para nuestra tapicería, instalar nuestro acondicionador de aire de bajo mantenimiento, colocar la barbacoa para los filetes de pez espada que serviríamos cuando sor María, la directora de la escuela de Lynne, viniera a cenar. Y hacer de árbitro en el campeonato de la pequeña liga de nuestros hijos.

Olviden el sueño. Ni siquiera podía descansar. El café se revolvía en mi estómago, y me sentí enfermo, desorientado, asustado, como se siente un niño en un barquito en medio de la mar brava cuando pierde de vista la tierra. Permanecí tendido en la cama, preocupándome sobre si debería dejar la puerta del dormitorio como estaba, medio abierta, para así poder escuchar a Bonnie si intentaba escapar, o cerrarla, para bloquear la posibilidad de una silueta que susurrara: «¿Estás dormido?»

No dejaba de cambiar de postura, intentando calmar mi estómago. Pero lo que sucedió fue que acabé tan enrollado en la sábana que tuve que levantarme y desliarme. Entonces me tumbé boca arriba y contemplé el oscuro rectángulo del techo. No podía conseguir que mi motor dejara de correr.

Otra razón para el insomnio: en alguna parte, mientras seguía el caso Spencer, ¿había pasado por alto una señal, un signo que debería haber leído?

En el silencio oí mi respiración, rápida, entrecortada. Dios, me sentía fatal. Tenía el cuello y el hombro izquierdo horriblemente lastimados, como si me hubieran golpeado una y otra vez. El lado izquierdo de mi cabeza empezó a latir. Intenté recordar la técnica de relajación que nos enseñaron en South Oaks, pero había olvidado si se inhalaba por la nariz y se exhalaba por la boca o viceversa.

Una puñalada de dolor atravesó mi brazo. Mi corazón redobló. Me llevé la mano al pecho: tenía la piel pegajosa. La náusea no desaparecía. ¿Un infarto? No, agotamiento.

No, un infarto. Me froté el brazo. El dolor remitía, pero sentía el tríceps casi entumecido. Dios, ¿podía ser un infarto de verdad? «Para cuando tenga el valor de gritar pidiendo ayuda a Bonnie será demasiado tarde —pensé—. Todo lo que podré hacer es farfullar y hacer ruiditos como un gatito.»

Justo entonces, en vez de entrar en coma, me quedé completamente dormido. Fue un sueño tan profundo que cuando desperté y vi que estaba todavía oscuro pensé: «Mierda, he dormido todo el día.» Pero entonces me apoyé en un hombro y miré el brillo verde del reloj: las tres cuarenta y seis.

Ejecuté mi rutinario ritual de vuelta a dormir. Le di la vuelta a la almohada y la golpeé, alisé las sábanas, puse boca abajo el reloj para ocultar su chillón brillo esmeralda. No sirvió de nada. Estaba completamente despierto.

Sabía que me había despertado. Deseaba a Bonnie.

La luz de la luna se filtraba entre los bordes de las persianas y las paredes blancas de la habitación de las piñas brillaban. Oí un golpeteo rítmico, pero era sólo la gran cola de Alce golpeando el suelo de madera, aplaudiendo la perspectiva de compañía inesperada. Bonnie se agitó durante un segundo, pero el feliz ritmo de la cola era obviamente un sonido nocturno familiar y tranquilizador. Se acurrucó, profundamente dormida.

Podría haberme marchado justo entonces. Habría sido fácil. Nada para tentarme: ningún sensual abrazo extendido sobre la estrecha cama, ninguna pierna desnuda o cadera al descubierto para atormentarme. La única parte de su cuerpo que no estaba cubierta por la manta a cuadros era su cabeza.

Pero sobre la silla estaba el jersey que le había prestado, muy bien doblado, y en el suelo, junto a la cama, su propia camiseta. Y la fina banda de puro blanco que eran sus bragas. Eso fue todo.

Me senté en el borde de la cama, le besé el pelo, susurré su nombre. Ella alzó la cabeza, abrió los ojos. Ningún parpadeo amoroso ni expresión de «dónde estoy». Bonnie lo sabía.

—¿Qué quieres?

—Visitarte. —Mostré lo que esperaba fuera una sonrisa despreocupada. Sin embargo, mi encanto no funcionaba. No hubo ninguna sonrisa de respuesta. Aparté la manta. Ella estaba desnuda—. ¿Ves? Sabías que iba a venir. Te has vestido para mí.

Me tendí en la cama junto a ella. Bajo la luz de la luna, las finas marcas blancas donde un bikini había impedido el bronceado brillaban con el lustre de una perla, como el interior de una concha.

—Un anfitrión tiene la obligación de entretener a su huésped.

Besé su mejilla, su boca, la línea de demarcación entre su pecho

oscuro y sus blancos senos. Fui amable y gentil, demostrando: «No sólo soy rudo. ¿Ves? También tengo elegancia. Estilo. Técnica.»

Bonnie no arqueó el cuello, ni murmuró un sofisticado «eso es maravilloso». No, me apartó el pelo de la frente, alisándolo en las sienes. Fue un gesto tan amoroso y tan tranquilizador, que me pilló desprevenido. Dejé de besarla casualmente. Busqué su mano, pero ella se negó.

—Dime —susurró— ¿Significa algo esta visita? —Palabras directas, mirada firme. «Dime la verdad», decían. Una auténtica chorrada: yo sabía que podía decirle todo lo que quisiera. Ella era tan jodidamente crédula— ¿O estás aquí... sólo por esta noche?

Lo hacía mucho más duro para ella misma. ¿Por qué no podía fingir simplemente que no le importaba? Sólo le faltaba andar por la vida llevando una pancarta que dijera «Boca grande pero completamente vulnerable» en grandes letras rojas. ¿Qué se le podía decir a alguien así?

—Sólo por esta noche, Bonnie. —Yacíamos uno junto al otro, apenas separados. Si alguno de nosotros hubiera inspirado con fuerza, nuestras pieles se habrían rozado.

—¿Otro ligue de una sola noche? ¿Eso es todo lo que quieres para nosotros?

Cerré los ojos porque sentí venir las lágrimas.

—Sí.

—¿No puedes ofrecerme nada mejor?

—No.

—¿No significa nada que yo te ame?

—No. —Antes de que pudiera decirle cuánto lo sentía, ella me tapó la boca con sus dedos.

—Déjame interrumpirte —susurró—. No digas «Lo siento». No se te ocurra. Pedir disculpas por no poder ser amable... Eso sería vulgar, y tú no lo eres.

—Tú tampoco.

—Lo sé.

Se movió un milímetro, así que nos rozamos. Deslicé las manos por todo su cuerpo. Ella era satinada, cálida. No podía creer lo suave que era.

—Espera. Escúchame —rogó—. Estas son mis reglas de una noche. No puedes decir «Eres preciosa». No puedes decir «Eres una gran persona». —Hizo una pausa—. Y no puedes decir «Te quiero». Por lo demás, todo vale.

Me rodeó con sus brazos y me ayudó a ponerme encima. Lentamente, como si tuviéramos semanas, años, todo el tiempo del mundo, dejó que sus dedos resbalaran por mi espalda, por mi culo, y luego entre mis piernas. Me sentí tan abrumado por poder tocarla de

nuevo, besarla, que temía perderla.

Lo hice. De repente, las lágrimas me corrieron por la cara.

—Stephen, ¿estás bien?

—Sí. Sólo demasiado cansado. Demasiado estimulado. —Bonnie me secó las lágrimas con la sábana. No servía que fuera tan tierna. Le palmeé la mano, luego la retiré—. Estoy bien. Y escucha, nadie me llama Stephen.

—No tienes que acostarte conmigo si no quieres, Stephen.

—¿Parece que no quiero?

—No, pareces entusiasmado. Pero tú y eso puede que seáis dos entidades distintas.

—Bien, esto y yo queremos hacerte el amor.

Y lo hicimos.

Después, la llevé a mi dormitorio, y antes de dormir, hicimos de nuevo el amor. Mi recuerdo de nuestra otra noche, cinco veranos antes, ni siquiera empezaba a hacerle justicia. Había recordado la pasión; había olvidado la dulzura.

Sólo que esta vez hubo reglas: las reglas de juego de Bonnie para una noche. Nada de «Eres preciosa». Nada de «Eres una gran persona». Nada de «Te quiero». Todo el tiempo que estuvimos haciendo el amor, y después, allí tendidos, hablando en voz baja sobre poca cosa, yo quería más que gemidos, gritos, gruñidos animales, suspiros, dulces nadas inútiles. Pero todo lo que se me ocurría decirle era lo prohibido, palabras de amor y admiración. «Bien —pensé—, desde luego es una maestra en el juego. Sólo un as de los ligues de una noche podría anticipar la necesidad de esas reglas.»

Tuve que jugar limpio. No quería que pensara que era vulgar. Así que no grité «Te quiero». Pero intenté demostrárselo.

Cuando finalmente nos quedamos dormidos, mi cabeza descansaba contra la suya en la almohada. Sostenía sus dos manos en la mía, junto a mi corazón.

Hora mágica.

Bonnie había hecho la cama mientras yo sacaba a Alce a dar un paseo, pero había doblado la sábana sobre la parte superior de la manta y asomaba demasiado, así que cuando se metió en la ducha lo arreglé. Ella se dio cuenta de inmediato.

—Has vuelto a hacer la cama.

—No estaba bien.

—Se supone que no tienes que preocuparte por el orden. No es masculino. —Estaba sentada sobre la cama con sus pantalones cortos y una de mis camisetas. Sostenía el tazón de café como un hombre: no usaba el asa como se supone que tiene que hacerlo una mujer—. El orden es femenino —anunció—. El caos es masculino.

—¿Después de lo de anoche estás diciéndome que no soy masculino?

—¿No vas nunca al cine? —Alzó las manos y puso los pulgares en ángulo recto con respecto a los dedos extendidos, como un director enmarcando una toma—. «La cámara entra en el dormitorio del policía. Caos total. Sábana sospechosamente gris hacia la mitad del colchón. Primer plano de la mesita de noche, donde vemos una pistola, una botella vacía de whisky, papeles arrugados, restos de comida china de la semana anterior y un cenicero rebosante.» ¿Cómo eres tan ordenado?

—Los buenos polis son organizados. Me gusta tener las cosas bajo control. La auténtica cuestión es: ¿por qué eres tan desastre?

—¿De qué estás hablando? Yo no soy un desastre.

Me eché a reír.

—Venga ya, Bonnie. Ejecuté una orden de registro. No emparejas tus calcetines. Simplemente los tiras al cajón, junto con tus sujetadores, que parecen una montaña de espaguetis. Tus cucharas y tenedores están todos mezclados. Oh, y tus papeles no están por orden alfabético. No están colocados según ninguna ordenación mínimamente lógica.

—El orden no cuenta. Lo que importa es la limpieza.

—No has tirado una revista o un libro viejo en diez años. ¿Qué clase de persona guarda una Guía TV desde 1982?

—Obviamente, no tu tipo de persona.

Bueno, ya estaba. Desde que se había levantado, poco antes de las seis, Bonnie había estado manteniendo las distancias. No el numerito de la mujer herida, con frías respuestas entrecortadas a mis preguntas. No, Bonnie era todo pulgares en las presillas del pantalón, amistosa como un colega: «Vale, copos de avena y zumo de naranja será magnífico. Gracias.» Por supuesto que comprendía que tenía que quedarse en el dormitorio cuando yo saliera, que las ventanas de la habitación principal no tenían persianas y que si alguien pasaba por allí... Y por supuesto que se alegraría de decirme todo lo que quisiera saber sobre Sy. ¿Discutir todo el caso? ¡Claro!

Ella podría haber sido cualquiera con quien hubiera pasado la noche: un poli de visita, alguien agradecido por la comida y el desayuno, un tipo alegre y abierto. Cuando terminó la última cucharada de leche y volvió a colocar el cuenco con el cereal en la sobrevidriera que usaba como bandeja porque no tenía bandeja, sonrió y dijo, muy alegre:

—¿Sabes qué me gusta de ti? Tus cereales son crujientes. Aquí nunca puedo conseguir que no se empapen. Allá en Ogden, podías conservarlos durante décadas.

—Bonnie, despejemos el aire.

Ella sonrió como una chica del tiempo en televisión: demasiados dientes.

—El aire está despejado. —Extendió la mano y cogió mi reloj, que todavía estaba boca abajo—. Mira, son casi las siete. La noche se ha acabado. El sol brilla. —Su sonrisa se desvaneció. Sus labios se unieron, serios, severos—. Es hora de trabajar.

Pero yo continué.

—No soy gran cosa, lo sabes.

—Lo sé.

—Falta algo. Tengo defectos. —No hubo ninguna discusión, ningún acuerdo. Ella permaneció sentada en silencio, en una postura demasiado perfecta—. Con Lynne tengo una oportunidad de acercarme más a una auténtica vida de lo que nunca pensé que podría.

Esperé que Bonnie gritara: «¿Pero la amas? ¿Qué hay de mí?»

—Hablemos de motivos —dijo.

—No es que no me importe. Sabes que sí.

—Estoy segura de que todos los componentes del equipo de Noche estrellada tenían algo contra Sy.

—Bonnie, si hablamos, será más fácil para ti.

—Sy estafaba dinero a la gente, les mentía sobre abrir créditos, los humillaba delante de cincuenta personas. Así que hay cincuenta, ochenta personas en East Hampton que considerarías que tenían un motivo para matarlo. Y otras quinientas o seiscientas a las que hizo daño o insultó a lo largo de los años. ¿Qué haces en un caso así, cuando la víctima del asesinato es un hijo de puta declarado?

Yo sólo había intentado ayudarla, pero si ella quería trabajar, trabajaría.

—Hay que buscar daños reales —expliqué—, ¿Había alguien a quien Sy perjudicara de verdad, o estuviera a punto de hacerlo? No sólo sentimientos y alguien que dice: «Espero que Sy Spencer se muera.» Estoy hablando de daños que pudieran destruir la vida de alguien. Eso es lo principal, buscar perjuicios serios. Descarta la gente que está sólo molesta. Eso no cuenta. Con una excepción. Los chiflados. Tal vez Sy prometió a algún actor créditos de estrella y el tipo apareció con su nombre al final de la película, junto a los operarios de la grúa. Un tipo normal lo olvidaría. Un chiflado podría pasarse dos o tres años buscando venganza.

—¿Con qué frecuencia pasa eso?

—No demasiado a menudo. Incluso los chiflados se aburren. Encuentran nuevos villanos. Así que a menos que nos atasquemos del todo, no haríamos nada más que una comprobación rutinaria del pasado lejano de la víctima. Verás, los chiflados no suelen sufrir en silencio. Envían cartas expresando su odio, profieren amenazas telefónicas. Y un tipo como Sy sería listo: ha visto demasiadas

celebridades asesinadas por psicópatas para ignorar este tipo de amenazas, ¿no?

—Definitivamente. Si hubiera pensado que algún loco iba tras él, Sy probablemente habría ejecutado todos los pasos de rigor. Incluso contratado guardaespaldas. Sy no tenía valor físico.

Eso me sorprendió. Era tan tranquilo.

—Ponme un ejemplo.

Bonnie reflexionó, frotándose la frente para ayudarse.

—Una vez cabalgábamos por Grand Tetons. Su caballo lo tiró. No pasó nada: acabó con una magulladura en el culo. No se podía echar la culpa al animal. Vio un oso y se asustó. Pero él no quiso volver a montarlo por nada del mundo, ni siquiera cuando yo lo acusé de ser un gallina..., lo que, ciertamente, admito que no fue el momento más sensible de mi carrera como esposa.

»Pero no hacía falta gran cosa para asustarlo. Sy podía aterrorizarse por nada. Caminábamos por el distrito del teatro y si nos cruzábamos con un par de tipos negros que no parecían dirigirse a una reunión para recaudar fondos para el NAACP, se envaraba. Sólo un poco, pero se notaba que en el fondo de su mente estaba viendo los titulares: «Productor castrado por banda de delincuentes juveniles.» Lo que quiero decir es que si alguien de su pasado lo hubiera estado amenazando, Sy habría buscado protección. Sería cosa sabida.

—Bien. —Entré en la cocina a por otra taza de café. Cuando regresé, empecé a decirle—: ¿Sabes? Hablando de caballos, mi familia tenía una granja cuando yo era pequeño. Teníamos un caballo. Prancer. Hace años que no cabalgo, pero...

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Bonnie suavemente.

—No lo sé —contesté, en el mismo tono.

—Fuera lo que fuese lo que teníamos, terminó hace una hora y media. Recuerda eso. Y no importa lo que suceda hoy, lo que averigües o lo que no averigües, me iré de aquí a las cinco. Así que no quiero saber que montabas caballitos cuando eras un niño pequeño. No quiero que me hables del primer partido de los Yankees que viste. No quiero que me digas cómo te quitaste el mono de encima después de Vietnam.

—¿Te hablé de eso? ¿De mi problema con la droga?

—Tu problema con la heroína. Me lo dijiste. No me importa. Y no me importa tu alcoholismo..., que obviamente te hizo olvidar que me hablaste de tu adicción a la heroína.

—¿Qué dije sobre la heroína?

—No mucho. Fue cuando me estabas hablando de Vietnam.

—¿Te hablé de Vietnam?

—Debió de ser una noche cojonuda para ti, ya que la recuerdas tan bien —dijo Bonnie fríamente.

—Recuerdo lo suficiente para saber que fue una noche cojonuda.

—¿Recuerdas haberme contado por qué te hiciste policía?

—No. No creo haberlo pensado mucho, y menos aún haber hablado de ello.

—Me contaste lo aterrado que estabas después de volver de la guerra. Al caminar por la calle, si había una bolsa arrugada de Burger King en la acera, te detenías en seco, aterrorizado. ¿Recuerdas habérmelo dicho?

No dije nada, pero no podía creer que le hubiera hablado a nadie sobre aquella época; el corazón me redoblaba en el pecho y quería gritar: «¡Despejen la zona! ¡Fuera! ¡Cuidado con esa bolsa arrugada de Burger King! ¡Puede matarnos a todos!»

—Estuvimos hablando de cómo te decidiste por algo potencialmente peligroso como ser policía en vez de algo seguro, y dijiste: «Esto te demostrará lo irracional que era..., pensé que hacerme policía era seguro, tal vez porque iría armado. Estaba terriblemente asustado todo el tiempo.»

—No me había dado cuenta de cuánto me había abierto a ti, de cómo...

Bonnie me interrumpió.

—Bien, ahora no importa. Quiero que lo comprendas: me importa un comino lo que hiciste en Vietnam, o lo que te hizo Vietnam a ti. Me importan un comino tus drogas o tu alcohol o tus pesadillas recurrentes. Y ya que estamos en ello, me importan un comino las largas trenzas rojas de tu prometida o su dedicación a los niños incapacitados. Dentro de otras diez horas (a menos, Dios no lo quiera, que acabe en un tribunal y tú seas testigo de la acusación), nunca volveremos a vernos.

Me levanté y salí de la habitación. No recuerdo nada de lo que pensé o sentí. Recuerdo haber fregado los platos del desayuno y haberlos metido en el lavavajillas y echar en la jarra lo que quedaba de leche. Entonces volví a la habitación. Bonnie estaba igual; tal vez incluso más remota.

Si hubiera estado en una película, habrían sacado una toma donde parecía que retrocedía, más y más. Finalmente se habría convertido en un puntillo de luz. Y entonces habría desaparecido.

—Dime quién tenía un auténtico motivo para matar a Sy —dijo ella.

—Tú.

—¿Quién más?

—Lindsay.

—Ya sabes lo que opino sobre esa teoría.

—Me importa un carajo lo que opines —sentencié—. Ella está en la lista.

—¿Alguien más?

—Un tipo que invirtió en Noche estrellada, un hombre al que Sy conocía de sus días en el negocio de la carne.

—¿Quién?

—Mikey LoTriglio.

—¿El gordo Mikey? —La cara de Bonnie se puso toda rosa y brillante; sólo oír el nombre parecía hacerla feliz. Se olvidó de su actitud remota—. ¡Me encanta el gordo Mikey!

—¿Te encanta? Es un mal tipo. Mafia.

—Lo sé. Pero para ser mal tipo, era maravilloso. Bueno, maravilloso conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Sabía que yo era escritora, así que estaba convencido de que no tenía ni la más leve idea de cómo funcionaba el mundo real. Tenía una actitud muy protectora conmigo. Preguntaba: «¿Te trata bien Sy?» Yo siempre corría mis veinte kilómetros por la ciudad, y no le gustaba. Ni pizca. Le dijo a Sy que un marido no debería dejar que su esposa hiciera esas cosas. Pero cuando decidió que Sy no podía impedírmelo, me compró un mapa. Marcó en rojo todos los barrios que consideraba peligrosos. Oh, me llamaba Bonita. Por algún motivo, decidió que yo era una dama con clase, y no podía aceptar que no tuviera un nombre más digno. Cuando se enteró de que íbamos a separarnos, que yo no iba a pedir pensión, me llamó y me dio consejos. Fue sorprendente.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que admiraba lo que estaba haciendo, pero que esto no era una película, era la vida real, «y en la vida real, Bonita, las damas abandonadas por el marido contratan un abogado». Verás, Mikey era amigo de Sy. Su lealtad debería haber sido hacia él. Es así como opera la gente de su mundo. Pero se volcó hacia mí, intentó llevarme a un abogado divorcista que me recomendó. Y la razón fue que me apreciaba mucho. Y yo le apreciaba a él. Quiero decir que era un hombre. Los tipos que conocí en Nueva York, los amigos de Sy... podían ser destruidos por un maître de metro y medio con mal aliento y pelo en la nariz que los sentara en la mesa equivocada. Mikey no. Era malo, pero real.

—¿Le has visto o has hablado con él desde tu divorcio?

—No.

—¿Te dijo Sy que había invertido en Noche estrellada?

—Ajá. —Casual, relajada, como si le hubiera preguntado si quería ketchup en su hamburguesa.

Excepto que yo le había preguntado antes por los inversores de Sy, y ella me había dicho alguna estupidez sobre que estaba nervioso por «los muchachos». Pero había negado conocer quiénes eran. Estallé.

—Te pregunté sobre los amigos de Sy antes, maldición, y me

dijiste...

—Deja de chillar.

—¡No estoy chillando! —Golpeé la cómoda con el puño. Le di al plato donde dejaba el dinero suelto y una moneda de diez centavos cayó al suelo—. Estoy hablando fuerte. —Me detuve, hasta que pude regular mi voz—. Dime, Bonita, ¿hay algo sobre lo que no mientas?

—Te mentí sobre Mikey porque tuvo un montón de problemas con la policía en el pasado.

—¿Crees que podría haber una razón para que tuviese esos problemas?

—Oh, venga ya. Por supuesto que había una razón. Es un criminal. Sólo porque lleve trajes a medida y hable como Sheldon Leonard en Ellos y ellas no significa que yo no sepa lo que es. Es moralmente reprensible, pero no es culpable de la muerte de Sy. Si te hubiera hablado de su inversión, habría significado grandes problemas para él, y sé que no mató a Sy.

—¿Por qué? ¿Porque lo hiciste tú?

—Ajá.

—Escucha, encanto, ¿por qué no le haces un favor a Mikey? Confiesa. Di: «Sy me hizo desembarazarme de mi bebé, me engañó, me contagió la gonorrea, destruyó mis trompas —no hubo reacción, yo podría haber estado recitando la tabla de multiplicar— y me tiró como a una patata caliente. Entonces regresó a mi vida y la puso patas arriba. No me amaba, nunca lo hizo. Sólo me utilizó. Una y otra vez. Y aquí estoy; ya no soy joven, estoy sola, arruinada. Así que cogí el 22 que había traído al este de la tienda de mi padre y me cargué al muy hijo de puta.» Eso le daría a Mikey una auténtica coartada.

—Deja de decir tonterías —ordenó ella—. Empieza a pensar. ¿Parece el asesinato de Sy obra de la Mafia? —No lo parecía, pero yo sólo me encogí de hombros—. No pudo ser Mikey LoTriglio. Era imposible que Sy dejara que las cosas llegaran al punto de ofender a Il Tubbo; le tenía miedo.

—Creía que Mikey y él eran amigos.

—Lo eran. Más o menos. Verás, a una parte de Sy, la parte cosmopolita, le encantaba conocer a alguien que tenía contactos, que podía contar historias sobre cómo Jimmy el Nuncio metió a Tony Tomato y su Lincoln Continental en el East River a ver si flotaban. Y la parte despiadada de Sy..., bueno, tener un amigo de la infancia como el gordo Mikey era un posible activo en los negocios. Pero la parte neoyorquina de Sy tenía miedo de estar con un hombre que llevaba pistola, que podía ordenar que hirieran o mataran a otros hombres. Sy tenía tanto miedo a la violencia potencial como a la real. Era el neurótico urbano por excelencia: no podía distinguir entre una amenaza y un hecho. Por eso, no importa lo que fuera. Sy cedía

siempre ante Mikey. Quiero decir que si íbamos a cenar con Mikey y su esposa o su amiguita, Sy, que era el mayor pejigueras del mundo en un restaurante, dejaba que Mikey pidiera por él. Acaba comiendo peces de colores fritos o tocino en salsa marinera porque Mikey decía: «Te encantará esto, Sy.» Confía en mí en esto: si Mikey temía que su inversión fuera a fracasar, Sy habría sacado su cartera para pagarle allí y al momento. El doble.

—Estamos hablando de una inversión de un millón de pavos.

—Eso no sería un problema para Sy. Probablemente tenía diez o quince millones.

Sacudí la cabeza.

—Cuarenta y cinco. —Bonnie pareció sorprendida—. Pudiste haberte llevado un buen pellizco.

Pero ella no parecía interesada en el pasado.

—¿Quién heredará el dinero? —preguntó—. Sus padres están muertos.

—Nadie. Tenía una especie de fundación de caridad. Para las artes.

Bonnie se levantó de la cama y se tendió boca abajo en el suelo. Empezó a hacer flexiones, contando suavemente para sí.

—No me gusta tu lista de sospechosos —dijo, después de cuarenta y cinco. Ni siquiera había perdido el aliento.

—¿Por qué iba a gustarte? Estás en ella.

Tal vez estuviéramos hablando de negocios, pero yo seguía queriendo mantener mis asuntos en privado. Además, había pasado de sesenta flexiones, que era más de lo que yo podía hacer, y no mostraba signos de ir a parar. Supuse que tendría que quedarme mirando cómo llegaba a las cien.

Fui a la cocina y llamé a Muslos, le dije que localizara a Mikey: tenía un par de preguntas más.

Entonces desperté a Germy en Beekman Place y le pedí los nombres del reparto y el equipo técnico de la película africana de Lindsay, Transvaal, lo más pronto posible. Me dijo que parecía mejor. Le dije que lo estaba. Dijo que saldría para Bridgehampton a mediodía y que me pasara por su casa el fin de semana si podía. Que llevara a mi chica. Le prometí que lo intentaría. Germy acababa de recibir una copia de un maravilloso montaje de vídeo sobre DiMaggio que no había sido puesto a la venta todavía. Lo traería.

Llamé a Robby. Según Pechos Pecosos, se había marchado a trabajar hacía horas. Lo que probablemente significaba que acababa de levantar la puerta del garaje. Llamé otra vez a Muslos; dijo que estaba allí desde las seis y media y no había visto ni oído nada de Robby.

Entonces llamé al agente de Lindsay, Eddie Pomerantz, que tenía una casa en East Hampton. Le dije que estaría allí al cabo de una hora.

El argumentó que ese día no le venía bien, que tenía comprometido todo el fin de semana, y yo le contesté que sería mejor que su abogado me llamara en los próximos diez minutos, por lo que él accedió a verme al cabo de una hora.

Llamé a Lynne. Dijo que había estado pensando en mí, y yo le dije que había estado pensando en ella. Iba a pasar en casa la mayor parte del día, repasando las evaluaciones psicológicas de sus alumnos para el año próximo. Dije que intentaría pasarme por allí, pero que no aguantara la respiración hasta entonces. Ella aseguró que no lo haría, pero que sería magnífico si pudiera encontrar unos cuantos minutos.

«Tendré una esposa e hijos —pensé—. Seré feliz. Y voy a pasar el resto de mi vida anhelando lo que Bonnie me dio.»

Cuando regresé a su dormitorio, Bonnie estaba otra vez sentada en la cama, con las piernas cruzadas, al parecer consultando con sus pies. No alzó la cabeza.

—Escucha —dije—, sobre lo de antes. Cuando te estaba acusando de haber matado a Sy, lamento haber mencionado...

—Mi esterilidad.

—Sí. Sabes que voy a por la yugular. Fue de mal gusto.

—La verdad es que fue más que eso. Fue cruel.

—Te pido disculpas.

—Bien —le dijo a sus pies—. Vale, volvamos al trabajo. ¿Alguna otra teoría? ¿Pensamientos dispersos?

—¿Como qué?

—He estado pensando en Sy. Sé que te dije que no parecía preocupado, trastornado, ni nada de eso. Pero por otro lado, no era él mismo al cien por cien. —Hizo una pausa—. Me incomoda hablar de sexo, pero la última vez que lo hicimos... él no estaba allí. Quiero decir que estuvo bien en cuanto a actuación, aunque eso en sí no significa mucho; el equipo de Sy no estaba conectado a su cerebro. Pero no estaba concentrándose en mí. Y para él eso era algo crítico, detectar exactamente lo que quería una mujer y colmar ese deseo. Era mucho más importante que el acto físico en sí. Pero de repente fue estrictamente mecánico. Como tenía tiempo de sobra porque había cambiado su reserva de avión, me llamó y me dijo que fuera a su casa. Pero cuando llegué allí, era un actor interpretando un papel que no le interesaba. Hizo lo que tenía que hacer, pero su mente estaba en otra parte.

—¿Nunca lo habías visto tan preocupado?

Ella negó con la cabeza.

—No. Pero verás, no es algo concreto. Es sólo algo que una esposa, o una ex esposa, nota en un hombre. Que no estaba realmente conmigo.

—No quiero herir tus sentimientos, ¿pero no podría estar

enfriándose contigo?

—No, porque entonces no me habría llamado. Si sólo hubiera querido sexo y belleza, podría haber pasado un rato con Lindsay en su tráiler. O con cualquier otra. No lo olvides: Sy era un productor multimillonario heterosexual y soltero. Con un coeficiente intelectual de ciento cuarenta y una cintura de sesenta centímetros. Las mujeres tienden a encontrar eso atractivo. Pero me quiso a mí esa tarde.

—¿Para qué? No estoy siendo sarcástico. Sé por qué te querría yo. ¿Y él?

—Comodidad. Conmigo podía ser él mismo. Bueno, todo lo cerca que podía llegar. No puedo decir que me quisiera para divertirse, porque se tomaba a sí mismo demasiado en serio para dejarse ir y reírse. Pero parecía pasárselo bien observando pájaros y paseando conmigo. Era un cambio con respecto al resto de su vida. Y le encantaba estar sentado en el patio bebiendo limonada y cotilleando. Y el sexo era bueno. —Esperé que dijera «Nada que se parezca a cómo es contigo, Stephen. Ah, Stephen, qué bello nombre»—. Sy y yo sabíamos cómo satisfacernos mutuamente —dijo.

—Me parece muy bien. —«Zorra», pensé. Me sentía acalorado. Fui al armario y saqué una corbata, una de las que Easton me había regalado hacía cuatro o cinco navidades. Naturalmente, era de buen gusto: franjas rojas y azules y amarillo claro.

Bonnie no pareció advertirlo.

—Sé que tienes que marcharte, pero piensa por un momento. Desde tu punto de vista profesional: ¿dijo alguien algo que apoye la sensación que yo tenía de que Sy estaba preocupado? ¿Hubo algún tipo de cambio en él?

Me senté en el borde de la cama y empecé a abotonarme el cuello de la camisa. Ella no se inclinó para ayudarme.

—Eso no es fácil de decir —expliqué—. Sy tenía talento para ser lo que la gente quisiera que fuera. No sólo en la cama, como me cuentas. Podía ser duro con Mikey, intelectual con un crítico de cine, «míster sopa de pollo» con un viejo periodista judío. No parecía tener ningún centro. Tú lo conocías mejor que nadie. ¿Quién era el auténtico Sy Spencer?

—No sé si había uno.

—Bien. De modo que me resultará casi imposible averiguar si era o no él mismo, porque nadie puede decirme quién es «él mismo». Excepto que siempre se mantenía bajo control, su conducta normal no era gritar y dar patadas a los ayudantes de producción y escupir a los actores. Y no hubo nada en su conducta antes de su asesinato que mostrara algo diferente. Actuaba como un hombre normal y racional. Nada de estallidos repentinos, ningún ataque de melancolía.

—Así que no ves nada.

—Cierra el pico y déjame terminar.

—No me hables así. Pídeme que guarde silencio.

—Por favor, guarda silencio y vete a hacer puñetas.

—Eso está mejor.

—Bien. Hay dos cosas que me llaman la atención, pero son tan nimias que tal vez no signifiquen nada. Pero si tú tienes el sexto sentido de la esposa, yo tengo el del policía.

—¿Cuáles son? —Me pilló mirando la parte interior de sus muslos otra vez. Piel tensa, no fofa. Más pálida que la parte bronceada de sus piernas. Se echó hacia atrás, de forma que quedó apoyándose contra la cabecera de la cama, estiró las piernas y cruzó las manos sobre esa región indefinida al sur de su vulva y al norte de sus muslos—. Vamos —instó—. Has dicho que te llamaban la atención dos cosas. Dímelas. Funciona.

—Estoy funcionando. Bien, Sy podía satisfacer sus caprichos con cosas materiales, satisfacer también los caprichos de las mujeres si estaba de humor. Pero básicamente era un auténtico egoísta. Siempre intentando hacer un trato mejor, siempre temiendo que la gente fuera a engañarle. Y me dices que uno de los motivos por los que no quisiste pensión es porque querías estar en buenas relaciones con él, y sabías que le molestaban las mujeres que lo querían por su dinero. ¿Tengo razón?

—Ajá.

—Bien, sabiendo eso, ¿cómo es que le pagó a Lindsay Keefe medio millón de dólares más de lo que especificaba su contrato? —Bonnie parecía sorprendida—. ¿Te parece propio de él?

—No. En absoluto. Parece típico de un principiante que jamás ha hecho una película antes.

—Cierto. Un tipo que deja que una estrella de cine lo guíe por el pito. Quiero decir que está tan satisfecho de que le deje entrar en sus bragas, tan asustado de que cambie de opinión, que le suelta otros quinientos mil.

Bonnie alzó las manos y apoyó la barbilla sobre ellas. Estaba intrigada.

—Tienes algo. No sé qué. Pero Sy no soltaría un céntimo sin una razón.

—¿Y cuál era la razón? ¿Es posible que hiciera un trato para no declarar ese dinero con su agente?

Ella empezó a mordisquearse los nudillos mientras consideraba la pregunta.

—Lo dudo —dijo finalmente—. Lindsay y Nick ganaban un millón cada uno. Normalmente, cobran dos o tres millones, pero habían cedido a cambio de un porcentaje.

—¿Un porcentaje de los beneficios?

—Ajá. Los primeros dólares de la recaudación. Y el agente de Lindsay... ¿Por qué querría un trato así? No va a fiarse de una actriz. El y la agencia querrán la protección de un contrato escrito para recoger su diez por ciento.

—Si hicieron un trato, entonces debió de ser privado entre Sy y Lindsay.

—Podría ser. Pero no lo veo haciéndolo. Excepto...

—¿Excepto qué?

—Excepto que ella estaba viviendo con él desde hacía meses. Sy salía con mujeres, se acostaba con ellas, tal vez pasaba algún fin de semana en casa de alguna en Southampton. Pero nadie aparte de Lindsay y yo misma metió siquiera un cepillo de dientes en su casa; él no operaba de esa forma. Así que tal vez estaba enamorado de ella. Tal vez fuera a casarse con ella.

—Pero se estropeó.

—Bueno, hay que preguntarse de quién fue la culpa. Si fue de ella, se metió en un lío. Sy era vengativo.

—¿Cómo conseguiría su venganza?

—Para empezar, dejaría de acostarse con ella..., pero sin decirle por qué. Y lo hizo.

—No sabes eso con seguridad.

—Sé lo que me dijo: había dejado de dormir con ella. Y lo conozco sexualmente lo suficientemente bien para saber que podías hacer el pino y silbar Dixie completamente desnuda y él no querría (no podría, probablemente) hacerlo más que una vez al día. Dios, odio ser analítica.

—Hazlo.

—Bueno podía seguir durante lo que parecía una eternidad, pero una vez..., ya sabes... —Se ruborizó.

—Bonnie, tienes cuarenta y cinco años.

—Gracias. Bien, una vez que se corría, se acabó. Y por eso si estuvo conmigo todos los días, tendría que ponérsela en cabestrillo para hacer algo con ella.

—¿Te vio todos los días?

—Todos los días. Y estaba furioso con ella. Siempre se volvía hostil durante la producción, esa inquietud silenciosa y desagradable. Quiero decir que si una mosca se posaba en una pared, él querría cinco operarios con bazookas para aplastarla. Pero con Lindsay fue más. Fue ponzoñoso. La llamaba cosas terribles, y eso no era típico en él.

—¿Como qué?

—Bueno, tal vez no te parezca tan terrible, porque eres muy mal hablado. Pero a Sy le gustaba considerarse el epítome del refinamiento. Y también un hombre de cabeza despejada e iluminada. Eso significaba comprar helado políticamente correcto y ser

ecologista, antipieles de animales y profeminista acérrimo. De repente, empezó a llamarla «ese coño». No tienes ni idea de lo raro que era eso en él. Cierto, podía ser una rata miserable, despiadada y vengativa, pero siempre una rata educada. Era capaz de comerte vivo y decirte lo profundamente que valoraba tu amistad. Así que supongo que Sy la amaba. Pero entonces se volvió contra ella. Y sólo por su lenguaje, diría que perdió el control. En su cabeza, ella lo había traicionado de alguna forma fundamental.

—Bueno, ella le traicionó al actuar fatal —sugerí.

—Cierto. Pero durante el primer par de semanas, eso no pareció afectar la atracción que sentía hacia ella. Quiero decir que las tomas diarias eran horribles, pero dijiste que la gente lo veía con ella en el plató con humo saliéndole por las orejas.

—Muy bien. ¿Entonces qué tenemos? Estaba molesto con ella, furioso, pero todavía lo ponía caliente a pesar de su deplorable actuación. Pero entonces ella busca a Santana como aliado... y la forma de Lindsay de buscarse un aliado es acostarse con alguien. Entonces, en cuestión de un día o dos, Sy busca reemplazarla. Con otras actrices en Noche estrellada. Y contigo para la cuestión sexual. Así que te pregunto: ¿cuál es tu impresión? ¿No te parece que Sy lo sabía?

—Desde luego, lo parece. No puedo decirlo con seguridad, porque tenía un ego enorme, y debió de resultarle difícil que la mujer a la que amaba prefiriera a otro. Pero por otro lado era muy, muy astuto. Y él la había tachado de su lista. Puede decirse que fue una decisión de negocios, y tal vez inteligente; no sé lo suficiente sobre la producción cinematográfica para decirlo. Pero también fue personal. Este era el primer papel romántico y suave de Lindsay, y él estaba haciendo saber a todo el mundo en la industria que ella, su amante, amiguita, prometida o lo que fuera, no tenía la versatilidad, el encanto, el talento para la comedia, la capacidad para hacer algo liviano. Sabía que el chismorreo sería: «Si Sy tiene que reemplazar a Lindsay, ella debe de estar haciendo un trabajo horrendo.»

—¿Intentaría arruinarla?

—Si hubiera podido hacerlo, probablemente lo habría hecho. Pero ya te digo que ningún productor de hoy tiene poder para arruinar a una estrella. Con todo, Sy estaría dispuesto a hacerle a Lindsay todo el daño posible.

—En las diarias, unas cuantas personas estuvieron hablando de efectos especiales de rayos. Sy dijo que si a Lindsay le caía un rayo encima, sería la respuesta a sus plegarias. Obviamente, estaba bromeando sobre el seguro de la película, pero la impresión fue que por él bien podía caerse muerta, y de hecho si hubiera estado muerta, probablemente él habría salido ganando.

Bonnie estaba haciendo un gran trabajo mordisqueándose los nudillos.

—Vale, Sy se enamoró y le pusieron los cuernos y se dispuso a vengarse.

Asentí.

—Eso es. Ahora todo lo que tenemos que averiguar es si su pasión por Lindsay fue un capricho pasajero para tratarse de un hombre tan poco apasionado, o si empezaba a perder la chaveta. —Fui y abrí la caja fuerte de lo alto de mi armario, saqué mi revólver de servicio, luego la americana de mi traje—. Tengo la sensación de que estaba perdiendo los papeles.

—¿Por qué? —Ella me observó colocarme la funda de la pistola y ponerme la chaqueta. Pude ver que no quería que me marchase. También pude ver que, al contrario de todas las otras mujeres con las que me había acostado (excepto las mujeres policía), ni siquiera parpadeó ni retrocedió o alzó las cejas ni mostró incomodidad en presencia de un 38.

—Sy tenía un ayudante o productor asociado —dije—. Un tipo nuevo que había contratado para Noche estrellada. Un tipo de por aquí.

—¿Super WASP?

—Mi hermano. Se llama Easton.

—¿Es tu hermano? Sy me habló de él.

—¿Qué dijo? —Bonnie no quiso decírmelo—. Vamos. Sé lo que es.

—Sy dijo que era muy apuesto, atractivo, pero un poco...

—Un perdedor.

—Alguien que no había tenido mucho éxito en la vida. Pero resultó ser magnífico. Sy lo apreciaba mucho. Fue una asociación perfecta. Sy necesitaba a alguien que estuviera de servicio veinticuatro horas al día, que saltara dispuesto a hacer cualquier cosa que él quisiera. Y, más importante, parecía como si no tuviera..., perdóname, pero sólo estoy repitiendo lo que dijo Sy, mucha ambición. Sy lo veía como alguien que podría prestarle servicios a largo plazo.

—Un criado glorificado.

—¿Por qué no decimos un secretario para toda la vida?

—Ese es mi hermano. Bien, estuve en casa de Easton, con Robby Kurz. Ética del departamento: yo no podía interrogar a mi propio hermano. Y me senté allí y cogí un guión. Easton dice que Sy le dijo que sería su próxima película.

—¿Era el mío?

—No. Bien, para ser sinceros, le eché una mirada. Nunca había leído un guión antes. Pero te digo, Bonnie, que lo que leí era una mierda tan completa que no pude creerlo. Estaba perdiendo la chaveta.

—¿Recuerdas el título?

—Sí. *La noche del matador*, de...

—¡Mishkin! Milton o Murray.

—¿Lo has leído?

—Hace años. Mira, Sy no iba a hacer La noche del matador. Ni en un millón de años. Era un chiste. Bueno, el autor no lo había escrito como tal, pero Sy lo recibió un año antes de que nos casáramos, y era tan malo que resultaba gracioso. Era uno de los guiones horribles de su colección. Lo guardaba como un tesoro. Solía hacer citas de él: «Mato a la bestia para matar a la bestia de mi corazón, Carlota.» Te aseguro que Sy se volvió un poco tonto con Lindsay. Pero nunca se habría vuelto lo suficientemente estúpido para hacer esa película.

—¿Entonces por qué demonios me dijo mi hermano que era la película que iban a hacer juntos?

—Estaría bromeando.

—No me lo trago.

—Conociendo a Sy, tal vez quisiera ver si tu hermano tenía agallas para enfrentarse a él, decirle que eran las peores ciento veinte páginas del mundo. Y Dios lo ampare si dijo que le gustaba; Sy lo habría torturado durante los siguientes veinte años.

—Easton estaba seguro de que era el siguiente proyecto de Sy.

—Bueno, podría ser un error. Tal vez miraste un guión equivocado.

—Tal vez —dije—. Llamaré a mi hermano. —Me dirigí a la puerta —. Tenemos un trato —le recordé—. No te irás hasta que vuelva.

—Lo sé.

—Dije las cinco, pero si son las seis, espera. Sé que es duro para ti. ¿Qué puedo decirte?

—Dime: «Bonnie, eres preciosa. Eres una gran persona. Y te quiero.»

—Adiós —dije.

—Hasta la vista, muchachote.

18

Bonnie quería llamar a Gideon para asegurarle que estaba bien, y yo quería hacerlo también antes de que decidiera que su ausencia tenía algo que ver conmigo. Me lo podía imaginar mirando su teléfono, preguntándose: «¿Es posible? ¿Puede ser este Brady uno de esos psicópatas congénitos, alguien que sonríe, charla y tortura?» Lentamente, alzaría el receptor, llamaría a Homicidios, pediría que se pusiera Shea, le diría que yo me había acostado una vez con Bonnie y que podría estar obsesionado. Peligroso.

Pero no podía arriesgarme a llamar desde mi casa. Alguien de la brigada (Robby) podría haber pinchado ya ilegalmente el teléfono de Gideon, esperando que ella le llamara. Así que antes de ir a casa de Pomerantz, me detuve en una de esas gasolineras autoservicio, llamada algo así como Ahorro-T Gas, un lugar donde sólo iba la gente del pueblo, ya que, para los neoyorquinos, conceptos como combustible suministrado por una compañía que no aparecía en la Bolsa de Nueva York, ahorro y patatas con sabor a cebolla agridulce eran demasiado degradantes para que el espíritu humano los considerara siquiera. El lugar estaba en una de las carreteras al norte más oscuras. Usé el teléfono público.

El amiguito de Gideon contestó. Tenía una de esas voces poderosas y almibaradas del Sur, esas que dicen «¿Crees en Jesucristo como tu Salvador?» Cuando dije que llamaba en nombre de Bonnie Spencer, Gideon se puso al instante.

—Su amiga Bonnie está bien —dije, disfrazando la voz para que sonara como un cruce entre Casey Stengel y una rana—. Simplemente no pensaba que fuera el momento de ser detenida todavía.

Gideon no se molestó en preguntar quién era yo. Lo sabía.

—Estoy preocupado por ella —dijo lentamente—. Me sentiría mejor si supiera...

—...¿que está bien? Dijo que le dijera que Gary Cooper estaba más guapo que nunca en *El forastero*. —No podía creer que hubiera accedido a entregar un mensaje tan condenadamente estúpido—. Fin de la conversación. Ella le llamará esta noche.

Una camisa naranja, con su jugador de polo bordado, se extendía sobre el vientre de Eddie Pomerantz, mientras que un par de gafas pendían de un cordón naranja más oscuro. La camisa colgaba sobre unas bermudas color caqui.

Estábamos de pie en su salón; toda la pared del fondo era de cristal. La casa se alzaba sobre un acantilado que asomaba a las brillantes aguas y a los barcos de vela del puerto del noroeste. Era un panorama increíble y caro.

—Ya hablé de todo esto con usted la noche en que asesinaron a Sy —dijo—. ¿Recuerda? Discutimos sobre una foto de Lindsay que apareció en *USA Today* sin su aprobación. —Para mostrarme que estaba controlando su temperamento, llenó sus mejillas de aire y resopló. Yo intentaba no perder mi frialdad, a pesar de que él estaba mintiendo entre sus brillantes dientes falsos—. Tuve que cancelar un desayuno de trabajo por esto —se quejó—. No sé qué quiere de mí. —Miró la gigantesca circunferencia de su reloj de oro y acero inoxidable.

Yo saqué mis esposas, también de acero inoxidable, y las agité ante sus ojos.

—No quiero nada de usted, señor Pomerantz. He venido a detenerle. Sección cuatro noventa y dos del Código Penal de Nueva York. —Me inventé eso—. Impedir una investigación criminal. Y sección once treinta y ocho, apartado A: ayudar e inducir.

No tuve que terminar. Retrocedió hasta un largo sofá y se desplomó en él. Parecía hipnotizado por las esposas. Me las metí en el bolsillo.

—Si le digo algo distinto de lo que le dije la semana pasada... —gimió. Su boca siguió funcionando, pero no pudo terminar la frase.

Yo no quería que cayera muerto de un infarto. Al verle a la luz del día, noté que tenía más de setenta años. Supuse que de haberlo conocido cuando era más joven, me lo habría puesto difícil. Pero era viejo, estaba cansado, probablemente no tenía muy buena salud. Casi me sentí mal por asustarlo.

—Si coopera, no le pasará nada.

—Cooperaré. —El sofá estaba cubierto de algo parecido a lino, con anchas franjas rojas y blancas. Su camisa naranja parecía particularmente horrible en contraste con aquello.

—Hábleme de la llamada telefónica —dije—. ¿Llamó usted a Sy o fue al revés?

—Le llamé yo.

—¿Para qué?

—Tenía problemas con algunos aspectos de la interpretación de Lindsay.

—Agradecería que no intentara engañarme, señor Pomerantz.

—Sy iba a viajar a California para reunirse con otras actrices y discutir la posibilidad de que interpretasen el papel de Lindsay. Parecía dispuesto a tirar tres semanas de rodaje a la basura y empezar de nuevo con otra estrella.

—¿Y qué intentaba hacer usted?

—Intentaba impedírselo.

—¿Tuvo éxito?

—No lo sé. Él quería echar a Lindsay. Parecía decidido. —Pomerantz jugueteó con el cordón de sus gafas—. Yo intentaba que al menos accediera a llamarme después de reunirse con las otras, para tener una última charla. Fue entonces cuando le dispararon.

—¿Dos tiros?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí. Sé como suenan los disparos. Estuve en el ejército. Batalla del Saliente. —Asentí, respetuosamente—. Me hirieron. Tendría que haberme visto entonces. Un chaval escuálido. Medio centímetro más abajo y me habrían atravesado el corazón. Así que entiendo de armas de fuego. Y oí dos disparos.

—¿Hace muchos negocios por teléfono?

—Claro. La mayoría.

—Debe de tener buen oído.

—Un gran oído.

—Si alguien tuviera un mal día o un súbito cambio de humor, ¿podría notarlo?

Pomerantz entendió lo que le preguntaba.

—Sí. Y no hubo nada que me hiciera pensar que Sy viera a nadie... con o sin un rifle. O que sintiera que algo iba mal. ¿Pero no le dispararon por detrás?

—Sí, pero el asesino fue alguien al que conocía, podría haberle visto por el rabillo del ojo, reconociéndole de algún modo antes de darse la vuelta. Lo que estoy buscando es un «Hola, Joe» o un «Qué tal, Mary» que pudiera haber detectado usted en la conversación.

—Nada parecido —aseguró Pomerantz.

—¿Ninguna pausa en algún momento? ¿Ninguna inspiración súbita justo antes?

—Nada. Bang, bang, y luego silencio absoluto. —Alzó el faldón de

la camisa y lo usó para limpiarse las gafas.

—Hablemos sobre Lindsay. Con sinceridad. ¿Sabía lo mal que estaban las cosas con Sy, que se estaba preparando para despedirla?

—Sí.

—¿Sabía usted que se acostaba con Víctor Santana?

—Sí. —Labios apretados—. Cincuenta y dos años en el negocio, ¿y sabe qué he comprendido por fin? Odio a quienes lo hacen. Incluso los más listos son estúpidos. Estúpidos y arrogantes. Creen que pueden hacer cualquier cosa que se les antoje sin padecer las consecuencias.

—No se puede hacer lo que se te antoje con un tipo como Sy Spencer, ¿no? —observé.

—No.

—¿Cree que Sy tenía idea de que ella le estaba engañando?

—Sí.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Me lo dijo. Yo estaba haciendo un gran discurso para mantenerla en *Noche estrellada*, y él dijo: «No puedo hacerlo, Eddie. Has visto las diarias. No se está esforzando.» Soltó esa risa fría suya. Es como ser apuñalado a muerte con un trozo de hielo. Y entonces añadió: «Discúlpame. Se está esforzando... en el tráiler de Santana.»

—Sinceramente, si alguna de esas actrices de Los Ángeles hubiera encajado en el papel, ¿se habría acabado para Lindsay?

—¿La verdad?

—La verdad.

—Claro que se habría acabado..., sólo que habría costado demasiado. Aunque Sy hubiera podido contratar a una estrella de segunda fila por menos dinero, seguiría costándole casi tres millones de salario y tener que rodarlo todo desde el principio. No podría haber conseguido ese dinero fuera; ya se había quedado sin financiación. Así que a menos que estuviera dispuesto a poner dos millones y tres cuartos de su propio dinero para deshacerse de Lindsay, ella se habría quedado.

—¿Le habría salido a cuenta?

—Creo que lo estaba considerando. Pero he hecho tratos con Sy durante diez años. Lo conocía. Sabía lo puñetero que era. Mire, las cosas se habrían puesto realmente feas, pero a la larga los nombres en los títulos de crédito habrían sido Nicholas Monteleone... y Lindsay Keefe.

—¿Sabía eso Lindsay?

—Yo se lo dije.

—¿Le creyó?

—No lo sé. Tenía miedo.

—¿De qué?

—De Sy Spencer.

No puedo decir que Lynne quedara abrumada de éxtasis cuando abrió la puerta, pero pareció complacida. Permaneció de pie en el umbral. Su hermoso pelo rojo oscuro caía sobre sus hombros. Llevaba una blusa blanca y una minifalda de punto. Tardé un minuto en comprender que estaba esperando que la besara. Lo hice. Entonces me condujo al interior.

La casa tenía el silencio típico de los domingos. Judy y Maddy, sus dos compañeras, estaban trabajando, y Lynne había esparcido sus clasificadores por la mesita del salón. Bueno, esparcido no. Me maravillé de cómo estaban dispuestos en pilas perfectamente simétricas. Sus bolígrafos y rotuladores de colores estaban paralelos y equidistantes unos de otros y a la distancia adecuada de los bordes curvados de la ligera mesita de madera, de forma que, si uno echaba a rodar, pudiera alcanzarlo antes de que llegara al suelo.

—Eres mi tipo de chica —le sonreí—. En el 2013, cuando esté buscando mi declaración de la renta de 1996, podrás encontrarla en tres segundos.

—¿No crees que soy compulsiva? —preguntó Lynne. Me senté en un sillón. Ella se apretujó a mi lado—. Judy está siempre diciendo que soy compulsiva. Sólo porque siempre pongo mis zapatos con las puntas hacia afuera. Dice que si pudiera tirarlos al suelo de mi armario, sería más creativa.

—Míralo de esta forma. Probablemente ninguno de nosotros escribirá nunca *Hamlet*, pero nunca perderemos un recibo de banco o un hijo. Es tranquilizador.

—Lo es —sonrió—. Dime, ¿cómo va tu caso?

—Vamos tirando —respondí.

—Bien. Debe de haber un montón de presión, con toda la publicidad.

—La hay. —Eché una ojeada al salón. Nada pegaba con las demás cosas. Los sillones de cuero y las sillas a franjas, la mesita de café estilo danés moderno de 1950, la enorme lámpara de pie de bronce, el póster de un ramo de flores del Museo de Arte de Boston, eran residuos de las familias de tres bonitas chicas casaderas de veintitantos años, las cuales tendrían maridos (y hermosos muebles que combinaran con alfombras de buen gusto) mucho antes de que cumplieran los treinta—. ¿Cómo es tu clase para septiembre?

—Creo que va a ser todo un desafío. Estoy excitada. ¿Tienes tiempo para repasar conmigo la lista de estudiantes?

—¿Puedes hacerlo en dos minutos?

Lynne se apretujó contra mí.

—¿Es todo lo que tienes?

—Lo siento.

—¿Has pensado lo de las pechugas de pollo rellenas?

Deslicé la mano bajo el cuello de su blusa, alrededor de su sujetador.

—Estas no son pechugas de pollo.

—¡Ya sabes lo que quiero decir!

Sonreí, retiré la mano.

No la deseaba.

—¿Vas a ir a la playa hoy? —pregunté.

—Bueno, me gustaría, pero tengo que cortarme el pelo. —Pareció creer que la noticia me desagradaría, así que añadió—: Sólo un poquito, en las puntas.

—Las puntas me parecen bien. —Estaba muy aburrido, y avergonzado de mí mismo por estarlo.

«Podría tener esta misma conversación con Bonnie —pensé—, sobre pechugas de pollo y puntas de pelo, y podría no ser la conversación más apasionante del mundo o la más divertida, pero atendería a cada palabra.»

Aunque hubiera tenidos dos meses de vacaciones, no querría oír hablar de los disléxicos y dislálicos de Lynne. Y no era que no pudiera interesarme por ese tipo de tema; era que no podía interesarme en Lynne.

¿Cómo podía alguien ser perfecta y no valer para el trabajo? Ella era exactamente lo que yo quería. ¿Por qué no la deseaba? Otros hombres lo hacían. Paseábamos por la calle y las cabezas se volvían. Tipos del pueblo y de la ciudad. ¿Se volvían? Rotaban. La mitad del tiempo su teléfono sonaba con llamadas de antiguos novios, o tipos a los que apenas conocía, y ninguno de ellos podía creer que estuviera pensando en casarse con otro antes de escuchar siquiera su fantástica e increíble proposición para toda la vida.

Lynne jugueteó con las venas del dorso de mi mano. De repente me di cuenta de que no importaba con cuánta fuerza lo intentara, no podría obligarme a amarla. No había nada en Lynne que me importara. Ni sobre su trabajo, su familia, sus pasatiempos, sus sentimientos.

Pero sí quería saber cada paso que había dado Bonnie en la Universidad de Utah. Quería conocer el nombre de sus hermanos, a quién había votado en 1980 y por qué, cómo fue su primera experiencia sexual. Quería preguntarle cómo un puñado de judíos acababa en Ogden, Utah. Quería ver *La vaquera.* Quería leer su nuevo guión y sus descripciones de trajes de baño para el catálogo de mujeres gordas. Quería conocer a su padre, arrancarle de la compañía de su nueva esposa y las partidas de bridge y salir a cazar con él. Incluso quería mirar pájaros con Bonnie, o al menos mirarla mirar pájaros. Quería ir a correr con ella. De acampada. A pescar truchas.

Llevarla a ver pasar las ballenas en alta mar ante Montauk. Quería contárselo todo sobre mi trabajo, mi vida entera. Ver con ella a los Yankees y las películas de los años cuarenta. Hacerle el amor.

—Estás muy callado —dijo Lynne.

—Sí. Tengo muchas cosas en la cabeza. —«Tal vez todo esto sea camuflaje —pensé— y lo que realmente quiero es la custodia de Alce.»

—¿De qué te ríes? —preguntó Lynne.

—De nada.

—Dime qué pasa.

Cambié de postura, intentando sentarme derecho, pero ella estaba tan cerca que no pude moverme.

—Oh, Lynne, lo siento.

Ella lo sabía, pero preguntó, como esperando una negativa apasionada:

—¿Pasa algo malo?

—No sé por dónde empezar. No sé qué decir.

—Oh, Dios.

Se levantó de la silla y se plantó ante mí. Tan hermosa. Tan buena persona. Responsable. Con valores sólidos. Trabajadora.

—¿Qué es? —Tendría tanto sentido casarse con ella—. ¿Has vuelto a beber?

—No.

No tengo que decirle nada, pensé. Puedo dejarlo pasar. Cerrar el caso Spencer, sortear las cosas. Tenía sentido tomarme mi tiempo. Lynne era tan adecuada para mí..., debía haber una forma de que funcionara.

—¿Hay alguien más?

Debí haberme levantado, tomarla en mis brazos. Decir: «¿Alguien más? ¿Contigo por aquí? ¡Por supuesto que no!» Me quedé sentado, paralizado.

—Sí, —admití por fin.

—¿Quién es?

—Alguien que conocí hace años.

—¿La has estado viendo?

—No. No es nada de eso. Me la encontré hace poco y me di cuenta.

Lynne empezó a llorar.

—¿Te diste cuenta de qué?

—No lo sé.

—¿Te diste cuenta de qué, Steve?

—De que quiero estar con ella todo el tiempo.

Por fin pude moverme. Me levanté y la abracé. Ojalá pudiera decir que estaba apenado. Pero no sentía nada excepto tristeza por herirla. Era una persona decente y me amaba, o al menos amaba al hombre que creía que era yo, y a la idea de amar a alguien que necesitaba su

ayuda para avanzar en la vida.

Se apartó y me miró. Todo lo que hacía era hermoso, incluso llorar. Sus hermosas lágrimas paralelas corrieron por sus mejillas. Deglutió y recuperó un poco de control.

—¿No me amas? —preguntó.

Volví a abrazarla.

—Lynne —dije a su glorioso pelo—, eres una persona maravillosa. Eres hermosa, amable, paciente...

—No me amas.

—Creía que sí. De verdad creía que lo hacía.

—¿Vas a casarte con ella?

—No. No lo sé. No sé gran cosa. Ya no me siento bajo control, ya no comprendo lo que pasa. Simplemente está pasando. Cuando vine aquí, simplemente creía que iba a pasar contigo unos pocos minutos, nada más. Ni en mis sueños más descabellados se me ocurrió que fuéramos a tener esta conversación. Ojalá hubiera estado mejor preparado... —Ella empezó a llorar otra vez—. Ojalá lo hubiera hecho menos doloroso para ti.

Ella se zafó de mi abrazo.

—Mi madre ya ha encargado las invitaciones.

—Lo siento.

¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que sus padres, «santa Babs» y el «azote del comunismo ateo» descorcharían el champán, harían confetis con las invitaciones y las arrojarían al aire llenos de júbilo?

—¿Es más guapa que yo? —Lynne se secó las lágrimas.

—No.

—¿Más joven?

—No. Mayor. —Entonces añadí—: Mayor que yo. —Sus hermosos ojos marrones se abrieron incrédulos, como si contemplara una tarjeta de cuidados médicos sostenida por una mano llena de manchas amarillas—. No demasiado —añadí.

—¿Es buena persona?

—Sí.

Era despiadado, pero en aquel momento deseé más que nada no haberle dicho que había otra persona, sólo que las cosas no funcionaban y toda la culpa era mía. Era demasiado viejo y triste, del tipo de los que no se casan. Pero Lynne sería tolerante, compasiva, como una enfermera con un inválido al que le espera una larga convalecencia. Ella esperaría, ayudándome a recuperarme, ayudándome a convertirme en una persona mejor.

—¿Qué hace?

—Es escritora.

—¿De la ciudad?

—No.

—¿Es rica?
—No.
—¿Qué es? ¿El sexo? —No respondí—. ¿Es eso?
—Es un factor.
—Estaba bien entre nosotros. Lo estaba.
—Sí, lo estaba.
—Me debes una explicación, Steve.
—Lo sé. Sé que te la debo. Perdóname.
¿Qué demonios podía decirle? La verdad. No toda la verdad, pero al menos ninguna mentira.
—Eres todo lo que admiro. Cuando empezamos a salir, no podía creer que fueras real, porque pensaba: «Nadie puede ser tan decente, es algún tipo de actuación.» Pero no lo era. Llegué a comprender que eres todo lo que un hombre podría desear de una mujer.
—¿Entonces por qué no me quieres?
—Porque eres tan maravillosa. Porque soy un tipo que está hecho un lío y no puedo alcanzar tu alto nivel.
—Pero no te estoy diciendo que seas nada más que lo que eres.
—Verás, Lynne, lo que soy no quiere necesariamente lo que tú quieres. No puedo vivir la vida que estaría bien para ti. Creía que podía. Pensaba: «Si tengo una esposa buena y hermosa y niños guapos y una casa confortable, estaré en paz.» Eso es todo lo que quería. Pero tengo demasiados defectos y demasiadas necesidades. Ponerme una verja blanca alrededor no me convertiría en una persona completa.
—¿Qué lo hará?
—Ella.
—¿Por qué?—preguntó Lynne.
Y finalmente contesté:
—Porque... nos divertimos.

Carbone me había llamado tres veces en dos minutos. Aparqué en una marisquería demasiado elegante y usé el teléfono público.
—¿Qué es tan urgente, Ray?
—Robby la tiene en el bote.
—¿A quién?
Lindsay. Diría Lindsay.
—A Bonnie.
Sabía que mi voz no podía sonar como me sentía: loco de terror. Tenía que sonar sólido, sensato, el poli duro y experimentado harto de las actitudes de gilipollas de Kid Robby.
—Dios, ¿todavía sigue con esa estupidez? Me he estado matando. Tengo una gran caso contra Lindsay. Tenemos que empezar a concentrar nuestros recursos...
—Steve, escúchame. Volvió a casa de Sy ayer por la tarde. A la

zona bajo el porche donde encontramos las huellas de las zapatillas de goma.

—¿Y?

—Encontró otro pelo oscuro.

¡Basta!

—Como los de la almohada, Steve. Estaba cogido en uno de los entramados que cubren el pasillo bajo el porche. Debió de apoyarse allí durante un momento. Robby lo llevó al laboratorio de Westchester personalmente esta mañana. Está esperando los resultados de las pruebas, pero tú y yo lo sabemos: Tiene que ser de Bonnie. Ahora la tenemos en la cama con él y en el lugar exacto de donde partió el disparo.

Ella mintió, pensé. Miré el teléfono, su estúpida placa de instrucciones. El hecho de que yo creyera las explicaciones de Bonnie no era lo peor. Lo peor era que podría volver a casa, dar patadas a los muebles, puñetazos a las paredes, gritarle «Maldita puta mentirosa», y ella me tocaría el brazo, me miraría directamente a los ojos y diría: «Stephen, no estuve allí. Te juro que no estuve allí.» «¿Entonces cómo llegó tu pelo?» «Alguien lo puso allí —diría—. Ese detective que va a por mí. Dijiste que iba a por mí, y así es.» «¿Esperas que me crea eso, zorra?», diría yo. Y ella contestaría que sí.

Y contra toda razón, así sería.

—Ray —dije—, ¿no tendrás ningún problema con esto?

—¿A qué te refieres?

—¿No crees que existe la posibilidad de que Robby se dejara llevar por el entusiasmo?

—Olvídalo. No llegaría tan lejos. Sabes que no plantaría pruebas falsas. Acepta los hechos. Acepta lo que es ella. —Durante un momento nos quedamos tan callados que pude oír el agua burbujeando en el tanque de las langostas—. ¿Steve? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué crees que debería hacer?

—Encontrarla.

Por casualidad, miré hacia el estante en el rincón de la cabina, con sus viejos impresos de solicitud de American Express arrugados por la humedad, y el cenicero con la fea ceniza del cigarro de alguien. Y de repente, en aquella esquina apestosa y sombría, recibí un regalo: un recuerdo de aquella noche de cinco años antes.

Habíamos acabado de comer y nos habíamos trasladado al salón. Atardecía y Bonnie dejó las luces apagadas para que pudiéramos ver el horizonte, azul regio, naranja profundo. Entonces encendió un par de candelabros y permanecimos sentados junto a su parpadeante luz. Ella

me dijo cómo amaba el South Fork, el cielo enorme y hermoso, el océano, las marismas, los pájaros (dijo que era una de esas chifladas que van por los pantanos con botas y binoculares), pero que echaba de menos las montañas. No sólo para pescar, pasear, esquiar. Al haber crecido en Utah, se asomaba a la ventana en el colegio, iba en bici al almacén para recoger un cuarto de leche para su madre, se tendía en la cama para contemplar las estrellas... y las montañas estaban siempre allí.

—Pareces añorar un poco tu casa —dije.

—Sí.

—¿Has pensado alguna vez en volver?

—Allí ya no hay nadie de mi familia. Sólo estaríamos las montañas, los mormones y yo.

—No has contestado a mi pregunta.

—Ojalá pudiera volver a casa —dijo, en voz muy baja.

Y yo susurré:

—Te enseñaré a amar este lugar, Bonnie.

Metí otra moneda y llamé a mi amiga en la Oficina del Fiscal del Distrito, Sally-Jo Watkins. Por el nombre, uno esperaría una de esas agotadas mujeres de los Apalaches con catorce hijos que se ven en los documentales sobre malnutrición. Pero Sally-Jo era estrictamente Canarsie y sin agotar. Procedía de una familia muy antigua pero extremadamente poco distinguida de Brooklyn. Siempre andaba a toda prisa y ladraba en vez de hablar. Era fiscal de carrera, ayudante en jefe del fiscal del distrito para Suffolk.

—¿Qué quieres? Estoy ocupada. ¿Es por el caso Spencer? Lo lleva Ralph. Habla con él.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Por qué? Aquí tenemos canales igual que vosotros. Estoy nadando en un mar de movimientos, Brady, estúpido e insensible policía irlandés. Quieras lo que quieras, no puedo hacerlo. Llama a Ralph.

—Es demasiado inflexible. No puedo hablar con él.

—Bueno, pues yo no puedo hablar contigo.

—Sally-Jo, te salvé el cuello al menos tres veces cuando estabas en Homicidios. Me lo debes, joder.

—Te invité a cenar. ¿Recuerdas? Cuando saliste de la clínica. Tuve que esperar a que estuvieras sobrio, o de lo contrario, por la forma en que bebías, me habría costado el salario de un año.

—Sí, bueno, te he dado al menos veinte mil calorías de hamburguesas de queso a lo largo de los años, así que digamos que todavía me debes el equivalente a un almuerzo bastante grande.

—Dispara, capullo. Y dispara rápido.

—Hipotéticamente, digamos que lo hice todo bien: conservar una escena de crimen hasta después de la autopsia, hacer que mis hombres lo peinen todo con lupa. No hay lluvia ni viento fuerte. Nada que ensucie las muestras que tomamos, nada que dificulte nuestro trabajo. Condiciones ideales.

—Sigue.

—No hay gran cosa excepto algunas pruebas circunstanciales para analizar el ADN. Pelo. El pelo del amante de la víctima en la cama donde lo estuvieron haciendo. Bien. Y una semana más tarde, cuatro días después de desprecintar el lugar, encuentro otro pelo. Parece del amante. Digamos que el laboratorio dice que lo es.

—¿Dónde encuentras ese pelo?

—Cogido entre dos planchas de madera entrecruzadas. Si el amante hubiera disparado el arma del crimen, ese cruce de madera estaría donde habría estado la cabeza de este amante de sexo sin identificar. Ahora, como acusadora, ¿te creerías esta nueva prueba que aparece de pronto? ¿La usarías?

—Vamos a ver. Normalmente todas las pruebas relevantes son admisibles en un juicio. Pero las circunstancias en las que fue encontraba esta prueba también son admisibles. En un caso como éste, la defensa diría que ya que hicisteis vuestro trabajo de barrido en condiciones ideales la primera vez, es un poco raro que no encontrarais el pelo cuando estabais ocupados siendo meticulosos.

—Dirían que fue colocado allí.

—Eso es.

—Un abogado como Paterno lo diría.

—Un abogado como Paterno nos empapelaría por eso. Nosotros reclamaríamos que se pasó por alto. Error humano. Los polis son humanos, ¿y cuál sería nuestro motivo para intentar inculpar al amante? ¿Porque creemos en el fondo de nuestro corazón que es culpable? ¡Ridículo!

—Si estuvieras encargada de un caso como éste, ¿qué harías?

—Me pasaría un par de días metiendo miedo en el cuerpo del poli que dice que encontró el pelo, diciéndole que si no está seguro al cien por cien de que uno de sus colegas no lo colocó allí (no le acusaría directamente), debería olvidarse del tema porque pondría en peligro nuestro caso y le daría a la defensa algo por lo que luchar. Entonces me sentaría y me pondría a pensar. Tal como están las cosas, yo no me arriesgaría a presentarlo a menos que el resto de nuestro caso fuera muy, muy endeble..., pero luego cuestionaría todo el procedimiento. Pero si nuestro caso fuera semisólido, no lo usaría. Mira, ese pelo convierte a la prueba del ADN en parte del tema, y pondría en duda nuestra evidencia buena, el pelo de la cama. ¿Y quién necesita que un abogado como Paterno haga preguntarse al jurado cómo sucedió un

milagro después de una semana? Desde el punto de vista del fiscal del distrito, un jurado que se hace preguntas es un jurado peligroso. La duda razonable es algo terrible.

—Gracias, Sally-Jo.

—Bien, imbécil, ¿tu hipótesis es que Bonnie Spencer se cargó a Sy Spencer, o no?

—No.

—No es eso lo que he oído.

Era un toma y daca. O Bonnie soltaba el teléfono o yo le rompería la muñeca intentando arrancárselo de la mano. Finalmente, lo soltó, pero lo siguiente que supe fue que echaba a correr hacia la puerta, frenética por entregarse a la policía.

—¡Alto! —grité. Le hice una llave de contención, pero fue como intentar detener a un tipo grande, y su fuerza natural estaba reforzada por la histeria—. No lo hiciste, así que no tienes...

Ella dijo algo, pero sus palabras quedaron tragadas por los jadeos. La sostuve, esperando que se echara a llorar, antes de que hiciera su ferviente súplica: «Stephen, por favor, créeme.» En cambio, recibí un codazo en el plexo solar. Me dejó sin aire, y tuve que soltarla. Me doblé, abrazándome, intentando recuperar la respiración. Dios, dolía.

En ese momento, Bonnie preguntó:

—¿Te he hecho daño? Lo siento. —Yo no podía hablar—. ¿Stephen? ¿Estás bien? ¿Dónde te duele? Oh, Dios.

De hecho, el shock del dolor repentino (un dolor causado por la mujer a la que acabas de decir a tu ex prometida que amas) sólo duró un segundo. Pero no tranquilizó a Bonnie. Dejé que me llevara a mi cama, paso a paso, compasivamente, y me ayudara.

—Con calma —advirtió. Para cuando estuve tendido de espaldas, ella estaba ya bajo control—. ¿Puedes respirar bien? —Me miró a los ojos, tal vez para comprobar si las pupilas estaban dilatadas— ¿Stephen?

—No —murmuré—, se acabó.

Ella tuvo que inclinarse para captar mis palabras.

—Me has roto una costilla y hay una gran astilla de hueso taladrándome el corazón. Soy hombre muerto, Bonnie. Adiós. —Le cogí la mano y le di un tirón, de forma que quedó sentada junto a mí en la cama—. Un último beso. —Ella me dirigió una mirada sucia.— Muy bien —le dije—. Ponte histérica otra vez. Corre. No voy a luchar contigo. Eres demasiado grande.

—Escúchame. Tengo que entregarme. Ese Robby, supongo que es él, está decidido a capturarme. Si me quedo aquí, se inventará otra cosa. —Su voz empezó a subir otra vez—: Deja que me vaya ahora que mi abogado dice que todavía hay una oportunidad de presentar un caso decente.

—¡Aguanta! —Ella inspiró profunda pero trémulamente—. Puedes hacerlo. Te necesito un poco más. Cuando te arresten, puede que haya problemas con la fianza. Asesinato en segundo grado, y tus raíces en la comunidad no son tan profundas. Probablemente acabarás en la cárcel. ¿Lo comprendes?

—Sí.

—No es un lugar agradable. La gente no es simpática, y no pasan películas de Bette Davis. No te gustará. Si puedo, quiero ahorrarte eso. Pero aún más, te necesito para consultarte. Sólo hasta las cinco. A esa hora, podrás llamar a tu amigo Gideon, decirle que alerte a Bill Paterno, y podrás poner todo el proceso en marcha. Pero déjame advertirte que, si estás en la cárcel, no podré contactar contigo. Tu abogado dirá que nada de polis.

—Pero podría explicarle que estás ayudándome.

—Bonnie, ¿crees que un abogado criminalista va a creer que un detective de la Brigada de Homicidios ayudará a su cliente?

—Podría hacerlo.

Me preocupaba comprobar lo ingenua que era, tan «Dios Bendiga América». Quería entregarse, depositar su fe en el sistema. Se metería de cabeza en un infierno. Para ella, la cárcel eran películas sobre mujeres explotadas con historias tristes y una matrona retorcida. Para ella, la fealdad era la visión de un diseñador de decorados. No conocía los gritos lunáticos, la furia, la violencia, el hedor. Sus adictos al crack estaban en las noticias de la NBC; no tenía ni idea.

—Bien, me dijiste que hoy ibas a dedicarte a resolver el caso. ¿Hasta dónde has llegado?

—No lo sé. Dímelo tú.

Le cogí la mano. Ella la retiró. Me había olvidado de mencionarle que la amaba, o que no iba a casarme con Lynne, así que extendí la mano otra vez. Pero ella se levantó y se acercó a mi hamaca de cuero. Había una libreta y un bolígrafo al lado, y mientras se sentaba recogió la libreta y se la llevó al corazón como si fuera la nota amorosa definitiva.

—Leo demasiadas novelas de misterio y veo demasiadas películas de detectives —explicó—. Cuando me puse a pensar en el caso, en todo lo que me dijiste, acabé sospechando de Victor Santana y de la señora Robertson.

—¿Por qué, por el amor de Dios?

—Porque él estaba celoso de Sy y sabía que Sy pensaba que era débil..., y si Lindsay iba a ser despedida, él sería el siguiente.

—¿Y Marian Robertson?

—¿Quién sabe? Porque Sy entraba en la cocina demasiado a menudo y levantaba la tapa de las ollas y metía el dedo en su salsa bearnesa y la olía y se llevaba un pellizco a la lengua y sugería un

poco más de apio.

—Lástima que estés del otro lado. Serías un gran policía.

—¿No te impresionan mis poderes deductivos?

—No.

—No lo esperaba. Por eso dejé de buscar a lo grande, porque no dejaba de convertirlo en una película. Decidí concentrarme en Sy, analizar mis últimos días con él, aislar todo lo que me dijiste.

—Adelante.

Se echó hacia atrás, de forma que la hamaca quedó prácticamente horizontal. Me miró primero, luego a la libreta, después otra vez a mí.

—Piensa en la conducta de Sy. ¿Qué no era típico en él?

—No se concentraba cuando te estaba follando.

—Llamémosle conducta distraída —sugirió ella.

—Conducta distraída. Jodienda de tercera fila. Como quieras.

—Era de segunda fila —dijo ella—. Contigo fue de tercera fila.

—No. Nunca te lo habías pasado tan bien. Lo sabes. Admítelo.

—Ni hablar. De todas formas, Sy estaba distraído. Eso podía significar que estaba pasando algo grande... o que iba a pasar. Ahora, ¿qué más?

Pensé que iba a responder a su propia pregunta, pero estaba esperándome.

Lo pensé. ¿Qué había sido atípico en los últimos días de vida de Sy Spencer? El amor.

—Se enamoró de Lindsay —empecé a decir—. Y ella le hizo daño. De repente, el verdugo por excelencia se convirtió en víctima. Debió de ser todo un mazazo para él.

—Eso es. ¿Y qué pasaba entonces? En las mejores circunstancias, Sy era un hombre vengativo si alguien le hacía enfadar. Y aquí estaba el objeto de su afecto y su obsesión, su amor, engañándole. Tendría que desquitarse.

—Pero, al final, ni siquiera podría hacerlo. —Le dije lo que me había contado Eddie Pomerantz, que a causa del dinero Sy tendría que quedarse con ella en la película.

Los ojos de Bonnie se ensancharon.

—¡Eso es aún mejor! —Saltó de la hamaca, y se me acercó—. ¡Piensa! —ordenó.

—¿Qué piense en qué?

—Una cosa es la venganza. En eso me estuve concentrando. ¿Pero cómo podía conseguir venganza y dinero?

Di un salto.

—¡Dios! ¡El seguro de la película!

Bonnie me agarró por la manga de la chaqueta.

—Si un rayo partiera a Lindsay, él conseguiría su dinero y su nueva actriz.

—Y su venganza —añadí lentamente—. Vale, pero volvamos al suelo. La teoría es buena, pero la verdad es que a Lindsay no le cayó encima ningún rayo. El muerto es Sy. ¿Cómo cuadra eso?

—Stephen, hazte una pregunta: ¿quién fue asesinado? ¿Sy?

—Por supuesto que Sy.

—¿O alguien con una bata blanca con capucha que estaba de pie al borde de la piscina, como hacía Lindsay cuando volvía del plató y nadaba sus largos?

—Alguien pequeño —dije.

Y Bonnie añadió:

—Ajá. Pequeño, igual que Sy.

19

Bonnie estaba muy excitada, andaba demasiado rápido, daba vueltas alrededor de la cama, se detenía cada vez ante la ventana cerrada para ponerse de puntillas y asomarse. No estaba cómoda en un espacio cerrado.

—Muy bien —dijo—. Tenemos que decidir si esto es realmente una posibilidad, y entonces...

—Alto. Yo dirijo este show, no tú. Soy el detective jefe. Tú no eres nada.

—Calla. Sé lo que hago. —Se sentó en la cómoda y se puso a balancear la pierna de atrás adelante, como un péndulo loco.

—Con el debido respeto, eres medio inteligente, pero cuando llegas a los procedimientos policiales no distingues tu culo de un agujero en el suelo, y no tenemos tiempo para someter a debate las jerarquías, así que yo estoy al mando.

Ella se llevó la mano a la boca, como para ocultar un bostezo inducido por el aburrimiento que le causaba aquella disputa infantil por el liderazgo.

—No bosteces de esa manera, Bonnie.

—No bostezo de ninguna manera.

—Ahora piensa; no hables por hablar. En el tiempo que le conociste, ¿amenazó Sy a alguien, o deseó que alguna persona muriera de forma que temieras por su vida? Aparte de los típicos «Ojalá te mueras» de los que ya hemos hablado.

Ella hizo oscilar las piernas un poco más y por fin negó con la cabeza.

—Pero eso no quiere decir que no fuera rencoroso. Tenía su lista de odios. Si treinta años después del hecho podía herir a alguien que

le hubiera llamado renacuajo en el instituto, lo hacía. Pero no pensaba en venganza en términos de muerte. No quería causar dolor físico; quería infligir el máximo dolor psíquico a todo aquel que se cruzara en su camino.

Apunté otro punto en la columna de haberes de Bonnie, que ahora tenía aproximadamente cinco millones de puntos: no se dejaba llevar por la corriente. Por el aspecto que empezaban a tomar las cosas, habría sido fácil para ella describir a Sy como un hombre con instintos asesinos, pero era demasiado buena para eso.

—Muy bien —dije—. Entonces quedamos en que Sy era sólo un tipo malicioso medio.

—Excepto que su malicia se hizo más intensa a medida que envejecía... o tenía más éxito y poder. Mira, tal vez el hombre con el que me casé no era un conejito de Pascua, pero el Sy que conocí después de enviarle el guión de *Cambio en el mar* era mucho más duro; estaba muy seguro de sí mismo, y despreciaba a la gente. Todo aquel que lo hacía enfadar era malo, egoísta, estúpido, e ipso facto se merecía todo el daño que Sy decidiera infligir. En su mente, cuando se la devolvía a alguien, sólo estaba asegurándose de que se hacía justicia.

—Muy bien, piensa en esto: ¿tenía algún tipo de moral?

Bonnie reflexionó seriamente sobre la pregunta.

—Adoptaba posturas políticas decentes: el apartheid es malo, los bosques son buenos. Pero no, nunca vi pruebas de moral, no en un sentido personal.

—Entonces podríamos llamarle amoral. —Ella asintió—. Y podemos decir, tal vez, que no tenía prejuicios en cuanto a matar: sólo era innecesario o peligroso.

—O indigno. Los hombres de Dartmouth no matan.

—¿Pero y si Sy hubiera dejado eso atrás? Mira, llevaba nueve años haciendo buenas películas, ganando mucho dinero. No podía hacer nada mal. ¿Es posible que fuera tan engreído que al final pensara que todo lo que hacía era digno por definición?

Bonnie se aupó más en la cómoda y se sentó con las piernas cruzadas. Se puso a reflexionar, mirando la pared.

—Sí. Es posible. Creía en su propia publicidad: Sy Spencer era superior, creativo, refinado. Nunca sería cutre como los productores de la costa oeste con los que trataba, que gritaban por el teléfono de su coche o construían boleras en sus casas. Y era tan exquisitamente sensible que no podía ser cruel. Pero olvidemos la visión idealizada que Sy tenía de sí mismo. Creo que todo esto de lo que hemos estado hablando, todo lo que estaba sucediendo en su vida..., el amor engañado, su necesidad de venganza, su necesidad de dinero, tuvo mucho peso para impulsarle hacia el abismo. Lo que finalmente le

hizo saltar es que se asustó.

—¿De qué?

—Del fracaso. Los estudios no habían aceptado *Noche estrellada*, pero él creía en la película y por eso fue y la financió él mismo. Démosle crédito. Me dijo que sería la gran película americana, donde los personajes crecen y finalmente llegan a merecerse mutuamente. Pero Lindsay lo estaba estropeando todo. No sólo le dejaba en ridículo con Santana, hiriéndole de verdad, sino destruyendo lo que más le importaba: su película, que era su reputación, su inmortalidad.

—Y ella le costaba medio millón extra, más beneficios futuros. Y le ponía los cuernos y le rompía el corazón con Santana.

—Más que eso. Le estaba haciendo perder estatus en la industria. Sy me dijo que la gente empezaba a decir: «¿Ves? Teníamos razón. *Noche estrellada* era un desastre desde el primer día.» Y por la forma en que iba la actuación de Lindsay, tan carente de vida, los críticos y todos sus amigos entrarían en el ascensor después de un pase privado y dirían: «¿Esta cosa que acabamos de ver era una película de Sy Spencer?»

—Pero ya sabes cómo eran esos tipos de Hollywood, estilo Goldwyn —repuse—. Hacían películas que los críticos consideraban basura, y sus supuestos amigos se reían de ellos, pero continuaban.

—Pero eran duros. Podían soportarlo.

—¿Me estás diciendo que Sy no podía?

—Stephen, ¿recuerdas que hemos dicho que Sy era cosas diferentes para personas distintas, que no parecía tener ningún núcleo? Bueno, no era algo que decidiera hacer porque le divertía. Sy siempre se dejaba definir por quien tuviera cerca, y si esas personas se rieran de él, porque un hortera como Víctor Santana le ponía los cuernos, o por hacer una película de aventuras y romance que no era aventura ni romántica, acabaría transformado precisamente en eso de lo que se reían: un fracasado, un don nadie, un necio.

—Así que la quería muerta por convertirle en un bufón. ¿Pero no la habría matado en persona?

—No. No puedo verle inyectando estricnina en sus bolitas de melón. Sy era demasiado timorato para cometer un acto violento. Y no se habría ensuciado las manos en el sentido metafórico. Era un caballero: nunca hacía nada desagradable personalmente.

—Alguien hacía las cosas por él.

—Siempre.

—¿A quién conocía que pudiera hacer ese tipo de trabajo sucio? —pregunté. Ella lo sabía, pero no quería decirlo— ¿Qué hay de Mikey LoTriglio?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque si Mikey o uno de sus muchachos lo hubieran hecho, Lindsay Keefe estaría ahora en la portada del *People* de esta semana, con el rótulo «1957-1989» sobre sus pechos, y Sy continuaría *Noche estrellada* con Nicholas Monteleone y Katherine Pourelle.

Le dije que se equivocaba, que la reputación de invencibles que tenían los chicos de La Cosa Nostra era un mito, y que, de hecho, la mitad de las veces eran un puñado de manazas que hacían que el FBI pareciera bueno.

Ella dijo que había leído *Wiseguy* y lo sabía todo sobre los necios sociópatas de la Mafia que no podían ganarse la vida en el mundo legal, pero Mikey era listo como él solo, y con una educación diferente, podría haber sido consejero accionista de Merrill Lynch.

Le dije que era una puñetera tonta, y ella sonrió y me dijo que no lo era.

Tuve que ir a la cocina para llamar a Muslos a la central, pero no me apetecía dejar a Bonnie, porque me gustaba mirarla, especialmente con mi camiseta, que era de algodón gastado y transparentaba. Además, si la dejaba sola probablemente acabaría tendida en el suelo, levantando mi tocadiscos como si fueran pesas, así que cogí el teléfono de mi mesilla de noche. No había noticias de Robby en el laboratorio de Westchester. Y ninguna pista sobre el paradero de Mikey: no estaba en casa en su mansión Tudor de quince habitaciones de Glen Cove, en Nassau, ni en el apartamento de Terri Noonan en Queens, ni en el club social de los Hijos de Palermo en la Pequeña Italia.

—¿Qué hay del bar que frecuenta en el distrito de la carne, Rosie's?

—Le pregunté al camarero si Mikey LoTriglio estaba allí —dijo Muslos—, y respondió: «¿Mikey qué?»

—¿Rosie's? —repitió Bonnie cuando colgué—. Recuerdo haber oído hablar de Rosie's.

Cogió el teléfono, llamó a Información de Manhattan y pidió el número del Bar Rosie's en la Novena Avenida. Luego marcó y preguntó por Mikey LoTroglio. Yo sacudí la cabeza tristemente. Estaba claro que estaba oyendo el mismo «¿Mikey qué?» que había recibido Muslos. Pero cortó al tipo.

—Puede que no conozca al señor LoTriglio —dijo al teléfono—, pero va a Rosie's de vez en cuando. —Parecía segura, firme, como debe sonar un buen policía—. Me gustaría que le entregara un mensaje. Dígale que Bonnie Spencer, S-p-e-n-c-e-r, llamó y dijo que quería hablar con él urgentemente.

Le dio mi número y colgó.

—Buena suerte —dije.

—Gracias.

Le dije que iba a ir al plató de East Hampton a acosar un poco a

Lindsay para que cooperase, y atar otros cuantos cabos sueltos. Empecé a enumerarlos cuando sonó el teléfono. Reconocí la voz, aunque con dificultad.

—Que se ponga la señora Spencer —ordenó. Le tendí el teléfono a Bonnie.

—¿Mikey? —Pausa—. Bien —pausa—. Yo también te he echado de menos.

Me coloqué junto a ella, ladeé el receptor y pegué mi oreja a la suya.

—La verdad es que no estoy tan bien —continuó.

—¿Qué sucede, Bonita?

—Soy el sospechoso principal en el asesinato de Sy.

—¿Qué?

—Hay una orden de detención contra mí.

Mikey se echó a reír. Sin gracia. Un bufido incrédulo.

—Eso es tan estúpido que hace que los estúpidos normales parezcan listos.

—Lo sé. Pero, Mikey, déjame que te cuente lo que ha pasado.

—No necesito que me des ninguna explicación.

—Lo sé. Verás, más o menos había vuelto con Sy. Y la policía encontró pruebas de que estuve en su casa justo antes de que lo mataran..., y no estuvimos precisamente tomando el té. Tienen una prueba física que hallaron en el dormitorio, y la teoría de que Sy me rechazó a mí o a mi nuevo guión y que yo le maté por eso. Y hay otro problema. Sé manejar un rifle.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Mikey—, Tienes un cheque en blanco conmigo. Lo sabes. ¿Quieres que busque un sitio tranquilo para que no te encuentren? ¿Necesitas dinero? ¿Quieres que yo...? Escucha, nunca te hablaría de esta forma, pero no tenemos una situación estándar. ¿Quieres que diga abracadabra? ¿Desaparecer como un conejo? Pídelo. Eres una chica dulce, una señora, y fuiste una buena amiga de mi Terri.

—Terri es una mujer encantadora —dijo Bonnie. Yo no podía creer aquella conversación—. Tenéis suerte de contar el uno con el otro.

—Gracias —dijo el gordo Mikey—. Le digo que es demasiado buena para mí, pero no se lo cree.

—Mikey, déjame decirte lo que me gustaría que hicieras, y por favor, no tengas problemas en decirme que no. Ya me conoces. No vivo en un mundo donde la gente llame pidiendo ayuda.

—Te escucho.

—Hay un policía en este caso, el detective Brady.

—Lo conozco.

—Está de mi parte. Está intentando ayudarme.

Hubo una larga pausa durante la cual Mikey contempló las

alternativas, incluyendo, si tenía la mitad de cerebro del que le atribuía Bonnie, una trampa. Pero confiaba en ella. Tuvo que hacerlo, porque todo lo que preguntó fue:

—¿Qué te hace creer que está de tu parte?

—Sabe que es un caso débil, y piensa que puede crear otro mejor. —Hubo un silencio—. Y está enamorado de mí.

Me aparté del teléfono y la miré. Ella continuó con la conversación, así que seguí escuchando.

—¿El poli está enamorado de ti?

—Eso creo. Y esto es lo que me gustaría pedirte, Mikey..., si puedes hacerlo. Me gustaría que hablaras con él. En el sitio que tú quieras. Parece pensar que tal vez recuerdes algo que se te pasó por alto durante vuestra entrevista.

Mikey emitió otra de sus risas-bufidos.

—Me ha jurado que será estrictamente confidencial. —La agarré por el hombro y negué con la cabeza, pero ella siguió hablando—. Si piensas que puede comprometerte de alguna forma, por favor no lo hagas. Sé lo que se siente al tener la policía detrás, y no es algo que os desee a ti o a Terri o a tu familia. Es un horror.

—¿Dónde estás ahora, Bonita? La verdad.

—Me está ocultando, Mikey. No puedo decirte dónde.

—Dile que se reúna conmigo en el restaurante Costa Dorada en el Bulevar Norte de Manhasset dentro de una hora.

Sacudí la cabeza, hice una señal de ampliación con las manos.

—Creo que tardará un poco más de una hora en llegar hasta allí —dijo ella.

—Una hora y media, entonces. Dile que se reúna conmigo en la parte de atrás del aparcamiento. Que salga de su coche, se aparte de él y se quede allí. ¿Comprendido?

—Gracias —dijo Bonnie—. No diré que te debo una, Mikey, pero sí diré que te lo agradezco desde el fondo de mi corazón.

—Lo sé, Bonita.

—¿Estoy enamorado de ti? —dije.

—Tenía que decir algo.

—¿Crees sinceramente que te quiero?

—Sí. No es que signifique nada. Has decidido que necesitas una vida con una ranchera Ford y niños con pecas y fiestas al aire libre y sexo todos los sábados, domingos y miércoles. Es medicina preventiva, algo que tienes que tener para impedir autodestruirte. Creo que te has convencido a ti mismo de que la pasión es un reverso tenebroso que resulta demasiado peligroso para ti. Bueno, tal vez tengas razón. Mira mi vida. ¿Adonde me ha llevado la pasión? ¿Qué tengo que mostrar tras cuarenta y cinco años de dejarme ir? Una película que nadie recuerda, una orden de detención por asesinato. Escucha, has hecho la

elección correcta. ¿Qué podría ofrecerte yo? ¿Dos trompas de falopio secas y unas cuantas risas? Así que olvida lo que he dicho sobre el amor. Me entran delirios bajo estrés. No te lo pienses dos veces; ella es perfecta. Agárrala, cásate con ella. *Mazel tov.*

El restaurante estaba a una manzana de distancia de uno de esos suntuosos centros comerciales que atraen a la gente que necesita gastar ochenta y cinco dólares en una camiseta de algodón.

Otro día despejado. El calor brotaba de las capotas de los Mercedes, BMW y Porsches distorsionando el aire, haciendo que el conjunto pareciera un poco desenfocado. No había ni rastro de Mikey. Llevaba diez minutos esperando, lejos de mi coche. Todo lo que vi fue alguna mujer ocasional que había agotado todas las posibilidades en cuestión de cabello, maquillaje, uñas, joyería y ropas; una de ellas debería haber sido colocada en una urna de cristal en el Smithsonian sólo para mostrar en qué nos habíamos convertido ocho años después de Reagan.

Me desabotoné la chaqueta; todo lo que conseguí fue que más aire húmedo y caliente circulara por mi camisa empapada de sudor. Cinco minutos después, cuando me estaba aflojando la corbata, se abrió la puerta de un pequeño Miata rojo, con la capota levantada, y Mikey, con toda la grasa de salchicha rebosando de su cuerpo, consiguió salir de él. Se acercó a mí. Obviamente había estado vigilándome desde mi llegada. Nos saludamos con un movimiento de cabeza. El llevaba ropas deportivas que le hacían parecer más un empleado de la maternidad que un mafioso: pantalones blancos y una gran camisa de flores rojas, azules y púrpura.

—Bonito coche —fue todo lo que se me ocurrió.

—No es mío. —No estuve seguro de si quería decir que lo había robado o que se lo habían prestado—. Quítese la chaqueta y ábrase la camisa.

Me hizo acercar a un cubo de basura y examinó mi pecho y espalda en busca de signos de grabadoras o cables. Cuando me estaba abotonando otra vez la camisa, comprobó mi pistolera y me palpó los pantalones, sacando mi cartera, placa y esposas para asegurarse de que eran lo que parecían.

—¿Quiere entrar? —murmuró una vez que hubo terminado.

Tirité ante el helado estallido del aire acondicionado del bar. Mikey escogió una mesa y, sin preguntarme, le dijo a la camarera que nos trajera dos sándwiches de la casa y dos tés helados.

—No tiene que comérselos. Es por las apariencias —explicó. Tenía una de esas narices romanas que comienzan en la frente, pero, como el resto de su cuerpo, era gorda; uno desearía apretarla y oírla sonar —. Hábleme de nuestra mutua amiga.

—Creo que no lo hizo.

—No joda, amigo. —Incluso los lóbulos de sus orejas eran gordos.

—Pero a menos que descubra quién lo hizo, existe una buena posibilidad de que se tome unas largas vacaciones.

—¿Qué tienen?

—Chorradas circunstanciales: un par de personas que dicen que Sy no iba a hacer una película de un guión que ella ha escrito; tienen testigos de que él frecuentaba su casa y que estaban liados. Sea lo que fuere, el fiscal del distrito podría construir un caso contra una mujer que ha sido rechazada y quiere vengarse.

No era de extrañar que nadie hubiera podido encarcelar a Mikey. Era demasiado listo. Permaneció sentado allí, un gran Buda con una camisa floreada, pero pude sentir que estaba analizando, sopesando alternativas, computando..., y sin perder ni una sola palabra de lo que yo decía.

—La prueba física es más problemática —continué—. Cuatro cabellos suyos quedaron enganchados en una de esas cabeceras de mimbre cuando hacía compañía a Sy no más de media hora antes de que lo mataran. ¿Conoce los nuevos tests de ADN que hacemos?

—Sé más que usted, Brady. Siga hablando.

—Acaban de encontrar otro pelo, justo en el lugar donde suponemos que estaba situado el asesino cuando disparó.

Mikey sacudió la cabeza, disgustado. Sus papadas temblaron.

—¿Quién lo puso allí?

—Podría ser de Bonnie.

—No estaría usted aquí si lo creyera.

—Quién lo puso allí no es importante. Lo importante es que yo reciba alguna ayuda. Ella tendrá que entregarse a las cinco, o la declararán fugitiva. Eso no sería un punto a su favor si tiene que ir a juicio.

—¿Por qué hace usted esto?

—Mire, tengo hasta las cinco. O me quedo sentado aquí y hablo de filosofía con usted (sé que le gusta discutir sobre Platón), o intento salvar el culo de Bonnie Spencer.

—No hable así de ella. Muestre algo de respeto. —Un camarero vino a servir más agua. Mikey lo despidió—. ¿Qué quiere saber?

—¿Sabía que Sy le pagó a Lindsay medio millón extra?

—Claro. La contable me lo dijo, como seguramente sabe. Le molestaba ver que los inversores habían sido engañados, y por eso confió en mí.

—Usted la sobornó y probablemente la amenazó.

—Me estaba hablando del plazo de las cinco, así que no pierda el tiempo haciéndose el poli gallito.

—¿Amenazó usted a Sy cuando descubrió lo del pago extra? No me

estoy haciendo el gallito con nadie. Intento comprender cuál era su situación.

—No le amenacé. Sólo le dije que era un capullo estúpido. Vale, se lo dije en voz alta, y se asustó. No lo negaré. Pero nunca lo habría matado o habría hecho que le dieran una paliza ni nada de eso. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo y soy un sentimental.

Llegaron los sándwiches, frescos y gigantescos, rellenos de lechuga picada, tan altos que estaban sujetos por palillos de dientes del tamaño de espadines. Me comí la mitad del mío, Mikey el suyo entero y luego la mitad que había sobrado. No toqué el té helado porque tenía el estómago demasiado revuelto a causa de todo el café que había bebido últimamente. Mikey hablaba y masticaba simultáneamente. Trozos de bacon salían despedidos y pepitas de tomate le brotaban por la boca, pero afortunadamente su almuerzo se detenía justo ante mi plato.

—¿Cree que Sy le tenía miedo?

—Estaba nervioso. Ya sabe. Desde que éramos niños Sy se meaba en los pantalones si yo cerraba el puño. Pero no estaba aterrado ni nada de eso.

—¿Dijo por qué pagaba a Lindsay el dinero extra?

Mikey sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco, como si no pudiera comprender la capacidad humana para la estupidez.

—¿Quiere quedarse de piedra, Brady? No se lo va a creer. Cuando empecé a gritarle, se vino abajo. No se echó a llorar, pero se desplomó en una silla y empezó a quejarse. Finalmente dejó de decir tonterías sobre que Lindsay tenía una oferta mejor de otra película y necesitaba un incentivo financiero añadido. Me dijo que le ofreció el dinero porque ella dijo..., ¿está preparado?: «Sy, odio a los hombres que se contienen. Necesito a un hombre que pueda entregarse.»

—¿Qué?

Mikey se metió más patatas fritas en la boca y dijo:

—Lo juro por Dios. ¿Es ser un calzonazos o no?

—Es ser un calzonazos —coincidí—. ¿Entonces estaba de verdad enamorado de ella?

—Loco por ella. Nunca le había visto tan caliente por nadie.

—Ni siquiera por Bonnie o su otra esposa.

—La primera era una fulana delgaducha y fea sin tetas y con unos dientes grandes y horrorosos que venía de una familia antigua. Se casó con ella para que la gente pensara que era de clase alta. Y Bonnie..., nunca pude comprender ese matrimonio. Era como una serpiente casada con un cachorrillo. Probablemente tenía que ver con que Sy estaba deseando meterse en el mundo del cine y ella estaba dentro entonces. Y tal vez se cansó de fingirse WASP y de que le dieran la patada por ser judío, y ella era judía pero no se notaba.

—¿Cree que se habría casado con Lindsay?

—Seguro.

—¿Entonces cómo es que se lió con Bonnie?

—Ni idea. Cuando ella me llamó y me dijo que había vuelto a verle, abrí la boca un metro. ¿Quiere saber lo que creo? Lindsay le hizo perder la cabeza, y corría a casa a buscar a mami. —Hizo una pausa—. ¿Va a comerse las patatas fritas?

Le acerqué el plato. Se tragó las patatas y los pepinillos cortados en finas rodajas.

—Lo que me está diciendo es interesante, pero no me sirve de nada.

—¿Está insinuando que me estoy guardando algo?

—No lo sé, pero lo que me ha dicho no va a ayudar a Bonnie. ¿Quiere ayudarla?

Se limpió la barbilla con el dorso de la mano.

—No pregunte gilipolleces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Descubrí lo del medio millón extra la segunda semana de rodaje. Me enfrenté a él. Se acojonó allí mismo, pidió disculpas, como le he dicho. Al día siguiente un mensajero me trajo medio millón en bienes negociables, y si intenta usar eso contra mí, será mejor que contrate a alguien para que ponga su coche en marcha todas las mañanas.

—Mikey —dije suavemente—, nada de amenazas. Quiero ayudar a Bonnie. Eso es todo.

—¿Está casado? —preguntó.

—No.

—Bueno, eso fue todo. Hasta el martes anterior a su muerte. Me llama y dice que no puede salir de los Hamptons por cosas de la película, pero que tiene que hablar conmigo. Conseguirá un avión privado, o enviará un coche y un conductor. Le dije que no me gustan los aviones y que no uso conductores porque tienen oídos y bocas, pero que me acercaría a verlo porque era su amigo. Así que llego a su casa..., Dios, sí que era bonita. Y él dice que la actuación de Lindsay es terrible, que la película está metida hasta el cuello en la mierda. Le digo que lo he oído por mis fuentes y que eso no es nuevo, y que si perdía mi inversión estaba seguro de que él me la devolvería.

—Es una gran forma de invertir.

—Es la única forma. Así que entonces me dice que Lindsay lo está engañando. Empiezo a decir tonterías como «Lástima», pero él no quiere eso.

—¿Qué quiere?

—Quiere eliminarla.

—¿Matándola?

—¿Usted qué cree, Brady?

—¿Le pidió que se deshiciera de ella?

Mikey asintió. Sus papadas, manchadas de restos de patata, se agitaron arriba y abajo.

—¿Sugirió cómo?

—No, porque lo detuve allí mismo. Oh, dijo que sería fácil: podría haber una carta para que la gente creyera que lo hizo un fan loco. Pero yo le dije que cerrara el pico y lo mantuviera cerrado y ni siquiera pensara en una cosa así. Era un aficionado y no sabía qué carajo estaba haciendo.

—De hecho, parece que sí.

—Tengo que admitir que no era mala idea. Pero de ninguna forma iba a decírselo. Quería matarla porque se estaba tirando al director y porque quería empezar su película de nuevo y necesitaba la pasta. ¿Cree que me arriesgaría por una cosa así?

—¿Se ofreció a pagarle?

—No llegamos tan lejos.

—¿Dijo algo más?

—No. Me levanté y antes de irme le dije que no tenía lo que hace falta, que su plan estaba lleno de agujeros, que si intentaba hacer una estupidez con algún hampón local de tres al cuarto lo detendrían en menos de veinticuatro horas. Y entonces le dije que fuera un hombre. Si tenía que estrellarse en esta película, que se estrellara. Y luego salí corriendo de allí. Tengo que decírselo: ¿sabe cómo asustaba yo a Sy?

—Sí.

—Bueno, pues él me asustó a mí. Me dio escalofríos. ¿Qué demonios le está pasando a este mundo si tipos como Sy Spencer quieren matar a la gente? Dígame: ¿en qué nos hemos convertido?

20

La pista de tenis de la mansión frente al mar de East Hampton que era el plató principal de *Noche estrellada* tenía de todo: bancos blancos, una fuente, pilas de toallas sobre un perchero de hierro forjado, abetos y cipreses para oscurecer la verja metálica. Hermoso. Sólo que nadie en su sano juicio querría estar allí. Hacía al menos cuarenta grados a la sombra, pero no había sombra ninguna. Lindsay Keefe y Nicholas Monteleone hacían voleas (si se puede llamar así), en medio de un calor de unos cuarenta y cinco grados. No había ni chispa de aire fresco. Detrás de la pista, la espuma de las olas hacía que pareciera que el océano hirviera.

Cada vez que Nick blandía la raqueta, fallaba la pelota y Víctor Santana gritaba «¡Corten!». Entonces una brigada corría a quitar el sudor a los actores. Los ayudantes de producción llegaban primero. Algunos sostenían sombrillas sobre las cabezas de las estrellas, otros abanicos a montones. Entonces la gente de maquillaje y peluquería se ponía a trabajar, mientras otros ayudantes ofrecían botellas de agua con pajitas para que Lindsay y Nick pudieran sorber sin mancharse la boca con el borde del vaso.

—Una toma más —me prometió Santana. Su oscura piel estaba casi marrón. El color parecía magnífico con la ropa que llevaba puesta: uniforme de camuflaje verde. Todo lo que necesitaba Santana era un corte de pelo más feo, un M-16 y un par de porros de *skag*, y podría haber pasado por uno de mis antiguos colegas—. Debo tener suficiente material de Lindsay, porque Nick... —suspiró resignado—. Esto va a significar medio día extra de tomas generales, con un profesional del tenis doblando a Nick. No puedo creerlo: en preproducción recibió cuatro semanas enteras de lecciones de tenis.

—Monteleone no tiene coordinación —señalé—. Necesitaría un manual de instrucciones para rascarse las pelotas. Mire, señor Santana, sé que hacer una película es la cosa más importante del mundo y no es fácil conseguir que un tipo que no distingue una raqueta del palo de una escoba parezca un as. Pero necesito más cooperación por su parte de la que estoy recibiendo.

—Por favor, sólo una toma más para la copia maestra. —La brigada empezaba a despejar la pista—. Le doy mi palabra de honor.

Lindsay no era una atleta natural, pero podía hacer un servicio y parecer hermosa al mismo tiempo. Sus ojos oscuros estaban protegidos por una visera rosa. Su pelo rubio, recogido en una cola de caballo, empezó a agitarse cuando un tipo con bañador de surfero puso en marcha un gigantesco ventilador. Santana gritó «Acción» una vez más.

Observé al equipo que contemplaba a los actores. Los tipos estaban absortos en la escena completa. Pero las mujeres sólo parecían tener ojos para Lindsay. ¿Reflexionaban sobre cómo sería la vida con aquellos pechos, aquellas piernas, aquella cola de caballo perfecta? ¿Sentían curiosidad? ¿Envidia? ¿Furia por que aquellos gloriosos dones no les habían sido concedidos a ellas? Pensé en la competidora de Lindsay..., Bonnie.

Si Mikey había rechazado de veras el asesinar a Lindsay, ¿podría haber persuadido Sy a su ex esposa para que cogiera un 22 e imitar a Annie Oakley? «Me muero por hacer tu película a continuación —habría jurado—. Pero necesito ayuda para salir de este atolladero.» O tal vez: «Quiero casarme contigo, llevarte a Sandy Court, de vuelta a la Quinta Avenida. Mi vida será tu vida, mis amigos tus amigos, mis tarjetas de crédito tus tarjetas de crédito. ¿Recuerdas cómo era? Bonnie, querida, nuestra separación fue un error espantoso, y sé lo profundamente sola que has estado. Déjame enmendarlo. Pero primero ayúdame.»

¿Por qué demonios estaba pensando esas cosas? ¿Creía que Bonnie Spencer era capaz de quitar voluntariamente la vida a otro ser humano?

No.

Los compresores del aire acondicionado del tráiler habían cedido bajo la presión de la humedad, así que después de que Santana diera a todo el mundo un descanso de veinte minutos, Lindsay y Nick, acompañados por los ayudantes a quienes, probablemente por tradición y descripción de su oficio, se les pagaba para que trotaran, se encaminaron a la mansión (una interpretación moderna de la Casa Blanca cruzada con el Taj Mahal) y se dirigieron a los dos dormitorios del piso de arriba. Antes de entrar en el suyo, Nick me dirigió un saludo con el dedo, privado, de policía de Homicidios a policía de Homicidios.

Me dispuse a entrar en el dormitorio de Lindsay, que parecía una especie de homenaje a una mosquitera, pero una de sus esclavas intentó cerrarme la puerta.

—Necesita recuperarse —susurró la muchacha con un tono propio del pasillo de un hospital. La hice a un lado, ordené que todo el mundo menos Lindsay saliera y cerré la puerta.

Un delgado material formaba un palio con cortinajes alrededor de la cama. Cubría las ventanas del suelo al techo. Por algún motivo, piezas dispersas estaban colocadas sobre las sillas. Había tres sillones y uno de esos sofás largos en la habitación, pero, naturalmente, aprovechando la oportunidad, Lindsay se tendió en la cama. Acerqué una silla y retiré el tejido, pues no quería interrogarla a través de la gasa. Al momento empezó con los numeritos lascivos, pasándose las manos lentamente sobre la cara y el cuello, disponiendo las almohadas para colocarse de forma que consiguiera el máximo poder pectoral.

En la mesita de noche, junto a la cama, había un paquete con seis botellas de agua mineral de importación. Extendió una lánguida mano para coger una, pero no pudo alcanzarla. Esperó a que yo me levantara y le tendiera una. No lo hice. Cogió una ella misma y bebió, no de manera sexy, sino con los altos ruidos borboteantes de un personaje de dibujos animados.

—Me marea el calor —dijo. No creo que estuviera actuando. Todo su cuerpo estaba rojo y cubierto de sudor frío.

—Debe de ser horrible estar ahí fuera.

Calculé que ella había cumplido ya su cupo de cortesía haciendo un comentario sobre el tiempo.

—Bien, ¿qué quiere?

—Quiero que deje de mentir. Si no deja de hacerlo, se encontrara detenida.

—Ya intentó esa táctica con mi agente. Es viejo y chochea, y por eso funcionó. Pero no le servirá conmigo.

—¿Quiere apostar? Cincuenta pavos a que antes de que le tome las huellas dactilares, le...

—¿Cree de verdad que puede asustarme?

—Ni idea. Pero sé que puedo interrumpir su carrera. Y cuando llegue ante el juez, puedo conseguir que haya un montón de reporteros esperando ante el tribunal. Puede explicarles cómo no la asusté... aunque la haya arrestado por retener información sobre el asunto de la muerte de Sy Spencer.

—Es usted un cabrón sin clase —dijo.

—Sí, pero un cabrón sin clase con poder para arrestar.

Hubo un momento demasiado largo de silencio. Me apetecía cerrar los ojos y relajarme, pero para proyectar autoridad e intensidad masculina, la miré fijamente. Al final, Lindsay se apoyó en un codo.

—A veces me gustan los cabrones sin clase —dijo, la voz perezosa, insinuante. Extendió la mano hacia mí.

—Señorita Keefe, déjeme ser sincero con usted. Por lo que puedo ver, no tiene tantos problemas como para tener que tirarse a un poli. —Ella retiró la mano—. Sólo tiene que responder a unas cuantas preguntas, y es posible que sus respuestas no pasen de mí. ¿De acuerdo?

—Sí. —Brusca. El falso deseo momentáneo fue sustituido por su desprecio habitual.

—¿Se enfrentó Sy con usted por su asunto con Víctor Santana?

—Sí.

—No estamos jugando a las veinte preguntas. Hábleme de ello.

Ella terminó de beberse el agua y cogió una segunda botella.

—No alzó la voz ni una sola vez en todo el tiempo. Me dijo, con mucha calma, como si me estuviera dando el parte meteorológico del día siguiente, que era una puta. Que había perdido mi habilidad como actriz. —Se detuvo. No quería hablar conmigo.

—Continúe —dije.

Por fin, reluctante, lo hizo.

—Me quería fuera de la película. Me siguió por toda la casa esa noche y la mañana siguiente, llamándome puta, como si ese fuera mi nombre. «¿Te vas a la cama tan temprano, puta?» No paraba de decirme que estaba arruinando *Noche estrellada.* Siempre con aquella voz tranquila.

—¿Cuándo empezó esto?

—La semana que lo mataron. El lunes por la noche.

—¿La amenazó con despedirla?

—No. Quería que renunciara.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió. Bufó con desdén, como si yo acabara de hacerle la pregunta más estúpida del siglo veinte—. Porque así estaría violando mi contrato, por eso. Y así no tendría que pagarme. Así podría hacer que el seguro pagara la póliza de terminación de la película y empezar de nuevo otra vez.

—¿Es posible eso?

—Claro que es posible. Y entonces la compañía de seguros podría demandarme para recuperar sus costes.

—Así que no estaba usted dispuesta a renunciar.

—Por supuesto que no. Era una sugerencia loca.

—¿Por qué esperaba que renunciara si las consecuencias para usted serían tan malas?

—Porque sí.

—¿Porque sí por qué?

—Porque intentaba trastornarme, que le tuviera miedo, y así hacer

cualquier cosa que quisiera.

—¿Qué hacía él?

—Antes de decirme que sabía lo de Víctor ya había empezado a mostrarse frío. Muy frío.

—¿Dejó de acostarse con usted?

Me dirigió una mirada que mostraba su disgusto: me estaba entrometiendo en su vida sexual.

—No me tocaba —dijo—. ¿Quiere saber más? Por supuesto que sí. Cuando intentaba cogerle la mano, la retiraba..., como si yo tuviera lepra.

—¿Pero no le decía qué iba mal?

—Al principio no. Sólo una frialdad horrible.

—¿Era frío delante de otras personas? ¿En el plato?

—No. Eso me desconcertaba. Era delicioso conmigo en el plato.

—¿Y cómo era usted con él?

—Oh, crezca. ¿Qué cree? ¿Que iba a dejar que todo el mundo supiera que tenía problemas terribles con el productor ejecutivo? Actuaba muy amorosamente conmigo, así que yo actuaba igual con él. Pensaba: «Bueno, no ha hecho nada de esto público, tal vez podamos seguir adelante.» Dejé de ver â Víctor, en sentido privado, el miércoles.

—¿Le dijo a Santana que se había acabado?

—No. Nunca quemo mis naves. ¿Y si no podía arreglar las cosas con Sy? Le dije que tenía un período doloroso y feo. Muy sangriento.

—Qué agradable.

—Conozco a los hombres. Funciona. En cualquier caso, hice todo lo posible por arreglar la brecha con Sy. Si no personalmente, por lo menos profesionalmente. Pero era muy extraño. Aunque las cosas se pusieron verdaderamente terribles, seguíamos actuando de forma amorosa delante de todo el mundo.

—¿Como cuando le cogió dinero el día que lo mataron? ¿Así de amorosa?

—¡No haga parecer que le estuve robando del bolsillo! Fue un gesto hogareño, de esposa.

—Dice que las cosas se pusieron terribles. ¿Cuándo?

—El jueves por la mañana. Mi coche llegó para recogerme un poco antes de las seis, y cuando salí del dormitorio para bajar por las escaleras, Sy estaba en el pasillo, esperando. —Su cara, bajo el sudor y las capas de maquillaje, se puso rígida. Su boca empezó a moverse mecánicamente, como una marioneta. Estaba entre intranquila y petrificada—. Me dijo (parecía tan distante) que tenía toda clase de amigos. No sabía de qué estaba hablando, pero quise apartarme de él. Estaba apoyado contra mí. Su cara estaba a menos de dos centímetros de la mía. Podía ver cada pelillo de su barba mal afeitada. Dijo que

algunos de sus amigos no eran personas muy agradables, pero que habían invertido en *Noche estrellada* y que habían oído que las diarias eran terribles. No estaban contentos y querían que yo renunciara. Si no lo hacía, Sy no podría ser responsable de las consecuencias.

—¿Le preguntó cuáles serían las consecuencias?

—Sí. —Su cuerpo es estremeció involuntariamente, casi con una convulsión.

—¿Qué dijo que sucedería?

—Ácido en la cara.

—¡Dios! ¿Qué hizo usted?

—Le dije que iba a llamar a la policía. Me dirigí al dormitorio y descolgué el teléfono, pero me lo quitó de las manos. Le dejé hacerlo. Toda la escena fue muy predecible.

—¿Profirió alguna amenaza más?

—No, por supuesto que no. Se echó atrás. Sabía que lo haría. Perdió la calma, el hijo de puta. Se disculpó. Me suplicó que lo perdonara.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le dije que lo consideraría. —Los labios de Lindsay se arquearon en algo parecido a una sonrisa—. Sabía cómo manejar a Sy. Le dejaría ir a Los Ángeles, tener sus reuniones con Kat Pourelle y las otras perdedoras, y para cuando volviera el domingo por la noche, me querría de nuevo. En su película. En su cama. De modo permanente.

—¿Cree que quería casarse?

—Oh, le habría hecho falta una semana o dos para enfriarse por lo de Víctor, pero sí. Decididamente.

—¿Eso cree?

—Lo sé.

—¿Se habría casado usted con él?

—¿Qué le parece?

—No lo sé. La amenazó con desfigurarla. Arruinar su vida, su carrera.

—Era un hombre comido por los celos.

—Era un productor que la quería fuera de su película y de su vida.

—Sólo porque yo le había herido profundamente. Lo admito: cometí un error. Uno grande. Pero Sy habría vuelto. Nos llevábamos bien y él lo sabía. Yo..., bueno, soy lo que soy, y él era un productor brillante y con éxito. Se preocupaba por asuntos sociales serios. Y era mi igual intelectualmente. Para decirle la verdad, con el asunto de los celos, me encantó que finalmente mostrara algo de emoción. —Lindsay empezó a frotarse las piernas desnudas. Parecía estar excitándose, no tanto por el recuerdo de la loca conducta de Sy sino por el recuerdo de su poder sobre él—. Celos —repitió, saboreando la palabra—. Sy estaba consumido.

—¿Cree que la amaba?

—Por supuesto que me amaba.

Me levanté y me coloqué detrás de la silla.

—El asesino estaba a quince metros de distancia de una figura pequeña embozada en una bata blanca que tenía aproximadamente su tamaño. En el momento en que dispararon el rifle, se suponía que Sy estaría volando sobre Kansas. Y usted debía estar haciendo sus largos de cada tarde en la piscina.

—¡No! —El maquillaje no sirvió de nada. Su piel empezó a perder color. Asumió una tonalidad de cera, como un cadáver.

—Sí. —Aparté un trozo colgante de mosquitera y salí de la habitación.

Llamé a Carbone y le dije que estaba en el plató de *Noche estrellada* por si Bonnie Spencer había conectado con alguno de los miembros del equipo, y también para comprobar si había vuelto a aparecer después de que Sy la expulsara, tal vez haciendo un numerito de neurótica obsesiva. El dijo que Muslos, Robby y Charlie Sánchez estaban intentando localizarla. Casualmente, como si ya supiera cuál sería la respuesta, pregunté si ya habían llegado los resultados de la prueba de ADN de la nueva muestra de pelo.

—Es de Bonnie —dijo Carbone—. ¿Todavía crees que ella no lo hizo?

Le dije que, si no tenía nada mejor que hacer, comprobara los registros de pruebas. Que averiguara el número de cabellos que habíamos recogido la primera noche, que bajara y mirara en el sobre que había devuelto el laboratorio. Encontraría que faltaba uno.

El me dijo que estaba perdiendo mi equilibrio emocional, que estaba proyectando algo (he olvidado qué) en Robby Kurz, que necesitaba unas vacaciones, y que si pasaba ante el almacén italiano de East Hampton le comprara un kilo de embutido con hinojo.

Colgué. Robby tenía que haber colocado el cabello. Y, con toda seguridad, había difundido el rumor de que yo había vuelto a beber y que Steve amaba a Bonnie eternamente. Iba a por ella... y a por mí. Tarde o temprano se daría cuenta de que Bonnie tenía un protector y había recibido ayuda para desaparecer. Y entonces iría a mi casa.

Se suponía que Gregory J. Canfield estaba en un almacén del pueblo haciendo su trabajo de ayudante de producción, que en ese momento significaba comprar higos frescos, un pan de sémola y una botella de vino Dolcetto para Nick Monteleone, ya que, según un par de personas del plato, Nick había comentado que con el calor quería un bocado ligero, no una cena pesada, y ya que la actuación de

Lindsay seguía siendo tan inerte, cualquier esperanza de salvar *Noche estrellada* parecía descansar sobre la bien peinada cabeza de Nick, así que finalmente, después de cuarenta minutos de consulta entre el productor jefe y el primer ayudante de dirección (que incluyó una llamada al agente de Nick en Beverly Hills), se llegó a un acuerdo sobre lo que significaba el término «bocado ligero» y envió a Gregory a conseguirlo.

Pero supuse que primero querría pasarse a despedirse de su chica, Myrna la de vestuario, y naturalmente allí estaban, cogidos de la mano en el tráiler, mirándose a los ojos y dándose dulces y delicados besitos de despedida. No parecía importarles que una de las ayudantes de Myrna estuviera a menos de un metro de distancia, planchando un duplicado del equipo de tenis que vestía Lindsay. Y tampoco pareció molestarles cuando llamé: «¡Eh, Gregory!» El me dirigió una mirada levemente aturdida y luego volvió a asomarse a las profundidades de los ojos de Myrna.

El tráiler era grande, como un armario empotrado exageradamente inflado, con fila tras fila de ropas, estantes de zapatos y cajones rebosantes de pañuelos y ropa interior y joyas falsas. Me acerqué por detrás y toqué a Myrna en el hombro.

—¡Hola! —dijo ella—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. —Parecía tan mal arreglada como cuando la sorprendí con la combinación al revés. Esta vez llevaba una túnica larga parecida a un saco con el dibujo de un loro; parecía que lo hubiera comprado en Woolworth's en Honolulu en 1957 y lo hubiera usado frecuentemente desde entonces— Myrna, necesito hablar un momento con Gregory.

—¿Pasa algo malo?

—No. Todo va bien. Un par de detalles menores que hay que aclarar.

Ella asintió, soltó las manos de Gregory y le dio un tierno empujoncito hacia mí.

Lo llevé afuera, donde tenían una mesa con bocadillos y galletas y donuts con azúcar glaseada y M&M's y nueces y chucherías. Había un cuenco con uvas rojas, pero estaban calientes. Me dio una Coca Cola de una nevera situada bajo la mesa.

—¿Cómo le va, amigo? —preguntó. Unas cuantas noches con Myrna le habían transformado de «ultra tímido» en «míster tranquilo».

—Va bien —le dije. No era así. Eran las cinco menos diez, quería volver con Bonnie, pero no tenía nada que mereciera la pena para ofrecerle. Sostuve la lata helada de refresco contra mi frente—. ¿Recuerdas esa conversación que me mencionaste que tuvo lugar durante las diarias? La conversación referida al rayo.

Gregory asintió.

—Claro, claro. —Tenía una mirada pensativa. Probablemente recordaba el granulado de la película y, lo peor, parecía a punto de describírmelo. Lo corté.

—¿Quién estaba presente? Dijiste que era tarde. La mayoría de la gente se había ido.

—Hummm —empezó a decir.

—Nada de hummm. Habla.

—Sy.

—Bien. Sigue.

—Uno de los ayudantes de producción, el secretario de Sy. Se llama Easton.

—¿Quién más?

—Yo. Creo que Nick Monteleone. El D.F., director de fotografía. Es otro término cinematográfico.

—¿Cómo se llama, Gregory?

—Alain Duvivier.

—¿Es francés?

—*Mas oui, monsieur le détective.* Estaba allí, y su novia.

—¿Cómo se llama ella?

—Monica, Monique. Pero se ha ido.

—¿Cómo es eso?

—El se lió con la decoradora, Rachel.

—¿Quién más?

Gregory cerró los ojos y, por una vez, la boca. Pareció intentar recrear la escena.

—Nadie más.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—¿Se quedó Sy a hablar con alguien después?

—No lo sé. Me envió a poner páginas rosa en el clasificador de cuero de su coche. Páginas revisadas del guión. Se cambia de color con cada revisión. Primero azul, luego rosa y después amarillo, verde, dorado, luego...

—Tráeme a Alain.

—No puedo. Se supone que estoy en East Hampton, y él está...

—Tráelo ahora.

Tardó dos minutos.

Una cosa sobre la gente del cine: ninguno viste de manera normal. Alain Duvivier parecía un tópico de francés creativo. Tenía veintitantos años y el pelo rubio y revuelto hasta los hombros, parejo a sus tupidas cejas. Lucía un pendiente en una oreja. Llevaba pantalones cortos color chicle y una de esas camisetas estilo halterofilia que prácticamente no tienen costados. Tenía más el tamaño de un oso que de un hombre: a su lado, Gregory era casi

invisible.

—Hola —saludé.

—*Alo* —dijo él, con una tristeza que venía muy bien al caso—. Sy. Muy, muy triste. —Parecía tan francés que uno casi esperaba que dijera «Ohh-la-la», pero no lo hizo.

—Señor Duvivier, tengo entendido que estuvo usted en las diarias la noche que tuvo lugar cierta conversación. —Vi que se concentraba con fuerza, así que hablé más despacio—. Hubo algunas observaciones sobre rayos y una discusión, una charla, sobre lo que sucedería si un rayo le caía encima a Lindsay Keefe. ¿Recuerda algo de eso?

—¿Caer a Lindsay? —preguntó él.

—No, un rayo. Fue una conversación sobre rayos.

—¿Rayos?

Me volví hacia Gregory.

—¿Cómo demonios se dice rayo en francés?

—Estudié español.

Me volví hacia Duvivier.

—Rayo. —Señalé al cielo e hice un gesto de un lado a otro. El miró a Gregory algo nervioso y no sirvió de nada que yo imitase el ruido de un trueno y luego siguiera con la imitación de un rayo.

—¡Rachel! —estalló él.

—¿Rachel? —inquirí.

—Su amiga le traduce las cosas —informó Gregory.

—¿No entiende inglés?

—Bueno, términos técnicos. Y dice *«Alo*, tía buena» muy a menudo.

—*Au revoir* —le dije a Duvivier.

—Adiós —respondió él.

Inteligente.

El sonido de la tele era tan bajo que nadie que estuviera ante la puerta sospecharía que había alguien en casa. Encontré a Bonnie sentada en mi hamaca, viendo una película. Antes de que usara el mando a distancia para desconectar el aparato, vi que aunque era una película en blanco y negro, era algo que me habría gustado, con Kirk Douglas o Burt Lancaster; siempre los confundo.

Se levantó de la silla.

—¿Preparado? Son las cinco y media.

—Tranquilízate.

—Tenemos un acuerdo. —Estaba muy mansa.

—¿Estás bien?

—Sí. —No lo estaba, pero ya que no estaba llorando, ni hosca o furiosa, no pude conseguir una lectura exacta—. ¿Cómo quieres que lo haga? Llamo primero a Gideon, o quieres entregarme…

—Escucha, ¿confías en mí? ¿Confías en mi juicio?

—¿No es un poco tarde para preguntar eso?

—¿Tenemos que sacarte de aquí rápido, porque tengo la sensación de que ese cara de culo de Robby va a pasarse por aquí, buscándote.

—¿Por qué?

—Ahora no tengo tiempo. Salgamos de aquí. Te lo explicaré por el camino.

—¿Camino de mi casa? —Parecía muy tranquila, pensativa. Bueno, tenía derecho a estarlo. Dejar mi casa era como sacar la tarjeta «directo a la cárcel».

—No vas a ir a casa todavía.

—Me lo prometiste.

—Lo sé, pero hay un último recurso. ¿Tendrás fe en mí y me darás otra media hora?

—Sí. —Tan silenciosa, adecuada, incluso como una dama—. Lo haré.

—Entonces mueve el culo, Bonnie.

Ella contempló la cocina más allá de la entrada. El horno y el frigorífico eran más viejos que yo, y la mesa de porcelana blanca tenía profundos cráteres negros donde se había resquebrajado.

—¿Dónde estamos? —Su voz era apenas un susurro. Me di cuenta de que me había visto levantar una maceta sin flores para coger la llave que había debajo. Había supuesto que estábamos irrumpiendo a la fuerza en un lugar y, como me conocía, no pareció sorprenderse.

—La casa de mi familia. —La guié (casi la empujé, porque no quería moverse) a través de la cocina, hasta un pasillo que conducía a las escaleras—. Mi hermano estuvo presente en esa conversación sobre los rayos. Y siempre estaba cerca, haciendo cosas para Sy. Quiero ver si recuerda qué paso después de esas diarias, esa noche o tal vez el día siguiente. —Bonnie se paró tan bruscamente que choqué con ella—. Vamos. —Le di un ligero empujón y seguí hablando—. Quiero averiguar a quién vio Sy… —ella seguía sin querer moverse— y con quién habló.

Y entonces vi lo que ella estaba mirando. Un armario con armas. Pino sencillo. Familiar para alguien que creció en una granja.

O para alguien que creció en una tienda de artículos deportivos, cuyo padre era el mejor tirador de Ogden.

«No —pensé—. No. Ella no lo hizo.»

21

A

l haber crecido en la casa de lo que antaño fuera la granja Brady, había conseguido no detectar el leve hedor a degeneración. Aquel olor a podredumbre siempre había estado allí, pero era elusivo, excepto cuando me sentaba demasiado tiempo en el sofá del salón. Allí, en el centro de la casa, no podía ser ignorado.

Pero si estaba allí de pasada (durante los años posteriores a la marcha de mi padre llegué a considerarme un visitante de clase baja que tenía casualmente el apellido Brady), olía, en vez del deterioro, el fuerte aroma a claveles del ambientador que mi madre había traído de Saks, el que usan para inundar los probadores después de que mujeres con sobacos apestosos se prueban vestidos caros.

En las raras ocasiones que fui de visita después de mudarme, debí de hacer un cambio inconsciente y empezar a respirar por la boca, porque dejé de notar el olor. Pero cuando guiaba a Bonnie hacia la escalera, recibí una vaharada asesina de Moho Plus.

Estaba avergonzado. Esperaba poder contarle algún día mi historia, pero por ahora todo lo que deseaba era que no pensara mal de mi educación. No quería que advirtiera el hedor de la casa de mi familia, o los bordes resecos y ennegrecidos del pasamanos de la escalera. Quería que creyera que éramos pobres pero felices, no tan pobres y amargados que no pudiéramos permitir ninguna belleza a nuestro

alrededor.

Cuando llegamos al segundo o tercer escalón, ella finalmente se dio la vuelta y me miró.

—Tal vez será mejor que espere abajo.

No me molesté en contestar. ¿Qué demonios podría decirle? ¿Ofrecerle asiento en el sofá Odorama? Entonces, cuando oyera a mi madre volver del trabajo, tendría que bajar corriendo las escaleras a tiempo de decirle: «Mamá, ésta es Bonnie Spencer, la judía cuyo ex marido fue asesinado en Southampton», y mi madre podría decir: «Oh, sí, eso fue en la vieja casa Munsey. Paine Munsey. Es un encanto. Ahora están en Little Compton. No podían soportar el nuevo ambiente, así que vendieron la casa.»

Le puse la mano en la espalda.

—No será mucho tiempo. —La empujé con un poco más de dureza y ella continuó subiendo por las escaleras. Me encantó tener la oportunidad de tocarla.

Pero sentía algo más que deseo.

Tenía sentido permitir que Bonnie oyera lo que mi hermano tuviera que decir antes de dejarla ir. Era muy lista; tal vez podría detectar algún pequeño detalle disperso que pudiera ser sumado a la ecuación para, finalmente, hacer balance. Cierto, Easton estuvo en la ciudad el día del asesinato, pero podría haber oído una conversación telefónica, o visto una nota, un memorándum, alguna indicación de hostilidad que hubiera absorbido subliminalmente el día anterior.

¿Podría haber captado siquiera una sola palabra (como «rifle», «disparo», «piscina», «seguro» o «Lindsay»), poco después de la conversación sobre los rayos durante la revisión de las diarias?

«¿Y si una de esas palabras tuviera que ver con Bonnie?», pensé. De repente, en el último de los oscuros peldaños, sentí lo que siempre había sentido de niño.

No un recuerdo, no un *déjà vu.* La sensación misma: vacío y tristeza.

Sabía que ella no podía haberlo hecho.

¿Pero y si lo había hecho? Bien, entonces yo sería lo que era antes. Nada. Mi vida ofrecía sólo dos compensaciones: el béisbol y el trabajo. Pero ni los Yankees ni el Departamento de Policía de Suffolk estaban previstos para hacer el gran trabajo, salvar almas perdidas. Y todas las drogas que yo había probado (cerveza, marihuana, peyote, hash, barbitúricos, mujeres, tranquilizantes, LSD, alcohol, heroína, más mujeres, más alcohol, Lynne) al final tampoco me habían dado paz: sólo habían retrasado un poco la caída en el abismo. Sólo Bonnie Spencer me había hecho creer que, verdaderamente, podía redimirme.

¿Y si estaba equivocado con respecto a ella? ¿Cuál podría ser mi futuro? Podría beber de nuevo y morir. O podría convertirme en uno

de esos viejos policías retirados que sostienen un sombrero de fieltro en las manos y se entretienen alternando entre la misa diaria en la Reina del Sagrado Rosario y las reuniones de Alcohólicos Anónimos, hasta que llegara la muerte.

Pero sabía que ella no lo había hecho.

Cuando guié a Bonnie hasta la habitación de Easton, él no fue el único en sorprenderse. Bonnie también se sorprendió, se enfureció. ¡Easton había robado las corbatas de Sy! Cerró los puños; podría haberle golpeado. Allí estaban, corbatas azules con lazos diminutos, verdes con anclas diminutas, rojas con banderitas francesas, extendidas sobre la cama, listas para ser empaquetadas para el viaje que Easton iba a hacer a California para reunirse con Philip Scholes, el director, para hablar de su nuevo trabajo. No había duda de que eran de Sy: Easton nunca podría habérselas permitido, y además yo había visto docenas de ellas en las perchas especiales en una sección del gigantesco armario de Sy la noche del asesinato, cuando registré la casa. Y (la expresión de Bonnie era sombría) allí estaban también los jerseys de Sy, sobre la cama; jerseys de algodón y cachemira que quedarían anchos y a la moda en un tipo pequeño como Sy, pero que apenas le vendrían bien a Easton. La expresión de ella pedía: «¡Arresta a este hombre!»

¿Y la expresión de Easton? Furiosa, desde luego, ante otra de mis incursiones de puntillas. Permaneció en pie con las piernas separadas, los brazos cruzados sobre el pecho, manteniendo su dignidad a pesar del hecho de que sólo llevaba una de esas batas cortas, bastante fea. Pero también estaba confundido: «Conozco a esta mujer que viene con Steve, pero no puedo situarla.» Y cortado, además, mientras los tres contemplábamos más de dos mil dólares en accesorios del guardarropa del súper elegante (y súper muerto) Seymour Ira Spencer.

Supongo que mi expresión no era del todo sonriente, y que reflejaba mi disgusto ante el pequeño hurto de mi hermano. Pude imaginarlo, merodeando, esperando a que retiráramos el precinto de la casa para poder registrar y saquear los cajones de Sy con la excusa de poner las cosas en orden. Supuse que si examinaba los cajones de Easton encontraría gemelos, o uno de esos minivídeos, un teléfono portátil, o tal vez uno de esos delgados relojes de oro con correa de piel de caimán.

Estaba a punto de animar el ambiente con un chiste sobre detener a Easton, cuando él se puso petulante, molesto por mi intrusión con una mujer alta de origen desconocido, vestida con pantalones deportivos y zapatillas sucias.

—Me gustaría saber de qué va todo esto, Steve.

—¿Te gustaría?

—Sí, me gustaría.

Justo en ese instante, cuando estaba labrando un nuevo camino en la jungla de la estupidez, reconoció a Bonnie. Obviamente, su presencia no era tranquilizadora. Easton empezó a caminar alrededor de la cama, paso a paso, como intentando mantenerse apartado de su vista, o impedir que viera el guardarropa de su ex marido.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —preguntó. Su amable voz desapareció, reemplazada por un chirrido preocupado.

—Viene conmigo. ¿Sabes que es Bonnie Spencer?

—Sí.

Conduje a Bonnie a una silla de respaldo recto.

—Quédate ahí —le dije. Me volví hacia mi hermano. Él dejó de moverse—. ¿La viste aquel día en el plato, cuando llamó a la puerta del tráiler de Sy?

—Sí. —Sus afirmaciones parecían más suspiros que sílabas completas. «Está mortificado por haber sido capturado con las manos en la masa», pensé. Roba millones, todos lo saben, y te invitan a las mejores fiestas. Roba corbatas y eres un repulsivo montón de mierda.

—¿Y Sy le dijo que se fuera del plato, que no encajaba allí?

—Sí.

—Stephen, escucha... —empezó a decir Bonnie, con su voz directa que implicaba que no estaba enfocando bien la situación, como si fuéramos un matrimonio de detectives de alguna película de 1938.

—¡Ahora no! —Entonces le pregunté a mi hermano—. ¿Sabías que Sy estaba liado con ella?

—¿Qué? —Era una declaración de sorpresa, como diciendo: «¡No lo creo!» Ni siquiera era una pregunta, sino un bufido de confusión. Easton estaba sobrecargado: no podía comprender qué pasaba.

—Respóndeme —le ordené.

Yo tenía que saber hasta qué punto estaba metido en la vida privada de Sy. ¿Cuánto sabía? ¿Qué podía suponer? Después de las diarias de aquella noche, ¿había hecho Sy alguna llamada telefónica? Cuando regresaron a la casa y Easton ordenaba los papeles de Sy, o sus píldoras para dormir, o sus páginas rosas para el día siguiente, ¿había oído alguna otra referencia a Lindsay? ¿«Rayo»? ¿Una risa glacial? ¿Un intenso «necesito tu ayuda» pronunciado tras una puerta cerrada? ¿Sería capaz Easton «el refinado» de escuchar a hurtadillas? La cuestión era más si sería capaz de no hacerlo. Mi hermano no reconocería la ética aunque ésta apareciera y le mordiera el culo.

Pero con todo, mientras lo miraba, supe que sería un testigo fantástico para el fiscal del distrito, vestido con un traje azul y una camisa blanca, con una de sus corbatas nuevas. Su pelo rubio brillaría a la luz del estrado, su grave voz de caballero atraería, convencería. «¿No sería maravilloso si pudiera recordar algo importante?», pensé.

«Diga su nombre», —ordenaría el fiscal del distrito. «Easton Brady.» «Le pregunto, señor Brady —diría el ayudante del fiscal—, si oyó una conversación telefónica entre Sy Spencer y Michael LoTriglio.» El abogado de la defensa (el del gordo Mikey, tal vez, aunque sentí un retortijón ante la idea) se pondría en pie de un salto y objetaría que no había fundamentos. El ayudante del fiscal reformularía la cuestión y preguntaría: «¿Cómo sabía quién estaba al teléfono con el señor Spencer?» «Bueno, contesté al teléfono y el hombre dijo que era Mike LoTriglio y que quería hablar con Sy inmediatamente. Había hablado antes con el señor LoTriglio, y la voz sonaba exactamente como la suya», empezaría diciendo Easton.

Miré a Bonnie. Sus ojos estaban clavados en Easton.

Recordé sus ojos en el momento en que permaneció ante el armario con las armas del piso de abajo. Pensé haber visto una sombra huidiza de dolor en ellos, un reconocimiento de lo que había tras aquellas puertas.

¿Qué había?

Las escopetas de cañones recortados de mi padre. Y su 22.

Y entonces supe lo que sabía Bonnie.

Easton pareció comprender que, por fin, yo lo sabía. Permaneció en silencio, los pulgares enganchados en los bolsillos, observándome.

Tenía que prepararme para un interrogatorio. Oh, los Brady éramos así de ordenados. Quité los jerseys doblados de Sy de la cama y los coloqué (uno, dos, tres) amablemente sobre la cómoda. Fui tan cuidadoso que apenas se podía oír el rumor del papel de seda entre los pliegues. Entonces cogí a mi hermano por la mano y, juntos, nos sentamos en el espacio que había despejado.

—East —dije.

—¿Sí?

—Hay algo que quieres decirme.

—No.

—Vamos. —Su cuello y sus orejas se pusieron ferozmente rojos, pero repitió: —No. Absolutamente no.

—He encontrado el rifle.

El sacudió la cabeza. Podría ser interpretado como: «No comprendo.» O: «No, no lo has encontrado.»

—Lo he encontrado, East. —Recé (ordenado, siempre poniendo las cosas en el lugar al que pertenecían) para que lo hubiera devuelto al cajón, que no hubiera hecho algo así como subir al ferry de Shelter Island para tirarlo al estrecho de Long Island. Pero entonces vi que había acertado; Easton se apartó de mí y con el dorso de la mano planchó una arruga imperceptible en la corbata azul que tenía a la derecha—. Sólo es cuestión de tiempo que recibamos los resultados de

balística. —El no quiso mirarme—. Disparamos el rifle y luego comparamos las marcas de la bala con las dos balas que extrajimos del cuerpo de Sy.

Yo temía que si miraba a Bonnie perdería el ritmo, pero ella no parecía atraer mi atención. No había sonido, ni movimiento; si yo no hubiera sabido que estaba sentada en una silla a metro y medio de distancia, no habría notado que estaba en la habitación.

—Las marcas serán iguales, East. Lo sabes.

Easton alzó la barbilla y resopló bruscamente, haciendo un gesto de desdén, típico de la vieja sociedad.

—¡No puedo creer que pienses siquiera en algo así!

—¿Cómo puedo no pensarlo?

—¡Eres mi hermano!

—Lo sé. Tal vez por eso he tardado tanto en comprender.

En el pasado, cuando un caso se enfocaba por fin, yo siempre experimentaba un salvaje estallido de energía, un ansia por saber. Pero ahora me sentía pesado, viscoso, increíblemente cansado. Si Easton hubiera echado a correr, yo no habría podido seguirle. Estaba en otro planeta, con una fuerza de gravedad terrible.

—¡Quiero que los dos salgáis de aquí! —ordenó. Miró a Bonnie con mala cara—. No hay nada que discutir.

—Hay mucho que discutir —dije.

—Esto es totalmente absurdo.

—No. Es muy serio e importante.

—No tienes pruebas de nada.

—Tengo el arma del crimen.

—¡Oh, no seas melodramático! ¿Tiene huellas? ¿Las tiene?

—Puede que las tenga, aunque tú creas que te encargaste de eso. Ahora usamos tecnología láser.

El sacudió la cabeza. O no me creía o no le impresionaba o no tenía miedo.

—¿Y si no hubiera huellas? —inquirió.

—¿Quién más cogería el 22 de papá y dispararía contra Sy Spencer? ¿Mamá?

—Serías capaz de meterla en esto.

—Relájate. ¿A quién crees que va a echarle la culpa de esto? ¿A ti o a mí?

Me levanté y me acerqué al armario de Easton. Un armario normal y corriente, no un espacio arquitectónico de caoba y bronce como el de Sy. Pero Easton tenía aspiraciones. Todo estaba en perfecto orden: trajes, camisas, corbatas (más de Sy), pantalones, chaquetas, zapatos. Zapatos en sus cajas de cartón, apilados en el estante superior. Los paneles frontales de cada caja había sido recortados para poder ver cada par. Años de zapatos: zapatillas baratas, sandalias y oxfords;

zapatos blancos, zapatos de golf y botas de suela de goma; zapatillas de tenis, zapatillas para correr, sandalias, chanclas. Y zapatillas de goma. Zapatillas de goma corrientes para la playa, de las que se pueden comprar en cualquier parte. Una talla cuarenta y dos de hombre, mi talla, la talla de mi hermano.

Me cubrí la mano izquierda con el pañuelo. Cogí mi bolígrafo con la mano derecha y, cuidadosamente, saqué la caja del estante y la sostuve en la derecha.

—Odiabas apostar cuando éramos niños —dije—. ¿Sabes por qué? Porque yo ganaba siempre. Pero te apuesto ahora mismo que estas zapatillas encajarán con los moldes que hicimos con las impresiones en la hierba cerca de la casa de Sy, donde se hicieron los disparos. Un césped muy bien cuidado, East. Una variedad especial de Kentucky llamada Adelphi. El tipo del Ministerio de Agricultura dijo que debió de costarle una fortuna cubrir todo ese terreno. Pero qué demonios. Tener el tono adecuado de verde merece la pena. —Alcé la caja—. Te apuesto a que encontramos una hoja o dos de Adelphi aquí dentro.

Easton tardó un instante en poder apartar los ojos de la caja de zapatos. Entonces, de una manera infantil típica de «tengo un secreto» que le habría encantado a mi madre, me hizo un gesto con el índice. Sin mirar a Bonnie, susurró: —¿Por qué está ella aquí?

—Me ha estado dando información sobre el caso. Datos sobre Sy.

—Oh. —Pareció vacilante sobre qué hacer a continuación. Abrió la boca, pero no dijo nada.

—¿Por qué no le digo que se vaya a dar un paseo?

El pareció aliviado. Inclinó la cabeza; fue casi una reverencia.

Me acerqué a Bonnie y le hablé en voz baja.

—¿Sabes conducir un coche que no sea automático? Bien; ¿sabes dónde está la reserva natural, el pantano, a eso de un minuto de aquí, al norte? Ve allí. Observa los pájaros o haz algo durante hora y media. Luego vuelve a casa de tu amigo Gideon por carreteras poco transitadas. No aparques demasiado cerca de su casa. No llames para decirle que vas para allá. Y acércate a la casa por detrás por si están vigilándola. ¿Entiendes?

Ella estaba tranquila, seria y serena.

—Sí.

—Explícale a Gideon lo que está pasando. Dadas las circunstancias, no querrá que te entregues. Así que espera.

—¿Necesitas ayuda? ¿Quieres que llame a alguien?

—No.

—Prométeme…

—Sí, tendré cuidado. Mira, si por cualquier motivo te encuentran y te detienen, no hagas ningún tipo de declaración.

—Muy bien.

Sus ojos corrieron hacia Easton. Supe lo que estaba pensando: existía la posibilidad de que, si no demostraba nada contra él, la arrestaran a ella. Y tal vez, en el análisis final, no podría demostrar nada. O no sería capaz.

—Confío en ti. —Eso fue lo que dijo Bonnie en vez de «adiós». Entonces extendió las manos para coger las llaves de mi coche y se marchó.

—Mataste a Sy —le dije a mi hermano.

—Por favor, Steve.

—Lo mataste.

Se sentó en la silla que Bonnie había dejado vacante.

—No quería hacerlo. —Su voz tenía la intensidad emocional de alguien sorprendido saltándose un semáforo en rojo—. Lo siento.

—Querías matar a Lindsay.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido? ¿Por esa conversación sobre los rayos?

—Dime qué sucedió, Easton.

—¿Sabes qué es gracioso? —No dejaba de tirar del borde de su bata, como una mujer con piernas horribles en una falda demasiado corta—. Siempre me llamas East, y ahora dices Easton.

—¿Qué pasó?

Los brillantes ojos azules de mi hermano se llenaron de lágrimas.

—Quiero que sepas que realmente quería a ese hombre. Sólo había dieciséis años de diferencia, pero Sy era como un padre para mí. —Se cubrió el rostro con las manos y lloró.

Me senté en el borde de la cama y lo observé. Quería sentirme conmovido por su pena, pero había pasado demasiados años en Homicidios. Había visto la película *El asesino llora* demasiadas veces.

Las personas que cometen asesinatos son extrañas, y no sólo por su disposición a sacarle la lengua a Dios y robar Su don de vida, a cometer el único acto que es incuestionable y universalmente malo. No, lo que siempre me sorprendía de los asesinos no era su maldad, su distancia del resto de la humanidad, sino su cercanía a ella. Había visto a madres sollozando ante los ataúdes del bebé al que habían apuñalado a muerte; había oído a novios llorar llenos de angustia en los funerales de las novias a las que habían golpeado, estrangulado y, post-morten, violado. Los asesinos eran tan vulnerables, estaban tan dolidos. Y sabía lo que mi hermano haría a continuación porque, para mí, ésta era la enésima repetición de la escena. Sus ojos suplicarían: «Ten piedad de mí, ayúdame, trátame con delicadeza, porque yo, el superviviente, soy también una víctima de este crimen monstruoso. ¡Qué pérdida he sufrido! ¡Mira estas lágrimas!»

Jugué con Easton como jugaba siempre. Le ofrecí exactamente lo que él pensaba que se merecía: consuelo y apoyo.

—Debe de ser un infierno —dije.

—Lo es. Un infierno completo.

Sacudí la cabeza como si no pudiera soportar su (nuestra) tristeza.

¿Qué derecho tenía a matar? ¿A largarse a California con un nuevo surtido de corbatas dejando a Bonnie para que pasara los siguientes veinticinco años pagando por lo que él había hecho?

No sentí tristeza alguna por la vida estúpida, malgastada y vacía de mi hermano, y ninguna culpa, ningún maldito retortijón, por no haber sido un hermano mayor más bueno para poder haberle enseñado algunos valores, ni tonterías por el estilo. No, sólo sentía frío y cansancio.

—Dime cómo sucedió, East —lo insté. Oh, mi voz sonó llena de compasión.

—Me estás llamando East otra vez.

Sonreí.

—Lo sé. Eh, eres mi hermano, ¿no? Vamos. Charlemos. Dime qué sucedió. ¿Hubo alguna discusión sobre deshacerse de Lindsay antes de esa noche en las diarias?

De vez en cuando metía la pata, pero sabía que había que evitar el término «asesinar» cuando se interroga a un asesino.

—No. Nada. Sabía que tenían problemas. Sy le había dado la espalda por completo, pasando de caliente a frío de la mañana a la noche. Pero estoy seguro de que ya sabes que no era de los tipos que hacen confidencias.

—Pero hizo aquella observación de que si un rayo le cayera encima a Lindsay, si ella muriera, los problemas con *Noche estrellada* se habrían acabado. ¿Qué sucedió después de eso?

Easton no respondió. Tiró del borde de su bata. Era uno de esos horrores de Saks que mi madre había comprado en las rebajas por liquidación y había guardado para Navidad; era una especie de felpa extraña y de largos pelos gris amarronada, del color de un trapo que se utiliza para tareas desagradables.

—¿A quién se le ocurrió quitar a Lindsay de en medio? ¿A ti o a Sy?

—A mí, pero no es lo que parece. Sólo le hice algunas preguntas sobre el seguro de terminación de la película. El dijo que si una estrella muere, la compañía tiene que pagar otra película. Si tienes un plan de rodaje de cuarenta días y ella se muere cuando llevas quince, los productores recibirán quince días de dinero. Bueno, menos una deducción de doscientos mil dólares o un par de días. Pero Sy dijo que la cobertura era bastante buena.

—¿No hubo ninguna sugerencia de que quisiera que le facilitaras las cosas?

—No. Entonces no.

La cara de mi hermano pareció un poco herida, como preguntándose por qué Sy no había saltado a aceptar su oferta no declarada en aquel momento. Yo no tenía ninguna duda de que las preguntas de Easton sobre el seguro fueron pistas para Sy. Tal vez ni siquiera había pensado en eliminar a Lindsay antes. ¿Quién sabe? Pero de repente, allí estaba, en el aire electrificado: si le cayera un rayo.

Pero Sy no era ningún tonto. Sabía que los rayos son peligrosos: sólo un experto podía manejarlos. Un experto como Mikey. No un idiota como mi hermano. Así que no hizo caso a Easton, que probablemente hacía de todo menos dar saltitos y agitar los brazos llamando: «Sólo pídemelo, Sy. Soy tu hombre. Soy tu ayudante de producción. Haré lo que haga falta.» Sy, no obstante, había recurrido a un profesional. Pero el profesional fue más listo que Sy y Easton juntos. Simplemente dijo no.

—¿Cuándo volvió a surgir el tema?

—El miércoles por la noche.

Me eché hacia atrás en la cama, como para acomodarme, dispuesto y ansioso por oír el primer día de mi hermano menor en el instituto.

Dime, ¿cómo lo sacó a colación? —pregunté.

—¡Eso es lo que me sorprendió, Steve! Fue tan increíblemente directo. Dijo: «Tenemos que eliminar a Lindsay.» Ya tenía las reservas de avión y las citas en Los Ángeles, así que quería hacerlo el fin de semana, cuando estuviera allí. —Easton hablaba con rapidez, libremente, así que no le pregunté por qué lo había hecho el día anterior al fin de semana—. No dijo «¿Lo harás?» ni nada por el estilo. Solamente asumió que lo haría.

—Va con la sangre, ¿eh?

—No tienes por qué ser sarcástico.

—Eh, East, no lo soy. Pero quiero que hablemos sin tapujos. Nada de chorradas entre nosotros. Somos hermanos.

—No seas condescendiente conmigo, Steve. Es todo lo que pido.

—No lo soy. ¿Lo planeó él, o fuiste tú?

—El lo tenía todo previsto. Se inventó un asesino imaginario, un fan loco. Haría creer que Lindsay había recibido una carta de un fan, en la que le decía que la amaba y la amenazaba con matarla si no le respondía.

—¿Pero ella nunca recibió ninguna carta así?

—Bueno, había recibido cartas locas. Todos los actores las reciben. Eso era lo bonito. Habló de ellas con su agente, con algunos amigos de Sy en una fiesta hace algunas semanas. Sy dijo que el asesinato sólo parecería una horrible extensión de aquellas cartas. Le diría a la policía que ella parecía un poco trastornada por algunas nuevas cartas amenazantes, pero que él nunca las había visto. Diría que le insistió para que fuera a una agencia de detectives privados de las que se

encargan de estas cosas para las personalidades públicas, pero ella le decía que bien, que estaba ocupada con la película y nunca se molestó. Y entonces yo tendría que decir, pero no de forma voluntaria, sólo si la policía me preguntaba, que había oído a Lindsay hablarle de la carta.

—¿Iba a escribir Sy una carta para que la encontrara la policía?

—No. Dijo que lo había pensado mucho, y casi lo hizo, pero era demasiado arriesgado. ¿Quién sabe qué tipos de pruebas científicas tiene la policía hoy en día? No quería arriesgarse a que le siguieran el rastro.

Lo que yo no podía comprender era lo listo que era Sy. En el transcurso de un par de días había ideado un plan brillante y casi infalible para deshacerse de Lindsay. Sólo que en vez de convencer a Mikey para que lo ejecutara, Sy había confiado en un idiota. Así que tal vez, en el fondo, no era un magnate tan brillante. Había sido el productor ejecutivo de su propia muerte.

—¿Quién decidió lo del rifle? —pregunté.

—Yo. El quería que la apuñalara.

—¿No sería un poco sucio?

—Sí, pero muy convincente —explicó Easton—. Apuñalarla una vez, para matarla, y luego hacerlo una y otra vez, para que pareciera el trabajo de un psicópata. Pero le dije que no tenía estómago para hacerlo. —Asentí con gran seriedad, intentando demostrar cuánto apreciaba la decencia de mi hermano—. Pero luego le dije que de niño era un gran tirador. Y le encantó que ya tuviera un rifle, porque así no habría que salir a comprar uno. Estaba muy preocupado por no dejar ningún tipo de huellas.

—No se lo reprocho. Hemos comprobado las ventas de armas de los últimos seis meses. Era un tipo listo.

—Sí, lo era. —Mi hermano empezó a lloriquear otra vez.

—East, ¿cómo tuviste agallas para coger un rifle que probablemente no había sido tocado en un montón de años? ¿Y luego confiar en tu habilidad para alcanzar a Lindsay con sólo dos disparos?

Me ofreció una sonrisa de «pensé en todo».

—Bueno, hizo falta tener agallas, como dices. Pero lo planeé rápidamente. Aunque primero tuve que encontrar la llave del candado del armario de las armas. ¡Me llevó horas! Nunca adivinarás dónde estaba.

—En lo alto del armario.

—¿Lo sabías?

—Sí. Tendrías que haberme llamado. Podría haberte ahorrado un poco de tiempo. —Los dos nos echamos a reír—. ¿Así que lo sacaste, cerraste el armario y preparados, apunten, fuego?

—No. Lo limpié.

—Muy listo. ¿Lo probaste?

El inclinó la cabeza.

—Fui a un campo de tiro.

—¿A cuál?

—Al que está cerca de Riverhead.

—Ya. He estado allí. ¿De dónde sacaste las balas?

—De un almacén de por allí.

—¿Hiciste prácticas?

—Sí. Pero no necesité muchas. Es como montar en bici. Nunca se olvida.

—No, es cierto —coincidí.

—Y desde quince metros es muy fácil.

—¿Planeasteis Sy y tú dónde te colocarías?

—Sí. Tenía una buena vista de toda la piscina, pero el lugar exacto estaba un poco en sombras a causa del porche. De lo único que tenía que preocuparme era de que no hubiera nadie por los alrededores. Sy estaría en Los Ángeles, la cocinera tenía su día libre. A Sy le preocupaba que Lindsay invitara a alguien a tomar una copa. O a Víctor Santana para..., ya sabes.

—¿Qué te dijo que hicieras si Santana estaba allí?

—Que esperara, a ver si se marchaba.

—¿Pero y si no lo hacía? ¿Que te deshicieras también de él?

—El sábado no. Si estaba allí, debería marcharme y volver el domingo por la tarde. Era posible que ya se hubiera marchado entonces, para preparar el trabajo del día siguiente. Ella estaría sola. Pero..., ¿quieres que sea completamente sincero?

—Sabes que sí, East.

—Bueno, si no, que me deshiciera también de Santana. Parecería que el fan loco los vio juntos y se puso celoso.

Me levanté, me acerqué a la ventana abierta, levanté la persiana y me asomé durante un momento. Arranqué un par de hojas de una rama cercana. Entonces me volví hacia mi hermano.

—Era un plan magnífico.

—Sí que lo era.

—¿Entonces cómo es que no funcionó?

Easton se puso realmente serio. Cruzó las piernas, apoyó el codo en la rodilla, se frotó la barbilla con la mano.

—Eso es lo más enloquecedor. Debería haber funcionado. ¿Sabes lo imposible que está el tráfico los viernes por la tarde? Me refiero a la autopista de Long Island, el aparcamiento más grande del mundo.

El chiste ni siquiera era gracioso en 1958, cuando probablemente fue inventado, y no había mejorado con el tiempo ni con la repetición. Pero me reí como si escuchara uno de los «grandes chistes de la civilización occidental».

—Bueno —continuó Easton, aparentemente satisfecho con mi apreciación de su habilidad como humorista—, la directora de reparto estaba tan enloquecida (se encargaba de otra película y dos obras de teatro) que cuando me marché me di cuenta de que no tendría idea de la hora. Y acabé el encargo del camisero de Sy en unos dos segundos. Así que en vez de coger la autopista o la estatal norte, cogí por todas las carreteras oscuras de la isla. ¡Quiero decir que, si hubiera ido en tu coche, uno de esos baches por los que pasé me habría tragado a mí y al Jaguar entero!

Volví a reírme. ¡Qué inteligencia! ¡Qué humor tan soberbio! Por supuesto, yo había representado ese número más veces de las que podría contar. Era parte del trabajo, no sólo convertir a un sospechoso en tu amigo, sino también convertirte en la persona más capaz de saborear su vis cómica o trágica. Nunca antes me había molestado fingir. Pero ahora, cada sonrisa, cada gesto de comprensión, me costaba demasiado.

Un par de veces tuve que reprimir arrebatos de insana vitalidad (como ataques de una droga) de ir a por él, golpearlo, derribarlo a patadas de la silla, agarrarlo y estrellar su cara blanda y guapa contra el suelo. El asesino era muy civilizado; el poli un salvaje.

—¿Así que aceleraste un poco y llegaste a casa antes de lo que esperabas?

—Sí, un poco antes de las cuatro. Llevaba todo el día nervioso, como puedes imaginar. No iba a ser un fin de semana corriente.

—No lo parece.

—Me dije: «No puedo esperar. Tengo que acabar con esto hoy mismo. No puedo soportar la tensión.» Pero fui listo. Sabía que le había prometido a Sy esperar hasta el sábado o el domingo, para asegurarme de que él estuviera a salvo en California. Pero llamé a la MGM y pregunté si el avión de las diez y cuarto de la mañana había despegado a tiempo y dijeron que sí, y que había aterrizado en Los Ángeles poco después de las cuatro, hora de Nueva York. ¡Es así como supe —hinchó el pecho, orgulloso— que él estaba allí!

—¿No le llamaste para asegurarte?

El orgullo se evaporó. Easton pareció encogerse, hasta convertirse en un hombre más viejo y pequeño.

—No quería parecer demasiado ansioso y que Sy creyera que no podría hacerlo. Me dijo que deberíamos llamarnos, porque eso era lo normal, pero no apresurarnos.

Easton se estaba guardando algo. Lo notaba. Tenía esa sonrisa insegura y retorcida de Dan Quayle, la que adoptaba de niño cuando mi madre le preguntaba cómo le iba en el colegio y él decía «Bien», sin mencionar que había revisado el buzón, había encontrado la nota con el suspenso en geometría y la había roto en pedazos antes de que

ella volviera a casa del trabajo.

—Te estás dejando algo, East —dije tranquilamente—. Vamos. ¿Qué es?

—Sy dejó un mensaje en mi contestador.

—¿Qué decía?

—Que iba a coger un helicóptero y que tomaría el vuelo de las siete en vez del matutino, y que me llamaría cuando llegara al hotel. Pero yo no escuché los mensajes cuando volví de la ciudad. Si te digo la verdad, ni siquiera puse en marcha el contestador para ver si había alguno. No puedo creer que se me pasara por alto algo tan obvio. Es tan torpe. No es propio de mí ser tan torpe. Pero sólo me cambié de ropa...

—¿Y te pusiste las zapatillas?

—Sí. Y un par de pantalones cortos y una camisa, para no desentonar.

—¿Dónde estaba el rifle?

—Oh, una vez que lo saqué del armario, lo guardé en el maletero de mi coche, en una de esas bolsas de lona deportivas. Sy me dijo que lo hiciera, y que llenara la bolsa de ropa, para que, si alguien me veía, pareciera que llevaba una bolsa para el fin de semana, no un rifle. Dijo que llevar sólo un rifle podría llamar la atención sobre la bolsa, que la haría parecer pesada.

—¿Y luego qué?

—Hice todo lo que Sy me dijo que hiciera. Conduje el coche hasta el costado de la casa, cerca del garaje, hasta ese espacio donde hay sitio para tres o cuatro coches. No se puede ver desde la parte delantera de la casa. Abrí la ventanilla, paré el motor y esperé cinco minutos, por mi reloj.

—Quería que te aseguraras de que no oías a nadie.

—Eso es. Entonces salí, cogí la bolsa y me dirigí a ese lugar bajo el porche.

—¿Qué hora era?

—Poco más de las cuatro. Sabía que el equipo de *Noche estrellada* estaba rodando la escena en que Lindsay echa a correr hacia el mar, pero rezaba para que, estuviera muy cansada y de mal humor y la dejaran marcharse a la hora normal. Lo habían hecho los dos últimos viernes.

—¿Porque estaba cansada?

—No. Porque era propiedad de Sy, y era malísima.

—¿Dejaban de rodar cuando ella se marchaba?

—No, continuaban hasta las seis o las siete, pero tenían previsto tomar los contraplanos de Nick Monteleone. La mayoría de los actores quieren que el otro actor con el que ruedan una escena esté presente para poder tener una reacción auténtica, pero créeme, Nick estaría

loco de contento si Lindsay se iba a casa. Yo contaba con eso.

—¿No te preocupaba la señora Robertson?

Easton se dio una palmada en la frente.

—Oh, Dios mío. Es verdad. ¡Era viernes!

—¿La olvidaste?

—Por completo. ¿Me vio?

—Vamos, East. Sabes que no puedo decírtelo. —Intenté hacer que pareciera que éramos dos niños jugando a las prendas y que yo no podía romper las reglas. Antes de que pensara que no se trataba de ningún jodido juego, lo presioné un poco más—. Entonces estabas en ese lugar justo bajo el porche. ¿Qué pasó?

—Bueno, ella estaba allí. De pie junto a la piscina, hablando por el teléfono portátil. Sólo que no era ella.

—Supongo que no pudiste oír la conversación.

—¿Cómo podría hacerlo? Siempre se oía el mar, y había música clásica sonando por los altavoces.

—Y te daba la espalda.

—Sí, y tenía puesta una bata blanca, como la que siempre lleva Lindsay. Bueno, hay batas iguales por toda la casa, para los invitados, pero parecía Lindsay. Lo parecía, Steve.

—Estoy seguro de que sí. Bajo, pequeño..., con la capucha puesta.

Mi hermano parecía sorprendido.

—¿Por qué se pondría la capucha?

—Había ido a nadar. Tenía la cabeza mojada.

—¡Qué tontería! Si no hubiera tenido la capucha puesta, me habría dado cuenta inmediatamente.

—¿Cuándo supiste que era él?

Easton deglutió con dificultad.

—Cuando llegué a casa.

—¿Le disparaste y luego te diste la vuelta y regresaste a casa?

—Sí. Eso es lo que él me dijo que hiciera. Que viniera directo a casa, sin conducir demasiado lento ni demasiado rápido. ¡Como si pudiera ir rápido con ese tráfico! Y que le llamara a Bel-Air, y si no estaba allí, dejara un mensaje diciendo que me había reunido con la directora de reparto; eso si todo había salido bien. Si había habido algún problema, se suponía que debía dejarle un mensaje diciendo que le enviaba por Federal Express otras tres copias del guión. —Descruzó las piernas y se sentó derecho—. No puedo decirte.., ¡esos mensajes en mi contestador! Primero ponerlos en marcha y oír la voz de Sy diciendo que iba a coger el vuelo de las siete. Y luego...

No había duda de que Easton estaba otra vez llorando de verdad, pero su interpretación general apestaba: se puso en pie, se acercó a la pared, apoyó la cabeza contra ella y luego la golpeó con el puño, una y otra vez. Era algo que Sy habría rechazado en una de sus películas.

«¡Sobreactúa! —le habría gritado Sy al director—. ¡Despídelo!»

—Y entonces —continuó Easton—, ese chico, el ayudante de producción, diciendo que tal vez querría saber que había sido asesinado en su casa. ¡Dios Todopoderoso!

—No sé qué decir, East. Vaya trauma.

Se volvió y se apoyó contra la pared para sostenerse.

—¿Qué hago ahora, Steve? —Se secó los ojos con la solapa de su bata.

Ignoré su pregunta y formulé una propia.

—¿Qué hay de ese guión que me enseñaste? ¿Ese de *La noche del matador*?

—Había estanterías llenas de guiones en la casa. Cogí uno el sábado pasado, después de que la policía se hubiera marchado. Verás, cuando me di cuenta de lo que había hecho, quise enfatizar que tenía una relación maravillosa y continuada con Sy, que él era mi mentor. Quería que todos pensarais que era imposible que yo lo hubiera matado. ¿Porque qué sería yo sin él?

—Háblame sobre el asunto de Lindsay —dije—. Actuabas como si estuvieras loco por ella. Pero no era así, ¿verdad?

—No. Por supuesto que no. La veía como era.

—Pero fingías que estabas loco por ella. ¿Por qué?

—Eso también lo pensé después —dijo, animándose un poco ante el recuerdo de su astucia—. Si alguien recordaba aquella charla en las diarias sobre cómo todo sería mejor si Lindsay muriera, y sumaba dos y dos... Bueno, probablemente habrían salido cuatro, pero pensé que si tú, si la policía, pensaba que estaba enamorado de ella, me descartarían inmediatamente.

—La verdad es que si hubiéramos sumado y encontrado que Lindsay era la víctima planeada, habrías sido sospechoso inmediatamente.

—¿Por qué? —pareció molesto.

—Porque tenías un lazo emocional con ella.

—Eso es una estupidez.

—Bueno, así son los polis para ti. Estúpidos, carentes de imaginación. La mentalidad del servicio civil. Nos guiamos por el libro.

Un movimiento de cabeza apenas tolerante.

—Vaya libro.

—Bueno —dije—, con libro o sin él, te hemos atrapado. ¿No, Easton?

—¡No! —Se abalanzó hacia mí y me agarró por los hombros—. Steve, ¿no vas a hacer nada? —Su boca y sus ojos formaron grandes círculos de sorpresa—. ¡Steve! ¿Estás loco? Soy tu hermano.

—Lo sé.

—¿Cómo puedes pensar en hacer alto tan terrible?

—Vístete —ordené. Pero él se quedó allí de pie, delante de mí, todavía agarrando las hombreras de mi americana—. Se hace tarde. Vamos.

—Piensa. Piensa en lo que pretendes hacer. ¿Qué hay de mamá?

—Volverá a casa pronto: puedes explicarle lo que pasa. O si se detiene en algún sitio, volveré y se lo contaré más tarde. Después de entregarte.

Dejó caer las manos a los costados. Habló suavemente, con la voz llena de amabilidad y comprensión.

—Steve, tienes que comprender. Eso la matará.

El buen hijo.

—No lo creo.

—La conozco mucho mejor que tú. No podrá sobrevivir a un golpe como éste.

—Sí, lo hará.

—Crees que es dura. Pero no lo es.

—Sé que no lo es. Está vacía. Sobrevivirá. Por favor, no me hagas tener que actuar más como policía de lo que ya lo estoy haciendo. Vístete.

Se sentó en la silla.

—¿Qué te costaría dejarme ir?

—La vida de Bonnie Spencer.

—No, no sería así.

—Sí. Hay una orden de detención contra ella.

—¿Entonces cómo es que venía contigo?

—Porque estaba cuidando de ella. No creía que tuviera que ser detenida. —Miré al exterior. La luz empezaba a difuminarse, preludio del atardecer.

—¿Quieres arrestarme? ¿Quieres verme ir a la cárcel? —Yo todavía tenía en la mano las dos hojas que había arrancado. Pasé el dedo por un peciolo, por las venas—. ¡Steve! —gritó Easton—. ¿Quién demonios es ella? ¿Cómo puedes querer protegerla a ella y no querer protegerme a mí?

—La estoy protegiendo porque es inocente. —Hablé más a las hojas que a Easton.

—Pero soy tu hermano.

—Eres un asesino.

Easton se levantó y se acercó a la ventana. Avancé un paso, por si hacía amago de saltar, pero sólo contempló la luz difusa.

—Nada puede devolver ya a Sy —dijo.

—Lo sé.

Se volvió a mirarme.

—No quiero que esa mujer vaya a la cárcel por mí.

—¿Desde cuándo?

—Escúchame. Podemos idear algo. Puedo darle una coartada.

No reaccioné.

—Espera. Aguarda un segundo. Escucha. —Easton se frotó las manos—. Bien, primero, les diré que Sy la quería mucho, que las cosas se habían aguado con Lindsay, y que parecía ser feliz con su ex esposa de nuevo... y no lo ocultaba. Muy bien. No dije nada antes porque estaba enamorado de Lindsay y no quería decir nada que pudiera perjudicarla. Admitiré que estaba terriblemente equivocado. Me disculparé. Así no pensarán que la ex tenía motivos para matarlo. Y yo diré... ¡Ya sé! Me detuve en una cabina telefónica cuando regresaba a casa desde la ciudad y la llamé por algo. Por ejemplo, su guión, y ella estaba allí, en su casa. Respondió al teléfono y...

—No.

—¿Por qué no?

—Porque está tan lleno de agujeros que es un chiste. Porque ella es decente y honrada y esta mierda de coartada falsa la hará vomitar. Y porque no tiene que mentir. Tenemos nuestra ética, Easton.

—¿Todo es blanco o negro para ti? ¿No ves ningún tono de gris?

—Ojalá esto no estuviera sucediendo —dije lentamente.

—No tiene por qué.

—¿Qué elección tengo? Soy policía. Sé que hay un millón de tonos de gris en el mundo. Los veo. Pero sólo puedo actuar en blanco y negro.

Easton se acercó y me abrazó. De verdad. A excepción de mi padre cuando estaba borracho, creo que hasta ese momento nunca había recibido un abrazo de ningún miembro de mi familia.

—Steve —dijo—. Te necesito. Mi vida ha sido un error tras otro. Una charada tras otra. Y ahora esto. No sé quién creía que era, o qué esperaba ser, pero la jodí. Más que eso. Hice algo terrible. —Le acaricié la nuca. Su pelo era mucho más suave que el mío—. Algo horrible. Lo sé, pero estoy tan confuso, y soy tan débil, que no tuve el valor de aceptarlo. Hasta ahora. —Me dejó zafarme de su abrazo y dar un paso atrás—. Escúchame. Por favor.

—Adelante.

—Sé que piensas que soy un inútil, y tienes razón. Nunca me he preguntado: ¿qué es realmente importante? Y aunque lo hubiera hecho y hubiera decidido que el amor, la amistad o algo por el estilo, probablemente no habría importado. Lo sabes. Habría continuado buscando los oropeles. Pero ahora tengo que enfrentarme a la situación. Puedo ir a la cárcel para el resto de mi vida. Tú sabes cómo es la cárcel.

—Sí.

—¿Es tan mala como dicen?

—Peor.

—Te juro por todo lo que es santo, que pasaré el resto de mi vida reparando esta cosa terrible que he hecho. —Se plantó ante mí en aquella perfecta luz dorada, rosa y azul—. Sé que nunca hemos sido íntimos. Pero somos hermanos. No te estoy pidiendo un tratamiento especial, Steve, pero sí te pido, te suplico, que me des una oportunidad. Ni tú ni yo hemos tenido grandes oportunidades de ser felices, ¿verdad? Ahora sé que he perdido esa oportunidad, para siempre. Pero tal vez pueda tener algo, al menos. Algo de ti.

—¿Qué?

—Perdón.

Miré más allá de él, a la luz. Era la hora mágica. Viene y se va rápidamente. Sin embargo, en las películas, vuelve justo después del amanecer, y luego, una vez más, justo antes de atardecer. Dos veces al día, oportunidades para maravillarse. Pero en la vida real rara vez se dan esos momentos que permiten una posibilidad de gracia.

Si entregaba a mi hermano, sería su fin. «Perdón», había dicho. Podría permitirle la posibilidad de encontrar su propia salvación. Porque lo que había dicho era verdad: nada podría hacer volver a Sy. Y la verdad es que ni siquiera tendría que permanecer silencioso y avergonzado y dejar que Easton presentara su retorcida y transparente coartada para Bonnie. Podía simplemente dejar que me venciera, que escapara y desapareciera hacia una nueva vida.

—¿No puedes perdonarme, Steve? ¿Nunca has hecho nada malo?

—¿Estás bromeando? La mayor parte de mi vida ha sido mala. Eso no es ningún secreto.

—¿Y entonces? Somos iguales.

—No, East. Incluso cuando hacía algo mal, sabía que había leyes. Sabía que había un Dios.

—¡Pero Dios perdona!

—Lo sé. Y tal vez Dios te perdonara o te haya perdonado ya. No puedo saberlo. Y tal vez yo, personalmente, pueda perdonarte. Pero se ha perdido una vida.

—¿Qué estás diciendo?

Dejé caer las hojas al suelo.

—Estoy diciendo que una disculpa no servirá.

—¿Vas a enviarme a la cárcel?

—No. Ese no es mi trabajo. Mi trabajo es mucho más modesto. Sólo voy a arrestarte por el asesinato de Sy Spencer.

—¡Eso es enviarme a la cárcel, maldición!

—Eso es lo que tengo que hacer.

—¡Les diré que me has tendido una trampa para salvar a esa mujer!

—El rifle, East. Las pruebas de balística. Tus zapatos de goma con

la hierba Adelphi.

—Alguien más podría haber cogido el rifle. O mis zapatillas.

—¿Y las habría devuelto?

—Intenta demostrar que fui yo.

—Hubo un hombre que compró balas en un almacén, que hizo prácticas de tiro con un viejo Marlin 22 en un campo cerca de Riverhead el día antes del asesinato. Un hombre guapo de treinta y tantos años. ¿No crees que los testigos reconocerán su foto? ¿No crees que podrán señalarle en una ronda? ¿En un tribunal? —Abrí la puerta de su armario—. Prepárate, East. Tenemos que irnos.

Sabía bien que no serviría de nada intentar luchar conmigo. Podría haber intentado huir, pero siendo lo que era, sólo correteó por el dormitorio durante unos cuantos segundos histéricos. Entonces se vistió. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Salir corriendo un viernes por la noche en plena temporada con una fea bata corta de color gris sucio? No. Mi hermano tenía demasiada clase.

22

Al final llamé a Ray Carbone a su casa y le pedí que viniera. No podía esposar a Easton, sacarlo de la casa y llevarlo a la central. Además, comprendí que el hecho de que el asesino tuviera un hermano en la Brigada de Homicidios debería ser una sola frase en el último párrafo de la noticia, no un titular de pesadilla: «Policía de homicidios detiene a su hermano asesino; madre solloza: "¡Hijo mío!»

Mi madre, naturalmente, no sollozó ni hizo nada por el estilo. Llegó a casa a eso de las siete, un par de minutos después que Carbone. Estaba un poco achispada por un martini o dos que había tomado con alguna dama rica con nombre de perro de su último comité de caridad: Skip o Lolly o algo así. Cuando finalmente comprendió lo que le sucedía a Easton, no gritó ni se desmayó ni sufrió un ataque al corazón.

Todo lo que hizo fue desplomarse en el sofá. Le di un poco de agua. Justo antes de marcharse, mi hermano se inclinó y le dio un beso de despedida. Apuntó a su mejilla pero de algún modo falló y acabó dándoselo en la nariz. Le dijo que lo sentía, por ella, no por él mismo. Carbone dijo que estaría en la central toda la noche por si le necesitaba y luego murmuró unas cuantas palabras a mi madre sobre lo mucho que sentía haberle causado molestias.

Acerqué una banqueta y me senté ante ella. Era una mujer de buen aspecto, con rasgos firmes y despejados, ojos verdiazules verdaderamente notables, grandes y redondos, y figura esbelta. Después de derrumbarse momentáneamente en el sofá, enderezó su espalda de Emily Post, formando un ángulo perfecto de noventa grados con su regazo.

—¿Qué debo hacer? —me preguntó.

Le dije que Easton necesitaba un abogado. Entré en la cocina y

busqué en la guía el número de Bill Paterno. Ella me preguntó si era caro y yo le dije que sí, pero que era muy bueno, y que cuando le llamara le dijera que yo hablaría con él mañana y prepararía algo.

—¿Eso quiere decir que le pagarás tú? —preguntó ella.

—Ajá.

—No se dice «ajá».

—Sí —dije.

—¿Crees realmente que Easton lo hizo?

—Sí —le dije, y le expliqué las pruebas que teníamos contra él.

Ella preguntó si un jurado lo encontraría culpable, y dije que probablemente Paterno llegaría a algún tipo de acuerdo bajo la acusación de culpabilidad para que no hubiera juicio, pero Easton iría a la cárcel.

—Parece que he hecho muy mal las cosas —dijo en voz baja.

—No. Easton es quien las ha hecho mal.

Su excelente porte se volvió aún más excelente.

—No puedo comprenderlo. Nunca buscó problemas —dijo. Parecía tan elegante allí sentada. Bueno, elegante sí, pero pasada de moda, como una dama republicana de un club de campo de 1952 traída en una máquina del tiempo. Incluso ahora, aturdida, probablemente mortificada, todo lo que le faltaba era un Rob Roy con una guinda y una chapa de Eisenhower—. No tenía ambiciones, pero no se puede culpar a nadie por eso.

—No, no se puede.

—No pertenecía al mundo del cine —murmuró. Nadie tenía ya el aspecto de mi madre. Nadie tardaría todo ese tiempo en producir ese extraño efecto anticuado. Cada noche se recogía el pelo en unos gruesos rulos para que cayera en cascada y se rizara bajo el corte a la altura de la barbilla que usaba desde que yo podía recordar. Se depilaba las cejas y las redibujaba con una fina línea marrón claro. Su maquillaje era polvo pálido, colorete rojo y carmín a juego, un poco emborronado por los martinis. Sus uñas, cortas y ovaladas, eran también rojas—. Tendría que haberse dedicado a la banca. No es que hubiera llegado a presidente de un banco. Nunca se engañaría a mí misma. Pero seguía intentando ser vendedor, y no podía venderle nada a nadie. Y luego las películas, con toda esa gente. Son tan duros. No estaba hecho para tratar con ellos.

—No, no lo estaba.

—Pero creía que apreciaba a ese hombre. Al que mató.

Le expliqué cómo Easton estaba cumpliendo los deseos de Sy, cómo pensaba que había disparado a Lindsay.

—¿Por qué no dijo simplemente «No lo haré»?

—No lo sé, mamá.

—Bueno, yo tampoco.

Le pregunté si quería que le prepara algo de comer. No, no tenía hambre; estaría bien. Sabía que eso significaba que quería estar sola, pero pregunté si quería que me quedara allí esa noche, o si quería venir a mi casa. Ella dijo que no, gracias, y que sí, que me llamaría si me necesitaba. Le dije que iría a verla a primera hora de la mañana.

—Estará en todos los periódicos —dijo—. Y en la televisión también.

—Serán un par de días malos —dije—. Bueno, en términos de publicidad. Sé que será malo para ti mucho más tiempo.

—¿Crees que me despedirán?

—No. Eres demasiado valiosa para ellos. Y creo que la mayoría de la gente comprenderá.

—No comprenderán. Sólo serán amables. En el fondo, todos pensarán que mi forma de criarlo le hizo ser así. —Se puso en pie—. Ahora me gustaría estar sola.

—Lo siento muchísimo, mamá.

Y entonces casi me dejó fuera de combate.

—¿Por qué deberías sentirlo? No es culpa tuya. Tú no has matado a nadie. Fue tu hermano.

Antes de que pudiera inventar un argumento importante de sentimiento filial y le cogiera la mano, o susurrara: «Siempre estaré aquí para ti, mamá, no importa lo que pase», mi madre añadió: —Me gustaría que te fueras.

Así que nos dimos las buenas noches y me marché.

Ray Carbone y Muslos estaban grabando en vídeo la confesión de Easton, que era transmitida, en directo, en vivo pero con un color un poco púrpura, al aparato de televisión del despacho de Frank Shea.

—¿Pagó las balas en metálico o usó tarjeta de crédito? —preguntaba Carbone.

Mi hermano, demostrando lo ingeniosamente que Sy y él habían planeado el asesinato de Lindsay, replicó: —En metálico. No dejar huellas; ése fue nuestro lema.

—Verás en el principio de la cinta que le hemos leído sus derechos —empezó a explicarme Shea—. Le hemos dado todo tipo de oportunidades...

Le corté.

—Si quiere hablar, no puede ponerle una mordaza.

—¿Cómo se lo está tomando tu madre?

—Está aturdida.

No mencioné que la condición era probablemente congénita. Pero como Shea y yo habíamos estado enfrentados durante el caso y había mucha mala sangre, decidí que sería mejor demostrarle que era un tipo decente.

—Estaría con ella ahora, pero me pidió que me marchara. Quería

estar sola. Creo que probablemente iba a desmoronarse y quería ahorrármelo.

La imagen de mi madre perdiendo el control y deseando protegerme no tenía mucho que ver con la realidad, pero nos hacía parecer una familia normal. Bueno, hasta que uno miraba al busto parlante en la pantalla de televisión diciendo a Carbone que sí, que había limpiado el 22 en casa, pero cuando llegó al campo de tiro la palanca estaba tan rígida que apenas pudo moverla, así que uno de los tipos que había por allí (un negro con perilla) le ayudó.

—Escúchele —le dije a Shea—. Dios, no puedo creer que tengamos la misma herencia genética.

Él se levantó y se acercó al televisor. Sus cadenas de oro tintinearon.

—Ya veré esto más tarde —dijo—. A menos que quieras verlo, pero entre tú y yo —usaba su voz de líder compasivo—, creo que sería mejor que te lo ahorraras.

—Puede apagarlo —acepté.

Él lo hizo y entonces regresó, se colocó detrás de mi silla y me puso una mano en el hombro.

—¿Quieres tomarte unas vacaciones, Steve?

—Probablemente.

—Las tienes. Ray dice que deberías ver a la doctora Nettles, la nueva psicóloga del departamento, para que te aconseje. Medicina preventiva. Es cosa tuya. Ray dice que es buena. La conozco. Tiene la cara de un bulldog. —Regresó haciendo ruido de cadenas a su gran sillón de cuero y se sentó—. Ahora escucha, recibe mis disculpas. Lo de la bebida. Eso de que estás enamorado de esa Spencer. —Empecé a preocuparme. ¿Y si, finalmente, todo hubiera sido demasiado, incluso para Bonnie? ¿Y si, ahora que todo había acabado, quería marcharse y volver a sus montañas?—. Ese puñetero Robby Kurz —resopló.

—Robby está en la sala de la brigada —dije.

—Lo sé. ¿Has hablado con él?

—No. Ni siquiera he entrado. Estoy agotado. Tengo tan poca cuerda que estallaría en dos segundos, y no quiero hacerlo. Hay asuntos más serios que decir que soy un borracho. Y están en su territorio, no en el mío.

—El cabello de Bonnie —dijo él.

—Sí, el cabello de Bonnie.

Cogió el teléfono, pulso el intercomunicador y dijo: —Me gustaría verte, Robby. No, ahora. —Colgó y me miró directamente a los ojos—. Escucha, lamento lo que estás pasando. Una tragedia familiar. Pero no escatimaré palabras. El Departamento de Policía del condado de Suffolk es una organización paramilitar. ¿Sabes lo que significa eso?

—Usted es el capitán y yo no.

—Eso es. A veces pareces tener problemas con ese concepto. Ahora, tienes algo personal contra este tipo, y puede que tengamos problemas en el departamento. Adivina qué tendrá prioridad cuando atraviese... —En ese instante, entró Robby—. Siéntate, Robby.

Fue una orden, no una invitación, y Robby, después de saludarme con un gesto de cabeza, se sentó. Sentado frente a Frank Shea, con su duro aspecto irlandés, Robby parecía aún más viscoso y regordete que de costumbre; empezó a parecerse a uno de sus bollitos.

—Casi arruinaste la carrera de Brady —dijo Shea.

—No era ésa mi intención.

—¿Entonces por qué lo llamaste borracho?

—Porque creía que lo era.

—¿Por qué?

—Pensé que estaba actuando de forma errática, y me pareció que olía a licor.

—¿Cómo de errático, cabrón hijo de puta?

—Cállate, Brady —ordenó Shea. Entonces, recordando que yo estaba en medio de una crisis personal importante, añadió—: Por favor. —Se volvió hacia Robby—. No te llamaré mentiroso. Pero pongo en duda tus poderes de observación.

—Sé que los análisis dicen que estaba equivocado. Pido disculpas.

Nadie pareció esperar que yo aceptara o rechazara la disculpa, así que me acomodé en mi silla y cerré los ojos durante un segundo. Quería llamar a Gideon y averiguar cómo estaba Bonnie. Quería decirle que la puerta trasera de mi casa estaba abierta para que pudiera recoger a Alce, que tal vez necesitara agua o salir a dar un paseo.

—Hablemos del cabello de Bonnie, Robby —decía Shea—. Teníamos a todo el mundo en este caso. Nuestra mejor gente. Examinamos, reexaminamos, volvimos a reexaminar la zona donde se colocó el presunto asesino. —Hizo una pausa para indicar que por deferencia a mí no usaba el nombre del asesino—. No encontramos ningún cabello. Y a la semana siguiente: ¡un milagro! ¡Una prueba crucial! Uno de los pelos de Bonnie Spencer... con raíz, nada menos, para que podamos hacerle la prueba del ADN.

—¿Está diciendo que lo coloqué allí, Frank? —preguntó Robby.

—Estoy diciendo que Ray Carbone comprobó la bolsita de plástico que nos mandaron del laboratorio y el sello tenía un aspecto raro y parecía que faltaba un pelo. ¿Tú qué dirías que es eso?

—Obviamente, el laboratorio perdió un pelo. Usted más que nadie debería saber que no son perfectos.

«¿Y si Bonnie no me quiere? —pensé—. ¿Y si piensa que soy demasiado inestable?»

—¿Por qué estaría un pelo de Bonnie Spencer en el lugar exacto

donde se colocó el asesino si Bonnie no era la asesina?

—Tal vez pasó por allí. —La voz de Robby era apenas audible. Y él se encogía más y más en la silla. Lo único que se mantenía recto era su peinado lacado.

—¿Esa es tu explicación? —gritó Shea—. ¿Estaba dando un paseo por las dos hectáreas de terreno y un pelo se le quedó prendido en ese puntito infinitesimal?

Robby no replicó. Shea se inclinó hacia delante.

—Déjame que te pregunte una cosa. ¿Crees que eres mejor que alguna de las mierdas que encerramos?

—Merezco una entrevista justa. —Parecía que Robby ya había hablado con un abogado.

—Estoy seguro de que el departamento te concederá una.

—Gracias.

—Pero en lo que respecta a Homicidios, ¿sabes qué?

—Frank...

—Recoge tus lápices.

Por lo que sé, Robby Kurz no recogió sus lápices. Desde luego, no se despidió. Se marchó para siempre.

Cogí el desvencijado descapotable de mi hermano, un Mustang, regresé a mi casa y recogí a Alce. La perra se sentó en el asiento de pasajeros, alzó el morro y dejó que el aire le echara atrás las peludas orejas. Cuando nos detuvimos en un semáforo, dirigió a algunos yuppies de Mahattan que viajaban en una ranchera Volvo la mirada condescendiente de una dama llena de encanto que sólo viaja con la capota bajada.

Aparqué ante la casa de Bonnie. Al menos la maquinaria burocrática estaba funcionando: habían interrumpido la vigilancia. Su jeep estaba en el garaje. La casa estaba oscura y las puertas cerradas con llave. Llamé al timbre unas cuantas veces, pero no hubo respuesta. Sabía que ella tenía que estar en casa de Gideon, pero sentí miedo. No dejaba de pensar en cosas descabelladas, como que se había marchado a su casa, había tropezado en una de sus estúpidas alfombras y se había abierto la cabeza y yacía dentro, muerta. No. Entonces mi coche estaría aún allí. ¿Pero y si había pisado una mancha de aceite y había perdido el control del Jaguar y rebasado un puente, o el coche se había incendiado? Los únicos sonidos los producían los patos salvajes y las risas forzadas de los invitados al cóctel en el patio de su vecina, Wendy «cara de chicle».

Tardé diez minutos en volver a meter a Alce en el coche. Estaba en casa y no veía ninguna razón para marcharse. Cagó, persiguió a un conejo, luego se tendió en el césped. Hice el tonto, dando palmadas, silbando y llamando: —¡Aquí, chica! ¡Vamos, Alce! ¡Oooh, vamos a dar un paseo!

Ella ni se inmutó. Por fin, la levanté, cincuenta kilos de peso, y la llevé al coche.

Era de noche cuando por fin encontré la casa de Gideon, uno de esos graneros renovados situados a veinte o treinta metros de la carretera. Había un pequeño cartel en un lado del granero que decía «Friedman-Sterling», pero Friedman y Sterling habían plantado tanta yedra inglesa que pasé de largo al menos cinco veces hasta que lo vi.

Abrí la puerta del coche, pero antes de que pudiera salir, Alce me saltó por encima y luego se sentó, esperando, la lengua asomada, a que me reuniera con ella. Pero yo no podía salir. Volví a anudarme la corbata, luego la aflojé, luego me la quité, junto con la americana, me arremangué la camisa, después volví a vestirme.

Tal vez ella había tomado una sobredosis de píldoras para dormir, pensando que iba a casarme con Lynne y que nunca me volvería a ver.

Quería abrazarla. Quería llevarla a casa de Germy a ver el vídeo de DiMaggio y decirle: «Esta es mi chica.»«No debería estar conduciendo el maldito coche de mi hermano», pensé, ya que Easton había guardado el rifle en el maletero. Ahora tenía mis huellas y pelo de perro. Los chicos del laboratorio se cabrearían.

Mi corazón empezó a redoblar. Ella estaría allí dentro, pero se negaría a verme, y el amiguito de Gideon se plantaría en la puerta, la mano en la cadera, y me diría con sorna: «Bonnie irá a la costa mañana a vender su historia para una Película de la Semana en CBS y está al teléfono con su nuevo agente y no puede ser molestada. Tata.»

O no estaría allí. Estaría camino del aeropuerto, para marcharse a Utah. Se alojaría con uno de sus hermanos durante una temporada, hasta que vendiera su casa, y luego se compraría una cabaña a tres mil metros de altura en alguna montaña junto a un arroyo con truchas. No respondería a mis cartas o a mis llamadas telefónicas. Por fin tendría que ir allí y la seguiría, pero ella saldría corriendo por la puerta trasera y no regresaría de las montañas hasta que yo me hubiera marchado. La primavera siguiente, después del deshielo, la encontrarían. Muerta. Se habría congelado en febrero. Habría olvidado los duros que podían ser los inviernos en las montañas. No habría cortado leña suficiente para la estufa.

Estaba tan trastornado por la idea de su cuerpo descomponiéndose que no vi a Gideon hasta que estuvo justo al lado del coche.

—¿Está aquí Bonnie? —pregunté—. ¿Está bien?

—Está bien —dijo Gideon cautelosamente. Supongo que yo parecía un poco chiflado—. Está durmiendo.

Alce, la puta del pueblo, ya había traspasado su amistad a Gideon y le estaba lamiendo la mano.

—Supongo que debe de estar muy cansada —murmuré.

—¿Quiere entrar un momento?

Para ser un granjero, era una casa bonita, con techo abovedado y un montón de vigas en sitios interesantes. Gideon me presentó a su amigo, Jeff, que parecía el portero de un club nocturno poco recomendable. Se quedó el tiempo suficiente para estrecharme la mano, decir «Encantado de conocerle» y echarme una buena ojeada de arriba abajo; supongo que se moría de ganas de que me marchara, para que así Gideon y él pudieran lanzarse a un análisis exhaustivo.

Una gigantesca araña de hierro negro colgaba de la viga principal: tenía ovejas, vacas y cerdos recortados alrededor. Arriba, había puertas cerradas en un rellano que antaño debió de ser el henil.

—Bonnie está en la habitación del centro —dijo Gideon cuando me vio mirar. Creí que me rogaría que no jugara con sus sentimientos o algo por el estilo, pero sólo dijo lo mucho que sentía que hubiera sido mi hermano. Le dije que mi madre iba a llamar a Paterno, pero que mi hermano ya había hecho una confesión grabada en vídeo... probablemente no tanto por querer simplificar las cosas y aprovecharse de ello como para que le consideraran compañía agradable. Y le hablé del orgullo enfermizo de Easton, que planeó todo el asunto con Sy Spencer. Sólo ellos dos. Sy y Easton, socios. Dije que no podía creer que mi hermano hubiera estado tan dispuesto a dejar que Bonnie cargara con la condena.

—Tómeselo con calma —dijo Gideon—. Ya se ha acabado. —Añadió que Shea había llamado a Paterno y le había dicho que habían suspendido la orden de detención y que le pidiera disculpas a la señorita Spencer por las molestias.

—¿Cree que estará bien? —le pregunté.

—Es fuerte.

—Lo sé.

—Pero va a requerir mucho tiempo.

—¿Le importa si subo a verla? —pregunté.

—Cuando supimos que se había terminado oficialmente, después de que llamara Bill Paterno... —Gideon vaciló—. Bonnie dijo que tal vez se pasara usted por aquí. Me pidió que le diera las gracias por todo lo que ha hecho por ella, pero me dijo que ambos habían acordado antes que lo mejor sería que no volvieran a verse de nuevo.

—Quiero verla.

—Y yo protegerla—. —Nos miramos intensamente—. Parece que estamos en un callejón sin salida —dijo él—, y ya que es un callejón sin salida en mi territorio, voy a tener que pedirle que se marche. —Se puso en pie.

Le imité.

—Sólo quiero decirle una cosa.

—No creo que sea aconsejable.

—Váyase al carajo, Friedman.

—Váyase usted, Brady.

Intenté contar hasta diez, pensar en algo que decir, sólo llegué hasta dos.

—Mire, la quiero.

—¿La quiere? —repitió Gideon—. Debe de ser un hombre muy cariñoso. También quiere a la otra.

—Por si le interesa, no amo a la otra, y de hecho, abogado, la otra ya no es la otra y el puesto está vacante. ¿Puedo subir ahora a ver a Bonnie?

—Siéntase en su casa —dijo él.

Noté que se despertaba cuando abrí la puerta. Entré y me senté en el borde de la cama.

—Eres preciosa —dije.

—Claro. Está oscuro como boca de lobo. —Bonnie asomó la mano y buscó una lámpara. La encendió y cerró los ojos ante la luz. Parecía Mister Magoo—. Dilo ahora.

—Eres preciosa. Te quiero. ¿Qué era lo tercero?

—Soy una buena persona. —La base de la lámpara era un gran pollito de porcelana. La apagó.

—Le dije a Gideon que no te dejara subir.

—Le dije que iba a decirte que te quería, así que me hice amigo suyo. Todo lo que quiera. Su casa es mi casa. Su lámpara de pollito es mi lámpara de pollito. —La volví a encender y bajé un poco la sábana. Ella se había quitado mi camiseta.

Bonnie volvió a subir la sábana.

—Escucha, supongo que estarás harto de oírlo, pero siento lo de tu hermano. Estoy segura de que va a ser muy doloroso para tu familia, y es una lástima que no puedas ahorrarte eso.

—Gracias. Es una lástima que no se pueda ahorrar tu dolor.

—Gracias —dijo ella—. No quiero parecer insensible, pero ahora me gustaría que te fueras.

—¿Por qué? ¿Vas a llorar o algo?

Bonnie me dio un empujón furioso. Vaya empujón. Prácticamente me tiró de la cama.

—¿Quieres quedarte a mirar?

—Sí.

—Bueno, pues no quiero que te quedes. Quiero que te marches.

—No puedo. Le prometí a Gideon que te pediría que te casaras conmigo.

—Bueno, pídemelo y luego márchate.

—Muy bien. ¿Quieres casarte conmigo?

De algún modo, de repente, ella lo supo. No hizo ninguna observación sarcástica sobre mi compromiso anterior. No me dijo que me marchara. Solamente contestó «Sí», pero luego me dijo que no

podía besarla porque tenía mal aliento de haber dormido. La besé de todas formas. Fue un beso dulce y hermoso.

—¿De verdad soy preciosa? —preguntó ella—. Objetivamente.

—No.

—¿De verdad soy una buena persona?

—No eres mala.

Me levanté, me quité la ropa y me metí en la cama.

—¿De verdad me quieres?

—Más que a nada en el mundo, Bonnie.

—Hace años que lo sé, Stephen.

Apagamos la lámpara y comenzamos nuestra vida juntos.

Fin

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

http://www.recbib.es/book/buscadores
encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.
Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:
http://libros.wf/BibliotecasNacionales

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

Notas

[1] Iniciales de White Anglican Saxon Protestant, que se utilizan para denominar a los que podríamos considerar libremente como cien por cien americano. (N, del T.)

[2] En castellano en el original. *(N. del T.)*